

Edith Wharton

El arrecife

Libro primero

I

«Obstáculo inesperado. Por favor, no vengas hasta el treinta. Anna».

Durante todo el trayecto, desde Charing Cross a Dover, el tren había martilleado las palabras del telegrama al oído de George Darrow con todos los matices irónicos de sus vulgares palabras, que sonaban como una descarga de mosquetes. Una a una, se introducían en su cabeza con frialdad y lentitud, o se esparcían y trastocaban como dados arrojados por dioses malévolos. Ahora, al salir de su compartimento al muelle y recorrer con la vista el andén barrido por el viento así como, a lo lejos, el mar embravecido, las palabras saltaban sobre él desde las crestas de las olas y lo hostigaban y cegaban con agravios húmedos y furiosos.

«Obstáculo inesperado. Por favor, no vengas hasta el treinta. Anna».

Era la segunda vez que posponía su cita en el último momento. La posponía con toda su amable sensatez, y por una de sus habituales «buenas» razones. Estaba seguro de que esta razón, como la anterior (la visita de la viuda de un tío de su marido), era también «buena». Pero era precisamente esa certeza la que lo sobrecogía. Dada la extrema sensatez con que manejaba las cosas, el hecho de que lo saludara con tanta efusión tras doce años sin verse no carecía de ironía.

Fue en Londres, tres meses antes, en una cena en la embajada americana. En cuanto lo vio, su sonrisa se asemejó a una rosa que estuviera prendida de su vestido negro de viuda. Y él aún recordaba la emoción con que contempló su rostro, que no esperaba ver entre las demás caras conocidas que acudían a las cenas de aquella temporada. Llevaba el pelo recogido sobre sus ojos graves; ojos en los que había reconocido todas las pequeñas curvas y sombras igual que se reconocen, cuando se vuelve a ver después de muchos años, detalles de la habitación donde uno jugaba de niño. E igual que ella había destacado en aquella rutilante y encopetada multitud, Darrow sintió, en el mismo instante en que los ojos de ambos se encontraron, que ella también se había fijado en él. Todo eso y más había expresado su sonrisa: no sólo «Me acuerdo de ti» sino también «Me acuerdo de lo mismo que tú te acuerdas». Y como si los recuerdos de ella hubiesen ayudado a los suyos, su mirada le

devolvió, en aquel instante recobrado, un brillo juvenil. Cuando la atareada embajadora les dijo: «¿Así que conoces a la señora Leath? ¡Qué bien, porque el general Farnham no ha venido!», y les indicó que fueran juntos al comedor, Darrow sintió una ligera presión en su brazo que, suave pero firmemente, sirvió para dar énfasis a la frase: «¿No es maravilloso? ¡En Londres, en plena temporada, y en medio de una multitud!».

Aunque aquellos signos parecieran escasos, en el caso de la señora Leath cada movimiento y cada sílaba expresaban sus especiales cualidades. Ni siquiera sus ligeras caricias iban erradas en aquellos tiempos en los que aún era una muchacha de ojos graves. Darrow, al verla de nuevo, percibió en seguida cómo se había convertido en un instrumento expresivo mucho más fino y certero.

La velada que pasaron juntos no hizo sino confirmar sus impresiones. La señora Leath le contó, con timidez pero con franqueza, lo sucedido todos aquellos años que llevaban sin verse. Le habló de su matrimonio con Fraser Leath, y de la vida que llevaron juntos en Francia, donde su suegra, que enviudó muy joven, se había casado con el marqués de Chantelle, motivo por el cual su hijo se estableció allí permanentemente. Le habló también, con enorme cariño, de su hijita Effie, que tenía nueve años, y también, con el mismo cariño, de Owen Leath, el encantador e inteligente joven a quien la muerte de su marido había convertido en hijastro suyo...

Un mozo que tropezó con sus maletas en aquel momento, le hizo ver que estaba bloqueando el andén de modo tan pasivo y molesto como su propio equipaje.

—¿Va a cruzar, señor?

¿Iba a cruzar? La verdad es que no lo sabía, pero a falta de otro impulso más poderoso, siguió al mozo hasta el vagón de equipajes, le señaló sus pertenencias y lo siguió por la pasarela. Mientras el fuerte viento le impedía caminar, como un muro de cristal contra el que sus esfuerzos fueran inútiles, volvió a sentirse agraviado por su situación.

—Hace un tiempo horroroso para cruzar —gritó el mozo, mientras bajaban el estrecho corredor que llevaba al muelle.

Un tiempo horroroso, en verdad, pero, por fortuna, tal como estaban las cosas, no había razón para que Darrow no cruzara. Mientras seguía la estela de su equipaje, sus pensamientos retornaron al lugar de donde habían salido. Una o dos veces había visto al hombre que Anna Summers había preferido en lugar de él, y desde su reencuentro había estado tratando de imaginarse la vida matrimonial que ambos habrían llevado. Su marido le había parecido ese

espécimen característico de norteamericano del que no se sabe con certeza si vive en Europa para cultivar una afición artística o si cultiva dicha afición como pretexto para vivir en Europa. El señor Leath pintaba acuarelas, pero de modo furtivo, casi clandestino, y ejercía el desdén que el hombre de mundo siente por cualquier cosa que no sea profesional, mientras se dedicaba sin ningún tapujo y con entrega casi religiosa a coleccionar cajitas de rapé esmaltadas. Tenía el pelo rubio, iba bien vestido y gozaba de la distinción física que otorga un cuerpo esbelto, una nariz delgada y un modo de mirar algo desdeñoso, quizá por el hecho de que las cajitas de rapé auténticas eran cada vez más difíciles de encontrar y el mercado estaba repleto de falsificaciones evidentes.

Darrow se había preguntado a menudo qué tenían en común el señor Leath y su esposa. Ahora pensaba que, probablemente, nada. Las palabras de la señora Leath no insinuaron en ningún momento que su marido hubiera defraudado sus expectativas, pero aquella misma reticencia la delató. Hablaba de él con cierta seriedad impersonal, como si se tratara del personaje de una novela o de una figura histórica, y su discurso parecía aprendido de memoria y desgastado a fuerza de repeticiones. Este hecho acrecentó sobremanera la impresión de que su encuentro había puesto un fin definitivo a aquellos años. Ella, que siempre había sido tan escurridiza e inaccesible, se volvió de pronto amable y comunicativa, le abrió las puertas de su pasado y, de modo tácito, le dejó extraer sus propias conclusiones. En consecuencia, Darrow se había despedido con la sensación de ser alguien escogido y privilegiado a quien le había sido confiado un secreto precioso. La felicidad que ella le comunicó en aquel encuentro le permitía generosamente hacer lo que quisiese, y la franqueza del gesto duplicaba la belleza del regalo.

Su siguiente encuentro prolongó y profundizó esta impresión. Se vieron otra vez, unos cuantos días después, en una antigua casa de campo llena de libros y cuadros situada en el suave paisaje del sur de Inglaterra. La presencia de un grupo numeroso de gente, con sus movimientos desorientados y agitados, sirvió sólo para aislar a la pareja y proporcionarles (o al menos así les pareció a ellos) una sensación más profunda de afinidad, de modo que los días que pasaron juntos fueron como un prelude musical en el que los instrumentos, con su suave melodía, parecían contener las olas de sonidos que batían contra ellos.

Esta vez, la señora Leath no fue menos amable que antes, y sin embargo se esforzó por hacerle comprender que lo que era inevitable no iba a suceder

tan pronto. Y ello no se debía a que dudase, sino más bien a que parecía no querer perderse ninguna fase en el gradual renacimiento de su relación.

Por su parte, a Darrow no le importaba esperar si ella lo prefería así. Se acordó de una vez, en América, cuando Anna era una muchacha y fue a pasar una temporada en el campo con la familia de ella. Cuando llegó no estaba en la casa y la madre le dijo que la buscara en el jardín. Tampoco la encontró allí, pero la vio un poco más lejos, caminando hacia él por un largo y umbroso camino. Sin acelerar el paso, le sonrió y le hizo señas para que la esperara. Embelesado por las luces y sombras que se proyectaban sobre ella y por el placer de contemplar su lento avance, la obedeció y se detuvo. Y lo mismo parecía hacer ahora, caminar hacia él por los años, mientras las luces y sombras de viejos recuerdos y de nuevas esperanzas se proyectaban sobre ella en formas distintas y cada paso que daba le descubría la contemplación de una nueva gracia. No titubeaba ni se volvía hacia los lados: él sabía que llegaría exactamente al lugar donde él se encontraba, pero algo en sus ojos le había dicho: «Espera» y, de nuevo, él la obedeció y se quedó esperándola.

El cuarto día, un acontecimiento inesperado la llevó a cambiar de planes. La llegada de su suegra a Inglaterra la obligó a viajar a la ciudad sin darle a Darrow la oportunidad con que contaba, y éste se maldijo por ser un idiota y esperar tanto. A pesar de todo, su decepción se vio atenuada por la certeza de poder volver a verla antes de que se marchara a Francia y, de hecho, se vieron en Londres. Sin embargo, las circunstancias habían operado un cambio en el entorno. Darrow no podía afirmar que ella lo hubiera evitado, o que no se alegrara tanto de verlo, pero lo cierto es que estaba agobiada por sus deberes familiares y, según él pensó, quizá demasiado resignada a cumplirlos.

La marquesa de Chantelle, tal como Darrow notó en seguida, poseía la misma fuerza atemperada que el difunto señor Leath: aunque parecía pasar inadvertida, todo el mundo cedía ante ella. Quizá era la sombra de la presencia de esta dama, persistente incluso durante sus breves eclipses, lo que dominaba y silenciaba a la señora Leath, quien, además, estaba preocupada por su hijastro, el cual, poco después de graduarse en Harvard, hubo de ser rescatado de una tormentosa historia de amor, y, por fin, había accedido, tras varios meses de turbulentas idas y venidas, al ruego de su madrastra de que cursara en Oxford un año más de estudios. Allí fue a visitarlo dos o tres veces la señora Leath, y el resto del tiempo tuvo que cumplir numerosas obligaciones familiares y conseguir, como ella decía, «vestidos e institutrices» para su hija, que se había quedado en Francia, lo que implicaba largas jornadas de compras acompañada de su suegra. No obstante, durante sus

breves descansos, Darrow comprobó que seguía segura en la custodia de su devoción, de la que se escapaba inevitablemente alguna hora. E incluso la última noche, en el teatro, a pesar de la apabullante marquesa y del inocente Owen, lograron tener una conversación decisiva.

Ahora, con el fragor del viento en los oídos, Darrow seguía oyendo el eco burlón de su mensaje: «Obstáculo inesperado». En una vida como la que llevaba la señora Leath, a la vez tan ordenada y tan expuesta, él sabía que cualquier pequeña complicación podía cobrar la magnitud de un «obstáculo». A pesar de todo, incluso de hacer todas las imparciales concesiones que aquel estado mental le permitía, en vista de que con ella vivían su suegra de modo permanente y su hijastro de forma intermitente, y que eso le acarreaba cientos de pequeñas tareas poco acordes con la libertad de la que por lo general gozan las viudas; a pesar de eso, no dejaba de pensar que el mismo ingenio que tales circunstancias alimentan la podría haber ayudado a dar con una solución. No, la «razón» de la señora Leath, cualquiera que ésta fuese, no podía ser esta vez sino un pretexto, a menos que se inclinase por la posibilidad, mucho menos halagadora, de que cualquier motivo era bueno para retrasar su llegada. La verdad era que, si la bienvenida que esperaba de ella era la que imaginaba, no podía acceder tan pasivamente a alterar sus planes por segunda vez en unas pocas semanas; alteración que, teniendo en cuenta sus obligaciones profesionales, podría ocasionar, tal como ella sabía, un retraso de meses hasta la próxima oportunidad.

«Por favor, no vengas hasta el treinta». ¡Y hoy era quince! Se saltaba quince días como si las fechas dieran igual, cuando él era un diplomático joven y ocupado que había tenido que atravesar toda una jungla de compromisos para acudir a la cita. «Por favor, no vengas hasta el treinta». Eso era todo. No había ni sombra de excusa o de pesar, ni siquiera un somero «escribiré», que suele utilizarse para aliviar tales golpes. Ella no quería verlo, y había utilizado el camino más corto para decírselo. Incluso en su primer momento de enojo, le había llamado la atención el hecho de que no disfrazara la dureza de la frase con alguna mentirijilla. ¡Sus ángulos morales eran, sin duda alguna, bastante rígidos!

«Si le pidiera que se casara conmigo, me diría que no de la misma forma. ¡Gracias a Dios que no se lo he pedido!», pensó.

Estas consideraciones, que no habían abandonado sus pensamientos en todo el viaje desde Londres, alcanzaron su clímax irónico mientras se unía a la multitud que esperaba en el muelle. Ni siquiera le alivió recordar que, de no ser por aquella falta de previsión, ahora podría estar sentado delante de la

chimenea de su club de Londres, en el ocaso de aquel desapacible día de mayo, y no pasando frío junto al empapado ganado humano que se hacinaba en el muelle. Admitiendo incluso el carácter proclive al cambio que tradicionalmente mostraba su sexo, lo menos que podría haber hecho ella era enviarle un telegrama a casa. A pesar de la correspondencia que habían mantenido, parecía que no se había percatado de que él tenía domicilio propio, y el telegrama se lo había entregado un mensajero que tuvo que dar una carrera desde la embajada a la estación para alcanzarle justo cuando el tren estaba saliendo.

La verdad es que Darrow le había dado suficientes datos para que supiera dónde vivía, y esta pequeña muestra de indiferencia por parte de ella se convirtió, mientras se abría paso entre la multitud, en el motivo principal del enfado y el agravio que él ahora sentía. Mientras iba atravesando el muelle, la visión de un paraguas lo exasperó todavía más, al indicarle sin tapujos que llovía. En pocos instantes, la estrecha plataforma se convirtió en un campo de batalla en el que empezaron a surgir, a fuerza de codazos y empujones, pequeñas cúpulas. El viento sopló con más fuerza, y los pobres desgraciados expuestos a este doble asalto descargaban sobre sus vecinos la venganza que no podían ejercer contra los elementos.

Darrow, cuyo sano disfrute de la vida le convertía, por lo general, en un buen compañero tolerante con las muchedumbres, se sintió oscuramente ultrajado por estos promiscuos contactos. Parecía como si toda la gente que tenía alrededor lo hubiera calado y conociera su problema; como si pisaran y empujaran con desprecio el objeto ridículo en que se había convertido. «No te quiere, no te quiere, no te quiere», parecían decir los paraguas y codos de la gente.

Cuando le entregaron el telegrama, juró de inmediato: «No regresaré de ninguna manera», como si la remitente se fuera a alegrar malignamente de obligarlo a volver a Londres. Ahora se daba cuenta de lo absurdo de aquel juramento, y agradeció a las estrellas no haberse entregado, sin ningún sentido, a la furia de las olas que se veían más allá del puerto.

Con estos pensamientos en la cabeza se volvió para buscar al mozo, pero la cercanía de tantos paraguas goteando le impedía hacerle señas y, al no distinguirlo entre la multitud, subió de nuevo al andén. Cuando casi lo había alcanzado, alguien le golpeó en la clavícula al bajar un paraguas. Un instante después éste se doblaba hacia fuera por el empuje del viento y se soltaba, como una cometa, de la impotente mano de una mujer. Darrow logró

atraparlo, enderezó sus costillas invertidas y contempló el rostro que apareció detrás de él.

—Espere un momento —le dijo—. No puede quedarse aquí.

Entretanto, la multitud empujó a la dueña del paraguas, que se precipitó de pronto sobre Darrow. Éste la sostuvo con los brazos y ella, tras recuperar el equilibrio, gritó:

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡Me lo han destrozado!

Al mirar su rostro, rojo y reluciente en medio de la lluvia, Darrow tuvo la sensación de haberlo visto mucho antes en algún lugar vagamente hostil; pero ahora no era el momento de ponerse a pensar, y el rostro reunía suficientes méritos para ser considerado por sí mismo.

La mujer a la que pertenecía puso en el suelo su bolso y otros bultos que llevaba, dispuesta a recoger el paraguas.

—Lo compré ayer en la tienda... ¡y ya está destrozado! —se lamentó.

Darrow sonrió ante la intensidad de su angustia. Sólo un moralista podría explicar cómo, al lado de catástrofes como la suya, la naturaleza humana pudiera afligirse por desgracias tan microscópicas.

—¡Tome el mío si quiere! —gritó, para que pudiese oírlo a través del estruendo del temporal.

La oferta hizo que la joven lo mirara con más atención.

—¡Pero si es el señor Darrow! —exclamó—. ¡Gracias! Lo compartiremos, si a usted no le importa —añadió, satisfecha por haberlo reconocido.

De modo que ella lo había identificado y él también a ella pero... ¿dónde se habían conocido? Decidió abandonar la cuestión para resolverla más adelante mientras la conducía a un lugar más resguardado, y luego le pidió que esperara allí hasta que encontrara a su mozo. A su regreso, unos minutos más tarde, con sus pertenencias recobradas, le dio la noticia de que el barco no saldría hasta que bajase la marea y ella no mostró signo alguno de contrariedad.

—¿No sale hasta dentro de dos horas? ¡Qué suerte! ¡Entonces podré buscar mi baúl!

En circunstancias normales, Darrow se habría sentido muy poco inclinado a participar en la aventura de una joven que ha perdido su baúl, pero en aquellos momentos hasta se alegró de encontrar un pretexto para no estar ocioso. Incluso si decidía regresar en el próximo tren que salía de Dover, aún disponía de toda una hora de aburrimiento, así que el remedio más a su

alcance era dedicársela a aquella atribulada preciosidad que se había cobijado bajo su paraguas.

—¿Ha perdido un baúl? Déjeme ver si puedo encontrarlo.

Le agradó que no le respondiera con alguna frase como «¡Oh! ¿Va a ayudarme?». En su lugar, le corrigió entre risas:

—No es un baúl, es mi baúl. No tengo otro... Pero es mejor que primero se asegure de que meten sus cosas en el barco.

—No sé todavía si voy a cruzar —le respondió Darrow, como si comunicar su plan a alguien le ayudara a fijarlo definitivamente.

—¿No va a cruzar?

—Bueno, quizá, pero no en este barco —dijo, volviendo a experimentar aquella secreta indecisión—. Puede que tenga que regresar a Londres. Estoy esperando... una carta («Va a pensar que soy un indeciso», pensó). Pero mientras tanto hay tiempo más que de sobra para buscar el baúl.

Entonces cogió los bultos de su compañera y le ofreció el brazo, lo que le permitió acercarse más a su menuda figura bajo el paraguas. Y mientras caminaban unidos de este modo hasta el andén, juntándose y separándose como marionetas manejadas por el viento, siguió preguntándose dónde la había visto. La había clasificado en seguida como compatriota suya: la pequeña nariz, la tez clara, la delicadeza bosquejada en su rostro, que parecía una acuarela dibujada con tonos relucientes pero escasos... Todo ello no hacía sino confirmar la evidencia de la voz, dulce y aguda, y de los gestos, rápidos e incesantes. Era, sin duda, norteamericana, pero a la textura de sus rasgos nativos y flexibles se había superpuesto una urdimbre más tupida de modales: era una mezcla, producto de una raza inquisitiva y adaptable. Todo esto, no obstante, no le ayudó a recordar su nombre, pues se trataba de un modelo repetido hasta la saciedad en la embajada de Londres, donde el tipo norteamericano rígido e invariable abundaba mucho menos que el flexible.

Sin embargo, el hecho de no poder identificarla era menos tangible que la continua sensación que la relacionaba con algo incómodo y desagradable. Una imagen tan deliciosa como la que ahora relucía entre su pelo y su bufanda, ambos húmedos y castaños, debía evocar sólo recuerdos placenteros; pero cada esfuerzo que hacía por situar su imagen en el pasado producía en él la misma sensación, una mezcla de aburrimiento y de ligera ansiedad.

II

—¿No me recuerda? Fue en casa de la señora Murrett...

La joven lanzó la pregunta por encima de la mesa del tranquilo café al que Darrow, tras una larga e infructuosa búsqueda del baúl, había propuesto ir a tomar un té.

En este refugio, que olía a humedad, ella se había quitado el sombrero empapado, lo había colocado junto a la chimenea para que se secase, se había colocado de puntillas delante del espejo coronado por un águila que estaba encima de la repisa de la chimenea y sus jarrones de siemprevivas tintadas, y había deslizado los dedos por su cabello para aplacarlo. El gesto despertó los entumecidos sentimientos de Darrow igual que el fuego reavivaba su circulación. Y cuando preguntó: «¿No tiene los pies mojados?», y ella, tras inspeccionar a fondo sus botas, respondió: «No. Por suerte, estas botas nuevas son muy resistentes», empezó a sentir que el contacto humano aún podría resultar tolerable si estuviera siempre tan libre de formalidades.

El gesto de quitarse el sombrero, además de inducirle una reflexión, le había deparado una imagen completa de su rostro, y ésta había sido tan favorable que el nombre que acababa de pronunciar le produjo una considerable, y desproporcionada, consternación.

—¡Ah, sí, la señora Murrett! Pero... ¿fue allí?

Entonces se acordó de ella: era una de aquellas presencias furtivas y sigilosas que se movían por aquella horrorosa casa de Chelsea, uno de los mudos apéndices de la inevitable y chillona señora Murrett, con quien había tropezado en su alocada persecución de *lady* Ulrica Crispin. ¡Oh, el sabor de las locuras marchitas! ¡Qué insípido era y, a la vez, qué persistente!

—Me crucé con usted varias veces en las escaleras —le recordó.

Sí, la había visto pasar de largo —ahora se acordaba— cuando subía a la sala de estar en busca de *lady* Ulrica. Aquel recuerdo le hizo mirarla con mayor atención. ¿Cómo era posible que una cara así pasara inadvertida en el grupo de la señora Murrett? Sus líneas, ladeadas y fugitivas, que se prestaban a toda clase de suaves escorzos e inclinaciones, poseían el extraño atractivo de un rostro joven de la comedia italiana. El pelo alzado por encima de la

frente en una onda parecía el de un muchacho o un elfo; su color era el mismo que el de los ojos marrones, moteados de negro, y que el del pequeño lunar pardo de la mejilla, situado entre la oreja, digna de llevar una rosa encima, y la barbilla, merecedora de lucir un collar debajo. Al sonreír, el lado izquierdo de la boca se alzaba un poco más alto que el derecho. La sonrisa comenzaba en los ojos e irradiaba en dos líneas hasta sus labios. ¡Y ni siquiera se había fijado en ella cuando iba en busca de *lady* Ulrica Crispin!

—Pero, claro, usted no tiene por qué acordarse de mí —decía—. Me llamo Viner, Sophy Viner.

¿Acordarse de ella? ¡Pues claro que se acordaba! Ahora estaba completamente seguro.

—Usted es la sobrina de la señora Murrett —dijo.

—No, no llego a tanto —dijo ella, negando con la cabeza—. Sólo soy su lectora.

—¿Su lectora? ¿Quiere decir que ella lee alguna vez?

La señorita Viner encontró divertida esta pregunta.

—¡Dios mío, no! Yo escribía sus notas, llevaba su agenda, sacaba los perros y recibía a gente aburrida en su nombre.

—¡Eso debía de ser horrible! —protestó Darrow.

—Sí, pero ni la mitad de horrible que ser su sobrina.

—Eso sí me lo creo. Y me congratula oír —añadió— que lo ha dicho todo en pasado.

La joven pareció abatirse un poco al oír esta frase, pero enseguida levantó la barbilla en un gesto desafiante.

—Sí. Todo ha terminado entre nosotras. Acabamos de separarnos, con lágrimas, pero no en silencio.

—¿Acabamos? ¿Quiere decir que lleva con ella todo este tiempo?

—¿Desde que usted venía a ver a *lady* Ulrica? ¿Le parece que ha pasado tanto tiempo?

Lo inesperado del comentario, así como su dudoso gusto, enfriaron el creciente placer que estaba sintiendo con la conversación. En realidad, empezaba a gustarle, y había recobrado, gracias a la sincera complacencia de los ojos de ella, su habitual seguridad de ser un joven agradable, con todos los privilegios derivados de dicha condición, y no el despojo humano que había creído ser en medio de la multitud del muelle. Le fastidió que le recordaran, en aquel preciso momento, que la naturalidad no está siempre en consonancia con el gusto.

La joven pareció adivinar sus pensamientos.

—¿No le ha gustado que haya dicho que venía usted a ver a *lady* Ulrica?
—preguntó, inclinándose sobre la mesa para servirse una segunda taza de té.

A él le gustó su franqueza, de todos modos.

—Prefiero que diga eso —dijo, riendo— a que piense que iba a ver a la señora Murrett.

—¡Oh, pero nosotros sabíamos que nadie venía por la señora Murrett! Venían siempre por otras cosas: por la música, por el cocinero, cuando teníamos uno bueno, o por otras personas. En general, venían a ver a alguna otra persona.

—Comprendo.

Era divertida, lo que en el estado actual de Darrow le convenía más que indagar si el gusto de la joven poseía los matices correctos. Era extraño, también, descubrir de pronto que el borroso trasfondo situado detrás de la señora Murrett estuviera tan vivo y lleno de ojos indagadores. Entonces, mientras los de ella miraban los suyos, tomó conciencia del curioso cambio de perspectiva.

—¿Quiénes eran «nosotros»? ¿Una nube de testigos^[1]?

—Éramos muchos —dijo, con una sonrisa—. Déjeme ver... ¿quién estaba cuando usted iba por allí? La señora Bolt, y *Mademoiselle*, el profesor Didymus y la condesa polaca. ¿No se acuerda de la condesa polaca? Veía el futuro en su bola de cristal, y la señora Murrett la echó porque la señora Didymus la acusó de hipnotizar al profesor. Pero, claro, usted no se acuerda de nada. Todos éramos invisibles para sus ojos, pero nosotros veíamos. Y todos nos preguntábamos cosas sobre usted...

Darrow volvió a ruborizarse.

—¿Qué se preguntaban?

—Si era usted o ella quien...

Darrow hizo un gesto de contrariedad pero ocultó su desagrado. Escucharla le ayudaba a pasar el tiempo.

—¿Y a qué conclusiones llegaron, si se me permite preguntarlo?

—Bueno, la señora Bolt, *Mademoiselle* y la condesa pensaron naturalmente que era ella, pero el profesor Didymus y Jimmy Brance, sobre todo Jimmy...

—Un momento. ¿Quién demonios es Jimmy Brance?

—No se daba usted cuenta de nada —exclamó ella, asombrada—. ¡No se acuerda de Jimmy Brance! Quizá era verdad lo que pensaba de usted, después de todo...

La señorita Viner siguió mirándolo, divertida.

—¿Y cómo pudo usted...? ¡Si era falsa de pies a cabeza!

—¿Falsa?

A pesar del tiempo y de su saciedad, se despertó en él el instinto masculino de propiedad y rechazó la acusación. Ella se dio cuenta y sonrió.

—Quiero decir externamente. Verá, ella venía a menudo a mi habitación después del tenis, o a retocarse por las tardes, aprovechando cualquier momento. Le aseguro que se deshacía como si fuera un rompecabezas. En realidad, yo solía decirle a Jimmy, sólo para fastidiarlo: «Te apuesto cualquier cosa a que no pasa nada, porque sé que ella nunca se atreverá a des...».

Dividió la palabra en dos partes y un rápido rubor se extendió por su rostro, como una rosa de pétalos delgados cuyo color es más intenso en el centro.

Un súbito tropel de recuerdos hizo que, para Darrow, la situación quedara resuelta. Entonces rompió a reír y ella se unió sinceramente a su alegría.

—¡Pero claro! —dijo mientras se reía—. ¡Yo sólo lo decía para fastidiar a Jimmy!

Verla tan divertida le molestó, secretamente.

—¡Ustedes son todas iguales! —exclamó, preso de una inexpresable decepción.

Ella la captó de inmediato. No se le pasaba ni una.

—¿Dice eso porque cree que soy envidiosa y malintencionada? Pues sí, le tenía envidia a *lady* Ulrica... pero no por usted o por Jimmy Brance, sino sólo porque tenía todas las cosas que yo anhelaba: vestidos, coches, juergas, admiración, yates, París... ¡Sólo París hubiera valido la pena! ¿Y cree usted que una chica puede ver esas cosas día tras día sin preguntarse por qué algunas mujeres, que no parecen tener más derecho que tú, lo tienen todo a sus pies mientras que otras no paran de escribir invitaciones a cenar, de revisar cuentas, de copiar listas de invitados, de ordenar ropa y de comprobar si se les pone azufre a los perros? Una mira su bola de cristal, después de todo...

La joven pronunció estas últimas palabras con un grito que las elevó por encima de la petulancia de la vanidad, aunque, para Darrow, la ofuscación de su rostro las despojó de sentido. Su rostro dejó de ser una flor en cuanto el enojo, como nubes que en seguida tapan el sol, lo transformó en un espejo oscuro que comenzó a reflejar extraños y profundos sentimientos. La muchacha tenía algo, eso lo sabía. Y ella pareció captar esta percepción en sus ojos.

—Eso es lo que aprendí en casa de la señora Murrett, y nunca he tenido otra educación —dijo, encogiéndose de hombros.

—¿Tanto tiempo estuvo usted con ella?

—Cinco años. Me quedé más tiempo que nadie —dijo, como si fuera algo que la enorgullecía.

—¡Gracias a Dios que ya salió de allí!

De nuevo su rostro se oscureció de modo ostensible.

—Sí, quiero alejarme de allí todo lo que pueda.

—¿Y qué va a hacer ahora, si me permite preguntarlo?

La señorita Viner bajó los ojos y permaneció un instante en silencio.

—Voy a París a trabajar en el teatro —dijo, con un toque de hauteur.

—¿En el teatro?

Darrow se la quedó mirando, decepcionado. Todas sus impresiones, confusas y contradictorias, cobraron un nuevo aspecto al oír esta noticia.

—¡Entonces va a París, después de todo! —exclamó alegremente, para ocultar su sorpresa.

—No el París de *lady* Ulrica. No creo que sea un camino de rosas.

—La verdad es que no —dijo él, y una genuina compasión le incitó a seguir—. ¿Conoce a alguien influyente que la pueda ayudar?

—Sólo me conozco a mí —respondió, con una carcajada breve y frívola.

Él pasó por alto este comentario.

—Pero ¿no sabe usted que hay demasiados actores? Eso lo sabe todo el mundo...

—Lo sé perfectamente. Pero no podía seguir donde estaba.

—Claro que no. Pero ya que, como usted misma ha dicho, se quedó más tiempo que nadie, ¿no podía haber seguido allí hasta asegurarse algún trabajo?

Ella no respondió en seguida, sino que dirigió una mirada apática a la ventana golpeada por la lluvia.

—¿No deberíamos prepararnos para salir? —dijo, con cierta indiferencia altiva muy parecida a la de *lady* Ulrica.

Darrow, sorprendido por el cambio pero aceptando su respuesta como si fuera, según él imaginaba, una muestra de ánimo confundido y atormentado, se levantó de su silla y recogió el abrigo de la joven, que había dejado colgado del respaldo de una silla para que se secase. Cuando se lo ofreció, ella le lanzó una rápida mirada.

—La verdad es que nos peleamos —dijo de pronto— y yo me fui anoche sin cenar, y sin mi sueldo.

—¡Ah! —dijo él, perfectamente consciente de los sórdidos peligros que acecharon en aquella ruptura con la señora Murrett.

—¡Y sin carácter! —añadió la señorita Viner, mientras se enfundaba la chaqueta—. ¡Y también sin baúl, al parecer! Por cierto, ¿no dijo que antes de irnos habría tiempo para echar otro vistazo en la estación?

En efecto, hubo tiempo para echar otro vistazo, que no sirvió de nada porque el baúl no se encontraba entre el inmenso montón descargado del último expés llegado de Londres. Este hecho le causó a la señorita Viner una momentánea contrariedad, aunque enseguida se convenció de la necesidad de proseguir su viaje, decisión que confirmó el vago propósito de Darrow de continuar hasta París en vez de volverse a Londres.

La señorita Viner parecía contenta de poder disfrutar de su compañía y reconfortada por su ofrecimiento de telegrafiar a Charing Cross para preguntar por el baúl perdido, de modo que Darrow la dejó esperando en el vestíbulo mientras iba rápidamente a la oficina de telégrafos. Una vez enviado el telegrama, y cuando se alejaba del mostrador, se le ocurrió volver para enviar un mensaje a su criado de Londres: «Si recibido cartas con matasellos francés después salida enviar enseguida a Terminus Hotel Gare du Nord».

A continuación volvió con la señorita Viner y los dos corrieron bajo la lluvia hasta el muelle.

III

En cuanto el tren salió de Calais, ella reclinó la cabeza en una esquina y se quedó dormida.

Darrow, sentado enfrente, en aquel compartimento del que había logrado excluir a cualquier otro pasajero, la miró con curiosidad. Nunca había visto un rostro que cambiara tan de repente. Un instante antes, se movía como un campo de margaritas bajo la brisa del verano. Ahora, bajo la pálida luz oscilante de la lámpara, mostraba el sufrido sello de la experiencia, como un suave objeto que se hubiera congelado antes de que sus curvas se redondearan por completo; y le conmovió ver que sus preocupaciones no la abandonaban ni siquiera cuando estaba dormida.

La historia que le había contado en el sofocante e inestable camarote y luego en el restaurante de Calais —donde insistió en ofrecerle la cena que no había tomado en casa de la señorita Murrett— había dado una dimensión distinta a su figura. Desde su entrada en el internado de Nueva York (al que la había enviado un tutor demasiado ocupado después de morir sus padres) se había encontrado sola en un mundo atareado e indiferente. La historia de su juventud podía en realidad resumirse con la frase de que todo el mundo había estado demasiado ocupado para cuidar de ella. Su tutor, un esclavo que trabajaba en un gran banco, estaba por completo absorbido por «la dirección», mientras que su esposa sólo se preocupaba de la salud y de la religión. Por su parte, una hermana mayor, Laura, que se había casado, separado y vuelto a casar, y que había mantenido, durante todas estas etapas consecutivas, cierto vago ideal «artístico» que el tutor y su esposa miraban con recelo, aprovechó la censura de éstos (o así se lo imaginó Darrow) como pretexto para no ocuparse de la pobre Sophy, que siempre la consideró, quizá por este motivo, la personificación de remotas y románticas posibilidades.

Con el tiempo, un súbito «ataque» sufrido por el tutor sumió los asuntos personales de éste en un estado caótico del que, tras su llorada muerte, se resintió obviamente la herencia de su pupila. Nadie lo lamentó con tanta sinceridad como su viuda, que vio en este hecho una prueba más de que su marido no había podido resistir todas las ocupaciones que se le habían

impuesto, y que, de no haber sido por sus inclinaciones religiosas, nunca habría perdonado a la joven por contribuir de modo indirecto a apresurar su final. Pero Sophy no le guardaba rencor. Sintió mucho más la muerte de su tutor que la pérdida de su insignificante fortuna, que sólo había servido para mantenerla presa y cuya desaparición le permitió sumergirse en el refulgente mar de vida que rodeaba la isla de su cautividad. Primero aterrizó, gracias a la intercesión de las damas que se habían ocupado de educarla, en una escuela de la Quinta Avenida donde actuó como parachoques entre tres niños autócratas y el ejército de ayas y profesoras que cuidaba de ellos. Las excesivas atenciones del mayordomo hicieron que abandonara este lugar protegido contra el expreso deseo de sus mentoras, las cuales adujeron que el refinamiento y el respeto a una misma siempre habían bastado para mantener a raya las pasiones más ingobernables. La experiencia de la viuda del tutor había sido la misma y, puesto que todas recordaban el deplorable precedente de Laura, ninguna sintió la obligación de intervenir en los asuntos de Sophy; y, por consiguiente, todas la abandonaron a su suerte.

Una compañera de colegio de las Montañas Rocosas, que acompañaba a sus padres a Europa, propuso a Sophy unirse al grupo para «correr aventuras» juntas mientras sus progenitores curaban sus dolencias en un balneario de moda. Darrow dedujo que las «aventuras» corridas con Mamie Hoke fueron variadas y divertidas, pero esta fase relativamente rutilante de la vida de Sophy cesó en cuanto la desconsiderada Mamie se fugó con un «ídolo de las *matinéés*» que la había seguido desde Nueva York y sus padres regresaron en seguida para negociar el rescate de su hija.

Fue entonces, tras un período de descanso entre amigos norteamericanos compasivos pero sin fortuna, cuando la señorita Viner se vio arrastrada por la turbia corriente vital de la señora Murrett. Estos compatriotas le ofrecieron trabajar para ella, y, en parte por dicho motivo (eran amigos queridos, demasiado confiados y poco conscientes de dónde la metían), Sophy aguantó tanto tiempo en la horrible casa de Chelsea. Los Farlow, según le explicó a Darrow, eran los mejores amigos que había tenido (y los únicos que se portaron «decentemente» con Laura, a quien habían visto una vez y admiraban mucho); pero después de veinte años en París se habían convertido en incorregibles ángeles inexpertos y estaban convencidos de que la señora Murrett era una mujer de gran talla intelectual y de que la casa de Chelsea era «el último de los salones» (por cierto, ¿sabía Darrow qué significaba eso?). Y ella no había querido sacarlos de su engaño, porque sabía que eso supondría arrojarse de nuevo en sus brazos, y porque además sentía, después de sus

anteriores experiencias, la urgente necesidad de alcanzar cierta estabilidad a toda costa. Además, dijo con una pequeña sonrisa, no le había surgido ninguna otra oportunidad en todos aquellos años.

La señorita Viner trazó este bosquejo de su vida con pinceladas breves y rápidas, y en un tono de fatalismo extrañamente desprovisto de amargura. Darrow notó que clasificaba a las personas según su mayor o menor grado de «suerte» en la vida, pero no parecía guardar resentimiento alguno contra el inescrutable poder que otorgaba ese don de modo tan caprichoso. A uno le iban o no le iban bien las cosas y, entretanto, lo único que se podía hacer era seguir intentándolo y aprovechar pequeñas compensaciones como gozar del «espectáculo» de la casa de la señora Murrett y hablar con mujeres como *lady* Ulrica y otros personajes teatrales. Naturalmente, en cualquier momento, una súbita vuelta de calidoscopio podía iluminar con destellos la gris existencia de cualquier persona.

Esta filosofía de andar por casa conmovió a un joven acostumbrado a opiniones más tradicionales. George Darrow había tenido muchas experiencias con mujeres, pero aquellas que había frecuentado o eran «señoras» hasta la médula o no lo eran en absoluto. Se sentía agradecido a ambas por atender las necesidades de la naturaleza masculina, más compleja, y asumía gustosamente que habían evolucionado, si es que no habían nacido, para cumplir tal propósito, de modo que, de modo instintivo, mantenía separados a los dos grupos, evitando aquella sociedad intermedia que intenta conciliar ambas teorías vitales. Lo «bohemio» le parecía una convención más ordinaria que las demás, pues lo que le gustaba, sobre todo, era aquella gente que llevaba su modo de vivir hasta el límite, igual que las «señoras» y sus rivales mostraban sin pudor lo que de verdad eran. El episodio con *lady* Ulrica era prueba de su experiencia con el tercer grupo, pero sin embargo había alimentado en él cierto desagrado, no exento de desprecio, por aquellas mujeres que utilizan los privilegios de una clase para practicar las costumbres de otra.

En lo que se refiere a las muchachas jóvenes, nunca había pensado mucho en ellas desde aquel amor temprano por la señora Leath. Al recordarlo, el episodio parecía no guardar más relación con la realidad que el que guarda un débil motivo decorativo con la abigarrada riqueza de un paisaje estival. Ya no comprendía los impulsos violentos o los instantes de ensueño de su joven corazón, ni los inexplicables abandonos y reticencias del de ella. Vivió un momento angustioso cuando la perdió, el alocado choque de los instintos juveniles contra la barrera del destino, pero posteriores sensaciones, más

fuertes, lo borraron todo excepto un bosquejo del episodio, y mientras que el recuerdo de Anna Summers había convertido en sagrada la imagen de la muchacha, la clase a la que pertenecía había perdido interés.

Estas generalizaciones pertenecían, no obstante, a un estadio anterior de su experiencia. Cuanto más sabía de la vida, más inconmensurable la encontraba, y había aprendido a entregarse a sus impresiones sin sentir la necesidad juvenil de compartirlas con otros. Sin embargo, la muchacha sentada enfrente despertaba en él el hábito latente de la comparación. Se distinguía de las hijas de la riqueza por su conocimiento declarado de la vida real, una familiaridad totalmente distinta a la competencia teórica. Y, a pesar de todo, Darrow pensaba que su experiencia la había hecho libre pero no implacable, y segura de sí misma sin necesidad de reafirmarse.

La entrada en Amiens y las luces de la estación que alumbraron el compartimento interrumpieron el sueño de la señorita Viner, que, sin cambiar de postura, alzó los ojos y contempló a Darrow sin que su mirada revelara sorpresa ni desconcierto. Pareció cobrar conciencia inmediata, no tanto de dónde se encontraba sino del hecho de que estaba con él, lo que, al parecer, bastó para tranquilizarla. Ni siquiera movió la cabeza para mirar al exterior: sus ojos siguieron pendientes de él, junto a una vaga sonrisa que parecía iluminarle el rostro desde su interior, mientras los labios seguían caídos y soñolientos.

Llegaron hasta ellos gritos y pasos apresurados de viajeros a través de las tenues luces del andén. Apareció una cabeza en la ventanilla y Darrow se arrojó hacia ella para defender su intimidad, pero el intruso era sólo un empleado de ferrocarriles que hacía su ronda de inspección. Desapareció enseguida y de nuevo el tren, dando un tirón, se adentró en la oscuridad, mientras se desvanecían las luces y sonidos de la estación hasta transformarse en una bruma difusa y una resonancia hueca.

Cuando la señorita Viner reclinó de nuevo la cabeza sobre el respaldo se le cayó un mechón ondulado de cabello oscuro, que quedó posado encima de su frente. El traqueteo del tren hizo caer un rizo por encima de la oreja, que ella devolvió a su sitio con un gesto parecido al de un muchacho, sin dejar de mirar a su compañero.

—¿Es que no está cansada?

Ella negó con la cabeza, sonriendo.

—Llegaremos antes de la medianoche. Casi puntuales —dijo Darrow, tras verificar la afirmación acercando su reloj a la lámpara.

—Muy bien. Le envié un telegrama a la señora Farlow diciéndole que no se les ocurriera ir a la estación, pero seguro que le han dicho al portero que esté pendiente de mi llegada.

—¿Me dejará que la lleve hasta allí?

Asintió con la cabeza mientras se le cerraban los ojos. A Darrow le resultaba placentero que no hiciera esfuerzo alguno por hablar ni por reprimir sus ganas de dormir. Se quedó mirándola hasta que las pestañas superiores se unieron a las inferiores y ambas proyectaron una sombra conjunta sobre sus mejillas. Luego se levantó, corrió la cortina para ocultar la lámpara, y el compartimento quedó sumido en una azulada penumbra.

Cuando volvía a su asiento, pensó lo distinto que habría sido el comportamiento de Anna Summers, o incluso el de Anna Leath. No habría hablado mucho, ni habría parecido inquieta o azorada, pero su adaptabilidad, su propiedad, no habrían sido naturales, sino producto del «tacto». Lo insólito de la situación le habría impedido dormir, y si el cansancio la hubiera vencido por un instante, se habría despertado sobresaltada, preguntándose dónde estaba, cómo había llegado hasta allí y si estaba despeinada. Y ninguna otra cosa, excepto unas cuantas horquillas para el pelo y un espejo, habría podido devolverle la serenidad.

Entonces comenzó a pensar si la educación «protegida» que se aplicaba a las jóvenes no las descalificaba para su posterior contacto con la vida. ¿Se había acercado más a ella la señora Leath tras su matrimonio, su maternidad y el paso de catorce años? ¿No eran todas sus reticencias y estratagemas producto del proceso de entumecimiento que suponía «hacerse una señora»? La lozanía que lo había seducido era como la blancura artificial de flores criadas en la oscuridad.

Cuando recordó los escasos días que pasaron juntos, se dio cuenta de que, en aquel encuentro, ella había mostrado las mismas dudas y precauciones que enfriaron su anterior relación. Una vez más, habían dispuesto de una hora para estar juntos, tiempo que ella había desperdiciado. Igual que en su juventud, sus ojos prometieron cosas que sus labios tuvieron miedo de expresar. Aún le temía a la vida, a su crudeza, a sus peligros y a su misterio. Era todavía la niña mimada a la que no se puede dejar sola en la oscuridad... Sus recuerdos volaron hacia aquella historia juvenil, haciendo que detalles olvidados mucho tiempo antes cobraran vida de nuevo. ¡Qué imagen tan frágil y desvaída! Ella y él parecían los fantasmales amantes de la Urna Griega^[2], que se persiguen eternamente sin darse alcance. Hasta aquel día, no

supo qué era lo que los había separado: la ruptura había sido tan fortuita como la de dos vilanos separados por un golpe de brisa estival...

La propia insignificancia y vaguedad del recuerdo lo hacían más lastimoso. Sentía el dolor místico del padre por el hijo que muere nada más nacer. ¿Por qué tuvo que ser así, cuando cualquier pequeña influencia de distinto signo podría haberlo convertido en algo tan diferente? Si ella se le hubiera entregado, habría infundido tanto calor a sus venas como luz a sus ojos, y él la habría hecho una mujer poco a poco. Estos pensamientos le producían esa sensación de desgaste que es la cosecha más amarga de la experiencia. Con un amor así, ella podría haber obtenido el divino don de la transformación. Mas ahora su destino era envejecer repitiendo los mismos gestos y palabras que siempre había oído, quizá incapaz de ver que tras los cristales y cortinas de su conciencia la vida transcurría, una inmensidad oscura iluminada por las estrellas como el paisaje nocturno que se extendía más allá de las ventanillas del tren.

Éste aminoró su velocidad al pasar por una silenciosa estación. Darrow miró a su compañera a la luz de las lámparas del andén. Había inclinado la cabeza sobre un hombro, y sus labios estaban lo bastante separados para que el reflejo del superior oscureciera el color del inferior. Con el movimiento del tren, aquel rizo había vuelto a caer justo encima de la oreja. Danzaba sobre su mejilla como el ala parda de una mariposa sobre las flores, y Darrow sintió el intenso deseo de acercarse a ella y colocarlo de nuevo en su sitio.

IV

Cuando su automóvil, al que habían subido en la Gare du Nord, entró en el iluminado bulevar, Darrow se inclinó para señalar un letrero luminoso.

—¡Mire allí!

Sobre la puerta, un arco de luces mostraba el nombre de una gran actriz cuyas últimas representaciones de una obra extrañamente original eran comentadas en largos artículos por los periódicos de París que Darrow había traído al compartimento en Calais.

—¡Eso es lo que debe ver antes de ser veinticuatro horas más vieja!

La muchacha siguió su señal con impaciencia. Ahora estaba completamente despierta y viva, como si los embriagadores rumores de las calles, con sus largas efervescencias luminosas, hubieran pasado a sus venas igual que el vino.

—¿Cerdine? ¿Ahí es donde actúa? —dijo, sacando la cabeza por la ventana y estirándose para ver la adorada puerta. Después, se hundió en el asiento y lanzó un suspiro de satisfacción—. ¡Sólo saber que está ahí es ya delicioso! ¿Sabe que nunca la he visto? Cuando estuve aquí con Mamie Hoke, íbamos sólo a las revistas porque ella no entendía nada de francés, y cuando volví por segunda vez, a casa de los Farlow, estaba arruinada por completo y no podía pagarme la entrada, ni ellos tampoco. De modo que la única posibilidad que teníamos era que nos invitara alguno de sus amigos. Una vez fui a ver una tragedia con una señora rumana, y en otra ocasión vi *L'Ami Fritz*^[3] en el Français.

Darrow se echó a reír.

—Ahora tiene que ver más cosas. Le Vertige está muy bien, y Cerdine^[4] logra unos efectos maravillosos. Venga conmigo mañana por la tarde y la veremos. Con sus amigos, naturalmente. Y si quedan butacas, claro.

La luz de un farol iluminó su rostro radiante.

—¿De verdad que nos va a llevar? ¡Qué alegría saber que va a ser mañana mismo!

Era extremadamente satisfactorio poder dar tanto placer. Darrow no era rico, pero le resultaba casi imposible imaginar cómo se sentiría alguien de su

mismo gusto y sensibilidad para quien una tarde de teatro supusiera un capricho fuera de su alcance. Entonces le vino a la cabeza la contestación de la señora Leath cuando le preguntó si había visto la obra: «No. Quiero verla, claro, pero me agobia tanto París. Y además, estoy un poco cansada de Cerdine. Siempre te obligan a verla».

Aquella era la actitud normal ante tales oportunidades entre las personas que frecuentaba. Había demasiadas obras, eran un fastidio, uno tenía que defenderse... Hasta se acordó de haber pensado, en aquel momento, si a un gusto realmente refinado podría resultarle indiferente algo tan excepcional por haberlo visto tantas veces, o si el apetito por la belleza se marchitaba tan pronto que sólo podía revivir mediante la privación. Esta vez, de todos modos, se presentaba la oportunidad de explorar dicho apetito y, en aquel momento, casi deseó poder quedarse en París el tiempo necesario para analizar la receptividad de la señorita Viner.

Ella aún estaba regodeándose con su promesa.

—¡Es un detalle tan bonito! ¿Y cree que no va a haber localidades? —dijo—. Espero que no le moleste lo que voy a decirle, pero puede que sea mi única oportunidad, de modo que si no hay localidades para todos nosotros, ¿por qué no me lleva sólo a mí? Después de todo, es posible que los Farlow ya la hayan visto —añadió enseguida, tras una pausa de pletórica admiración.

Naturalmente, él no se molestó, sino que ella le atrajo todavía más por ser tan natural y tan sincera que no disimulaba el apetito de su famélica juventud.

—¡Desde luego que irá, de un modo u otro! —le prometió alegremente, y entonces ella se echó sobre el asiento con un suspiro de satisfacción mientras el taxi entraba en el barrio poco iluminado más allá del Sena donde vivían los Farlow...

Recordó este breve episodio la mañana siguiente, cuando abrió la ventana de su hotel al oír el temprano zumbido de la Gare du Nord.

La muchacha estaba allí, en la habitación contigua a la suya. Ése había sido su primer pensamiento al despertarse. El segundo fue una sensación de alivio ante el deber que le habían impuesto estos acontecimientos inesperados. Poder reaccionar ante la necesidad de acción, posponer a la fuerza la contemplación inútil de sus aflicciones íntimas era algo que había que agradecer, incluso si la pequeña aventura en la que estaba participando no le despertara, por sí misma, la curiosidad instintiva de ver cómo acababa.

Cuando la noche anterior él y su compañera habían llegado a la puerta de los Farlow en la rue de la Chaise, lo único que descubrieron, tras golpearla insistentemente, era que ya no vivían allí. Se habían mudado la semana

anterior, y no sólo de su apartamento, sino a algún lugar fuera de París. La ruptura de la señorita Viner con la señora Murrett había sido tan súbita que no les había dado tiempo a recibir ni la carta ni el telegrama que les había enviado. Ambos yacían, sin duda, en un casillero de la portería, pero su guardián, cuando lograron sacarlo de su guarida, no permitió a la señorita Viner verificar este hecho, y lo único que hizo, después de recibir un soborno de Darrow, fue comunicarles que los norteamericanos se habían marchado a Joigny.

Seguirlos allí a aquellas horas resultaba imposible, de modo que la señorita Viner, molesta pero no desconcertada ante este nuevo obstáculo, aceptó de buena gana la invitación de Darrow para que pasara lo que quedaba de noche en el hotel donde él se hospedaba.

El viaje de regreso a través del oscuro silencio de antes del amanecer, cuando el resplandor nocturno del bulevar se iba apagando como las luces falsas del palacio de un mago, la había impresionado tanto que pareció no dedicar más pensamientos a sus propios apuros. Darrow observó que su acompañante no percibía tanto la belleza y el misterio del espectáculo como lo que éste tenía de significado humano, con todas sus insinuaciones ocultas de emoción y aventura. Cuando pasaban por delante de las sombrías columnas del Français, que parecía distinto e igual a un templo bajo aquellas luces tan pálidas, sintió cómo le apretaba el brazo y la oyó gritar:

—¡Hay tantas cosas ahí que quiero ver con todas mis fuerzas!

Y durante todo el trayecto hasta el hotel siguió preguntándole, con inteligente precisión y una ingenua sed de detalles, por la vida teatral de París. De nuevo le sorprendió, mientras la oía, el modo en que su naturalidad aliviaba la tensión del momento y dejaba únicamente un agradable sabor a buena camaradería. Aunque era el tipo de episodio que, de antemano, podría tildarse de «embarazoso», su transcurso demostraba encontrarse tan lejos de este calificativo como un paseo al amanecer con una dríade en un bosque empapado de rocío. Darrow concluyó que la humanidad no habría necesitado inventar el tacto si antes no hubiera urdido las complicaciones sociales.

Lo que habían acordado, cuando dio las buenas noches a la señorita Viner, era que a la mañana siguiente él se informaría de los horarios de los trenes a Joigny y luego la acompañaría a la estación; pero, mientras desayunaba y esperaba que le trajeran un horario, se acordó del grito de júbilo que había dado su acompañante ante la perspectiva de ver a Cerdine. La verdad es que, puesto que aquella artista esquiva e incomparable viajaba a Sudamérica la semana siguiente, era una lástima no presenciar la que sería una de las últimas

representaciones de su papel más excelso. Así que Darrow, después de vestirse y reservar el billete de tren, decidió trasladar el resultado de sus reflexiones a la puerta de su vecina.

Ésta se abrió inmediatamente tras su llamada, y ella apareció. Su aspecto era el de un ser que acabara de sumergirse en algún elemento gaseoso que, tras rizar sus cabellos, la hubiese arropado en resplandecientes hojas tiernas.

—Bien, ¿cómo me encuentra? —dijo, y se dio la vuelta con una mano en la cintura como para mostrarle un prodigio de la alta costura parisina.

—Parece que ha llegado el baúl perdido, y que la espera ha merecido la pena.

—Entonces, ¿le gusta mi vestido?

—¡Me encanta! Siempre me han gustado los vestidos nuevos. Porque es nuevo, ¿no?

Ella rió, satisfecha de su triunfo.

—No, no. El baúl ha llegado y esta prenda ya la llevaba ayer, pero el truco nunca falla —dijo, mientras él la miraba estupefacto—. Verá, yo siempre he tenido que vestirme con retales horribles y, a veces, cuando todo el mundo iba tan elegante estrenando ropa, yo me sentía muy desgraciada. Así que un día que la señora Murrett me hizo bajar para rellenar el hueco de un invitado en la cena, decidí girarme y decirle a todo el mundo: «Bien, ¿qué os parece?». Y los engañé a todos, incluida la señora Murrett, que no reconoció mi vestido, gastado y viejo, y me dijo después que era muy de mal gusto vestirme como si fuera una invitada más. Y, desde entonces, siempre que he querido destacar, he preguntado qué pensaban de mi nuevo vestido y siempre, siempre, he logrado engañar a todo el mundo.

Mientras hablaba, gesticuló con tanta viveza que Darrow supo que su propuesta sería aceptada antes de hacerla.

—Todo esto no hace más que confirmar su vocación —dijo—. ¡Debe usted ver a Cerdine!

Y, al ver cómo le cambiaba la cara, se apresuró a exponerle su plan. Mientras lo hacía, se dio cuenta de lo fácil que era explicarle las cosas. Ella aceptaba o rechazaba sus sugerencias, pero no perdía el tiempo lamentándose, poniendo objeciones o haciendo vanos sacrificios a los ídolos de la conformidad. La convicción de que se la podía hacer reaccionar de esta manera prácticamente en cualquier momento hizo creer a Darrow que su relación había avanzado lo suficiente para que sus argumentos consiguieran desterrar la idea de correr al encuentro de sus amigos.

Sí, la verdad es que era estúpido, convino ella inmediatamente, en el caso de ángeles tan despistados como los Farlow, salir corriendo en su busca sin asegurarse a ciencia cierta de que se encontraban en Joigny y de que podía alojarse en su casa. Admitió que era muy probable que se hubiesen desplazado allá para «ahorrar», y que tal vez vivieran en un lugar demasiado pequeño para alojarla. Además, no sería justo imponer su presencia sin anunciarla. La mejor manera de arrojar luz sobre estas cuestiones era volver a la rue de la Chaise en aquel momento, más propicio para charlar que la madrugada, confiar en que el portero no fuera tan parco en detalles como entonces y hacer planes según lo que dijera.

La señorita Viner aceptó la sugerencia punto por punto, admitiendo, a la luz de su inexplicable huida, que dada la situación en que podían encontrarse los Farlow lo más aconsejable era no entrometerse sin avisar. La preocupación por sus amigos pareció prevalecer sobre consideraciones personales, y esta pequeña muestra de su carácter le deparó a Darrow un enorme placer. Accedió a la propuesta de éste de ir en seguida a la rue de la Chaise, pero no quiso ir en coche, argumentando que «sería una lástima» no pasear por París, de modo que los dos se apresuraron a pasear por entre el bullicio de las calles.

El paseo fue lo bastante largo como para que Darrow pudiese descubrir muchas cosas de ella. La lluvia de la noche anterior había limpiado la atmósfera, y la belleza matutina de París refulgía bajo un cielo húmedo repleto de manchas azules y blancas. Darrow volvió a notar que la sensibilidad visual de su acompañante era menos aguda que sus sentimientos por lo que los Farlow —a quienes ya parecía conocer— habrían llamado «el interés humano». La señorita Viner parecía insensible ante cualquier manifestación de forma o color, o a cualquier sugerencia imaginativa, de modo que el espectáculo que aparecía ante los ojos de él, cuyo esplendor escénico tanto lo conmovía, se fragmentaba, en los de ella, en mil detalles distintos: los artículos de las tiendas, las diferentes personalidades y ocupaciones que revelaban los rostros de los transeúntes, los letreros de las calles, los nombres de los hoteles por los que pasaban, los abigarrados colores de los puestos de flores y las iglesias y sedes de instituciones públicas que le llamaban la atención. Sin embargo, lo que más le gustaba, según adivinó él, era el simple hecho de pasear por una ciudad extranjera bajo una luz cegadora, mientras su lengua decía lo que le venía en gana y sus pies se movían al ritmo de los poderosos y orquestados sonidos urbanos. Su deleite por el aire puro, la libertad, la claridad y los destellos de la mañana fueron

como súbitas revelaciones de su inescrutable pasado, si bien a él tampoco le resultaba indiferente sentir cómo su presencia acrecentaba aún más dicho deleite. Ojalá pudiera saber lo que representaba para ella, pensaba, aunque sólo fuera en calidad de acompañante que la escuchaba. La muchacha había estado desesperada por encontrar a alguien con quien hablar, alguien ante quien pudiese desvelar y sacar a la luz sus pobres y escondidas emociones. Su súbita cercanía revelaba años de represión, y la piedad que le inspiraba hizo que Darrow decidiera aprovechar intensamente aquellas pocas horas libres que le quedaban.

Sophy tenía el don de las definiciones rápidas, y las preguntas a las que la sometió sobre su vida con los Farlow, durante el tiempo transcurrido entre las épocas Hoke y Murrett, evocaron pintorescos rasgos de la vida parisina. Los Farlow, pintor él y ella escritora «para las revistas», fueron descritos en toda su insobornable simplicidad: una pareja madura de Nueva Inglaterra, con vagos anhelos de libertad, que vivían en París como si fuera un barrio residencial de Massachussets y que insistían con vehemencia en la «superioridad» del carácter galo. Con la misma nitidez, la señorita Viner describió a los componentes del círculo a partir del cual la señora Farlow había compuesto «Una mirada íntima a la vida francesa», título que apareció sobre su firma en una serie de artículos publicados por una importante revista de Nueva Inglaterra: la dama rumana que les había enviado entradas para el teatro, un anciano señor francés que, tras pasar en Folkestone una semana, traducía obras literarias inglesas para periódicos de provincias, una señora de Wichita, Kansas, que estaba a favor del amor libre y de la abolición del corsé, la viuda de un cura anglicano de Torquay que había escrito una «Guía de museos extranjeros para señoras inglesas» y un escultor ruso que vivía con muy poca cosa y que era, casi con total certeza, un anarquista. Este núcleo, y un grupo más amplio de estudiantes de música, arquitectura y otras ciencias, todos ellos norteamericanos, fueron sucesivamente descritos por la imaginación de la señora Farlow como «universitarios de París», «habituales de un salón del Faubourg St. Germain», «intelectuales parisinos» y «habitantes de Montmartre», pero incluso su capacidad para extraer de ellos los más variados efectos literarios no fue suficiente para que las «miradas íntimas» tuviesen éxito, de modo que un día, dado que los paisajes del señor Farlow tampoco se vendían, la valerosa pareja se vio obligada a retirarse «temporalmente» al campo, estancia que luego sería descrita con el título «Escenas de la vida de un *château*».

Los cinco años pasados con la señora Murrett, aunque incrementaron el cariño de Sophy por los Farlow, terminaron con las escasas ilusiones que albergaba con respecto a la ayuda que éstos podían prestarle en sus proyectos, así que confesó a Darrow sin rodeos que sus planes para convertirse en actriz aún seguían siendo muy difusos. Dependían en gran medida de la buena voluntad de una anciana actriz de comedia con quien la señora Farlow mantenía cierta amistad (que había aprovechado intensamente para escribir «Estrellas de las candilejas francesas» y «Detrás del telón del Français») y que una vez había oído recitar *Nuit de Mai*^[5] a la señorita Viner con un gesto de aprobación.

—Naturalmente, sé que eso no cuenta mucho —dijo la muchacha en uno de sus momentos de lucidez—. Y, además, es muy improbable que un fósil como la señorita Dolle consiga que alguien le preste atención, aunque pensara que de verdad tengo talento. Lo que sí podría hacer es presentarme a otras personas o, al menos, darme unos cuantos consejos. Si pudiera ganar lo suficiente para pagarme lecciones, iría directamente a alguno de los grandes nombres para trabajar con ellos. Tal vez los Farlow puedan encontrarme algo así: un contrato con alguna familia norteamericana como los Hoke que quisiera una «acompañante» en París y que me dejara tiempo suficiente para estudiar.

Cuando llegaron a la rue de la Chaise, lo único que consiguieron averiguar fue la dirección de los Farlow y que habían subarrendado el piso antes de dejarlo. Después, Darrow propuso a la señorita Viner ir andando por los muelles hasta un pequeño restaurante con vistas al Sena donde, mientras saboreaban el *plat du jour*, podrían decidir cuál iba a ser el siguiente paso. Las mejillas de Sophy estaban rojas tras la larga caminata, un seguro indicio de que tenía hambre, y por eso no puso ningún reparo a la sugerencia de Darrow. Después de llegar hasta el río caminaron hacia Notre Dame, deteniéndose en numerosas ocasiones porque él no podía reprimir sus deseos de pararse en los puestos de libros y ella quería saborear los hermosos y distintos matices del paisaje. Durante dos años, los ojos de Darrow habían estado sometidos a los efectos atmosféricos de Londres, esa misteriosa fusión de ciudad oscura y apilada y cielo cubierto y bituminoso, de modo que la transparencia del aire de París, que mantenía el verdor de los jardines y el color plateado de las piedras en clásica nitidez y, a la vez, en tan dulce armonía, parecía tener una especie de inteligencia consciente. Todos los detalles arquitectónicos, los arcos de los puentes, el transcurrir junto a ellos del ancho y brillante río, contribuían a acentuar dicho efecto y, a la vez,

emitían por separado un significado especial y distinto a cualquier memoria sensible. De este modo, pasear por las calles de París era para Darrow como desplegar un enorme tapiz del que se desprendían incontables fragancias al sacudirlo.

Una prueba de la riqueza y vistosidad del espectáculo era que servía de trasfondo al gozo de la señorita Viner sin perder ninguna coherencia. Era un escenario válido tanto para su aventura personal como para evocar grandes sentimientos. Para ella, como él percibió en cuanto se sentaron en una mesa junto a una ventana que daba al Sena, París era «París» en virtud de todas sus distracciones, de su infinita capacidad para otorgar placer. ¿En qué otro lugar, por ejemplo, podían encontrarse aquellos pequeños platitos de entremeses: las anchoas y los rábanos, dispuestos simétricamente, las delgadas y doradas conchas de mantequilla, las fresas o las jarritas marrones de nata que proporcionaban a la comida los más refinados detalles rústicos? ¿Es que él no había notado, precisó ella, que la cocina es siempre expresión del carácter nacional y que la comida francesa es inteligente y divertida porque los habitantes del país lo son? ¿Es que no apreciaría la diferencia en caso de que un hada los transportara de pronto a Londres y aquello se convirtiera en una cena compuesta de costillas y *pudding*? A ella siempre le había parecido bien que a la gente le gustara el estofado irlandés, porque era señal de que apreciaban el cambio, la sorpresa y los avatares de la vida. Justo en aquellos momentos les estaban sirviendo navarin, la versión parisina de dicho plato, que se parece a la mejor de las conversaciones, aquella en la que uno nunca sabe de antemano lo que va a decir.

Mientras Darrow contemplaba el placer que ella extraía del inocente festín se preguntó si aquella frescura y vivacidad eran síntomas de su vocación por la escena. En muchachas como ella, ciertas personas habrían detectado inmediatamente un don histriónico, pero la experiencia le había enseñado que, excepto en momentos de creatividad, la llama divina no brillaba con gran fuerza en aquellos que la poseían. Las pocas actrices inteligentes que había conocido le parecieron, al conversar con ellas, o bien estúpidas, o «alegres» en su sentido más primitivo. Creía que, excepto en las mentes de los genios, el proceso creativo absorbe tanto del ser que no deja mucho resquicio a la expresión personal, de modo que la muchacha que tenía ante él, con sus gestos tan vivaces y sus deseos tan cambiantes, parecía destinada a trabajar más en la vida real que en cualquiera de sus simulaciones.

Cuando ya les habían servido el café y los licores, la mente de Sophy volvió a acordarse de los Farlow. Brincó, como siempre hacía en sus

momentos de subversión, y declaró que tenía que telegrafiarlos de inmediato. Darrow pidió papel y pluma, y enseguida hicieron sitio en la mesa para el tintero casi vacío y el empapado secante del restaurante parisino; pero una simple ojeada a estos gastados objetos pareció paralizar las facultades de la señorita Viner. Durante un instante permaneció inclinada sobre el impreso para el telegrama con las cejas arqueadas por los nervios y la pluma presionada sobre los labios, hasta que por fin alzó sus ojos preocupados y miró a Darrow.

—La verdad es que no sé cómo decírselo.

—¿El qué? ¿Que va a quedarse para ver a Cerdine?

—Pero ¿es cierto? ¿Es totalmente cierto?

Su rostro brilló de alegría en aquel momento. Entonces, Darrow consultó su reloj.

—Va a ser difícil que respondan a su telegrama antes de que pueda coger un tren para Joigny esta tarde, incluso si sus amigos dicen que pueden hospedarla.

Ella se quedó pensativa, golpeando la pluma contra los labios.

—Pero al menos sabrán que estoy aquí. Tengo que saber cuanto antes si me pueden hospedar. —Entonces soltó la pluma sobre la mesa, como desesperada—. ¡Nunca he sabido escribir un telegrama! —suspiró.

—Hágalo como si fuera una carta. Dígales que llegará mañana.

Esta sugerencia dio pie a un inmediato alivio. Sophy introdujo la pluma en el tintero y comenzó a escribir, pero tras garabatear signos durante unos instantes volvió a detenerse otra vez.

—¡Oh! ¡Es terrible! ¡No sé qué demonios decir! ¡No quiero que se enteren de lo mal que se ha portado la señora Murrett!

Darrow no creyó necesario responder. Después de todo, no era asunto suyo. Encendió un puro y se acomodó en su silla, con los ojos rebosantes de indolente placer. Mientras luchaba por decir algo, el sombrero de Sophy se había deslizado para atrás, dejando caer aquel rizo que él había ansiado tocar la noche anterior. Tras observarlo un momento, se levantó y fue andando hasta la ventana. Entonces oyó cómo la pluma se deslizaba sobre el papel.

—No quiero que se molesten. Estoy segura de que tienen ya bastantes preocupaciones.

Entonces la pluma dejó de deslizarse.

—Ojalá no fuera tan idiota cuando escribo. Todas las palabras se asustan y se me escurren al intentar atraparlas.

Darrow regresó a la mesa sonriendo y ella volvió a retomar la tarea, como una estudiante que lucha por escribir una redacción. Sus mejillas encendidas y sus cejas arqueadas eran la prueba de que sus dificultades eran ciertas y no un recurso barato para atraerlo a su lado. Era realmente incapaz de expresar sus pensamientos por escrito, y esta incapacidad era quizá una característica de su mente rápida e impresionable y del incesante ir y venir de sus sensaciones. Darrow se acordó de las cartas de Anna Leath, en concreto de las pocas que había recibido años antes de la muchacha que entonces se llamaba Anna Summers. Recordó su escritura, firme y alargada, la clara estructura de las frases y, gracias a una súbita asociación de ideas, pensó que, en aquel preciso momento, un documento parecido podría estar esperándole en el hotel.

¿Qué sucedería si en efecto estaba allí y en ella se explicaba el contenido del telegrama? Esta posibilidad le desató una reacción sentimental de tal calibre que, de pronto, empezó a mirar a la muchacha con cierta impaciencia. Le sorprendió lo estúpida que era, y se preguntó cómo podía haber malgastado la mitad del día con ella, mientras la carta de la señora Leath podría estar esperándole sobre la mesa. En aquel momento, si hubiese podido escoger, habría abandonado inmediatamente a su compañera, pero la había tomado bajo su protección y debía atenerse a las consecuencias.

Sophy, merced a una extraña intuición, advirtió el cambio en su estado de ánimo, pues de pronto se levantó de la silla, cogió la carta y la arrugó hasta hacerla una bola.

—Soy demasiado estúpida, así que no voy a hacerle esperar más tiempo. Volveré al hotel y lo escribiré allí.

El rubor de la joven se acentuó y por primera vez, cuando sus ojos se encontraron, Darrow observó un ligero azoramiento en los de Sophy. Quizá el motivo de su confusión era haberse aproximado tanto a ella. Esta posibilidad logró que la difusa impaciencia que mostraba con su acompañante se transformara en claro resentimiento contra sí mismo. La verdad era que ninguna excusa podía justificar el comienzo de aquella aventura. ¿Por qué no había enviado a la muchacha a Joigny en el tren vespertino, en vez de retenerla utilizando a Cerdine como pretexto? Darrow conocía a mucha gente en París, de modo que su enfado se acrecentó ante la eventualidad de que cualquier amigo de la señora Leath pudiese verlo en el teatro y comunicarle que lo había visto con una compañera sospechosamente hermosa. La idea le era en exceso desagradable: no quería que la mujer a quien él adoraba pudiera pensar que la olvidaba en ningún instante. En aquel momento ya se había convencido por completo de que en el hotel le aguardaba una carta de ella, e

incluso se imaginaba que su contenido anulaba el requerimiento del telegrama y le pedía que fuese a verla en seguida...

V

En el mostrador de la recepción del hotel, el cartel *Pas de lettres* rasgó este tejido de esperanzas hasta destruirlo.

La señora Leath no había escrito, ni siquiera se había tomado la molestia de explicar el telegrama. Darrow se retiró profundamente humillado, mientras el cúmulo de esperanzas y miedos que abrigaba quedaba en ridículo ante el sobrio silencio de Sophy. Antes, al volver al hotel después de almorzar, ya le había hecho la misma pregunta al conserje, y ahora, a última hora de la tarde, recibía la misma respuesta negativa. Ya habían repartido el correo por segunda vez y no había nada para él.

Una ojeada a su reloj le bastó para comprobar que apenas le quedaba tiempo para vestirse antes de llevar a cenar a la señorita Viner, pero cuando se aproximaba al ascensor se le ocurrió una idea y le puso un telegrama a su criado en Londres: «¿Me has enviado alguna carta hoy con matasellos francés? Telegrafía al Terminus».

Con toda seguridad, llegaría alguna respuesta al volver del teatro, y así sabría con certeza si la señora Leath le había escrito o no. Luego entró en su habitación y se vistió con el ánimo mucho más aplacado.

Por fin había llegado el baúl errante de la señorita Viner, la cual, vestida con todo el modesto esplendor que éste contenía, resplandecía cuando se sentó a la mesa del restaurante. Darrow la encontró más bonita e interesante que antes, como reacción de su vanidad herida. El vestido, que le ceñía el cuello, mostraba la hermosa cabeza que descansaba en su esbelto cuello, y el ala ancha de su sombrero parecía un arco que le enmarcaba el cabello como un halo oscuro. Sus ojos y sus labios brillaban, complacidos, y, mientras ella refulgía ante él a la luz de las velas, Darrow sintió que no tenía por qué lamentar que la vieran con él en público. Incluso echó una ojeada al local con la vaga esperanza de encontrar algún conocido.

En el teatro, la vivacidad de Sophy se transformó en silencio absoluto en cuanto se sentó en la esquina de su *baignoire*. Profundamente atenta, su mirada era la de un neófito a punto de ser iniciado en los sagrados misterios. Darrow se sentó detrás de ella para poder observar su perfil, situado entre él y

el escenario. Le conmovía la juvenil gravedad de su expresión. A pesar de todas las experiencias que, con toda seguridad, había tenido a sus veinticuatro años, le pareció que era intrínsecamente joven, y comenzó a preguntarse cómo una cualidad tan evanescente podía haberse conservado en el reseco ambiente de la casa de la señora Murrett. Cuando la obra empezó, pudo observar cómo la inmovilidad de Sophy era atravesada por fugaces destellos de percepción. No se estaba perdiendo nada, y la intensidad de su atención cada vez que Cerdine entraba en escena marcaba una línea de ansiedad entre sus cejas.

Después del primer acto, Sophy quedó extasiada e inmóvil. Luego se volvió hacia su compañero para hacerle unas cuantas preguntas. Darrow dedujo de ellas que había estado menos interesada en seguir el argumento de la obra que en observar los detalles de su interpretación. Todos los gestos e inflexiones de la gran actriz habían sido no sólo reconocidos sino también analizados, y Darrow sintió una íntima satisfacción por ser consultado como una autoridad del arte histriónico. Hasta entonces, su interés había sido simplemente el de un joven culto y curioso ante cualquier manifestación artística, pero al contestar a sus preguntas dijo cosas que sin duda parecieron notables y originales a su interlocutora, de modo que quedó bastante satisfecho. A la señorita Viner le interesaba más oír sus opiniones que expresar las suyas, así que la deferencia con que recibió los comentarios de su anfitrión empujó a éste a expresar ideas acerca del teatro que nunca había imaginado tener.

En el segundo acto, Sophy comenzó a prestar más atención al desarrollo de la obra, aunque su interés se centró más en lo que ella denominaba «la historia» que en el conflicto de caracteres que la originaba. Ligada extrañamente a su aguda percepción de las cosas del teatro, a su conocimiento de recursos técnicos y trucos improvisados, y a sus continuas referencias a «réplicas» y «telones», se encontraba la primitiva simplicidad de su actitud frente a la historia, frente a lo que «sucedió de verdad», igual que si se tratara de un episodio del que se es testigo, como una pelea callejera o una discusión oída a través de la pared. Sophy quería saber si Darrow pensaba que los amantes iban a verse afectados «de verdad» por la catástrofe que los amenazaba y, cuando él le recordó que sus opiniones no contaban por haber visto antes la obra, ella exclamó: «¡Oh, por favor, no me diga lo que va a pasar!». Un instante después se interesó por la situación teatral de Cerdine y su vida privada. Sobre este último punto, algunas preguntas que le hizo eran de las que las jóvenes nunca hacen, y que ni siquiera saben cómo hacer,

aunque el evidente desconocimiento de este hecho parecía deberse más a sus antiguos amigos que a ella misma.

Al término del segundo acto, Darrow propuso que dieran una vuelta por el vestíbulo. Sentados en uno de los arrugados sofás de terciopelo rojo, presenciaron el oleaje de la multitud de uno a otro lado, a la luz de lámparas y dorados. Luego, al quejarse ella del excesivo calor, Darrow la condujo a través de la muchedumbre hasta el abigarrado café, donde les sirvieron dos naranjadas entre los hombros de otros clientes. Darrow, tras encender un cigarrillo mientras ella sorbía su naranjada, experimentó la primitiva complacencia que siente todo hombre cuando otros hombres miran a su acompañante.

En una esquina de la mesa yacía un manoseado ejemplar de una revista teatral. Sophy la cogió y, después de consultar una página, alzó de pronto los ojos.

—¡Van a poner *Edipo*¹⁶¹ mañana por la tarde en el Français! Supongo que la ha visto muchas veces —dijo, excitada.

Él le devolvió la sonrisa.

—Usted también debe verla. Iremos mañana.

Ella suspiró al oír la propuesta, sin descartarla.

—¿Y cómo? El último tren para Joigny sale a las cuatro.

—Pero usted aún no sabe si sus amigos van a poder hospedarla.

—Lo sabré mañana temprano. Le pedí a la señora Farlow que telegraficara en cuanto recibiera mi carta.

Darrow se sintió súbitamente abatido. Sus palabras le recordaron que, en cuanto regresaron al hotel después de almorzar, ella le había dado una carta para echar al correo, y que él lo había olvidado por completo. Debía estar todavía en el bolsillo del gabán que se había quitado antes de vestirse para cenar. Nervioso, arrastró su silla hacia atrás, lo que hizo que ella lo mirara.

—¿Ocurre algo?

—No, nada. Sólo que es posible que la carta no haya salido en el correo de esta tarde.

—¿No? ¿Por qué?

—Porque me temo que ya era demasiado tarde.

En aquel momento inclinó la cabeza para encender otro cigarrillo.

Sophy juntó las manos, un gesto que había visto hacer a Cerdine, como él advirtió, divertido.

—¡Oh, bueno, eso no se me había ocurrido! Pero seguro que les llega mañana por la mañana.

—En algún momento de la mañana, supongo. Ya sabe usted que en Francia el correo rural nunca tiene prisa. La verdad es que, posiblemente, su carta no habría llegado esta tarde en ningún caso —dijo Darrow, pensando que esta ocurrencia casi le absolvía de toda culpa.

—Quizá debiera haberles teleografiado.

—Lo haré yo mañana por la mañana, si usted quiere.

Entonces sonó la campana que anunciaba el fin del entreacto, y ella se puso de pie enseguida.

—¡Vamos! ¡No podemos perder ni un minuto!

Sophy, olvidando de inmediato a los Farlow, se cogió del brazo de su acompañante y se dirigió entre empujones al interior de la sala.

En cuanto subió el telón se olvidó también de Darrow. Éste, observando desde el rincón al que había regresado, pudo ver cómo olas de sensaciones batían contra el cerebro de la joven. Era como si una sensibilidad hambrienta tanteara sin parar la marea ascendente; como si todo lo que estaba viendo, oyendo, imaginando, llenara el vacío de aquello que siempre le había sido negado.

Y mientras la observaba, experimentó otra vez un vicario disfrute de su placer. Sophy era capaz de absorber todas las sensaciones, de transmitir las físicamente en emanaciones que hacían bailar la sangre en sus venas. Darrow no había tenido demasiadas ocasiones de estudiar los efectos de una impresión completamente nueva en un temperamento tan sensible, y entonces sintió el fugaz deseo de hacer vibrar las cuerdas de este temperamento para su propio deleite.

Al final del siguiente acto, Sophy se dio cuenta de que, de camino al café, había perdido el bonito programa ilustrado que Darrow le había comprado. Entonces quiso volver a buscarlo, pero él le aseguró que sería más fácil comprar otro. Cuando se dispuso a hacerlo, ella se levantó de su asiento sin dejar de protestar, molesta porque tuviera que gastar otro franco en adquirirlo. Esta frugalidad asombró a Darrow porque contrastaba con la natural y brillante profusión de la muchacha; y de nuevo sintió el deseo de enderezar una injusticia tan ignominiosa.

Al regresar al palco, Sophy estaba todavía de pie en el umbral de la puerta. Darrow observó que había otros ojos pendientes de ella además de los suyos. En aquel momento, una nueva impresión desvió inesperadamente su interés. Por encima de los mustios rostros del público parisino divisó de pronto la cara lozana y bien parecida de Owen Leath haciéndole señas. El joven, delgado y ágil, se había separado de dos amigos muy parecidos a él y

se abría paso entre la multitud en dirección al amigo de su madrastra. Este encuentro no podía resultar más inoportuno, pues despertó en Darrow una confusión de sentimientos de los cuales sólo los más tangibles se aplacaron al ver que Sophy Viner, como advertida de antemano, volvía a hundirse en la oscuridad del palco.

Un minuto más tarde, Owen Leath se encontraba a su lado.

—¡Estaba seguro de que eras tú! ¡Qué suerte encontrarnos aquí! ¿Vendrás con nosotros a cenar cuando esto se acabe? A Montmartre o a donde quieras. Las dos personas que me acompañan son amigos míos del Beaux Arts, las dos excelentes personas. Nos gustaría tanto...

Por espacio de medio segundo, Darrow creyó leer en sus amables ojos la frase «que también nos acompañara esa dama» pero, al final, las palabras que utilizó fueron «que vinieras con nosotros».

Darrow se excusó tras agradecerle el ofrecimiento y siguió manteniendo durante unos minutos una conversación en la que cada palabra y cada tono de la voz de su interlocutor fueron como luces cegadoras dirigidas a unos ojos exhaustos. Se alegró al oír el timbre que anunciaba el comienzo del siguiente acto, y el joven Leath se despidió con esta amable invitación:

—Entonces quizá nos veamos en Givré^[7], más adelante.

Al volver con la señorita Viner, la primera preocupación de Darrow fue descubrir, mediante una rápida ojeada al patio de butacas, si Owen Leath podía ver desde su localidad el palco donde ellos estaban. Como no pudo encontrarle, Darrow dedujo que el joven lo había visto en el pasillo y no mientras se hallaba junto a su compañera. No acertaba a comprender por qué este detalle le parecía tan importante, pero la verdad era que su deseo de aclararlo se debía menos a la estima que le merecía la señorita Viner que a la persistente visión de unos ojos serios y ofendidos...

Durante el trayecto de regreso al hotel, dicha visión no dejó de rondarle, pues se le ocurrió que el correo de la tarde podría haberle traído una carta de la señora Leath. E incluso si la carta no había llegado, su criado podría haber teleografiado para decir que estaba en camino. Estos pensamientos enfriaron el interés por su acompañante hasta convertirlo en fraterno o casi paternal. Después de todo, ella no era para él más que una criatura joven y atractiva a la que resultaba moderadamente agradable regalarle una tarde de diversión; y cuando, al llegar a la iluminada marquesina del hotel, ella se volvió, acercando su semblante feliz al suyo, él se apartó y fingió estar absorto abriendo la portezuela del coche.

En la recepción, el empleado, después de buscar inútilmente en los casilleros, creyó recordar que, en efecto, había llegado un telegrama o una carta para el caballero, lo que hizo que Darrow se mostrara impaciente por subir a su habitación. Cuando subieron, vació el largo y mal iluminado pasillo, Sophy se detuvo en la puerta de su habitación y le tendió una mano mientras con la otra se sujetaba los pálidos pliegues del vestido.

—Si el telegrama llega temprano me iré en el primer tren, así que supongo que debemos decirnos adiós —dijo, con los ojos oscurecidos por cierta tristeza.

Darrow, súbitamente arrepentido, se dio cuenta de que, de nuevo, se había olvidado de echar su carta. Mientras sus manos se unían, resolvió hacerlo en cuanto se separaran.

—Bueno, espero verla por la mañana.

Un temblor placentero recorrió el rostro de la muchacha, que lo miraba sonriendo con aire vacilante.

—De todos modos —dijo— quiero agradecerle el día tan bueno que he pasado.

Darrow sintió en las manos de la joven el mismo temblor que había visto en su cara.

—Nada de eso. Soy yo quien tiene que agradecersele... —contestó, mientras se llevaba la mano de ella hasta los labios.

Cuando la soltó y las miradas de ambos se encontraron, pudo ver en los ojos de la muchacha algo parecido a una luz que brilla fugazmente detrás de las cortinas de una ventana.

—Buenas noches. Debe encontrarse muy cansada —dijo, en tono amable pero firme, y se volvió sin esperar siquiera a que se metiera en su habitación. Luego entró en la suya palpando en la oscuridad hasta encontrar el interruptor de la luz eléctrica. La luz le descubrió un telegrama que había sobre la mesa, y entonces se olvidó de todo lo demás.

«No hay cartas desde Francia», decía el texto.

El telegrama cayó de sus manos al suelo mientras él también se desplomaba en una silla al lado de la mesa y se quedaba mirando al lúgubre estampado gris y verde oliva de la alfombra. Ella no había escrito, y era obvio que no iba a escribir. Si hubiera querido explicar el telegrama, lo normal habría sido escribir una carta al día siguiente de enviarlo. Evidentemente, sus intenciones no eran ésas, y lo único que cabía deducir de su silencio era que no tenía explicación alguna que dar, o que el asunto le resultaba tan indiferente que ni siquiera pensaba que fuera necesaria darla.

Al tener que enfrentarse cara a cara con estas eventualidades, Darrow sintió recrudecerse su antigua tristeza juvenil. Ya no era su vanidad herida la que clamaba. Se dijo que podría aguantar mejor el dolor si la imagen de la señora Leath quedaba incólume; pero lo que no podía soportar era que fuera trivial o insincera. La idea le resultaba tan intolerable que sintió el ciego deseo de castigar a una tercera persona por el dolor que sentía.

Mientras seguía sentado, sin dejar de observar la alfombra, los dibujos de ésta se difuminaron hasta convertirse en una mancha desde la que los ojos de la señora Leath volvían a mirarlo. Vio perfectamente la hermosa curva de sus cejas y su profunda mirada al despedirse de él aquella última tarde que pasaron juntos en Londres. «Ahora debemos decirnos adiós», dijo: la misma frase de despedida que había utilizado Sophy Viner.

Este pensamiento le hizo ponerse en pie en seguida y buscar el abrigo en el que había dejado la carta de la señorita Viner. El reloj marcaba la una menos cuarto, y aunque sabía que daba igual echar la carta al buzón en aquel momento o por la mañana a primera hora, quiso acallar su conciencia y, una vez recobrada la misiva, se dirigió a la puerta.

Un ruido procedente de la habitación contigua le impulsó a detenerse. De nuevo fue consciente de que, unos pocos metros más allá, al otro lado de un delgado tabique, una llama de vida pequeña pero entusiasta temblaba y agitaba el aire. El rostro de Sophy volvía a él con insistencia. Recordó con una débil sonrisa de placer retrospectivo la alegría de la muchacha durante toda la tarde y las innumerables redes que había lanzado para captar todas las impresiones.

Asimismo, pensar que en aquel momento ella estaba viviendo su felicidad con tanta intensidad como él su infortunio reafirmó aún más su presencia. En su caso era irremediable, pero en el de ella no iba a ser difícil proporcionarle unas horas más de placer. ¿Y acaso ella no lo esperaba secretamente? Después de todo, si hubiera tenido tantas ganas de ver a sus amigos, les habría telegrafiado nada más llegar a París, en lugar de escribirles. Entonces se preguntó cómo un recurso tan manido para ganar tiempo no le había sorprendido en aquel momento. El hecho de haberlo utilizado no redujo su estimación por ella; simplemente reforzó el impulso de aprovechar mejor su oportunidad. Si la pobre muchacha ansiaba un poco de diversión, un intervalo más de vida personal, ¿por qué no concederle otro día en París? Además, si lo hacía, ¿no estaba únicamente haciendo realidad sus propias esperanzas?

Con esta idea revivieron sus simpatías por ella. De nuevo halló un interés absorbente en la muchacha, como evasión de sí mismo y como objeto

alrededor del cual poder llevar a cabo sus frustradas actividades. Su presencia al otro lado de la puerta le hacía sentirse menos solo, y como muestra de gratitud por el alivio que le dispensaba comenzó indolentemente a idear nuevas formas de retenerla. Se retrepó en su silla, encendió un puro y esbozó una sonrisa al acordarse de la imagen sonriente de Sophy. Trató de imaginar qué momento de los vividos aquel día estaría recordando ella en ese preciso momento, y qué papel desempeñaba él en dicho recuerdo. Con toda seguridad, no era pequeño, y esta certeza era, sin duda, placentera.

De vez en cuando, algún ruido en la habitación contigua le representaba con mayor intensidad la realidad de la situación y la singularidad de aquella inmensa y abigarrada soledad que los acogía a los dos momentáneamente, entre largas filas de habitaciones, cada una de ellas con un secreto distinto. La proximidad de todos aquellos misterios que rodeaban los suyos deparó a Darrow una sensación aún más cercana de la presencia de la muchacha, y a través del humo del puro su imaginación la acompañó mientras se movía de aquí para allá, acarició la curva de sus brazos jóvenes y esbeltos mientras los levantaba para soltarse el cabello, imaginó cómo se bajaba el vestido hasta la cintura y luego hasta las rodillas, así como la blancura de sus pies mientras se deslizaban por el suelo hasta la cama...

Entonces se levantó de la silla y se desperezó mientras bostezaba y tiraba lo que quedaba del puro. Sus ojos, al seguirlo, se posaron en el telegrama que había arrojado al suelo. De pronto cesaron los ruidos de la habitación contigua y otra vez se sintió solo y desgraciado.

Abrió la ventana, colocó los brazos en el alféizar y contempló la masa urbana salpicada de luces. Luego alzó una mirada al oscuro cielo, en el que brillaba el lucero del alba.

VI

En el Théâtre Français, la tarde siguiente, Darrow bostezaba y no dejaba de moverse en su butaca.

Hacía calor, el teatro estaba atestado, la atmósfera cargada y la representación era decididamente mala, o al menos así le parecía a él. Miró a su compañera y se preguntó si opinaría lo mismo. Su rostro embelesado no dejaba entrever el menor malestar, pero quizá la educación la obligaba a fingir un interés que no sentía. Darrow se retrepó en su butaca con impaciencia, ahogando otro bostezo y tratando de concentrarse en el escenario. Allí transcurrían grandes acontecimientos, y él no era insensible a las adustas bellezas del teatro clásico. Pero los intérpretes le parecían tan faltos de vida como el ambiente cargado de la sala. Se trataba de los mismos actores a los que había aplaudido en otras ocasiones interpretando los mismos papeles, y quizá este hecho incrementaba la sensación de anquilosamiento y vulgaridad que transmitía su trabajo. Probablemente era ya hora de infundir sangre nueva en las venas de un arte agonizante. Tuvo la impresión de que los actores eran fantasmas que representaban un espectáculo espectral en las orillas de la Estigia.

Lo cierto es que no era la manera más provechosa de pasar las horas doradas de una tarde de primavera para un joven acompañado de una bonita muchacha. La lozanía del rostro que estaba a su lado, que reflejaba la de la estación, evocaba el sol tamizado por hojas jóvenes, el ruido de un arroyo entre la hierba, sombras de árboles proyectadas sobre prados mecidos por el viento...

Cuando, por fin, el único entreacto de la obra interrumpió el fatídico pisar de los coturnos y Darrow sacó a la señorita Viner a un balcón que daba a la plaza donde se situaba el teatro, se volvió para ver si ella compartía sus sentimientos. Sin embargo, la mirada embobada que vio en la joven detuvo las palabras de menosprecio que iban a articular sus labios.

—¿Por qué me ha traído aquí? Habríamos tenido que salir de puntillas y aguardar en la oscuridad a que volviera a empezar.

—¿Ése es el efecto que ha tenido sobre usted?

—¿Y sobre usted no? ¿No ha sentido como si hubiera dioses detrás de ellos, moviéndolos todo el tiempo como marionetas? —dijo, mientras apretaba la barandilla con las manos y su rostro brillaba y se oscurecía siguiendo los bandazos producidos por sucesivas impresiones.

Darrow sonrió, complacido por su satisfacción. Después de todo, él había sentido lo mismo hacía mucho tiempo. Tal vez el responsable de que la poesía de la obra pareciera haberse evaporado fuera él y no los actores... Pero no, su impresión era acertada: la obra era aburrida y rancia. Eran precisamente la inexperiencia de su compañera, sus escasas posibilidades de comparar y contrastar, las que le llevaban a creer que se trataba de una obra excelente.

—Tenía miedo de que se aburriese y quisiera marcharse.

—¿Aburrida? —dijo, como ofendida—. ¿Es que piensa que soy demasiado ignorante y estúpida para disfrutarla?

—No, no es eso.

La mano de ella, próxima a la suya, aún se aferraba al balcón, y él la cubrió con la suya durante un momento. Al hacerlo, vio cómo las mejillas de la joven se encendían y temblaban.

—Dígame su opinión —dijo Darrow, agachando un poco la cabeza y consciente sólo a medias de sus palabras.

Sophy no volvió la cara, sino que comenzó a hablar rápidamente, tratando de transmitirle algo de lo que sentía. Sin embargo, era obvio que no estaba acostumbrada a analizar sus emociones estéticas y que los turbulentos sucesos de la tragedia la habían dejado boquiabierta, como si se tratara de una tempestad o un cataclismo. Carecía de referencias históricas o literarias a las que asociar sus impresiones: durante sus años de formación, por lo visto, nunca había estudiado literatura griega. Y, sin embargo, sentía cosas que posiblemente hubieran pasado desapercibidas a una joven con estudios clásicos: la fatalidad ineludible del argumento, la aterradora presencia en él de la misma «suerte» misteriosa que había movido los hilos de su modesto destino. Para ella no se trataba de literatura, sino de hechos, tan reales, tan cercanos como lo que le pasaba en aquel momento y lo que fuera a ocurrirle dentro de unas horas. Vista desde esta perspectiva, la obra recobró a ojos de Darrow toda su realidad suprema y conmovedora. Penetró hasta el núcleo de su significado a través de todos los aditamentos artificiales con que la habían revestido sus teorías artísticas y las convenciones escénicas. La vio como nunca antes la había visto: como la vida misma.

Después de esto, ya no tenía sentido huir, y Darrow la condujo de nuevo a la sala, contento de experimentar sensaciones propias a través de ella. Sin

embargo, viendo que la obra continuaba y el ambiente seguía siendo opresivo, dejó de prestar atención y empezó a divagar sobre los acontecimientos de la mañana.

Llevaba con Sophy Viner todo el día, sorprendiéndose de lo rápido que transcurría el tiempo. Ella apenas había intentado ocultar su satisfacción, a medida que pasaban las horas, por no recibir telegrama alguno de los Farlow. «Ya habrán escrito» era lo único que había dicho, y después su pensamiento se desplazó al dorado proyecto de la sesión de teatro. Las horas que quedaban habían paseado por las animadas calles, y luego tomaron un almuerzo que se alargó deliciosamente bajo los castaños de un restaurante de los Campos Elíseos. Darrow observó con cierta distancia que ella, a quien todo le distraía y le interesaba, no era del todo insensible a la impresión que producían sus propios encantos. No obstante, era vanidad en su faceta más amable: Sophy parecía ser consciente de ello como si fuera un rasgo más de la armonía reinante, y disfrutaba de él igual que un cantante disfruta con su canto.

Tras el almuerzo, y mientras tomaban café, volvió a hacer innumerables preguntas y expresó una notable variedad de opiniones. Las preguntas respondían a una curiosidad general diversa y bienintencionada, mientras que los comentarios mostraban, al igual que su rostro y su actitud, una extraña mezcla de sabiduría precoz e ignorancia que desarmaba. Cuando hablaba de la «vida» —palabra que repetía con frecuencia— parecía un niño jugando con un cachorro de tigre. Darrow se dijo que un día el niño tendría que crecer, igual que el tigre. Mientras tanto, su condición de experta marcada por la ingenuidad hacía imposible calibrar el alcance de su experiencia personal o estimar los efectos que había dejado en su carácter. La personalidad de Sophy podía adscribirse a doce tipos distintos perfectamente definibles, pero también —y esto era aún más desconcertante para su acompañante y más peligroso para ella misma— ser una mezcla cambiante y no cristalizada de todos ellos.

Como de costumbre, su conversación volvía una y otra vez al teatro. Ella deseaba aprender todas las formas de expresión dramática que la metrópolis del teatro podía ofrecerle, ya que su curiosidad abarcaba tanto los templos oficiales del arte como los garitos menos consagrados. Sus inquisitivas preguntas acerca de una obra cuya representación, y en concreto una de sus últimas escenas, había desatado un considerable escándalo, hicieron reír a Darrow.

—¡Para ver eso tendrá que esperar a estar casada! —dijo, y este comentario puso un nuevo rumbo a la conversación.

—¡Oh, yo nunca me voy a casar! —respondió, en un tono de juvenil resolución.

—Eso ya lo he oído muchas veces.

—¡Sí, pero a muchachas que pueden elegir! —dijo, mientras sus ojos parecían envejecer de repente—. Me gustaría que conociera a los hombres que han querido casarse conmigo. Uno era el médico del barco, en aquel viaje que hice con los Hoke. Lo habían expulsado de la Marina por borracho. El otro era un viudo sordo, con tres hijas ya crecidas, que tenía una relojería en Bayswater. Además, no estoy segura de creer en el matrimonio. Estoy a favor del desarrollo personal y de que todo el mundo viva su propia vida. Soy muy moderna, ¿sabe?

Fue entonces, al proclamarse muy moderna, cuando Darrow se dio cuenta de lo anticuada que era, sin poder remediarlo. Y, sin embargo, un minuto después, sin alarde alguno ni deseo aparente de adoptar ninguna actitud, seguía proponiendo axiomas sociales que sólo podían cosecharse en el amargo terreno de la experiencia.

Recordó todas estas cosas desde su asiento en el teatro, contemplando la ingenua atención de Sophy. Estaba pendiente por completo de «la historia» y él sospechaba que, también en la vida, sería siempre «la historia», y no otros aspectos más remotos e imaginativos, lo que atraería su atención. Pensó que ni siquiera habría ecos en su alma...

De todos modos, lo que sentía lo sentía con toda intensidad: ante lo verdadero, lo inmediato, vibraban todas sus cuerdas. Cuando terminó la obra, y volvieron a salir a la luz del sol, Darrow la miró con una sonrisa.

—¿Qué tal? —preguntó.

Sophy no respondió. Su oscura mirada parecía fijarse en él sin verlo. Las mejillas y los labios habían adquirido un tono pálido, y el cabello suelto que le colgaba del borde del sombrero se le había pegado a la frente en húmedos rizos. Parecía una joven sacerdotisa aún aturdida por los efluvios de la caverna^[8].

—¡Pobre muchacha! ¡Ha sido demasiado para usted!

Ella negó con la cabeza mientras sonreía vagamente.

—Vamos —dijo él, poniéndole la mano sobre el brazo—. Cojamos un taxi y tomemos un poco de aire fresco. Quedan aún unas cuantas horas antes de que anochezca. Además, mire qué noche nos espera.

Y señaló al cielo, hacia una luna blanca suspendida en el nebuloso azul que se extendía por encima de los tejados de la rue de Rivoli. Ella guardó silencio mientras Darrow paraba un taxi y le decía al conductor:

—¡Al Bosque de Bolonia!

Sin embargo, cuando pasaban por las Tullerías, Sophy reaccionó de pronto.

—Debo ir primero al hotel. Podría haber llegado algún mensaje. De todos modos, tengo que decidir lo que voy a hacer.

Darrow notó que la realidad de la situación se le había impuesto de pronto.

—Tengo que decidir lo que voy a hacer —repitió.

A él le habría gustado retrasar el regreso al hotel y convencerla de que cenaran antes en el Bosque de Bolonia. Habría sido fácil recordarle que aquella noche ya no podía emprender viaje a Joigny y que, por consiguiente, daba igual comprobar si había recibido respuesta de los Farlow entonces o unas horas más tarde; pero por alguna razón dudó en recurrir a este argumento, que le había salido de modo tan natural el día anterior. Después de todo, sabía que no iba a encontrar nada en el hotel, así que, ¿para qué ir?

El recepcionista, cuando le preguntaron, no estaba seguro. No había recibido ningún mensaje destinado a la dama, pero en su ausencia el ayudante tal vez hubiera subido una carta.

Darrow y Sophy entraron juntos al ascensor. Un instante después, el botones abrió la puerta de la habitación de Darrow mientras Sophy se metía en la suya. La mesa estaba vacía. No había ningún mensaje, al menos para él, y un minuto más tarde, en el umbral de su puerta, ella le decía el esperado:

—No, no hay nada.

Darrow fingió alegrarse con la respuesta.

—¡Pues tanto mejor! Y ahora... ¿Vamos a algún sitio? ¿O preferiría coger un barquito hasta Bellevue? ¿Ha cenado allí alguna vez, en la terraza, a la luz de la luna? No está nada mal. Y no tiene sentido quedarnos aquí a esperar sentados.

Sophy lo miró con perplejidad.

—Es que cuando les escribí ayer, les pedí que me telegrafiaran. Supongo que los pobres no tienen dinero y pensaron que una carta serviría igual que un telegrama —dijo, mientras el color volvía a cubrirle el rostro—. Por eso yo también escribí en vez de telegrafiar... ¡porque no puedo malgastar ni un penique!

Ninguna otra cosa que hubiera dicho habría podido causar tanto arrepentimiento en su interlocutor. Darrow sintió cómo su cara enrojecía al recordar los motivos que había atribuido a la joven en el curso de sus cavilaciones nocturnas. Pero, después de todo, aquellos motivos habían sido

urdidos para justificar su propia deslealtad pues, en realidad, nunca había creído en ellos. Esto aumentó su confusión y, por un momento, estuvo a punto de cogerle la mano a Sophy y confesarle lo injusto que había sido con ella.

Quizá Sophy interpretó el rubor de Darrow como protesta involuntaria por haber sido iniciado en detalles tan poco elegantes, pues al volver a hablar lo hizo con una sonrisa.

—Supongo que le resulta difícil entender que una tenga que pararse a pensar si puede o no costearse un telegrama. La verdad es que yo siempre tengo que hacerlo. Y no puedo quedarme aquí ni un minuto más. Debo coger un tren nocturno para Joigny. Si los Farlow no pueden alojarme, puedo ir a un hotel. Siempre será más barato que quedarme aquí... Tenía que haberlo hecho antes. Debí telegrafiar ayer. Pero estaba segura de que recibiría alguna respuesta hoy y tenía tantas, tantas ganas de quedarme aquí... —Entonces miró con preocupación a Darrow—: ¿Se acuerda por casualidad de a qué hora echó mi carta al correo?

VII

Darrow seguía aún de pie en el umbral de la habitación de Sophy. Al oír la pregunta, entró en ella y cerró la puerta.

Su corazón latía más deprisa de lo normal, y no tenía ni idea de lo que iba a hacer o decir. De lo único de lo que estaba seguro era de que, por muchos impulsos de expiación que sintiera, no iba a cometer la tontería de decirle que no había enviado la carta. Sabía que hacer algo mal acarrea, en general, menos daño que confesar haberlo hecho, y éste era uno de los casos en que una tontería pasajera puede convertirse, si es revelada, en una grave ofensa.

—Lo siento mucho, lo siento. Debe usted permitir que la ayude... ¿Me lo permitirá? —dijo. Entonces le cogió las manos y las apretó contra las suyas, pensando que un contacto amigable valdría más que mil palabras. Sintió cómo sus manos cedían ligeramente a la presión y continuó sin darle tiempo a responder—: ¿No es una lástima que malgastemos estos momentos lamentando haber hecho algo que habría impedido que estuviésemos juntos?

Ella se retiró, soltando las manos. La tentadora buena fe que manifestaba su rostro desapareció súbitamente y dio paso a una profunda desconfianza.

—¿Es que olvidó echar mi carta al correo?

Darrow no se movió, contrito, avergonzado y cada vez más consciente de que revelar los motivos de su angustia iba a constituir una ofensa mayor que ocultarlos.

—¡Qué insinuación! —gritó, y extendió las manos con una risa.

En el rostro de Sophy se dibujó, de pronto, una sonrisa.

—Bien, en ese caso no voy a lamentar nada más que una cosa: que nuestros buenos tiempos hayan terminado.

Aquellas palabras fueron tan inesperadas que encauzaron todas las conjeturas de Darrow. Si ella hubiera seguido dudando, él probablemente habría seguido mintiendo, pero la aceptación sin reservas que recibieron sus palabras le hizo aborrecer el papel que estaba desempeñando. En ese mismo instante, una duda surgió en su pecho como la cabeza de una serpiente. ¿No era él, más bien, y no ella, quien se mostraba confiado como un niño? ¿No había creído Sophy su palabra con demasiada facilidad, olvidando en seguida

el espinoso asunto de la carta? Dadas sus experiencias anteriores, una confianza tan profunda parecía sospechosa. Sin embargo, en cuanto volvió a poner sus ojos en ella, se avergonzó de sus pensamientos y los identificó plenamente: eran sólo otro pretexto para ocultar su mala acción.

—¿Y por qué tienen que terminar nuestros buenos tiempos? —preguntó él—. ¿Por qué no pueden durar un poco más?

Ella alzó la mirada, y se quedó boquiabierta por la sorpresa, pero él siguió hablando sin dejarla intervenir.

—Quiero que se quede conmigo. Quiero que disfrute, durante unos días, de todas las cosas que nunca ha tenido. No siempre es mayo, ni siempre estamos en París. ¿Por qué no lo aprovechamos? Usted ya me conoce, no somos unos desconocidos. ¿Por qué no me trata como a un amigo?

Mientras Darrow hablaba, Sophy se había apartado un poco de su lado, aunque la mano de él seguía apretando la suya. Estaba pálida, y sus ojos no dejaban de mirarlo, pero en ellos no había desconfianza ni resentimiento, sólo una expresión de ingenua sorpresa que a él le conmovió extraordinariamente.

—¡Quédese! ¡Debe hacerlo! Escuche: para probar que soy sincero... le diré que no eché su carta al correo... No la eché porque deseaba proporcionarle unas cuantas horas de felicidad... y porque no podía soportar que se fuera.

Darrow sintió como si estas palabras hubieran sido pronunciadas por un testigo avieso de la escena sin contar con él, y sin embargo no lamentó haberlas dicho.

La muchacha las había oído en silencio. Se quedó inmóvil durante un momento en cuanto él dejó de hablar, y luego retiró la mano.

—¿No echó mi carta al correo? ¿La retuvo a propósito? ¿Y me lo dice ahora, para demostrarme que lo mejor que puedo hacer es ponerme bajo su protección?

Y entonces rompió a reír. Aquella risa recogía todos los ecos desgarradores de su pasado con la señora Murrett. Al mismo tiempo, su rostro experimentaba un cambio similar: se encogió hasta convertirse en una pequeña y malévolá máscara blanquecina, en la que brillaba el negro de los ojos.

—¡Gracias, muchas gracias por decírmelo! ¡Y por todas sus amables atenciones! Lo que me propone es realmente delicioso... ¡delicioso! Y me siento muy halagada y agradecida.

Entonces se derrumbó sobre una silla, junto al tocador, apoyó la barbilla en las manos y se rió, mientras el rizo de elfo le caía sobre los ojos.

Aquella reacción no ofendió a Darrow, sino que su efecto más inmediato fue el de aplacar su agitación. El carácter teatral del estallido le restó fuerza, de modo que le pareció incluso menor que unos minutos antes. Inmediatamente, cogió una silla y se sentó junto a ella.

—No tenía por qué haberle dicho que retuve su carta. Hacerlo me parece una prueba bastante contundente de que no abrigaba ningún propósito perverso respecto a usted. —Ella se encogió de hombros, pero él no le dio tiempo a responder—. Mis propósitos —continuó, sonriendo— no eran perversos. Me di cuenta de que usted lo había pasado bastante mal con la señora Murrett, y de que no le aguardaban muchas posibilidades de diversión. Pensé, y sigo pensando, que no hacía ningún mal proporcionándole unas cuantas horas de esparcimiento entre un pasado deprimente y un futuro no demasiado halagüeño. —En este momento hizo una pausa y luego continuó sus razonamientos en tono amigable—. Cometí el error de no decírselo en seguida, de no pedirle directamente que me concediera uno o dos días y que me permitiera hacerle olvidar las cosas que ahora le preocupan. Fui un estúpido y no lo hice. De hacerlo, usted habría aceptado o rechazado mi ofrecimiento, pero al menos no habría interpretado mal mis intenciones... —Entonces se levantó, dio unos pasos por la habitación y se volvió para mirarla a ella, inmóvil, apoyada contra el tocador, aún con la barbilla en las manos—. ¡Pero qué tontería hablar de intenciones! Si no tenía ninguna... Tan sólo quería estar junto a usted. No se imagina lo bien que se pasa sólo con estar a su lado... yo mismo estaba deprimido y sin saber qué hacer, y usted me hizo olvidar mis problemas. Y cuando supe que se marchaba, que volvía a la depresión, igual que yo, me dije que quizá podríamos pasar antes unas horas juntos, así que no toqué la carta del bolsillo.

Darrow vio cómo las facciones de Sophy se iban ablandando a medida que él hablaba. De pronto, separó las manos y se volvió hacia él.

—Pero entonces... ¿usted también pasaba por malos momentos? No me había dado cuenta... ni siquiera se me habría ocurrido pensarlo... yo creía que usted tenía siempre todo lo que quería...

Darrow no pudo contener la risa ante esta ingenua visión de su vida. Le avergonzó haber intentado defenderse apelando a su piedad, y se enfadó consigo mismo por aludir a un asunto que debería haber apartado de sus pensamientos. Sin embargo, la mirada comprensiva de Sophy lo había desarmado en un momento en que su corazón estaba maltrecho y alterado. Se inclinó sobre ella y le besó la mano.

—Por favor, perdóneme, perdóneme —dijo.

Sophy se levantó sonriendo y asintió con la cabeza.

—No crea que es tan frecuente que la gente se brinde a ofrecerme pasarlo bien, y mucho menos dos días enteros. Nunca podré olvidar lo amable que ha sido conmigo, y recordaré estos días muchas veces. Pero es hora de decir adiós, ¿sabe? Debo telegrafiar en seguida para decir que voy para allá.

—¿Para decir que se va? ¿Entonces no me ha perdonado?

—Oh, usted está perdonado, si eso le hace sentir mejor.

—Pues no me sentiré mejor si su manera de demostrarlo es alejarse de mí. Sophy movió la cabeza como si estuviera dándole vueltas al asunto.

—Pero es que no puedo quedarme... ¿Cómo voy a quedarme? —dijo, como discutiendo con un interlocutor invisible.

—¿Y por qué no? Nadie sabe que está aquí... nadie va a saberlo nunca.

Ella alzó la mirada, y los ojos de ambos cruzaron significados durante un cortísimo minuto. La mirada de Sophy era tan clara como la de un adolescente.

—No se trata de eso —exclamó con cierta impaciencia—. No es la gente lo que me da miedo. Nunca me han ayudado, así que, ¿por qué demonios iban a preocuparme?

A Darrow le gustó más que nunca lo directo de su estilo.

—Bien, entonces, ¿de qué se trata? Espero que no sea yo...

—No, no es usted. Usted me gusta. ¡Es el dinero! En mi caso, es siempre el causante de todo. ¡Yo nunca podré invitarlo a nada en mi vida!

—¿Y eso es todo? —respondió Darrow riendo y sintiéndose aliviado por la naturalidad de Sophy—. Escúcheme: ya que hablamos como si fuera de hombre a hombre, ¿es que tampoco puede confiar en mí en ese aspecto?

—¿Confiar en usted? ¿Qué quiere decir? Es usted quien no debe confiar en mí —dijo Sophy, y entonces se echó a reír de pronto—. Quizá nunca pueda pagarle como es debido.

El gesto de Darrow indicó que no daba importancia a este comentario.

—Quizá el dinero sea el causante —respondió Darrow—, pero no puede serlo todo, al menos entre amigos. ¿No cree que un amigo puede aceptar una pequeña ayuda de otro sin tener que preocuparse demasiado del futuro o sopesar demasiados condicionantes? La cuestión es simplemente qué piensa usted de mí. Si yo le agrado lo suficiente para desear tomarse unos días libres y acompañarme, sólo por pasarlo bien y por el placer que me depara, démonos la mano y dejemos zanjado el asunto. Si yo no le agrado tanto, nos daremos también la mano, aunque yo lo sentiré de veras.

—¡Oh, pero yo también lo sentiré!

Cuando Sophy levantó la cara para mirarlo, a Darrow le pareció tan pequeña y juvenil que sintió por un momento leves escrúpulos, anulados en seguida por la excitación de proseguir aquella conversación.

—¿Y entonces? —dijo, mirándola a los ojos y tratando de persuadirla.

En aquel momento era intensamente consciente de que la cercanía estaba produciendo tal efecto que sus palabras se hacían cada vez menos necesarias. De todos modos continuó, más pendiente de las inflexiones de su voz que de lo que decía.

—¿Por qué demonios tenemos que decirnos adiós si los dos lamentamos hacerlo? ¿No me va a decir sus razones? Usted no suele dejarse nada en el tintero, al menos en lo que respecta a sus sentimientos. Y no debe preocuparse si me ofende, ¿sabe?

Sophy estaba ante él igual que una hoja a merced de dos corrientes contrapuestas, que lo mismo la pueden barrer para adelante que volverla hacia atrás. Entonces movió la cabeza con aquel movimiento extraño y masculino que solía acompañar sus emociones.

—¿Lo que siento? ¿Realmente quiere saber lo que siento? ¡Que usted me está dando la única oportunidad que he tenido nunca!

Entonces giró sobre sus talones y, dejándose caer en la silla más cercana, se echó hacia delante y escondió su rostro contra el tablero del tocador.

Bajo los pliegues de su vestido veraniego, la silueta de la espalda y de los brazos extendidos y el ligero hueco que se veía entre sus hombros recordaban las tenues curvas de una estatuilla de terracota: la de una imagen grácil y juvenil que hubiera sido poco más que esbozada en el barro. Mientras la observaba, Darrow pensó que la personalidad de la joven, a pesar de su aparente firmeza y sus opiniones terminantes, quizá se situaba en el mismo grado de inmadurez. Nunca habría pensado que se plegaría tan pronto a sus sugerencias ni que lo confesaría de aquella manera. Al principio se sintió ligeramente desconcertado, pero luego pensó que la actitud de ella simplificaba la suya propia. El comportamiento de Sophy se caracterizaba por la indecisión y la torpeza de la inexperiencia. Mostraba que, después de todo, era aún una niña y que lo único que él podía hacer —en realidad lo único que había pensado hacer desde el principio— era proporcionarle unas vacaciones juveniles que siempre pudiera recordar.

Por un momento, creyó que se había echado a llorar, pero Sophy en seguida se puso en pie y dejó ver un rostro que probablemente sólo había ocultado para disimular la satisfacción que sentía. Por un instante, cada uno

de los dos proyectó su luz sobre el otro, sin pronunciar palabra. Luego ella se le acercó y extendió las dos manos.

—¿Es cierto? ¿Es cierto que va a pasarme a mí?

Él tuvo ganas de responder: «Es usted la única criatura a quien podía pasarle», pero dichas palabras guardaban un doble sentido y decidió reprimirlas. En su lugar, le cogió las manos y se quedó mirándola sin tratar de acercarse ni de doblar sus brazos extendidos. Quería que supiera que sus palabras lo habían conmovido, pero aquel propósito quedó difuminado por un arrebato de la misma emoción que la poseía a ella, de modo que le costó trabajo articular una respuesta. Terminó devolviéndole una risa tan franca como la de ella.

—Todo eso, todo eso y más, ya lo verá.

VIII

Durante todo el día, desde el amanecer, que llegó tarde y reticente, había llovido torrencialmente. La lluvia chocaba contra las altas ventanas de Darrow y reducía el inmenso paisaje de tejados y chimeneas a un cúmulo oscuro y aceitoso, mientras la habitación recibía la luz crepuscular de un acuario subterráneo.

El agua descendía con la regularidad de un tercer día de lluvia incesante, cuando uno ya ni se arregla ni arrastra los pies, y el tiempo ha decidido mostrar su peor cara. No había variaciones de ritmo, ni altibajos líricos: las líneas grises que golpeaban los cristales eran tan densas y uniformes como una página escrita sin división de párrafos.

George Darrow acercó el sillón a la chimenea. En el suelo yacía el horario de trenes que había estado consultando, y él observaba con displicente aquiescencia la masa informe de agua, que le afectaba como si fuera un gran reflejo de su estado de ánimo. Luego, su mirada viajó por la habitación con parsimonia.

Habían transcurrido exactamente diez días desde el momento en que deshizo sin mucho cuidado el equipaje, dispersando todo su contenido. Todas sus brochas y navajas estaban esparcidas por el tablero de mármol de la cómoda. Un montón de periódicos se había ido acumulando en la mesa de centro bajo el *electrolier*, mientras media docena de novelas yacían sobre la repisa de la chimenea, entre cajas de puros y frascos de agua de colonia. Sin embargo, estas huellas de sí mismo no habían modificado la gris insustancialidad de la habitación ni su aire de escenario provisional de innumerables estancias. Había algo sardónico, hasta siniestro, en aquella apariencia de «decoración» deliberadamente anónima, con sus tonos pardos y anodinos, una alfombra y un papel de pared que nadie fuera capaz de recordar, y sillas y mesas tan impersonales como mozos de estación.

Darrow cogió el horario del suelo y lo arrojó sobre la mesa. Luego se puso de pie, encendió un puro y se acercó a la ventana. A través de la lluvia podía divisar un reloj situado en un alto edificio detrás de los tejados de la estación. Sacó el suyo, comparó las horas que daban uno y otro y movió las manecillas

con tal ímpetu que se pasó de la hora y tuvo que repetir la operación con más cuidado. No dejó de sentir un enfado desproporcionado a semejante minucia. Cuando terminó, volvió al sillón, se echó en él y colocó las manos por detrás de la cabeza. En seguida, el puro se apagó y volvió a levantarse para buscar cerillas. Lo encendió de nuevo y regresó al sillón.

La habitación lo estaba poniendo nervioso. Los primeros días, en los que el tiempo había sido bueno, no lo había notado tanto, o quizá sólo había sentido la desdeñosa indiferencia de un viajero por un refugio provisional. Pero ahora que se marchaba y la miraba por última vez parecía estar apoderándose por completo de sus pensamientos, de empaparlos como un inmenso e indeleble borrón. Cada detalle le apremiaba con la familiaridad de un confidente accidental: mirase donde mirase, experimentaba el efecto de una fugaz intimidad...

Lo único que tenía claro con respecto a su inmediato futuro era que su permiso se acababa y que debía regresar a su trabajo en Londres al día siguiente. En veinticuatro horas volvería a sumirse en un mundo de actividades rutinarias, pues él era un factor laborioso, responsable y relativamente necesario de la enorme y zumbante maquinaria social y oficial. Aquella obligación fija era lo que menos incomodidad le causaba y, sin embargo, por alguna oscura razón, lo único en lo que le resultaba imposible concentrarse. Cuando lo hacía, la habitación lo envolvía otra vez en su círculo de insistentes asociaciones. El aborrecimiento que iba alimentando por ella era cada vez más extraordinario en su microscópica minuciosidad: la mugrienta alfombra, el papel de las paredes, la repisa de mármol negro de la chimenea, el reloj con adorno dorado debajo de la polvorienta campana, la cama de color marrón con altos paneles de madera oscura, el cuadrito con instrucciones para viajeros colgando debajo del interruptor de la luz y la puerta que comunicaba con la habitación contigua. Lo que más aborrecía era aquella puerta...

Al principio, no había sentido ninguna responsabilidad en especial. Estaba satisfecho de haber dado en el clavo y convencido de su capacidad para mantenerlo en su sitio. A pesar del vulgar entorno y de sus inevitables y prosaicas propincuidades, todo el episodio parecía representarse en alguna región fuera del mundo, demasiado alejada de la normalidad. Era algo que nunca le había ocurrido y que ni siquiera se había imaginado; pero eso, al principio, no había parecido un argumento contra sus facultades para manejarlo.

Quizá, si no hubiera llovido tres días seguidos, podría haber salido indemne, sin que quedara duda alguna de sus méritos. Pero la lluvia lo había cambiado todo. Había desplazado la imagen fuera de toda perspectiva, borrado tanto el misterio de los planos más remotos como el encanto de la media distancia, y otorgado relieve a todos los detalles más prosaicos del primer plano. Era una de aquellas situaciones en las que ni siquiera la reflexión ayuda y, por alguna perversión de las circunstancias, se había visto obligado a contemplar todos sus detalles sin tener el menor deseo de hacerlo...

El puro se había vuelto a apagar, de modo que lo arrojó al fuego y pensó vagamente en levantarse para coger otro. Sin embargo, el simple acto de abandonar el sillón le exigía un esfuerzo de voluntad mayor del que en aquellos momentos era capaz, así que echó la cabeza para atrás, cerró los ojos y escuchó el repiqueteo de la lluvia.

Un ruido distinto lo sobresaltó. Fue el abrir y cerrar de la puerta de la habitación contigua que daba al corredor. Darrow se quedó inmóvil, sin abrir los ojos, aunque otra imagen muy distinta penetró en su cabeza a través de los párpados cerrados. Era una imagen perfecta, fotográfica, de dicha habitación. Todo lo que había en ella apareció ante él y le obligó a contemplarlo con la misma nitidez con que podía ver los objetos que lo rodeaban en aquel momento. Sonaron pasos y él supo adónde se dirigían, qué muebles tendrían que sortear, dónde se interrumpirían con toda probabilidad y qué iba a detenerlos finalmente. Oyó otro ruido, que identificó como el de un paraguas mojado que alguien apoyaba, para que se secase, en la columna de mármol negro de al lado de la chimenea. Luego oyó chirriar un gozne, y reconoció en seguida la puerta del armario de la pared de enfrente. Por fin, oyó algo parecido al chillido de un ratón, y supo que se trataba del cajón superior de la cómoda que estaba junto a la cama: a esto siguió el estrépito del espejo del tocador, que bailaba sobre sus pivotes sueltos...

Los pasos cruzaron de nuevo la habitación. ¡Qué extraño que los conociera mucho mejor que a la persona que los daba! Ahora se acercaban a la puerta que comunicaba las dos habitaciones. Abrió los ojos. Los pasos habían cesado y, durante un instante, hubo silencio. Luego oyó que alguien golpeaba la puerta con suavidad. No respondió y, un momento después, vio cómo el pomo se movía lentamente. Volvió a cerrar los ojos...

La puerta se abrió, los pasos se oyeron en la habitación, aproximándose a él con cuidado. Siguió con los ojos cerrados, relajando el cuerpo para fingir que dormía. Entonces hubo otra pausa, luego una presencia ondulante que se

movía con cautela, el frufú de un vestido por detrás del sillón, el calor de dos manos que apretaban sus párpados por un instante. Aquellas manos olían a cierto perfume que había comprado en el bulevar... Alzó los ojos y vio cómo una carta caía desde su hombro y se posaba en la rodilla.

—¿Te he despertado? ¡Lo siento! Me han dado esto cuando entraba en el hotel.

La carta cayó al suelo por entre sus piernas antes de que pudiese recobrarla. Allí estaba, a sus pies, con la dirección bien visible. Mientras contemplaba los caracteres delgados, pero firmes, escritos en un sobre gris azulado, un brazo se deslizó desde atrás con el propósito de recogerla.

—¡No, no! —dijo él, de pronto, echándose hacia delante y sujetando el brazo.

—¿No qué?

—No, no... te molestes —tartamudeó él.

Soltó el brazo y se agachó. Entonces cogió la carta, palpó el grosor y la sopesó, calculando mentalmente cuántas hojas podía contener.

De pronto sintió la presión de una mano en su hombro y se dio cuenta de que aquel rostro seguía junto a él y que en un instante tendría que abrir los ojos y besarlo...

Antes se incorporó y arrojó la carta al fuego, sin abrirla.

Libro segundo

IX

La luz de una tarde de octubre caía sobre una antigua casa de altos tejados. Una explanada cubierta de césped, en la que se proyectaban las sombras de rumorosos tilos, se extendía a lo largo de su fachada de ladrillo y piedra amarillenta.

Desde los blasonados pilares de su entrada, un camino llano, también a la sombra de los tilos, llegaba hasta una puerta de verjas blancas. Pasada ésta, una avenida de césped igualmente llana se perdía en un bosque hasta difuminarse en una mancha azul y verde recortada contra un cielo orillado de inmóviles nubes blancas.

En la explanada, a medio camino entre la casa y el camino, se encontraba una dama. Sujetaba un parasol y miraba alternativamente al doble tramo de escalones que convergían en una puerta acristalada en la fachada de la casa, y al camino que conducía a la avenida que surcaba el bosque. Tenía un aire de contemplación, más que de espera: no parecía observar a nadie ni estar atenta a ningún sonido, sino más bien dejarse absorber por el paisaje que la rodeaba, abriéndose a su influencia. Con todo, era evidente que el lugar no le era desconocido. No había afán investigador en su inspección: más bien parecía mirarlo todo con ojos sorprendidos, como si los detalles que le eran familiares desde hacía mucho tiempo hubieran adquirido de pronto, por alguna razón íntima, una inusitada novedad.

Esto era exactamente lo que sentía la señora Leath mientras bajaba poco a poco de la casa a la soleada explanada. Había salido a recibir a su hijastro, el cual iba a llegar de un momento a otro tras haber pasado la tarde cazando en una hacienda bastante alejada. Y, aunque llevaba en las manos la carta que la había hecho salir a recibirlo, en cuanto salió de la casa otras impresiones se habían encargado de borrar todo recuerdo de él.

Conocía perfectamente el lugar donde se encontraba. Había visto Givré en todas las estaciones, y pasado allí largas estancias todos los años, desde el lejano día de su boda, en que entró en él triunfalmente por primera vez sentada junto a su marido sobre una nube de visiones de alas irisadas.

Todavía recordaba con nitidez las posibilidades que en aquel momento se le habían representado. La simple frase «un *château* francés» había conjurado en su imaginación juvenil una pléyade de referencias románticas, poéticas, pictóricas y emocionales. Al ver por primera vez la serena fachada de la antigua mansión, emplazada en su parque entre prados bordeados de álamos en el corazón de Francia, le pareció como si la casa tuviera reservado para ella un destino tan noble y digno como el suyo.

Aunque todavía podía recordar aquellas sensaciones, había transcurrido mucho tiempo y, de hecho, la casa se había convertido durante unos años en el símbolo mismo de lo cerrado y monótono. Luego fue adquiriendo poco a poco un carácter menos adverso y, aunque no volvió a ser el castillo de sus sueños, que evocara imágenes hermosas y leyendas románticas, pasó a ser caparazón de una vida que poco a poco iba reconciliándose con su morada: un lugar al que se regresaba, sobre el que se ejercían responsabilidades, donde se adquirían hábitos y se guardaban libros. Un lugar donde vivir la vida de modo natural hasta la muerte: una casa aburrida, poco práctica, de la que uno conocía todos sus defectos, miserias e incomodidades, pero a la que estaba tan acostumbrado que ya le era difícil pasar largas temporadas lejos de ella sin sufrir cierta pérdida de identidad.

Ahora, contemplándola en medio de la suavidad del otoño, a su dueña le sorprendió su propia falta de sensibilidad. Había tratado de ver la casa a través de los ojos de un viejo amigo que, a la mañana siguiente, llegaría a ella por primera vez; y al hacerlo le pareció como si abriera los suyos después de un largo período de ceguera.

La explanada estaba tranquila y, sin embargo, repleta de latente vida: el ir y venir de los gorriones por entre los tejos rectangulares y por encima de los guijarros que brillaban al sol; el paso de los grajos sobre las lustrosas pizarras grises y violáceas del tejado, y el movimiento de los árboles al contacto con la brisa que, cada día, a la misma hora, soplaba puntualmente desde el río.

La misma animación latente experimentaba Anna Leath. Reconocía, en cada uno de sus nervios y venas, aquel equilibrio de felicidad que un corazón humano temeroso apenas se atreve a admitir. Aunque no estaba acostumbrada a emociones plenas o fuertes, siempre había sabido que no debía temerlas. Ahora no tenía miedo; sin embargo, sentía una profunda paz interior.

El efecto inmediato de aquel sentimiento había sido salir al encuentro de su hijastro. Deseaba pasear y conversar con él tranquilamente antes de entrar de nuevo en la casa. Siempre había sido fácil hablarle, y en aquel momento era la única persona con quien podía conversar sin miedo a perturbar su paz

interior. Le gustaba, por todo tipo de razones, que la señora de Chantelle y Effie estuvieran aún en Ouchy^[9] con su institutriz, y que Owen y ella dispusieran de toda la casa para ellos solos. Y también le encantaba que aún no hubiera llegado: quería estar sola un poco más, no para pensar, sino para dejar que las lentas y largas olas de felicidad rompieran una a una.

Salió de la explanada y se sentó en uno de los bancos, junto al camino. Desde allí podía contemplar una vista en diagonal de la larga fachada de la casa y de la cúpula de la capilla, en el extremo de una de las alas. Detrás de una puerta estaba el jardín de flores, en el que se dibujaban cuadros de color verde oscuro y se erigían estatuas que destacaban en el paisaje amarillento del parque. En los bordes, donde brillaban pocos retazos de color rosa y carmesí, un pavo real que paseaba al sol parecía resumir en su abanico desplegado todas las glorias estivales del lugar.

La señora Leath tenía aún en la mano la carta que había abierto sus ojos a todas estas cosas. Una sonrisa le brotó de los labios en cuanto sus dedos volvieron a tocar el papel. Sintió una excitación que agudizaba todos sus sentidos. Percibía, contemplaba y respiraba la hermosura del mundo como si alguien hubiese apartado de pronto un delgado e impenetrable velo que le impidiera ver.

Dicho velo, pensaba ahora, siempre se había interpuesto entre ella y la vida. Se parecía a aquellas mallas que se colocan detrás de los telones pintados para darles un aire ilusorio de realidad y que, con todo, no logran sino recalcar su condición de telones pintados.

En su juventud, apenas había sido consciente de ser distinta a las demás personas en estas cosas. En el mundo de los Summers, bien estructurado y bien alimentado, lo insólito se consideraba inmoral o ineducado, y a las personas con emociones simplemente no se las trataba. A veces, con la sensación de tantear con las manos un universo desordenado, Anna se había preguntado por qué todos los que la rodeaban parecían ignorar todas las pasiones y sensaciones consustanciales a la gran poesía y a las acciones memorables. En una comunidad compuesta enteramente por personas parecidas a sus padres y a los amigos de sus padres, era difícil creer que las cosas maravillosas que leía pudieran ocurrir alguna vez. Estaba segura de que, si alguna vez sucedía algo así en su círculo más próximo, su madre consultaría al párroco, y su padre hasta llamaría a la policía. Y su sentido del humor la llevaba a admitir que, en aquellas circunstancias, estas precauciones no estarían del todo injustificadas.

Poco a poco aquellas circunstancias la dominaron, y terminó considerando la sustancia de la vida como una simple tela que poetas y pintores se encargaban de bordar, confundiendo la superficie, pequeña, limpia, cercada y siempre cuidada, con la sustancia real. Sus horas más pletóricas las pasaba en las regiones ensoñadas de la acción y la emoción; sin embargo, apenas pensaba que pudieran traducirse en experiencia, o tener algo que ver con la muchacha joven que vivía en la calle 55 oeste.

Se percataba claramente de que otras jóvenes, aunque en apariencia llevaran la misma vida que ella y no parecieran conocer aquel mundo de bellezas escondidas, poseían, no obstante, algún secreto vital que a ella se le escapaba. Parecía haber entre ellas una relación francmasónica: eran mucho más atentas, despiertas y seguras de lo que querían e incluso de lo que opinaban. Anna creía que eran «más listas» y se tomaba su propia inferioridad con humor, aunque, en su fuero interno, supiera perfectamente que disponía de una reserva de poder, aún sin utilizar, de la que las demás carecían.

Este hecho la consolaba de perderse lo que para éstas constituía «diversión», pero la afectaba el saberse excluida, eliminada con amabilidad pero también con firmeza, de la posibilidad de compartir los privilegios de los que ellas disfrutaban. Eso aumentaba su aislamiento y animaba a alguna madre envidiosa a citarla como modelo de represión femenina.

El amor, se decía, la liberaría un día de ese aislamiento de la realidad. Aún convencida de que la clave del enigma era la pasión en su forma más sublime, le resultaba difícil relacionar su concepto del amor con los patrones que había asimilado en su experiencia. Dos o tres de aquellas muchachas que había envidiado por su mejor conocimiento de las artes de la vida habían contraído matrimonios tachados de «románticos» o «estúpidos». Una de ellas incluso se fugó, y languideció durante una temporada bajo una nube de reprobación social. Así era, pues, la pasión en acción, la aventura convertida en realidad. Y, sin embargo, las heroínas de estas proezas volvían de ellas escasamente transfiguradas, y sus maridos eran tan aburridos como todos los demás cuando se sentaban a su lado en una cena.

Su caso, naturalmente, iba a ser diferente. Algún día encontraría el puente mágico que unía la calle 55 oeste con la vida. De hecho, una o dos veces creyó tenerlo muy próximo. La primera fue cuando conoció al joven Darrow. Aún recordaba la emoción de aquel encuentro. Sin embargo, aquella pasión pasó por encima de ella como el viento que mueve las copas de los árboles sin llegar a los claros del bosque, y sin agitar el agua de los charcos más escondidos. Era extraordinariamente inteligente y simpático, y Anna sentía

latir su corazón más deprisa cada vez que él se acercaba. Era alto, bien parecido y, en su cabeza, las luces de la ironía brillaban alegres entre las sombras del sentimiento. Disfrutaba oyendo su voz casi tanto como con sus palabras, y le gustaba escuchar lo que él decía casi tanto como sentir sus miradas; pero mientras él quería besarla, ella insistía en hablar de libros y cuadros, y en que él insinuara el motivo eterno de su amor en cualquier asunto del que hablaran.

Cada vez que se separaban aparecía la misma reacción. Anna se preguntaba cómo podía haber sido tan fría, se llamaba a sí misma mojigata e idiota, se cuestionaba si algún hombre iba a interesarse alguna vez por ella y se levantaba en mitad de la noche para probar si algún nuevo estilo de peinado le venía bien. Sin embargo, en cuanto él reaparecía, los músculos de su esbelto cuello volvían a tensarse, y de nuevo lanzaba sus pequeños dardos de ironía o hacía volar sus diminutas cometas de erudición. Y, mientras sentía cómo la atravesaban olas frías y cálidas, las palabras que de verdad quería decir se le agolpaban en la garganta y le quemaban las palmas de las manos.

Con frecuencia se decía que cualquier muchacha estúpida de las que acudían a los bailes de temporada sabría cómo atraer a un hombre y retenerlo mejor que ella; pero cuando decía «un hombre» no pensaba precisamente en George Darrow.

Entonces un día, en una cena, lo vio sentado al lado de una de aquellas muchachas estúpidas, en concreto la protagonista de aquella fuga que había sacudido los cimientos de la calle 55. La joven no había regresado de su aventura menos estúpida que antes de su marcha. Frente a ella se sentaba su compañero de fuga, un joven bastante grueso y con gafas, que en aquellos momentos comía, impertérrito, sopa de tortuga mientras hablaba de polo y de inversiones.

La joven seguía siendo tan estúpida como siempre; y, sin embargo, tras observarla durante unos minutos, la señorita Summers se dio cuenta de que, por algún motivo, se había vuelto más luminosa, peligrosa y amenazadora, tanto para las demás muchachas como para los jóvenes con los que éstas iban a comprometerse un día. De repente, tras esta constatación, le invadió un ansia incontenible de ejercer su dominio. Tenía que salvar a Darrow, asegurarse su derecho a él a cualquier precio. El orgullo y la reticencia fueron barridos por un huracán de celos. Le oía reír, y sentía cómo su sonrisa tenía matices distintos... Vio cómo hablaba sin parar... Estaba inclinado hacia su derecha, tenía una débil sonrisa en los labios y bajaba la voz igual que cuando hablaba con ella. Pudo distinguir las mismas inflexiones, pero sus ojos eran

diferentes. Si la hubiera mirado alguna vez de aquella manera, Anna se habría sentido ofendida y, a pesar de eso, ahora lo único que pensaba era que tenía derecho a ser mirada así. ¡Y él estaba precisamente con aquella muchacha! ¿Qué ilusiones podría abrigar respecto a una joven que apenas un año antes se había puesto en ridículo por conquistar al grueso joven que comía, impertérrito, sopa de tortuga al otro lado de la mesa? Si al final la aventura y la pasión quedaban en eso, era mejor dedicarse a ir de excursión o a aprender álgebra...

Anna fue incapaz de conciliar el sueño en toda la noche. No hacía más que preguntarse: «¿Qué estaría diciéndole ella? ¿Cómo voy a aprender yo a decir esas cosas?». Concluyó que su corazón le diría cómo hacerlo, que la próxima vez que estuviesen juntos aquellas palabras irresistibles brotarían sin esfuerzo de sus labios. Al día siguiente, Darrow fue a verla y estuvieron solos un largo rato. Y, sin embargo, lo único que pudo decirle fue:

—No sabía que Kitty Mayne y usted fueran tan amigos.

Él contestó con indiferencia que tampoco lo sabía. Ella respondió, quizá reaccionando a su propio alivio:

—La verdad es que está mucho más bonita que antes...

—Es muy divertida —admitió él, como si no hubiese apreciado ninguna otra cualidad. De pronto, Anna percibió en sus ojos la misma mirada de la noche anterior.

Entonces vio que él se encontraba a muchas, muchas leguas de distancia. Todas sus esperanzas se derrumbaron y, en un instante, notó cómo su postura se volvía rígida mientras las palabras irresistibles volaban finalmente al dorado ensueño de sus ilusiones...

Cuando aún la estremecían el dolor y el desconcierto de esta aventura, apareció Fraser Leath. Lo conoció en Italia, en un viaje que hacía con sus padres, y volvió a verlo al invierno siguiente en Nueva York. En Italia le había parecido interesante; en Nueva York, extraordinario. Raramente hablaba de su vida en Europa, y sólo dejaba escapar leves alusiones a sus amigos, a sus gustos, a los intereses que llenaban su vida cosmopolita. No obstante, en el ambiente de la calle 55, destacaba por personificar un pasado repleto de historia. Una vez le regaló a la señorita Summers una antología exquisitamente encuadernada de antiguos poetas franceses y, al mostrar ella su satisfacción por dicho regalo, observó con grave sonrisa:

—Nunca pensé que hubiera alguien aquí capaz de disfrutar con estas cosas tanto como yo.

En otra ocasión le pidió que aceptara un dibujo medio desvaído del siglo XVIII que había encontrado por casualidad en una sala de subastas de Nueva York.

—Sé que nadie, excepto usted, sabrá apreciarlo —exclamó.

Aunque no se permitía hacer otro tipo de comentarios, éstos transmitían con suficiente claridad que la creía digna de un ambiente diferente. Anna se sintió comprendida por primera vez en su vida viéndose objeto de la distinción de un hombre que habitaba en un mundo de arte y de belleza, y que pensaba que estas dos realidades eran los aspectos fundamentales de la vida. Por fin encontraba a alguien que compartía su escala de valores, que estimaba sus opiniones sobre aquellos asuntos que ambos consideraban importantes y las consideraba dignas de ser tenidas en cuenta. Aquel descubrimiento le hizo recuperar de tal modo su seguridad en sí misma que fue capaz de revelarse al señor Leath hasta un punto al que nunca había podido llegar con Darrow.

A medida que el noviazgo transcurría, se intercambiaban más confidencias, mientras su pretendiente la sorprendía y deleitaba con pequeñas explosiones de sentimiento revolucionario.

—¿Te importa si te digo que vives en un ambiente mortalmente convencional? —decía él—. Claro, de vez en cuando se me escapan cosas que horrorizarán a tus queridos padres. Voy a sorprenderlos mucho, te lo advierto —continuaba diciendo, al comprobar la satisfacción de ella.

Para confirmar este aviso, se permitió de vez en cuando lanzar alguna burlona indirecta sobre las prácticas religiosas del señor y la señora Summers, sobre la literatura tan mojigata que tenían en su biblioteca y sobre sus cándidas opiniones artísticas. Incluso se atrevió a bromear con la señora Summers por negarse a recibir a la incontenible Kitty Mayne, quien tras un rápido escaqueo con George Darrow, corría ahora una nueva y más flagrante aventura.

—Como sabes, en Europa el marido es el único juez en estos casos. Y mientras él acepte la situación... —le explicaba el señor Leath a Anna, que adoptaba las opiniones de éste todavía con más rotundidad para convencerse a sí misma de que, personalmente, sus sentimientos por aquella dama eran de lo más tolerante.

Las subversivas opiniones del señor Leath eran acentuadas por lo distinguido de su aspecto y la gravedad de sus modales. Era como aquel personaje del anarquista con una gardenia en el ojal tan característico del alto melodrama. Cada palabra, cada alusión, cada nota de su voz, agradablemente modulada, evocaban en Anna la visión de una sociedad superior y más libre

que observaba las formas tradicionales pero descartaba los prejuicios subyacentes, mientras que el mundo que ella conocía descartaba la mayoría de las formas y conservaba casi todos los prejuicios.

En un ambiente como el del señor Leath, cualquier joven decidida, con curiosidad por todas las manifestaciones de la vida y a la vez con el deseo instintivo de atraparla en lo que tenía de belleza y sentimientos exquisitos, encontraría el lugar idóneo para expresarse. El estudio, los viajes, el contacto con el mundo, la compañía de una mente refinada e ilustrada se combinarían para enriquecer su vida y moldear su personalidad. Y sólo en los raros momentos en los que la máscara rubia y simétrica del señor Leath se le acercaba y dejaba caer sobre su rostro un beso como un guijarro liso y frío, cuestionaba Anna la plenitud de los placeres que él iba a poner a su alcance.

Durante una época, los muros que ahora contemplaba colmaron de ironía aquellos tempranos sueños. En los primeros años de su matrimonio, la sobria simetría de Givré había evocado solamente el exquisito equilibrio de la mente de su marido. Sin embargo, pronto se percató de que era una mente dedicada por completo a formular las convenciones de lo no convencional. La calle 55 oeste no estaba más obsesionada que Givré por saber «lo que hacía la gente» y, en realidad, sólo diferían en el objeto de la investigación. El señor Leath coleccionaba sus historias de sociedad con la misma seriedad y paciencia que sus cajitas de rapé. Aplicaba sus reglas inconformistas con estricta conformidad, mientras que su escepticismo olía descaradamente a dogma. Además, sus reglas no carecían de ciertas excepciones, igual que el bibliófilo sabe apreciar una primera edición defectuosa. La religión protestante de los padres de Anna había merecido su sarcasmo, y sin embargo se jactaba de la devoción de su madre porque la señora de Chantelle, al abrazar la fe de su segundo marido, se había convertido en miembro de una sociedad que aún observa los ritos externos de la piedad.

En realidad, Anna había descubierto inesperadamente en su gentil y elegante suegra la personificación de uno de los ideales de la calle 55 oeste. La señora Summers y la señora de Chantelle, por mucho que hubiesen discutido de las fuentes legítimas del dogma cristiano, habrían estado de acuerdo en todos los detalles relativos a la conducta en sociedad; sin embargo, el señor Leath trataba estas flaquezas de su madre con un respeto tal que Anna, que lo conocía muy bien, se resistía a atribuirlo únicamente al afecto filial.

En los primeros tiempos, cuando ella aún cuestionaba a la esfinge en vez de tratar de encontrar respuestas, se atrevió a culpar a su marido de

incoherencia.

—Dices que a tu madre no le gustará que yo visite a aquella señora tan divertida que vino el otro día y fue admitida por error, y eso que la propia señora de Chantelle me ha dicho que vive con su marido. Sin embargo, cuando mi madre rehusó visitar a Kitty Mayne, tú dijiste...

—Mi querida niña, ¿cómo puedo yo aplicar principios lógicos a los prejuicios de mi madre?

—Pero entonces admites que efectivamente son prejuicios...

—Es que hay prejuicios y prejuicios. Mi madre los aprendió con el señor de Chantelle, y a mí me parece que le van tan bien al estilo de esta casa como ese *pot-pourri* de hierbas que has puesto en el jarrón. Son parte de una tradición social de la que no quisiera perder ni el más mínimo aroma. La verdad es que no espero que tú notes tan pronto la diferencia ni aprecies el matiz. En el caso de la señora de Vireville, por ejemplo, dices que todavía vive en la misma casa que su marido. Es verdad. Y si se tratara de una amiga de París, sobre todo si la hubieras conocido en alguna *buena casa*, no pondría la menor objeción a que la visitaras. Pero el campo es diferente. Hasta la mejor sociedad te parecería provinciana, no lo niego; y si alguno de nuestros amigos se encontrara con la buena señora de Vireville en Givré... produciría muy mala impresión. Tienes tendencia a ridiculizar esas convenciones, pero poco a poco reconocerás su importancia. Mientras, confía en mí si te digo que te dejes guiar por mi madre. Cuando una persona extraña irrumpe en una sociedad tan antigua, siempre se equivoca un poco en eso que tú llamas prejuicios y que yo prefiero denominar tradiciones.

Después de aquel episodio, nunca más trató de discutir o de reírse de las convicciones de su marido. Eran convicciones y, por tanto, irrefutables. Y el hecho de que a veces parecieran coincidir con las de ella no significaba que no fueran sinceras. En ocasiones, los dos veían las cosas del mismo modo, pero por razones tan distintas que la distancia entre ellos no hacía sino acrecentarse. La vida, según el señor Leath, era como un paseo por un museo perfectamente ordenado. Si en algún momento surgían dudas, lo único que cabía hacer era mirar el número en el catálogo. Por el contrario, para su esposa era igual que andar a ciegas por un enorme y oscuro cuarto lleno de trastos, en el que el rayo de luz indaga, curiosear e ilumina unas veces algún objeto de inexpresable belleza y otras la sonrisa de una momia.

En aquel primer momento de desconcierto en su nueva vida, el efecto de estos descubrimientos fue el de tejer una nueva malla entre ella y la realidad. Pareció alejarse más que nunca de los profundos gozos y dolores para los que

se sabía predispuesta. Aunque no compartía las opiniones de su marido, comenzó a vivir la misma vida que él sin darse cuenta. Intentó compensarlo lanzándose con ardor a secretas excursiones al interior de su espíritu, con lo que se restableció en ella la antigua y perversa distinción entre realidad y fantasía, y acabó resignándose a la idea de que «la vida real» ni era real ni era vida.

El nacimiento de su hijita terminó con este delirio. Por fin se sintió en contacto con el hecho de vivir; pero incluso esta impresión no duró mucho. Pues todas las cosas, salvo el hecho crudo e irreductible del alumbramiento de un hijo, adquirirían en casa de los Leath un toque fantasmal de irrealidad. En aquellos momentos, Fraser Leath se comportó como un marido ideal. Fue atento e incluso se emocionó como correspondía a las circunstancias. A pesar de todo, una tarde que se sentó junto a ella para leerle uno a uno los nombres de las personas que «habían ido a interesarse por su salud», Anna lo miró, luego miró a la niña, que estaba entre los dos, y se maravilló de la atolondrada alquimia de la naturaleza...

Con excepción de su hija, todo lo vivido en aquellos tiempos se había vuelto curiosamente remoto e irrelevante. Aquellos días, que entonces transcurrieron tan despacio, se habían despeñado por los profundos precipicios del tiempo. Ahora, sentada bajo el sol otoñal con la carta de Darrow en la mano, la historia de Anna Leath le parecía a su heroína un cuento gris y sombrío que quizá leyó una noche en un libro viejo mientras se quedaba dormida...

X

Dos pequeños bultos marrones que surgieron por el extremo más alejado del bosque se definieron, poco a poco, en su hijastro y un guardabosques. Ambos fueron agrandándose lentamente, en medio del paisaje gris azulado, desapareciendo y deteniéndose de vez en cuando, mientras ella seguía sentada, tranquila, esperando que alcanzaran la puerta situada al final del camino, donde el guardabosques se despediría y Owen continuaría hasta la casa.

Lo vio acercarse con una sonrisa: desde los primeros días de su matrimonio, se había sentido atraída por el muchacho, pero en realidad no había empezado a conocerlo bien hasta poco después del nacimiento de Effie. Observar con pasión a su propia hija le había hecho pensar cuánto tenía todavía que aprender sobre el muchacho delgado y rubio que acudía periódicamente a Givré durante sus vacaciones y que, incluso en aquel entonces, le hacía los comentarios más desconcertantes sobre la actitud y el proceder de su padre. Según reconocía la propia familia con cierta tristeza, Owen nunca iba a ser tan apuesto como el señor Leath; sin embargo, cuando Anne miraba su rostro encantadoramente imperfecto, su frente pensativa y su insolente sonrisa de niño, creía ver la cara de su padre con sus nobles rasgos modificados por un vendaval. Ella incluso profundizaba en la comparación y creía descubrir en el alma de su hijastro un reflejo extrañamente desfigurado de la de su padre. A juzgar por sus repentinos estallidos nerviosos, su indolente dedicación a la lectura, sus crudos dogmas revolucionarios y su despiadada y precoz ironía, el muchacho personificaba de modo tempestuoso todas las teorías de su padre. Era como si las ideas de Fraser Leath, acostumbradas a estar colgadas como marionetas, descendieran de pronto y se pusieran a caminar. En ciertos instantes, las reacciones de Owen seguramente se parecieron, a ojos de su progenitor, a los retozos de un pequeño Frankenstein; pero para Anna expresaban las íntimas y propias rebeliones del muchacho, y la ternura que volcaba en su hijastro derivaba en parte de la severidad que ejercía consigo misma. Ya que él disponía del valor que le faltaba a ella, deseaba que tuviera todas las oportunidades que ella no había

podido tener. Así que todos los esfuerzos que hacía por él la ayudaban a mantener vivas sus propias esperanzas.

Su interés por Owen la llevó a pensar mucho en la madre del muchacho, y algunas veces se retiraba y contemplaba sola el retrato de su predecesora. Desde su llegada a Givré, el cuadro —un retrato de cuerpo entero pintado por un artista entonces de moda— había sufrido sucesivos desplazamientos, propios de una consorte exiliada que cada vez se va apartando más del trono. Anna se fijó en que estos alejamientos coincidían con el declive progresivo de la fama del pintor en cuestión. Incluso llegó a imaginarse que si ésta se hubiese acrecentado, la primera señora Leath seguiría presidiendo la escena desde su cuadro, encima de la repisa de la chimenea del salón, aun cuando eso hubiera supuesto excluir a su sucesora. Por el contrario, sus diversas peregrinaciones la habían llevado por fin a la velada soledad de la sala de billar, una estancia siempre deshabitada, con el argumento de que allí «había más luz», cosa que podría haber sido cierta si las ventanas no hubiesen estado siempre cerradas. Allí, la pobre señora, vestida de modo elegante y sentada en medio de un enorme y solitario lienzo, contemplaba sin descanso una consola dorada, esperando, o al menos así le parecía a Anna, visitas que nunca llegaban.

—¡Claro que nunca llegan! ¡Pobre mujer! Me gustaría saber cuánto tiempo tardaste en descubrir que nunca llegarían... —le apostrofaba Anna con frecuencia, en un tono burlesco que iba dirigido más a sí misma que a la fallecida. Sólo después del nacimiento de Effie se le ocurrió estudiar con más atención el rostro de aquel cuadro y fantasear sobre los visitantes que la madre de Owen podría haber estado esperando.

«La verdad es que no parece que fueran los que yo espero, pero no es posible asegurarlo a partir de un retrato pintado precisamente para “agradar a la familia”, lo que excluye la presencia de Owen. Bien, aquellas visitas nunca llegaron, y por eso murió. En realidad, llevaba muerta mucho tiempo antes de que la enterraran, de eso estoy segura. Los ojos del cuadro están faltos de vida... Hubo de soportar una inmensa soledad, y ni siquiera Owen pudo evitar que muriera de ella. Y pensar que debió de tener sentimientos, reales y vivos, de los que duelen y sobrecogen. Y que se pasó toda la vida contemplando una consola dorada, sí, eso es, una consola pegada a la pared... ¡Así debió de ser, sin duda alguna!»

Anna no quería, si podía evitarlo, que Effie u Owen conocieran aquella soledad, y tampoco quería ser ella la siguiente. Ahora, entre los tres, habría

suficiente calor, y por eso su pasión de madre abarcó a los dos niños, como si uno solo no fuera bastante para protegerla del destino de su predecesora.

A veces pensaba que las reacciones de Owen Leath eran incluso más cálidas que las de su propia hija. Pero Effie era todavía casi un bebé, y Owen había sido desde el principio «lo bastante maduro para entenderlo todo»: ciertamente ahora lo entendía todo, de una manera tácita que, sin embargo, comunicaba directamente con ella. Sentir aquella comprensión era el vínculo más profundo en la afectuosa relación que mantenían. Había entre ellos muchas cosas nunca expresadas, ni siquiera sugeridas, y que, sin embargo, en sus ocasionales discusiones y desencuentros, constituían los argumentos no aducidos que, al final, los llevaban a entenderse...

Mientras pensaba en estas cosas, seguía viendo cómo se acercaba, y su corazón empezó a latir un poco más deprisa cuando recordó lo que iba a decirle. Sin embargo, nada más llegar a la puerta Owen se detuvo y, unos instantes después, se dio la vuelta como queriendo tomar un camino distinto a través del parque.

Anna se levantó y le hizo señas con el parasol, pero él no la vio. Sin duda, iba de nuevo tras el guardabosques y se dirigía a las perreras para ver un podenco que se había lastimado una pata. De pronto, Anna sintió el deseo de alcanzarle. Soltó el parasol, se metió la carta en el corpiño y, sujetándose la falda, echó a correr.

Y aunque era esbelta, grácil y andaba fácilmente con paso ligero, no recordaba haber corrido ni una yarda desde que Owen era niño y los dos echaban carreras. Tampoco sabía qué le impulsaba a hacerlo ahora. Lo único que tenía claro es que debía correr, que ningún otro movimiento más lento podía expresar el optimismo que la embargaba en aquella ocasión. Con ello parecía responder a algún ritmo interior, otorgar expresión corporal al lírico desenfreno de sus pensamientos. La tierra siempre había sido elástica bajo sus pies, y aún hoy experimentaba una alegría consciente al pisarla, pero nunca le había parecido tan blanda y mullida como aquel día. Era como si subiera y bajara mientras caminaba, tanto que la sensación era la de andar como por milagro por encima de olas pequeñas y brillantes, algo que a veces había soñado. También el aire parecía romper contra ella en oleadas, arrastrando en su corriente todas las luces oblicuas y los perfumes húmedos y agudos del día que agonizaba. Se decía: «¡Pero qué absurdo!», y su sangre le respondía con un murmullo: «¡Pero es glorioso!». Aceleró el paso al notar que Owen la había visto y venía hacia ella.

Entonces se detuvo y esperó, acalorada y sonriente, con las manos sobre la carta escondida en su pecho.

—¡No, no estoy loca! —gritó—. Es que hay algo en el aire... ¿no lo sientes? Y quiero hablar contigo —añadió, en cuanto él la alcanzó, mientras le sonreía y le cogía del brazo. El joven le devolvió la sonrisa, pero Anna pudo ver sobre ella la sombra de ansiedad que, en los dos últimos meses, había dejado una huella fija entre aquellos bonitos ojos—. Owen, no me mires así. No quiero que lo hagas... —le ordenó imperiosamente.

Él se echó a reír.

—¡Dices lo mismo que Effie! ¿Y qué queréis que haga? ¿Que corra contigo como corro con ella? ¡Entonces no podría lucirme! —protestó, aún con el ceño fruncido.

—¿Adónde ibas? —preguntó ella.

—A las perreras. Pero no hay ninguna necesidad. El veterinario ya ha visto a Garry y dice que está bien. Si hay algo que quieras decirme...

—¿No te he dicho ya que sí? He salido a ver si te veía. Quería saber cómo había ido la caza...

De nuevo una sombra se cernió sobre los ojos del muchacho.

—No hemos cazado nada. La verdad es que no tenía muchas ganas. Nos hemos limitado a pasear por el bosque. Yo no estaba hoy en vena sanguinaria.

Siguieron a buen paso, subiendo una cuesta que les obligaba a caminar y respirar a la vez. Anna volvió a mirar el joven rostro que estaba a la misma altura que el suyo.

—Dijiste que tenías algo que decirme —dijo su hijastro tras una pausa.

—Sí, es verdad.

Anna aflojó el paso sin quererlo, hasta que los dos se detuvieron y se miraron junto a los tilos.

—¿Va a venir Darrow? —preguntó él.

Ella casi nunca se ruborizaba y, aunque al oír esta pregunta casi se sofocó, no bajó la cabeza.

—Sí, va a venir. Acabo de saberlo. Llega mañana, pero eso no es... —dijo, y entonces se dio cuenta de su error y rectificó—. O, más bien, de eso quería hablarte...

—¿De que va a venir?

—De que aún no ha llegado.

—Luego se trata de él, ¿no?

Entonces la miró con simpatía, medio en broma, con una sonrisa de complicidad.

—¿De él? No, no. En realidad quería hablar contigo porque hoy va a ser el último día que estemos los dos solos.

—Ya veo.

El muchacho metió las manos en los bolsillos de su chaqueta de *tweed* y empezó a dar ligeros pasos alrededor de Anna, mirando los surcos mojados del camino, como si hubiera perdido todo el interés por el asunto.

—Owen...

De nuevo se detuvo y la miró de frente.

—En realidad, no hace falta.

—¿Qué no hace falta?

—Nada de lo que cualquiera de vosotros pueda decir.

—¿Soy yo uno de esos «vosotros»? —dijo ella, desafiándole.

—Bien, entonces, nada de lo que incluso tú me puedas decir —respondió él, sin ceder.

—No tienes ni idea de lo que voy a decirte, o de lo que quiero decirte.

—Ah, ¿no? ¿Nunca?

Anna admitió este punto, pero le planteó otro.

—Sí, pero esto es especial. Lo que quiero decir es... que tu conducta ha sido admirable en todo momento, Owen.

Él soltó una risa en la que algún extraño matiz confirmaba el hecho de ser el hermano mayor.

—Admirable —repitió ella—. Y también la de ella.

—Oh, bueno, y la tuya con ella —dijo, y su voz adquirió de nuevo un tono plenamente juvenil—. No he dejado de verlo ni un minuto. Sin embargo, para ella ha sido mucho más fácil.

—Supongo que, en general, así ha sido. Bien... —contestó Anna, tratando de resumir—. ¿No te gusta ni lo más mínimo que te digan que te has portado tan bien como ella?

—¿Sabes? No lo he hecho por ti... —respondió Owen, sin el menor matiz hostil en la afectada ligereza de su tono.

—¿Y, no obstante, no has... ni lo más mínimo? Porque, después de todo, tú sabías que yo comprendería...

—Has sido muy amable fingiéndolo.

Anna se echó a reír.

—¿Es que no me crees? ¡Recuerda que debía tener en cuenta a tu abuela!

—Sí, y a mi padre, y a Effie, supongo... ¡Y hasta a las enfurecidas sombras de Givré! —respondió, como queriendo acentuar el tono juvenil—. ¿Incluyes también al difunto señor de Chantelle?

Su madrastra pareció no encajar el golpe. Siguió hablando, en el mismo tono de afectuosa persuasión.

—Sí, he debido parecerme demasiado dependiente de Givré. Quizá lo he sido. Pero tú sabes que ése no era mi auténtico propósito cuando te pedí que esperases y que no dijeras nada a tu abuela antes de su regreso.

—El propósito real, por supuesto, era ganar tiempo —concluyó él.

—Sí, pero... ¿para quién? ¿No ves que era para ti?

—¿Para mí? —dijo, ruborizándose—. ¿Quieres decir...?

Anna le puso la mano en el hombro y lo miró a los ojos sin el menor ápice de frivolidad.

—Tengo la intención de hablar con tu abuela en cuanto regrese de Ouchy...

—¿Y le vas a contar...?

—Sí, pero sólo si tú prometes darme algún tiempo...

—¿Tiempo para que traiga a Adelaide Painter?

—¡Oh, sin duda traerá a Adelaide Painter!

La alusión provocó cierta hilaridad en los dos, que se miraron el uno al otro burlescamente.

—Lo único que tienes que prometerme es que no vas a precipitarte. Tienes que darme tiempo para preparar también a Adelaide —añadió la señora Leath.

—¿Prepararla a ella? —preguntó él, apartándose para mirarla mejor—. ¿Para qué?

—¡Para que prepare a tu abuela! ¡Para tu matrimonio! Sí, eso es lo que quiero hacer. Voy a sacarte de este atolladero, ¿sabes?

Owen abandonó su actitud indiferente y le cogió la mano.

—¡Eres de lo mejor que hay! Ni siquiera sospechaba...

—Eso ya lo sabía —respondió ella, bajando los ojos y comenzando a andar lentamente—. No puedo decir que esté del todo convencida de que sea lo más apropiado. Pero sí me parece que importan más otras cosas, y que lo más importante es que ésas no falten. Tal vez yo haya cambiado, o quizá lo que me haya convencido es que tú no has cambiado. Y tengo la certeza de que no vas a cambiar. Eso es lo que de verdad me importa.

—En cuanto a lo de cambiar, ya te lo dije hace unos meses. ¡Podías estar segura del todo! ¿Y por qué estás hoy más segura que ayer?

—No lo sé. Supongo que una aprende algo todos los días...

—¡No en Givré! —dijo él, riendo, y luego la miró con cierta ironía—. Pero tú no has pasado mucho tiempo en Givré últimamente. ¿Es que pensabas

que no me había dado cuenta?

Ella le devolvió la risa, que se mezcló con un suspiro que no la contradecía.

—¡Pobre Givré!

—¡Pobre y desolado Givré! ¡Tantas habitaciones y ni una sola alma en ellas! Excepto mi abuela, que es el alma de todo...

Llegaron a la explanada y, como si lo hubiesen acordado previamente, los dos se quedaron observando los suaves colores de la fachada, iluminada en aquel momento por el agonizante sol otoñal.

—¡Parece estar hecha para dar felicidad...! —murmuró ella.

—Sí, sobre todo hoy, hoy —dijo él, presionando ligeramente el brazo de Anna—. ¡Oh, gracias por haberle dado este aspecto! ¿No crees que nuestro deber con este lugar nos obliga a hacer todo lo que podamos para mantenerlo? A ti también, por supuesto. Vamos, hagamos que sonría de ala a ala. ¡Tengo tantas ganas de decirle cosas estafalarias! Después de todo, en los viejos tiempos debió de albergar personas vivas...

Anna se soltó de su brazo y siguió contemplando el frente de la casa, que parecía, expuesta al lastimero declive del sol, recordarle tácitamente su trágico destino.

—Es precioso —dijo.

—¡Es un recuerdo precioso! Será perfecto recordarlo cuando esté trabajando como un loco en los tribunales de Nueva York y tú estés... —en aquel momento interrumpió la frase y la miró con ojos inquisitivos—. ¡Vamos! ¡Cuéntame algo! Ya no nos contamos nada el uno al otro. Cuando te marchas de pronto con aire despistado y misterioso siempre me dan ganas de decirte: «Vuelve. Lo sé todo».

Ella le devolvió la sonrisa.

—Sabes tanto como yo. Te lo aseguro.

Owen vaciló, como si por primera vez no tuviera claro hasta dónde podía llegar.

—No conozco a Darrow tan bien como tú —dijo, arriesgándose.

Anna frunció ligeramente el ceño.

—Acabas de decir que no hace falta que nos digamos nada.

—¿He dicho algo? Creo que son tus ojos los que han hablado... —dijo, y entonces la cogió por los codos y le dio la vuelta hasta que el sol del ocaso le iluminó la cara con un rayo revelador—. ¡Son tan terriblemente expresivos! ¿Es que no sabes que fueron ellos quienes me dijeron hace rato que hoy

habías decidido que todo el mundo tiene que vivir su propia vida, incluso en Givré?

XI

—Ésta es la terraza sur —dijo Anna—. ¿Te gustaría dar un paseo hasta el río?

Era como si se estuviese oyendo a sí misma desde un lugar distante y aéreo y, sin embargo, dentro del ámbito consciente que los envolvía tanto a ella como a Darrow en su brillante anillo. Para el oyente aéreo, aquellas palabras no pasaban de ser planas y vulgares, pero para el yo situado dentro del anillo latía un corazón distinto en cada una de ellas.

Darrow había llegado el día anterior, y por la mañana había bajado temprano, atraído por la dulzura de la luz en los prados y jardines situados bajo su ventana. Anna había oído el eco de sus pasos al bajar la escalera, su parada al pisar las losas del vestíbulo, su voz al preguntarle a una criada dónde se encontraba ella. Estaba al otro extremo de la casa, en la sala de estar revestida de paneles de madera donde solía refugiarse aquella temporada, porque era la que más sol recibía. Y en aquel momento, de pie junto a la ventana, dentro de un cuadrado de luz refulgente, colocaba geranios de color salmón en un pequeño jarrón de porcelana. Todas aquellas sensaciones suyas relacionadas con el tacto y la vista habían aumentado su fuerza hasta tres veces más. La piel gris verdosa de las hojas de los geranios acariciaba sus dedos, y la luz del sol que se extendía por la superficie irregular del antiguo suelo de parqué otorgaba a éste el brillo y las ondulaciones del lecho ocre de un arroyo.

Darrow estaba en aquel momento enmarcado en la puerta de la estancia más lejana: una silueta gris claro recortada contra las losas blancas y negras del vestíbulo. Luego comenzó a andar hacia ella, dejando atrás los pálidos paneles y, uno tras otro, los reflejos que vitrinas o pantallas proyectaban sobre el suelo lustroso.

Al acercarse, la silueta fue desplazada de pronto por la de su marido, que tantas veces había visto avanzar desde la misma perspectiva. Recto, sobrio, erecto, mirando a derecha e izquierda con precisos giros de cabeza, deteniéndose de vez en cuando a colocar una silla en su sitio o modificar la posición de cualquier jarrón, Fraser Leath solía marchar hacia ella a través de la doble fila de muebles como un general que pasa revista a un regimiento

alineado para su inspección. En un lugar concreto, junto a la segunda habitación, siempre se paraba delante de la repisa amarillenta de una de las chimeneas y se miraba en el alto espejo festoneado que colgaba justo encima. Ella no recordaba que en ningún momento hubiera tenido su marido que arreglar o modificar su estudiado atuendo y, sin embargo, ni una sola vez había omitido la inspección ante aquel espejo.

Luego seguía su camino a paso rápido. El subsiguiente gesto de satisfacción aún permanecía en su rostro cuando entraba en la sala de estar panelada de roble y saludaba a su esposa...

La proyección espectral de esta escena cotidiana quedó suspendida por unos instantes frente a Anna, que a pesar de todo tuvo tiempo de recorrer con mirada sorprendida la distancia entre pasado y presente. Luego, los pasos del presente se fueron acercando y abandonó los geranios para dar la mano a Darrow...

—Sí, demos un paseo hasta el río.

Ninguno de los dos había logrado encontrar hasta entonces demasiados temas de conversación. Darrow había llegado la tarde anterior y, durante la velada, Owen Leath se había interpuesto entre ellos y sus propios pensamientos. Ahora, por primera vez, estaban solos, hecho que era ya notable en sí mismo. Con todo, Anna sabía a la perfección que en cuanto empezaran a hablar más íntimamente se darían cuenta de lo poco que se conocían.

Salieron a la terraza y descendieron por la escalinata hasta el camino de grava. Una delicada capa de rocío daba a la hierba un resplandor azulado, y la luz del sol, que penetraba en rayos esmeraldas entre los troncos de los árboles, convergía en grandes espacios iluminados al final de los senderos, dejando en el aire una gloria acuosa parecida al anillo que circunda la luna en otoño.

—¡Qué bien estar aquí! —dijo Darrow.

Giraron a la izquierda y se detuvieron un momento a contemplar la larga fachada rosácea, más simple, más cordial y menos recargada que la que daba al patio. La acción del tiempo sobre sus ladrillos había sido tan prolongada y, no obstante, tan delicada, que en ciertos lugares tenían el vello y la textura de un viejo terciopelo rojo, mientras que las manchas doradas de líquen que los cubrían semejabán los últimos restos de un tenue bordado. La cúpula de la capilla, con su cruz dorada, se alzaba por encima de una de las alas; la otra terminaba en un palomar en forma de cono, y por encima de él volaban pájaros, lustrosos y grisáceos, cuyo plumaje se mezclaba con el azul de los tejados al acercarse a ellos.

—Así que es aquí donde has pasado todos estos años.

Otra vez dieron la vuelta y siguieron paseando por debajo de un largo túnel de árboles amarillentos. Bancos con las patas cubiertas de musgo se alzaban sobre los bordes musgosos del sendero, el cual, en su más alejado extremo, se ampliaba hasta formar un círculo en torno a una fuente de piedra en la que el agua opaca, cubierta de hojas, parecía una lápida de ágata moteada de oro. Luego volvía a estrecharse y discurría caprichosamente por el interior del bosque, entre troncos esbeltos y densos en los que se enroscaba la hiedra. Poco a poco fueron viendo, por encima de ellos, más manchas azuladas a través de las escasas hojas, hasta que finalmente desaparecieron los árboles y salieron al campo abierto, junto al río.

Continuaron hasta el camino de sirga. En un recodo del muro, unos peldaños conducían a un destartalado pabellón con las ventanas cubiertas de hiedra. Anna y Darrow se sentaron en un banco que salía de uno de sus muros y contemplaron, más allá del río, las lejanas colinas divididas en retazos de verde y *beige*, y al fondo un pueblo blanquecino, con una rechoncha torre de iglesia y tejados grises que se recortaban contra los perfectos trazos del paisaje. Anna guardaba silencio, tan intensamente consciente de la proximidad de Darrow que no se sorprendió lo más mínimo cuando éste le cogió la mano. Los dos se miraron, y luego él sonrió.

—Se acabaron los obstáculos —dijo.

—¿Obstáculos? —preguntó Anna, como si la palabra la hubiese asustado—. ¿Qué obstáculos?

—¿No recuerdas el telegrama que me enviaste para que cancelase mi viaje en mayo? Sólo decía: «Obstáculo inesperado». Por cierto, ¿dónde estaba el terremoto? Había que encontrar una institutriz para Effie, ¿no?

—Ya te conté mis razones, las razones de que fuera un obstáculo. Te escribí una carta bastante larga.

—Ya lo sé —respondió Darrow, y luego le cogió una mano y la besó—. ¡Qué lejano parece todo eso, y qué poco importa ahora!

Ella lo miró rápidamente.

—¿Eso es lo que crees? Supongo que yo soy distinta. Quiero vivir hoy todos esos meses perdidos, hacer que sean parte de este día.

—Pero para mí ya son parte de él. Vuelves atrás y los recuperas, desde el principio.

Ella frunció el ceño, como luchando con una sorpresa imposible de articular.

—Es curioso cómo aquella primera vez surgió algo entre nosotros que no fui capaz de entender.

—En aquellos días ninguno de los dos podíamos entenderlo, ¿no crees? Es parte de lo que llaman la alegría de ser joven.

—Eso es lo que yo pensaba también; siempre que lo recordaba, quiero decir. Pero, incluso entonces, era más cierto en tu caso que en el mío, mientras que ahora...

—Ahora —dijo él— lo único que importa es que estamos los dos aquí, juntos.

Darrow descartaba todo lo demás con una ligereza que habría podido parecer una prueba decisiva del poder que ella ejercía sobre él. Sin embargo, Anna no disfrutaba con aquellos triunfos. Creía desear su lealtad y su adoración no tanto por ella misma como por su mutuo amor y creía, además, que al tratar con ligereza cualquier etapa anterior de su relación, Darrow restaba algo de hermosura a aquel momento. El color volvió a sus mejillas.

—Entre tú y yo todo importa.

—¡Pues claro! —dijo Darrow, y entonces Anna percibió una dulzura algo forzada en la sonrisa que le dirigió—. Por eso «todo» significa para mí aquí y ahora: tú y yo, en este banco.

—¡Eso es lo que quería decir: aquí y ahora! No podemos huir —dijo ella, retomando la frase anterior.

—¿Huir? ¿Es que quieres irte? ¿Otra vez?

El corazón de Anna empezó a latir deprisa. Había algo en ella que, de forma irregular y reticente, luchaba por liberarse, pero la calidez de la cercanía de Darrow permeaba todos sus sentidos, igual que el sol el paisaje. Entonces, de pronto, supo que no se iba a conformar sino con una absoluta felicidad.

—¿Otra vez? ¿Pero no fuiste tú, la última vez...?

Dejó de hablar, sintiendo el temblor de Psique al sujetar la lámpara. Sin embargo, a la luz inquisitiva de aquella pausa, los rasgos de su compañero no experimentaron cambio alguno.

—¿La última vez? ¿La primavera pasada? ¡Fuiste tú quien, por motivos muy convincentes, tal como me dijiste, me impidió cruzar tu puerta la pasada primavera!

Anna se dio cuenta de que Darrow, para satisfacerla sentimentalmente, estaba dispuesto a retomar con buen humor un asunto que, en su caso, el tiempo ya había resuelto de manera concluyente. Percibir dicha disposición le dio más fuerzas.

—Te escribí tan pronto como me fue posible —respondió—. Te explicaba el retraso y te pedía que vinieras. Y tú ni siquiera respondiste a mi carta.

—En aquel momento me era imposible venir. Tenía que volver a mi trabajo.

—¿Y también te fue imposible decírmelo?

—Tu carta tardó mucho en llegar. Esperé una semana, diez días. Al recibirla, tenía razones para pensar que no esperabas una respuesta rápida.

—¿Eso fue lo que pensaste, después de leerla?

—Así fue.

—Entonces, ¿por qué estás aquí hoy? —preguntó Anna, con el corazón en la garganta.

—¡Dios sabrá por qué! ¿Cómo puedes preguntarme eso? —respondió Darrow, mirándola con gesto sorprendido.

—¿Ves cómo tenía razón cuando te dije que no comprendía?

De pronto, Darrow se puso de pie y se quedó mirándola, tapando la vista del río y las colinas a cuadros.

—Quizá yo también deba decirlo.

—No, no, no deberíamos tener motivos para decirlo más veces —dijo Anna, mirándolo con seriedad—. Ni tú ni yo deberíamos ocultar cómo somos. Quiero que me veas exactamente como soy, con todas mis dudas irracionales y todos mis escrúpulos, tanto los antiguos como los nuevos.

—No te preocupes de los antiguos. Estaban justificados —respondió él, sentándose de nuevo junto a ella—. Estoy dispuesto a admitirlo. Había que despedir a la institutriz, tenías que cuidar de Effie y, para colmo de males, tu suegra estaba enferma, así que entendí perfectamente que te fuera imposible verme. Incluso entiendo que, en aquel momento, te fuera difícil escribirme y explicarlo todo. ¿Y qué más da todo eso ahora? Los escrúpulos nuevos son los que de verdad me interesan.

El corazón de Anna volvió a latir deprisa. Sentía cómo se aproximaba su felicidad con tanta certeza que, si la atraía más cerca, se arriesgaba a aplastarla, como un pollito que muere bajo las caricias de un niño. Pero su propia seguridad la apremiaba. ¡Aquellas dudas, que durante tanto tiempo habían sido cortantes como el filo de un cuchillo, ahora eran como juguetes inofensivos que podía coger y acariciar sin peligro!

—No viniste, ni contestaste a mi carta, así que después de cuatro meses te escribí otra.

—Y ésa sí que la contesté. Por eso estoy aquí.

—Sí —dijo ella, conteniendo las lágrimas—. Pero en mi segunda carta repetía exactamente lo que había dicho en la primera, la que te escribí en junio. Entonces te dije que estaba dispuesta a darte la respuesta a lo que me habías preguntado en Londres y, al decírtelo, te estaba diciendo cuál era esa respuesta.

—¡Amor mío! ¡Amor mío! —murmuró Darrow.

—Pero para ti aquella carta no existía. No diste señales de vida en todo el verano. Y lo único que te pido ahora es que me digas con franqueza por qué.

—Lo único que puedo hacer es repetirte lo que ya he dicho. Estaba dolido, me sentía desgraciado y dudé de tus palabras. Supongo que si me hubieran importado menos habría decidido hacer algo. Pero me importaban tanto que no podía arriesgarme a una nueva decepción. Porque tú ya me habías hecho sentir mal una vez. De modo que cerré los ojos, apreté los dientes y te volví la espalda. ¡Ésa es la única y pusilánime verdad que hay detrás de todo eso!

—Entonces, si es la única verdad... —dijo Anna, dejándose abrazar por él—. ¿Entiendes que aquello me atormentara? Así es como interpreté tu silencio hasta que logré quebrantarlo. Ahora quiero asegurarme de estar en lo cierto.

—¿Y qué puedo hacer para que estés segura?

—Primero contármelo todo —dijo Anna, separándose de él pero sin soltarle las manos—. Owen te vio en París.

Entonces lo miró y él le devolvió la mirada, sin pestañear. La luz daba de lleno en su agradable rostro bronceado por el sol, en sus ojos grises y en su frente blanca y sincera. Por primera vez, Anna se dio cuenta de que, en la mano que sostenía la suya, llevaba un anillo de plata con un sello.

—¿En París? Ah, sí, es verdad.

—Me lo contó cuando volvió. Creo que incluso hablasteis durante un momento en un teatro. Le pregunté si habías dicho algo del aplazamiento de tu viaje, o si me enviabas algún mensaje, pero él no recordó haber oído ninguna de las dos cosas.

—¿En medio de una multitud, en el vestíbulo de un teatro? ¡Pero querida...!

—Ya sé que era absurdo. Pero Owen y yo siempre hemos tenido una extraña relación, como de hermanos. Creo que él se dio cuenta de lo nuestro al verte conmigo en Londres. Así que bromeó un poco e incluso fingió que me ocultaba algo que habías dicho. Y, cuando vio que yo ponía interés, me dijo que no tuvo tiempo de hablar contigo porque tenías mucha prisa por volver al lado de una dama que te acompañaba.

Darrow aún sujetaba sus manos, pero ella no notó cómo las de él temblaban, ni vio la sangre agolparse en sus bronceadas mejillas. Parecía estar sinceramente repasando sus recuerdos.

—Bien, ¿y qué más te dijo?

—Oh, no mucho más, excepto que era una mujer muy hermosa. Cuando le pedí que la describiera me dijo que la habías encerrado en la *baignoire* y que, en realidad, no había podido ver de ella nada más que un trozo de su abrigo y que de ahí había deducido que debía de ser bonita... Esas cosas pasan, ¿no crees? Creo que dijo que el abrigo era rosa.

Darrow rompió a reír.

—Claro que sí... ¡siempre son rosa! Así que eso es lo que en realidad despertó tus dudas...

—Al principio no. Me limité a reír. Pero luego, cuando te escribí y no contestaste... ¿no te das cuenta? —le dijo, en tono suplicante.

—Sí, ahora sí —dijo él, mirándola con ojos comprensivos.

—No quiero que pienses que fue una ligera rabieta... Quiero que sepas cómo soy realmente. Si pensé eso en aquel momento, cuando casi estabas aquí...

Darrow soltó la mano y se puso de pie.

—Sí, sí, entiendo...

—¿De verdad? —contestó Anna, siguiéndolo con la mirada—. No soy una muchacha estúpida. ¿Qué puedo decir?... Hay cosas que una mujer siente... cuando lo que sabe no sirve para nada... No es que quiera que me expliques nada, al menos sobre aquella tarde. Lo único que deseo es compartir contigo todos mis sentimientos. Pero no lo supe hasta que volví a verte. ¡Nunca pensé que sería capaz de decirte estas cosas!

—Y yo nunca pensé que estaría aquí, oyéndolas —dijo Darrow sonriendo y, levantando una punta del pañuelo que Anna llevaba al cuello, lo besó—. Pero ahora que me lo has dicho, ya lo sé, ya lo sé.

—¿Qué sabes?

—Que lo que ocurre entre tú y yo es algo importante. Y ahora me puedes hacer todas las preguntas que quieras. Yo ya te he hecho todas las que necesitaba hacerte.

Durante un largo rato se miraron sin pronunciar palabra. Anna vio cómo el espíritu burlón de sus ojos se ponía serio y se oscurecía en una apasionada severidad. Darrow se inclinó y la besó, y ella pareció envuelta en alas.

XII

Resultaba perfectamente natural que, de regreso a la casa, la conversación versara sobre el futuro que les aguardaba.

Anna no tenía muchas ganas de concretarlo. Había desarrollado una extraordinaria sensibilidad a los elementos intangibles de la felicidad, así que, mientras caminaba junto a Darrow, su imaginación volaba de un lado para otro tejiendo luminosos entramados de sentimientos entre ella y el entorno. Cuando sus emociones se agudizaban, las cosas que la rodeaban adquirían nuevas efusiones de belleza, y con ellas la sensación de que tales instantes tendrían un fin y serían absorbidos como un milagro imposible de renovar. Comprendía la impaciencia de Darrow por fijar algún plan y sabía que debía ser así, y que no iba a aceptar otra cosa; pero lograr que su pensamiento se concentrara en fechas y decisiones era como intentar abrirse camino a través de la maraña plateada de un bosque en primavera.

Darrow deseaba utilizar las oportunidades que le brindaba su cargo diplomático para estudiar a fondo ciertos problemas económicos y sociales con vistas a publicar sus hallazgos. Con tal fin, había solicitado, y obtenido, un puesto en Sudamérica. Anna estaba dispuesta a seguirlo allá donde fuera, y no era reacia a poner una nueva vida y unos quehaceres distintos como barrera entre ella y su pasado. Su único cometido sería ocuparse de Effie y de su educación; y, tras reflexionar mucho, concluyó que sería posible compaginar estas obligaciones con la labor diplomática de Darrow. Evidentemente, la señora de Chantelle podría quedarse con la niña hasta que la pareja hubiera organizado su vida; e incluso la propia Effie podría vivir una parte del año en Givré y otra en las antípodas mientras su padrastro estuviera destinado en lugares lejanos.

En cuanto a Owen, que había alcanzado la mayoría de edad hacía dos años y que pronto cumpliría la edad establecida para hacerse cargo de la herencia paterna, las obligaciones de su madrastra iban a reducirse a un amistoso interés por su bienestar. Esto favorecía el inmediato cumplimiento de los deseos de Darrow, pues no parecía haber razón alguna para no celebrar el matrimonio dentro de las seis semanas que le quedaban de permiso.

Salieron del bosque a la abierta luminosidad del jardín. El sol del mediodía proyectaba reflejos dorados sobre los flancos bronceados de los tejos poligonales. Por todas partes, crisantemos de color rojo, azafrán y naranja brillaban como florescencias de un bosque encantado; parterres de begonias, de un color que variaba desde el rojo del vino tinto al púrpura, corrían como una llama por los bordes; y, por encima de este tapiz, la casa extendía todas sus armoniosas proporciones, templada la sobriedad de sus líneas en la gracia de la luz y el aire neblinoso.

Darrow se detuvo y Anna vio cómo dejaba de mirarla para centrarse en el paisaje, y luego, de nuevo, en su rostro.

—¿Seguro que estás dispuesta a dejar Givré? ¡Parecéis hechos el uno para el otro!

—¡Oh, Givré! —Anna se interrumpió de pronto, como si lo hubiera dicho en un tono un tanto frívolo que hubiera puesto todo su pasado en manos de Darrow; y, con uno de sus instintivos movimientos de retroceso, añadió—: Cuando Owen se case tendré que irme de todas formas.

—¿Cuando Owen se case? ¡Todavía queda mucho tiempo para eso! Lo que quiero que me digas es que, mientras tanto, no lamentarás irte de aquí.

Ella vaciló. ¿Por qué la empujaba a revelar todo su pobre y famélico pasado? Una vaga sensación de lealtad, un deseo de evitar aquello que ya no podía hacerle daño la impulsó a contestar con una evasiva.

—Ese «mientras tanto» no se dará. Puede que Owen se case dentro de muy poco.

Anna no había querido tocar este asunto, pues su hijastro le había hecho jurar que, de momento, guardaría el secreto; pero, dado que la brevedad del permiso de Darrow exigía definir pronto sus planes, resultaba inevitable dar una indicación, al menos, de los proyectos de Owen.

—¡No me digas que Owen se va a casar! ¡Pero si parece un fauno con pantalones! Espero que haya encontrado una dríade. Seguro que debe de quedar alguna en estos bosques azules y dorados.

—No puedo decirte dónde ha encontrado a su dríade, pero hay una, de eso estoy segura. Y, en cualquier caso, ella armonizará con los bosques de Givré mucho mejor que yo. Sólo que quizá haya alguna dificultad...

—¡Bien! A esa edad no conviene que el camino esté totalmente despejado.

—Owen está dispuesto a superarla —dijo ella, un poco dubitativa—. Y yo he prometido ayudarle.

Luego explicó, tras reflexionar un instante, que la elección de su hijastro no iba a ser aceptada con facilidad por su abuela, por razones diversas.

—Hay que prepararla poco a poco, y yo le he prometido encargarme de ello. Siempre le he ayudado, y ahora confía plenamente en mí.

Anna había creído notar en las palabras de Darrow un ligero matiz de irritación, y se preguntó si sospechaba que podía estar buscando otra vez un pretexto para retrasarlo todo.

—Espero que, una vez que el futuro de Owen esté asegurado, no me pedirás que me vaya sin ti con el argumento de que quieres seguir ayudándolo —dijo, acercándose a ella—. Owen lo comprenderá, aunque tú no lo hagas. Y ya que él se encuentra en la misma situación que yo, le pediré que se apiade de mí. Se dará cuenta de que soy yo quien más te necesita, e incluso te lo hará ver a ti.

—Owen lo ve todo. De eso no tengo ninguna duda. Pero su futuro no está claro. Seguro que su abuela piensa que es muy joven para casarse, demasiado joven, y el matrimonio que él propone no le hará cambiar de opinión.

—¿Es que no la ha elegido él?

—Sí, pero no es lo que la señora de Chantelle llamaría un buen partido. Yo ni siquiera la llamaría una elección razonable.

—¿Y sin embargo lo apoyas?

—Y sin embargo lo apoyo —dijo, deteniéndose un instante a pensar—. Pero no sé si me entiendes. Lo que le deseo a él, igual que a Effie, es que siempre sea libre para cometer sus propios errores y que, si es posible, a ninguno de los dos les obliguen nunca a cometer los de otras personas. Incluso en el caso de que el matrimonio de Owen fracasara y él tuviera que pagar las consecuencias, creo que aprendería y se beneficiaría de ello. Me resulta imposible hacérselo ver a la señora de Chantelle, con ese carácter que tiene, tan impulsiva y tan variable, unas veces muy activa y otras muy apática, pero sé que ahora sería mucho peor frustrar las expectativas de Owen.

—¿Y piensas decírselo en cuanto vuelvas de Ouchy?

—En cuanto encuentre la oportunidad. Ella conoce a la muchacha y le gusta: ésa es nuestra esperanza, aunque también podría volverse en contra de nosotros y ser mucho peor que si Owen hubiese elegido a una desconocida. No puedo decirte más hasta que haya hablado con la señora de Chantelle: he prometido a Owen no contárselo a nadie. Lo único que pido es un poco de tiempo, al menos unos cuantos días. Mi suegra se ha comportado exquisitamente, como ella misma diría, respecto a mi futura salida de Givré, pero eso también puede ponerle las cosas más difíciles a Owen. De todas

formas, me comprendes, ¿verdad? ¿Comprendes que quiera quedarme para ayudarlo? Lo que no podría soportar es robarle siquiera un átomo de su felicidad para colmar la mía, como si la felicidad hubiese que trocearla y compartirla con otras personas. —En aquel momento apretó el brazo de Darrow—. Quiero que nuestra vida sea como una casa con luz en todas las ventanas —continuó—. ¡Hasta colgaría lámparas del tejado y de las chimeneas!

Concluyó con un escalofrío interior. En el curso de su explicación, y consiguiente requerimiento, no había dejado de decirse que el momento elegido no podía ser mejor. Si estuviera en el lugar de Darrow pensaría, como sin duda pensaba él, que aquellos argumentos desarrollados con tanto cuidado no eran sino un disfraz para ocultar su habitual indecisión. Como a cualquier persona, le habría gustado afirmarse eliminando todo obstáculo a los deseos de Darrow; y, sin embargo, sólo oponiéndose a ellos podía mostrar la firmeza de carácter que él deseaba ver en ella.

Sin embargo, mientras hablaba notó que el rostro de Darrow no devolvía reflejo alguno de sus palabras, sino que continuaba con la mirada abstraída de un hombre que no oye lo que se le dice. Y le causó cierto dolor ver cómo divagaba en momentos así. Pero, de pronto, descubrir el motivo la colmó de felicidad.

Sin saber cómo, se dio cuenta, sin necesidad de volver la cabeza, de que Darrow estaba absorto sintiendo su cercanía y contemplando todos los detalles de su rostro y de su vestido. Esta constatación había arrancado de sus labios un tropel de palabras dichas con facilidad, autoridad y convicción. Había pensado: «No le importa nada de lo que estoy diciendo... incluso si fuera algo estúpido, le gustaría igual...». Había sabido que cada inflexión de voz, cada gesto, cada característica de su persona, incluyendo los defectos, el hecho de tener la frente alta, los ojos pequeños, las manos delgadas pero grandes y los dedos un poco rechonchos, eran canales para transmitir su influencia. Había sabido que él la quería tal como era y no como a ella le habría gustado ser, y por primera vez había sentido en sus venas la seguridad y levedad del amor dichoso.

Llegaron a la explanada y se dirigieron bajo los tilos a la casa. La puerta del vestíbulo estaba abierta de par en par, y a través de las ventanas que daban a la terraza el sol se proyectaba sobre el suelo blanco y negro, sobre el color desvaído del tapiz de las sillas y sobre el gabán y el sombrero de Darrow, que yacían revueltos con otras prendas de vestir encima de un banco situado junto a la pared.

Verlos allí, mezclados con sus propias cosas, suscitó en Anna cierta sensación de intimidad hogareña. Era como si su felicidad descendiera de los cielos y vistiera el humilde ropaje de las cosas diarias. Por fin parecía tenerla a su alcance.

Cuando entraron en el vestíbulo, observó una nota dejada de forma muy visible sobre la mesa.

—¡Es de Owen! Debe de haberse ido a algún sitio con el automóvil.

Entonces sintió un íntimo regusto de placer al inferir que podrían almorzar solos. Luego leyó la nota, sorprendiéndose de su contenido:

Querida: Después de nuestra conversación de ayer, no puedo esperar ni una hora más, así que voy a Francheuil a coger el expreso de Dijon y regresar con ellas. No tengas miedo: no diré nada a menos que no resulte peligroso. Ya sabes que puedes confiar en mí, pero tengo que hacerlo.

Anna alzó los ojos lentamente.

—Se ha ido a Dijon a buscar a su abuela. ¡Espero no haber cometido un error!

—¿Tú? ¿Y que tienes tú que ver con este viaje a Dijon?

—Anteayer —respondió Anna en tono vacilante— le dije, por primera vez, que estaba dispuesta a ayudarle ocurriera lo que ocurriera. Temo que haya perdido la cabeza, que sea imprudente y que lo estropee todo. En realidad, mi primera idea había sido no decirle nada hasta haber tenido ocasión de preparar a la señora de Chantelle.

Notó cómo la mirada de Darrow leía sus pensamientos, y el color se apagó en su rostro.

—Sí, se lo dije cuando supe que venías. Quería que se sintiera como yo me sentía... me parecía absurdo hacerle esperar.

Sus manos seguían juntas. Luego Darrow le tocó el hombro durante un breve instante.

—Habría sido absurdo hacerle esperar.

Entonces subieron juntos las escaleras. Vistos a través del halo de felicidad que la rodeaba, los asuntos de Owen parecieron de pronto insignificantes y remotos. Lo único que importaba era el torrente de luz que fluía por sus venas.

—Es casi la hora de almorzar. Tengo que quitarme el sombrero... —dijo, comenzando a subir las escaleras.

Darrow se quedó abajo, contemplándola. Sin embargo, la distancia que había entre ellos no parecía alejarla: era como si sus pensamientos se movieran con ella, como si manos cariñosas la acariciaran.

Una vez en el dormitorio, Anna cerró la puerta y se sentó frente al espejo para cepillarse el pelo. La presión del sombrero había aplastado los oscuros rizos que le caían sobre la frente. Su rostro estaba algo más pálido que de costumbre y tenía ojeras. Le dolió recordar tantos años perdidos. «Si hoy tengo este aspecto —se dijo—, ¿qué pensará de mí cuando esté enferma o preocupada?» Entonces comenzó a alisarse el cabello con los dedos y se alegró al comprobar su espesura. Luego dejó de hacerlo y se quedó quieta, apoyando la barbilla en las manos.

«Quiero que me vea como realmente soy», pensó. Y experimentó la sensación, más honda que la más profunda fibra de su vanidad, de que tal como estaba, con el pelo aplastado, el semblante cansado y las mangas torcidas por el peso de la chaqueta, él la iba a encontrar más cercana, más entrañable, más apetecible que si apareciera ante sus ojos con todo el esplendor que era capaz de recrear. A la luz de este descubrimiento, estudió su rostro con renovado interés, observando sus defectos como nunca los había visto y, a pesar de ello, los encontró radiantes, como si el amor fuera un mar de luz en el que su cuerpo se hubiera zambullido.

Ahora se alegraba de haberle confesado sus dudas y sus celos. Presentía que un hombre enamorado podía sentirse halagado con tales confidencias, que había ocasiones en que el respeto a la libertad le importaba menos que la incapacidad de respetarla: eran momentos tan propicios que incluso los propios errores e indiscreciones de una mujer podían ayudarla a dominar la situación. La sensación de poder que había experimentado al hablar con Darrow se reprodujo, aumentada diez veces. Deseaba ponerlo a prueba con las exigencias más fantásticas y, al mismo tiempo, humillarse ante él, convertirse en pura sombra y eco de sus deseos. Quería vivir junto a él en un lugar de fantasía tanto como caminar a su lado en el mundo real. Quería hacerle llegar su poder y que, a la vez, él la amara por su ignorancia y su humildad. Se sentía una esclava, una diosa, una adolescente...

XIII

Aquella noche, Darrow se sentó en un sillón junto al fuego y se puso a pensar.

La estancia era propicia a la meditación. La lámpara de pantalla roja, las esquinas de sombra, el resplandor de la chimenea en las curvas de antiguas cómodas y vitrinas, le conferían un aire de intimidad, acentuado por las cortinas desvaídas y las alfombras, un tanto usadas y deshilachadas. Todo aparecía armoniosamente desvencijado, quizá debido a un toque sutilmente intencionado que Darrow atribuyó a Fraser Leath. Fraser Leath, sin embargo, se había convertido en un elemento tan poco importante en aquel contexto que estos vestigios de su presencia no le causaban la menor inquietud, más allá de un leve interés retrospectivo.

La sobremesa y la tarde habían sido perfectas.

Tras unos instantes de preocupación por la marcha de su hijastro, Anna se había entregado a la felicidad con un ímpetu que Darrow nunca había sospechado. Después del almuerzo, habían dado un paseo en automóvil, recorriendo millas de paisajes de sobrias tonalidades, donde, de vez en cuando, llameaba una viña escarlata. Habían entrado con gran estruendo en pueblos con calles empedradas, habían salido por suaves laderas por encima del río, o habían seguido las curvas de los estrechos caminos, levemente dorados, de los bosques, que terminaban en el azul de las colinas abiertas. Un débil sol, que lo iluminaba todo, parecía disolverse en el aire quieto, y el olor de las raíces húmedas y las hojas caídas se mezclaba con la esencia penetrante de los rastrojos quemados. En una ocasión, al final de un muro, detuvieron el automóvil delante de una puerta en ruinas. Después de seguir un camino muy accidentado, llegaron a una pequeña casa vacía y antigua, de fantástica arquitectura, que se erguía sobre un foso a la sombra de árboles centenarios. Recorrieron los senderos bajo los árboles, y encontraron un Templo del Amor cubierto de musgo en una isleta entre juncos y plátanos. Se sentaron en un banco al lado de las caballerizas y vieron, con el atardecer de fondo, a las palomas volar en círculos por encima del palomar de ladrillo. Luego el automóvil se adentró en el crepúsculo...

Al regresar, se sentaron junto al fuego en el salón de roble, y Darrow se recreó en la delicada cabeza de Anna, recortada contra los oscuros paneles. Entonces pensó lo mucho que disfrutaría siempre con la simple contemplación del movimiento de sus manos cuando servían el té...

Cenaron tarde, y Darrow volvió a sentir un extraordinario placer al verla en su traje de noche, sentada frente a él en una mesa con velas y flores. Dejó que sus ojos se posaran en el orgulloso y tímido conjunto de su cabeza, observó cómo la envolvía el cabello oscuro y la juvenil esbeltez de su cuello, que partía del ligero bulto del pecho. Su imaginación quedó sorprendida por la reticencia de tal belleza. Evocaba un hermoso retrato bosquejado en unos pocos tonos, o un ánfora griega donde el juego de la luz es la única forma.

Después de cenar, salieron a la terraza a contemplar el parque, ahora iluminado por la luna. Podían distinguirse ciertas masas borrosas de árboles en la blancura crepuscular. En la parte inferior, el jardín dibujaba unos oscuros diagramas entre estatuas que acechaban como silenciosos conspiradores al borde de las sombras. Más allá, los prados parecían una malla de plata desplegada por detrás de la neblina que venía del río; y las estrellas del otoño temblaban al tiempo que sus propios reflejos en el agua oscura.

Darrow encendió un puro y ambos caminaron con lentitud sobre las losas en aquel aire lánguido, hasta que él la rodeó con el brazo.

—No debes quedarte aquí. Estás helada —dijo.

Y entonces volvieron a la habitación y acercaron los sillones a la chimenea. Unos pocos instantes después, ella quebró el silencio.

—Son más de las once —dijo, mirándolo, con una débil sonrisa.

Darrow no se movió, absorbiendo su mirada, y pensando: «Habrà muchas noches como ésta»; entonces ella se le acercó, se inclinó junto a él y, poniéndole la mano en el hombro, le dio las buenas noches. Él se puso de pie y la abrazó.

—Buenas noches —contestó, sin soltarla. Luego se dieron un largo beso repleto de promesas y comunión.

El recuerdo de aquel beso siguió dentro de él mientras permaneció junto al fuego crepitante. Sin embargo, por debajo de su exultación física, sentía cierto abatimiento. Su felicidad era, de alguna manera, el lugar donde se cruzaban muchos propósitos distintos. Los resumió vagamente diciéndose que ser amado por una mujer como aquélla «lo cambiaba todo»... Estaba algo cansado de experimentar con la vida, deseaba fijarse un rumbo, ajustarse a un propósito, centrarse, esforzarse y llegar a resultados concretos. Una vez

transcurridos dos o tres años en la carrera diplomática, con ella a su lado, comenzaría su verdadera vida. Viajes, investigaciones y libros, en el caso de él, y en el de ella, al menos la satisfacción de abandonar un ambiente de frivolidades y ridículos actos sociales y entrar en otro, más fresco y abierto, de actividades competitivas.

Llevaba sintiendo aquel deseo de cambio desde hacía ya algún tiempo, y su encuentro con Anna Leath la primavera anterior lo había encaminado en una dirección definitiva. Con una compañera así, que definía y estimulaba sus energías, se veía capaz de «poder hacer algo» de forma modesta pero decidida. Y por debajo de esta certeza se hallaba la sensación de que, por muchas razones, tenía derecho a esa oportunidad. Su vida, vista en conjunto, había sido una empresa meritoria. A partir de modestas oportunidades y de un talento mediano, se había forjado una personalidad bastante marcada, había conocido a algunas personas excepcionales y hecho unas cuantas cosas interesantes y bastante difíciles. Ahora se encontraba, a los treinta y siete años, con la suficiente ambición intelectual para iniciar una madurez vigorosa y enérgica. Por lo que se refiere a la esfera privada y personal de su vida, no se salía de los patrones comunes, y si alguna vez había caído por debajo de las pautas ideales, siempre se había tratado de breves, parentéticos y ocasionales declives. En los aspectos reconocidamente esenciales, siempre se había mantenido estrictamente dentro de los confines de sus escrúpulos.

De este estimulante examen de su caso volvió a la contemplación de su felicidad suprema. Entonces recordó su primer encuentro con Anna Summers y retomó uno por uno los hilos de sus desdibujados amores. Pensó con excusable orgullo en que los hados lo habían destinado desde muy pronto al altísimo privilegio de poseerla: lo cual parecía querer decir que ambos habían nacido el uno para el otro, en el sentido más genuino de aquella manida frase.

A un nivel más profundo que todas estas satisfacciones se encontraba la sensación más elemental de estar bien en presencia de ella. Esto, después de todo, era la prueba de que ella era la mujer que necesitaba: el placer que se derivaba de contemplar su cabeza, el pelo que le nacía por encima de la frente y en la nuca, la mirada serena cuando él hablaba, la grave libertad de su porte y de sus gestos. Recordaba todos los detalles de su rostro, las venas que se dibujaban en sus sienes, las sombras pardas y azules de sus párpados, y la forma en que sus ojos parecían reflejar dos estrellas que nacían y estallaban cuando la tenía en sus brazos...

Si alguna vez había albergado la más mínima duda sobre la naturaleza de sus sentimientos por él, aquellas dos estrellas las habían disipado. Era

reservada, incluso tímida; era lo que las personas superficiales y efusivas no dudarían en llamar «fría». Era como un cuadro que sólo se puede contemplar desde un ángulo determinado: un ángulo que sólo conoce su poseedor. Esta ocurrencia resultó halagadora para su sensación de dominio... Pensó que la sonrisa que aparecía en sus labios le habría parecido fatua a cualquier testigo. Entonces recordó la mirada de Anna cuando se interesó por aquel encuentro con Owen en el teatro. Se había fijado más en sus ojos que en sus palabras y en el esfuerzo que le había costado hacer aquella pregunta: el rojo de sus mejillas, el surco más profundo entre sus cejas, el modo en que sus ojos buscaron cobijo y terminaron encontrándolo en los suyos. Había orgullo y pasión en aquellos gestos: ¡magníficas cualidades para una esposa! Aquella visión casi logró ocultar su momentáneo azoramiento al evocar un recuerdo que no tenía cabida en el retrato actual que se hacía de sí mismo. ¡Sí! La verdad es que merecía la pena observar la lucha que libraban el instinto y la inteligencia de Anna, sabiéndose el objeto de la disputa.

Había consideraciones de otro orden mezcladas con estas sensaciones. Pensó con satisfacción que Anna era esa clase de mujer con la que le gustaba que lo vieran en público. Sería muy agradable seguirla en los salones, andar tras ella por los pasillos de los teatros, entrar y salir de los trenes a su lado, llamarla «mi esposa» delante de todo el mundo. Todos estos detalles los resumió en la bonita frase: «Es una mujer de la que uno se puede sentir orgulloso», y creyó que este hecho en cierto modo justificaba y ennoblecía el instintivo y juvenil deleite que sentía por amarla.

Luego se levantó, paseó por la habitación y contempló la noche estrellada durante un rato. Después se echó en su sillón tras lanzar un suspiro de satisfacción.

—¡Demonios! —exclamó de pronto—. ¡Es lo mejor que me ha ocurrido nunca!

El día siguiente fue todavía mejor. Sentía que Anna también compartía la misma sensación, que habían llegado a comprenderse el uno al otro con más claridad. Era como si después de nadar contra olas brillantes, hubieran alcanzado una tranquila ensenada a la sombra de un acantilado, en cuya superficie en calma pudieran flotar y contemplar el fondo.

De vez en cuando, mientras andaban y hablaban, Darrow sentía un súbito regocijo al comprobar cómo las opiniones y experiencias de ambos coincidían y cómo llegaban a la misma conclusión en el mismo instante.

«Supongo que se trata de la falsa ilusión de siempre —se dijo—. ¿Es que la naturaleza nunca se va a cansar de gastar la misma broma?»

Pero sabía que había algo más. Había veces, cuando hablaban, en que notaba, de modo claro e inequívoco, un sólido cimiento de amistad bajo la trepidante danza de sus sensaciones. «¿Cómo iba a gustarme si no la amara?», era la frase que repetía, maravillándose de su milagrosa unión.

Aquella mañana se había recibido un telegrama de Owen Leath que anunciaba que la abuela, Effie y él llegarían de Dijon a las cuatro de la tarde. La estación de la línea principal del ferrocarril estaba a ocho o diez millas de Givré, y Anna partió con el coche a recoger a los viajeros poco después de las tres.

Entonces Darrow decidió dar un largo paseo, para que la familia dispusiera para sí del final de la tarde. Anduvo por el campo hasta que oscureció, y cuando regresó a Givré el reloj de las caballerizas estaba dando las siete. Encontró a Anna en el vestíbulo, bajando las escaleras, y una primera mirada le indicó con claridad que ninguno de sus malos presagios se había cumplido porque Owen había hecho honra a su palabra.

Anna acababa de salir de la habitación de Effie, donde su hija y la institutriz estaban cenando. La pequeña, le dijo, tenía mucho mejor aspecto después de sus vacaciones en Suiza, pero se moría de sueño tras el viaje y estaba demasiado cansada para hacer su habitual aparición en el salón antes de irse a la cama. La señora de Chantelle se encontraba descansando pero bajaría para cenar, mientras que Owen, según Anna, debía de estar paseando por el parque, pues una de sus pasiones era recorrerlo a la caída de la noche...

Darrow la siguió hasta el salón marrón, donde le habían dejado un poco de té que él rehusó tomar. Anna aprovechó aquel momento para decirle que Owen había cumplido su palabra y que la señora de Chantelle había regresado de muy buen humor, sin sospechar nada de lo que le esperaba.

—Lo ha pasado muy bien este mes en Ouchy, y además tiene muchas cosas de que hablar: sus síntomas, los médicos rivales, la gente que había en el hotel... Parece ser que conoció a tu embajadora, a *lady* Wantley y a otros amigos tuyos de Londres y que ha oído «cosas estupendas» de ti. Me encargó que te lo dijera. Le da mucha importancia a que tu abuela fuera una Everard de Albany. Está dispuesta a recibirte con los brazos abiertos, pero no sé si eso será peor para el pobre Owen... Lo digo por el contraste, pues no hay embajadoras ni Everards que respalden su elección. Pero me ayudarás, ¿verdad? ¿Me ayudarás a que le ayude? Mañana te contaré el resto. Ahora tengo que subir a acostar a Effie...

—Ya verás cómo lo sacamos del atolladero —le respondió Darrow—. Si estamos juntos, no podemos fallar.

Entonces se puso de pie y la contempló mientras andaba presurosa por el pasillo medio iluminado, en dirección al vestíbulo.

XIV

Si Darrow, al entrar en la sala de estar antes de cenar, observó a la persona que la ocupaba con inusitado interés, fue más en atención a Owen Leath que por propia curiosidad.

Las insinuaciones de Anna habían despertado su curiosidad por la historia de amor del muchacho y no hacía más que preguntarse qué tipo de mujer podría ser la heroína del conflicto. Sabía que la rebelión de Owen simbolizaba para su madrastra su propia larga lucha contra las convenciones de los Leath, e incluso comprendía que si Anna lo protegía tan apasionadamente era en parte porque, tal como ella misma admitía, deseaba que su liberación coincidiera con la suya.

La dama que, en la inminente disputa, representaba las fuerzas del orden y de la tradición se encontraba sentada junto al fuego cuando Darrow entró en el salón. Entre las flores y los antiguos muebles de la gran estancia de paneles claros, la señora de Chantelle tenía la elegancia inanimada de una figura humana introducida en una naturaleza muerta para dar escala. Y esto era, según creía Darrow, lo que ella sin duda consideraba su principal obligación: estaba seguro de que se sabía un «referente» y de que admitía la mayoría de las cosas pero sólo hasta cierto punto.

Tenía sesenta años y un tipo a la vez joven y pasado de moda. El tinte desvaído de su cabello, su extraño corsé, la *passementerie* de su ceñido vestido, la cinta de terciopelo que sostenía su brazo entablillado, recordaban a una fotografía de una *carte de visite* de mediados de los años sesenta. Uno se la imaginaba más joven, pero no menos invenciblemente dama, erguida en un sillón con flecos en el respaldo, con un rizo en el cuello y un guardapelo en su abultado pecho, hojeando las últimas páginas de un álbum de cuero repujado con las maravillas del segundo imperio.

El pretendiente de su nuera fue recibido con una afabilidad que implicaba que su petición era conocida y aprobada. Darrow ya había adivinado que era una de esas personas que se oponía por instinto a cualquier cambio que se planteara y que luego, una vez uno había agotado los principales argumentos, cedía inesperadamente a cualquier motivo secundario y se encastillaba en su

nueva posición. La señora de Chantelle se jactaba de sus prejuicios pasados de moda, decía constantemente que era abuela y montaba un verdadero espectáculo cada vez que alargaba el brazo y tocaba a Owen en el hombro, aunque él no fuera mucho más alto que ella.

Parloteó de la gente que había conocido en Ouchy, de la que disponía de la minuciosa información estadística de un gacetillero, sin el menor sentido, al parecer, de las diferencias entre personas.

—Dicen que las cosas han cambiado mucho en América... Cuando yo era joven todavía había una verdadera sociedad —le dijo a Darrow. No tenía ningún deseo de regresar porque los patrones de conducta eran muy diferentes—. Había personas encantadoras por todas partes, y una siempre trata de buscar lo mejor, pero cuando se ha vivido entre tradiciones es difícil adaptarse a ideas nuevas... Aquellas extrañas opiniones sobre el matrimonio son tan difíciles de explicar a mis parientes franceses... Me alegra poder decir que ni siquiera yo las entiendo. Pero usted es un Everard... Le dije a Anna en Londres la primavera pasada que eso se ve en seguida...

Entonces siguió hablando de la cocina y del servicio del hotel de Ouchy, dando gran importancia a los detalles gastronómicos y a los modales de los criados del hotel. En ambas cosas, dijo, la calidad también dejaba mucho que desear.

—No sé por qué es, pero la gente dice que es por los norteamericanos... La verdad es que mi camarero tenía una forma muy especial de llevarse los platos... Dicen que muchos son anarquistas, o pertenecen a sindicatos, ¿sabe? —Y entonces apeló a la conocida reputación de Darrow en asuntos económicos para que confirmara este ominoso rumor.

Después de la cena, Owen Leath se dirigió a la habitación contigua, y comenzó a tocar el piano en la penumbra. Su madrastra fue a reunirse con él y Darrow se quedó de nuevo a solas con la señora de Chantelle, que retomó el hilo de su superficial conversación a la vez que se ponía a hacer ganchillo. Su charla se asemejaba al gran retal en forma de tela de araña que sostenía con los dedos: de vez en cuando daba una puntada y proseguía sin prestar atención al motivo.

Darrow la escuchaba con perezoso bienestar. En la modorra mental en que se sumió después de cenar, entre un murmullo de armoniosos recuerdos y los tonos suaves y sombríos espacios del antiguo y hermoso salón que atraían sus ojos a la indolencia, las palabras de la señora de Chantelle no parecían desentonar demasiado. Sabía que, a la larga, el ambiente de Givré podía llegar a ser sofocante, pero de momento sus limitaciones hasta tenían gracia.

Luego encontró una oportunidad para decir algo y entonces pudo apreciar la ventaja, que hasta entonces nunca le había sido útil, de ser pariente de los Everard de Albany. La idea que la señora de Chantelle tenía de su país natal, al que no había regresado desde que tenía veinte años, le recordó un antiguo mapa geográfico de las regiones hiperbóreas. Era una mancha borrosa en la que sólo se distinguían dos líneas fijas, y una de ellas correspondía a los Everard de Albany. El hecho de que concitaran tantas simpatías y formaran, por así decirlo, un territorio amigable en el que fuerzas opuestas podían encontrarse y tratarse, le ayudó en la tarea de explicarse y justificarse como sucesor de Fraser Leath. La señora de Chantelle no podía rechazar credenciales tan incontestables. De algún modo, intuía la presencia discriminadora de su hijo, y Darrow experimentó la sensación de ser examinado y, por fin, aceptado como si fuera la adquisición más reciente de la colección Leath.

También le hizo ver la inmensa suerte que tenía de ser diplomático. Se refirió a su tedioso trabajo con el término «carrera» y le dio a entender que, cuando no se ocupaba de negociar complicados tratados, seguramente se pasaba el día seduciendo a duquesas. Le dijo las mismas frases extrañas que había oído a damas románticas en su juventud: «La brillante sociedad diplomática... sus ventajas sociales... abre todas las puertas... nada puede formar a un joven de la misma manera...»; y lo último que salió de sus labios, con un suspiro, fue que ojalá su nieto hubiera elegido el mismo sendero hacia la gloria.

Darrow se abstuvo, con gran prudencia, de exponer sus opiniones sobre la profesión, así como el hecho de haberla adoptado de manera provisional por razones que nada tenían que ver con lo sociológico; así, la conversación derivó rápidamente al asunto de sus planes para el futuro.

Aquí, de nuevo, la admiración de la señora de Chantelle por la «carrera» la llevó a admitir la necesidad de que Anna consintiera a un pronto matrimonio. El hecho de que Darrow fuera destinado a Sudamérica parecía ponerlo bajo la luz romántica de un joven soldado condenado a una vida sin demasiadas esperanzas.

—En momentos así, el deber de toda esposa es estar al lado de su marido —dijo, con un suspiro.

Quizá el caso de Effie era lo que más le preocupaba, añadió, pero, ya que Anna iba a permitir que la niña se quedara con ella, al menos la cuestión quedaba pospuesta por un tiempo. Habló con cierta amargura de la responsabilidad de cuidar de su nieta, pero Darrow pudo leer entre líneas que

disfrutaba del sabor de las palabras más que se resentía de la carga de los hechos.

—Effie es una niña perfecta. Yo diría que se parece más a mi hijo que Owen. Nunca me dará el menor disgusto, al menos de forma intencionada. Pero claro, la responsabilidad es muy grande... No sé si la aceptaría de no tener una institutriz que es un tesoro. ¿No le ha hablado Anna de ella? Con todos los problemas que tuvimos el año pasado, cuando desfilaron, una tras otra, mujeres imposibles, es casi providencial que la hayamos encontrado. Primero nos dio miedo que fuera tan joven, pero ahora todos le tenemos la mayor confianza. Es inteligente, divertida... ¡y toda una dama! No estoy diciendo que su educación sea todo lo que debería ser, no sabe dibujar ni cantar, pero no se puede tenerlo todo, e incluso habla italiano...

Aunque a Darrow no le resultara especialmente gratificante, la insistencia de la señora de Chantelle en recalcar el parecido entre Effie Leath y su padre sí acentuó sus deseos de ver a la niña. En realidad, no era para él agradable pensar que hubiera heredado alguna de las características del difunto Fraser Leath, pues, por alguna razón, se la había imaginado en ciertos momentos como el fruto místico de la antigua ternura que él compartió con Anna Summers.

Conoció a Effie a la mañana siguiente, en el prado situado frente a la terraza, donde la encontró, bajo el sol matutino, jugando al golf con su hermano. Casi en seguida, y con inmenso alivio, comprobó que el parecido del que se jactaba la señora de Chantelle era sólo externo. Y, aunque ese descubrimiento le produjo una ligera amargura, Darrow tuvo que admitir que la belleza rectilínea de Fraser Leath había contribuido a producir una imagen realmente lograda de pureza infantil. De todos modos, era obvio que otros elementos también habían tenido que ver con aquel resultado, y que un espíritu distinto brillaba en sus ojos. Su serio apretón de manos, su gracioso saludo, eran propios de los Leath, y quizá en este sentido la niña fuera más maleable que Owen, más propensa a las influencias de Givré. Sin embargo, en el grito con el que volvió a su juego, algo evocaba indefectiblemente la emancipación de su madre.

Darrow le había pedido a Anna que dejara el día libre a su hija, de modo que cuando ésta apareció los tres se fueron a dar un paseo. Anna quería que su hija tuviese tiempo suficiente para conocer a Darrow antes de saber cuál iba a ser su nueva relación con él. Los tres anduvieron por bosques y campos hasta que las campanadas del reloj de las caballerizas anunciaron la hora del almuerzo. Effie iba acompañada por un terrier lanudo, a quien se unieron

otros tres perros en el establo. Mientras ella corría adelantándose con su escandalosa escolta, Anna se detuvo un instante y miró a Darrow.

—Sí —dijo él—. Es una niña exquisita... Me doy cuenta de lo que te estoy pidiendo. Pero de todos modos será feliz aquí, ¿no crees? Y ya sabes que no será por mucho tiempo...

Anna exhaló un suspiro que parecía confirmar aquella última aseveración.

—Claro que será feliz aquí. Está en su naturaleza. Se aplicará a la labor, conscientemente, como hace con sus lecciones y con lo que ella llama «ser buena»... En cierto modo, eso es lo que me preocupa. Su idea de «ser buena» es agradar a la persona con la que esté. ¡Dedica todos sus esfuerzos a conseguirlo! Y siempre lo hace, incluso si no es la persona adecuada...

—Por ahora no hay peligro de que conozca a ninguna. La señora de Chantelle me ha dicho que por fin habéis encontrado una institutriz perfecta... —Anna, sin contestar, apartó la mirada de él y se volvió hacia su hija—. Es una suerte, de todos modos —siguió Darrow— que la señora de Chantelle piense así.

—Oh, a mí también me agrada mucho.

—¿Lo suficiente para dejarla con Effie?

—Sí. Es la persona idónea para Effie. Sólo que, claro, eso nunca se sabe... Es joven, y en algún momento se le podría ocurrir dejarnos —dijo Anna—. Tengo muchas ganas de saber qué opinas de ella.

Cuando entraron en la casa, las manecillas del reloj del vestíbulo se acercaban a la hora del almuerzo. Anna dejó a Effie en su habitación para que la peinaran y Darrow entró en el salón de roble, que en aquel momento estaba vacío. El sol proyectaba sus rayos sobre las paredes marrones, los libros de los estantes y las flores de los viejos jarrones de porcelana. En sus ojos aún podía ver a la madre de cabello oscuro subir la escalera llevando a su hija de la mano. El contraste entre ellas era como un último toque de gracia en la compleja armonía de las cosas. Se detuvo delante de una ventana y miró al parque, recreándose internamente en su felicidad...

La voz de Effie y el ruido de sus pisadas por el largo pasillo lo despertaron de su ensoñación.

—¡Aquí está! ¡Aquí está! —gritó, irrumpiendo de pronto en el salón.

Darrow se volvió y se inclinó con una sonrisa. Effie le cogió de la mano y él notó que estaba tratando de llevarlo junto a otra persona que se había detenido en el umbral de la puerta, que él creía que era su madre.

—¡Aquí está! —repitió Effie, con su dulce impaciencia.

La figura del umbral se adelantó y Darrow, al alzar los ojos, se encontró cara a cara con Sophy Viner. Ambos se quedaron quietos, como a una yarda de distancia, y se miraron sin pronunciar palabra.

En este silencio, una sombra pasó por delante de una de las ventanas que daban a la terraza, y Owen Leath entró silbando en el salón. Con atuendo de caza y el brillo de la caminata bajo su limpia piel, irradiaba extrema felicidad y bienestar. Darrow lo notó nada más mirarlo, pero también observó que se ruborizó de pronto al encontrarse con ellos. Owen también se detuvo súbitamente y, durante un instante apenas perceptible, ninguno de los tres se movió. En este lapso los ojos de Darrow regresaron a la joven que estaba entre ambos. Entonces pensó que, si había que hacer algo, era él quien debía tomar la iniciativa y, además, hacerlo de inmediato. Se adelantó y le ofreció su mano a la muchacha.

—¿Cómo está usted, señorita Viner?

—Bien, ¿y usted? —contestó ella, con voz que sonó clara y natural. Unos segundos después, Darrow volvió a oír pasos detrás de él y supo que la señora Leath se encontraba también en el salón. Transcurrió entonces una pausa bastante larga, o al menos así le pareció a Darrow, que estaba notablemente tenso, antes de que Anna empezara a hablar, mirando divertida al pequeño grupo.

—¿Te la ha presentado Owen? Es la señorita Viner, la amiga de Effie.

La niña, que seguía agarrada del brazo de su institutriz, se acercó aún más a ella como queriendo recalcar que le pertenecía, y la señorita Viner comenzó a acariciarle el cabello con una mano. Darrow notó que los ojos de Anna se posaban en él.

—Creo que la señorita Viner y yo ya nos conocemos. Fue hace unos siete años, en Londres.

—Ahora me acuerdo —dijo Sophy Viner, con la misma claridad que antes.

—¡Qué bien! Entonces todos somos amigos. Bien, el almuerzo está listo —dijo la señora Leath.

Entonces se dirigió a la puerta, acompañada de la pequeña comitiva. Cruzaron los dos grandes salones encabezados por Effie, que no dejó de dar pasos de baile en todo el camino.

XV

La señora de Chantelle y Anna habían planeado visitar aquella tarde a un conocido que vivía lejos, pero a quien la invención del automóvil había convertido en un vecino. Effie iba a compensar su mañana de asueto con una o dos horas de clase, y Owen le propuso a Darrow que se dedicaran a la caza de faisanes, aunque sin mucho entusiasmo.

Darrow no era un gran deportista, pero en aquel momento habría aceptado cualquier pretexto para la actividad física. Se alegró de poder salir de la casa y no quedarse solo. Cuando bajó las escaleras, el automóvil estaba ya en la puerta, y Anna, enfrente del espejo del vestíbulo, envolvía su sombrero en un velo. Se volvió al oír sus pasos y le sonrió.

—No tenía ni idea de que conocieras a la señorita Viner —dijo, mientras se ponía el abrigo.

—Recordé, afortunadamente, haberla visto dos o tres veces en Londres, hace algunos años. Era secretaria, o algo parecido, en una casa a la que iba a cenar con frecuencia.

Aborreció de inmediato la desdeñosa indiferencia con que había pronunciado la frase, pero era premeditada y la había practicado en secreto durante toda la interminable hora del almuerzo. Ahora que ya la había dicho, pensó que había exagerado su tono condescendiente, como siempre ocurría en tales casos... Sin embargo, Anna no pareció notar nada extraño.

—¿Ah, sí? Tienes que contármelo todo, decirme por qué te fijaste en ella. Me alegra que ya la conocieras...

—La palabra «conocer» es un poco exagerada: solíamos cruzarnos en la escalera.

—Ya me lo contarás. Intenta recordar todo lo que puedas —respondió Anna, sujetándose el vestido, mientras la señora de Chantelle y Owen entraban en el vestíbulo.

Mientras paseaba por el bosque junto a su joven anfitrión, Darrow sintió el alivio parcial que el ejercicio producía en sus pensamientos y el deber de hablar. Aunque no le importara mucho la caza, poseía ese hábito de concentración que permite a un hombre entregarse de modo natural a

cualquier empresa. De hecho, hubo instantes aquella tarde en los que un repentino zumbido en la espesura o un reflejo más agudo de lo normal entre los ocres y grises del bosque bastó para centrar su atención. No obstante, el resto del tiempo, su conciencia siguió girando en secreto en una estruendosa rueda de pensamientos. En un momento dado, esta rueda pareció arrastrarlo a profundos y cavernosos abismos. Sus sensaciones eran demasiado rápidas y enmarañadas para poder ser analizadas. Experimentaba el deseo físico de respirar aire fresco, de apartar obstáculos materiales, como si el rojizo terreno que atravesaba fuera el corazón de una jungla maléfica...

Fragmentos de la conversación de su compañero le llegaban de modo intermitente a través de sus confusos sentimientos. Captó varias frases intencionadamente reveladoras, y se dio cuenta de que Owen estaba contando cosas de sí mismo, quizá aludiendo de forma indirecta a las esperanzas que albergaba, aquellas que Anna le había confiado con antelación. Era evidente que le caía bien al muchacho, y él mismo se propuso aprovechar la primera oportunidad para mostrarle que el sentimiento era recíproco. Mas el esfuerzo de fijar la atención en las palabras de Owen era tan extenuante que no le permitía sino responder con frases en exceso breves e inexpresivas.

Por lo visto, el joven Leath creía haber llegado a un punto decisivo en su profesión, un lugar desde el que podía juzgar de modo imparcial sus anteriores progresos y empresas futuras. Durante una época, había tenido una vaga inclinación a la música y la literatura, y difusas visiones de expresión artística; pero les había puesto término el resuelto proyecto de dedicarse a empresas más prácticas.

—No quiero convertirme —le oyó Darrow explicar— en un apéndice de Givré, que es lo que desea mi abuela. No tengo el menor deseo de dedicarme a coleccionar sensaciones igual que mi padre coleccionaba cajitas de rapé. Quiero que Givré sea para Effie, y ya sabes que mi abuela puede hacer lo que quiera con la casa. He comprendido hace muy poco que, si me perteneciera, me iría absorbiendo poco a poco. Y lo que deseo es huir de ella, dedicarme a vivir mi vida, aunque sea fea y dificultosa. Si consigo extraer algo hermoso de tal empresa, mejor que mejor: eso me demostrará que mis inclinaciones no iban desencaminadas. Pero lo que quiero es *fabricar* belleza, no ahogarme en lo ya hecho, como una abeja en un tarro de miel.

Darrow se dio cuenta de que el muchacho esperaba que corroborase sus opiniones y que le animara a tomar el camino que había escogido. Pero sus respuestas le sonaron a sus propios oídos cortantes o superficiales. En algunos momentos pareció mostrarle una fría indiferencia, mientras que en otros se

oyó a sí mismo lanzar una confusa perorata. En ningún momento se atrevió a mirar a Owen a los ojos, por miedo a detectar la sorpresa del muchacho ante aquellas frases sin sentido. Y, a través de la confusión en que le sumían sus luchas interiores y su locuacidad exterior, no dejaba de oír el incesante martilleo de una sola pregunta: «¿Qué voy a hacer ahora, Dios mío?».

Sentía la imperiosa necesidad de volver a la casa antes de que Anna regresara. No sabía muy bien por qué: simplemente, sentía que debía estar allí. De pronto se le ocurrió que la señorita Viner podría querer hablarle a solas pero, en el mismo instante, pensó que ésa era la última cosa que ella querría hacer... En cualquier caso, él sí sentía la necesidad de hablar con ella o, al menos, de estar preparado si surgía la oportunidad...

Por fin, sobre las cuatro de la tarde, le dijo a su compañero que tenía que escribir algunas cartas y que debía regresar a la casa antes de que las damas regresaran. Dejó a Owen con el batidor y anduvo hacia la salida del bosque. En las puertas del parque, cruzó en oblicuo a través de los árboles, siguiendo una avenida de césped al final de la cual había divisado el tejado de la capilla. Una niebla gris había ocultado el sol, y el aire estaba quieto y pegajoso. Por fin, llegó a la fachada de la casa, con su imponente frente de ladrillos húmedos y plateados, y su prestancia, visible en las sencillas líneas y sobrias superficies, volvió a impresionarle. Inmerso en aquel turbio remolino de pasiones y temores, se sintió como un sucio vagabundo que tratara de irrumpir en algún remoto e inmaculado santuario...

Sabía que tendría que deshacerse poco a poco de aquel complejo horror, lenta pero sistemáticamente; pero de momento lo envolvía como un remolino, tan fuerte que no podía escapar de él por mucho que lo intentara. Sólo un hecho, definido e inmediato, le parecía claro: debía darle todas las oportunidades posibles a la muchacha, mostrarse pasivo hasta que ella las aprovechara...

En la explanada, Effie corrió hacia él, seguida de su perro saltarín.

—Venía a por vosotros. A por Owen y a por ti. La señorita Viner iba a venir también, pero no ha podido porque tiene un fuerte dolor de cabeza. Creo que es culpa mía, por haber hecho tan mal mis divisiones. ¡Qué pena!, ¿verdad? ¿Quieres volver conmigo? Al aya no le importará lo más mínimo, porque así se irá a cenar.

Darrow se excusó con una sonrisa y el pretexto de que tenía que escribir unas cartas, lo cual era incluso peor que tener dolor de cabeza. Incluso, a veces, terminabas con uno muy fuerte.

—Oh, entonces ve a escribirlas al estudio de Owen. Allí es donde todos los hombres escriben sus cartas.

Entonces se marchó corriendo, seguida del perro, y Darrow continuó su camino hacia la casa. La sugerencia de Effie le pareció útil. Se había imaginado vagando por los salones, lo cual iba a dificultar su encuentro con la señorita Viner; pero el estudio, una pequeña habitación situada a la derecha del vestíbulo, era visible desde las escaleras, por lo que nadie se extrañaría si lo veían conversando con ella.

Entró, dejando la puerta abierta, y se sentó al escritorio. La habitación era un lugar simpático y heterogéneo, en aquella casa tan bien ordenada y atendida, y constituía el único repositorio de un sinfín de cosas diversas: la caja de *croquet* de Effie, sus cañas de pescar, las escopetas, palos de golf y raquetas de Owen, las cestas y herramientas de jardinería de su madrastra, el bastidor de bordar de la señora de Chantelle, e incluso números atrasados de la *Catholic Weekly*. Comenzaba a atardecer, y un rayo inclinado sobre el escritorio indicó a Darrow que se acercaba un criado con una lámpara. Sacó una hoja de papel y se puso a escribir tonterías, mientras el criado colocaba la lámpara a su derecha y ordenaba sin mucho rigor el montón de periódicos que yacían sobre el diván. Una vez se ahogaron sus pasos, Darrow descansó la cabeza sobre sus manos entrelazadas.

Luego se oyeron otros pasos en la escalera que, tras detenerse un instante, siguieron por delante del estudio. Darrow se levantó y se dirigió al vestíbulo, que aún no estaba iluminado. En la penumbra, vio a Sophy Viner junto a la puerta, vestida con sombrero y chaqueta. Se detuvo al verle, con la mano en el pomo de la puerta, y durante un segundo se miraron sin decirse palabra.

—¿Has visto a Effie? —preguntó Sophy súbitamente—. Había salido a recibirte.

—Está afuera, en la explanada. Ha ido a buscar a su hermano.

Darrow hablaba con toda la naturalidad de que era capaz, pero su voz sonaba a sus oídos como la de un actor novel en un papel secundario.

La señorita Viner, sin decir nada más, abrió la puerta.

—El aya va con ella. No tardará —dijo Darrow, tras un instante de silencio.

Ella se detuvo, sin saber qué hacer.

—Estaba escribiendo unas cartas aquí dentro. ¿Por qué no entras un momento y hablamos? Todos están fuera.

Estas últimas palabras no le parecieron demasiado apropiadas, pero ya no había tiempo para escogerlas. La señorita Viner entró en el estudio, tras

titubear un momento. Durante el almuerzo, se había sentado de espaldas a la ventana y Darrow había podido notar que, aparte de estar un poco más delgada y tener menos color y ánimo, no había cambiado demasiado. Sin embargo, ahora que la luz de la lámpara le iluminó el rostro, su palidez le alarmó. «Pobre chica, pobre chica... ¿qué se estará imaginando?», pensó en aquel momento.

—Por favor, siéntate. Quiero hablar contigo —dijo, ofreciéndole una silla.

Ella no pareció verla o, quizá deliberadamente, eligió otra. Darrow volvió a sentarse en la suya y colocó los codos sobre el secante. Estaban cara a cara, cada uno a un lado de la mesa.

—Me prometiste escribir de vez en cuando —dijo él, a trompicones, y con una aguda conciencia de su torpeza.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de la muchacha, que se volvió más trágico.

—¿Eso dije? No había nada que contar. No tengo historia, como las naciones más felices^[10]...

—¿Eres feliz aquí? —preguntó Darrow, tras una pausa.

—Lo fui —contestó ella, con débil énfasis.

—¿Por qué dices «fui»? ¿No estarás pensando en marcharte? No encontrarás a nadie mejor en ninguna parte.

Darrow apenas sabía lo que decía; pero la respuesta de ella le impresionó por su brutal claridad.

—Supongo que el que me vaya o me quede depende de ti.

—¿De mí? —respondió él, mirándola fijamente por encima de los dispersos escritos de Owen—. ¡Dios mío! Pero ¿quién crees que soy, para decir eso?

El desdichado rostro de Sophy le devolvió como un rayo toda la mordacidad de la pregunta. De pronto se puso de pie y se detuvo delante de la oscura ventana.

—No creas que me arrepiento lo más mínimo de nada —le espetó, volviéndose hacia él.

Darrow juntó los codos y se tapó el rostro con las manos. Era más difícil, mucho más difícil de lo que esperaba. Discusiones, recursos, paliativos, estrategias, todo se le escapaba, dejándolo cara a cara con el simple e ingrato hecho de su inferioridad.

—¿Llevas aquí desde entonces? —le preguntó, por decir algo.

—Desde junio. Resultó que los Farlow me habían estado buscando todo el tiempo para este trabajo.

Ella se quedó mirándolo, de espaldas a la ventana. Era evidente que deseaba marcharse, y que sin embargo aún le quedaba algo por decir o esperaba que él lo dijera. Él se dio cuenta y se aturdió aún más. ¿Qué podía decir que no fuera ni una ofensa ni una burla?

—¿Y tus planes para el teatro? Los abandonaste muy pronto, ¿no?

—¡Oh, el teatro! —respondió ella, riendo débilmente—. No pude esperar. Tuve que quedarme con lo primero que me ofrecieron: con esto.

—Me alegra mucho ver que eres feliz aquí... Aun así, espero que me digas si puedo hacer algo por ti... Por ejemplo el teatro... Si lamentas estar aquí, si no eres feliz, conozco gente del teatro en Londres. Estoy seguro de que podré hacer algo por ti cuando vuelva.

Sophy se aproximó a la mesa y se inclinó para preguntar, con una voz que apenas era algo más que un susurro:

—¿Entonces quieres que me vaya? ¿Es eso lo que quieres?

—¡Por todos los diablos! ¿Cómo puedes decir eso? —gimió él, dejando caer los brazos—. En aquellos momentos, como tú sabes, te pedí que me dejaras hacer todo lo que pudiera, pero tú no quisiste... Desde entonces, he deseado hacer algo por ti, algo que pudiera ayudarte...

Ella lo oía impávida, sin mover en lo más mínimo las manos, que reposaban juntas en un extremo de la mesa.

—Si de verdad quieres ayudarme, ayúdame a quedarme aquí —exclamó, en tono bajo e intenso.

El silencio que siguió fue interrumpido de pronto por la bocina de un automóvil que sonó a lo lejos. Ella se irguió enseguida, lo miró por última vez, salió de la habitación y subió las escaleras. Darrow no se movió, aturdido por aquellas últimas palabras. Era miedo lo que tenía, miedo de él. Le tenía un miedo enfermizo... Este descubrimiento lo sumió en mayores honduras...

La bocina del automóvil volvió a sonar, mucho más cerca, así que Darrow salió de la habitación y se dirigió a la suya. Las cartas que debía escribir eran un pretexto más que razonable para no bajar a reunirse con los demás. Deseaba estar solo para intentar poner un poco de orden en sus tumultuosos pensamientos.

La habitación le ofreció una íntima bienvenida, con la lámpara encendida y el fuego ardiendo en la chimenea. Todo lo que había en ella desprendía la misma sensación de paz y estabilidad que, dos noches antes, le había incitado a sumirse en placenteras meditaciones. De nuevo el sillón volvía a invitarle, pero estaba demasiado agitado para sentarse con tranquilidad, y empezó a dar

vueltas por la habitación, con la cabeza inclinada y las manos entrelazadas en la espalda.

Sus cinco minutos con Sophy Viner habían arrojado extrañas luces en lóbregos rincones de su conciencia. La completa sinceridad de la muchacha, su dura y apasionada franqueza, ocuparon por un momento un lugar destacado en sus pensamientos. Se maravilló de nuevo, como antes, de cómo la severa disciplina de la vida la había despojado de falsos sentimientos sin tocar su orgullo en lo más mínimo. Cuando se separaron, cinco meses antes, la muchacha rehusó con firmeza y sin aspavientos todas sus ofertas de ayuda, incluso cuando se ofreció a buscarle trabajo en el teatro. Dejó claro que deseaba que su breve relación no dejara huella alguna en sus vidas, aparte de su propio y agradable recuerdo. Sin embargo, ahora que se veían inesperadamente enfrentados a una situación en la cual, según ella creía, dependía por completo de su capricho, su primer impulso era defender el derecho a ocupar el lugar que se había ganado y saber si él tenía intención de arrebatárselo. Mientras que él había pensado que huiría avergonzada, ella había estudiado sus movimientos, había buscado una oportunidad y había abordado el asunto. Quedó tan sorprendido de la franqueza y la energía de su proceder que, por un instante, dejó de verse a sí mismo como parte implicada.

«¡Pobre chica, pobre chica!» era lo único que repetía; y al hilo de estas palabras cobró forma de nuevo la patética imagen que precisamente ella debía tener de él.

Entonces entendió, por primera vez, lo difusa que había sido su propia perspectiva del papel que había desempeñado en aquella breve relación, comparado con el de ella. El incidente lo había dejado en un estado de exasperación y desdén por sí mismo, pero esto se debía, si no del todo sí en gran parte, a que afectaba al ideal preconcebido de su actitud con otra mujer. Darrow había caído muy por debajo de su modelo de fidelidad sentimental, y Sophy Viner se lo había hecho ver. Estas reflexiones no satisfacían demasiado su orgullo, pero le venían impuestas por el valeroso sentido común de la muchacha. Después de todo, si había hecho un papel tan triste, le debía que le hubiera abierto de una vez los ojos...

¿Y qué veía, una vez abiertos? La situación, que sólo podía calificarse de detestable, habría sido bastante sencilla si el único deber implícito hubiera sido proteger a Sophy Viner. El hecho de que el deber fuera prioritario no excluía las obligaciones contingentes. El instinto de Darrow, en momentos difíciles, siempre le llevaba a buscar directamente el origen de las dificultades, pero nunca había tenido que bucear en aguas tan negras y, por un

instante, tembló en la orilla... En cualquier caso, había contraído un deber con la muchacha: tenía que demostrarle que iba a cumplirlo por completo y que luego trataría de conciliarlo con los demás problemas que habían surgido en su camino...

XVI

En el salón de roble, se encontraban la señora Leath, su suegra y Effie. Mientras iba por el largo corredor, el grupo se organizaba decorosamente en torno a la mesa del té. Las lámparas y el fuego de la chimenea cruzaban sus resplandores en la plata y la porcelana, en el halo resplandeciente que rodeaba el cabello de Effie y en la blancura de la frente de Anna, que se acomodaba en la silla detrás de la tetera.

La señora Leath no se movió cuando Darrow entró, pero le miró profundamente, llena de paz y confianza. La mirada pareció hechizarlo con la seguridad de un dios: Darrow sintió la alegría de un enfermo convaleciente que de pronto se despierta con la luz del sol en la cara.

La señora de Chantelle, que seguía ocupada cosiendo, hablaba de la excursión de la tarde, haciendo una pausa de vez en cuando, inducida por el efecto hipnótico del aire fresco; Effie, de rodillas junto a la chimenea, trataba de demostrar a su terrier, con suavidad pero con firmeza, la relación entre el azúcar y la verticalidad.

Darrow se sentó detrás de la pequeña para poder ver a su madre. Para él era casi una necesidad en aquel momento descansar sus ojos en el rostro de Anna y observar, de vez en cuando, la orgullosa timidez de su mirada. Entonces, la señora de Chantelle preguntó qué había sido de Owen, y un instante después su nieto, escopeta en mano, hizo su entrada desde la terraza. A la luz de la lámpara, su aspecto era el de un fauno que llegara despistado del bosque, con las ropas salpicadas de barro, el aroma de la noche y el helor de su rostro brillante y pálido.

Effie dejó a su perro para acercarse a él.

—Owen, ¿dónde te has metido todo este tiempo? Anduve buscándote por todas partes con el aya, y luego nos encontramos con Jean y nos dijo que no sabía dónde estabas.

—Nadie sabe dónde voy o qué veo cuando me meto en el bosque. ¡Eso es lo bonito que tiene! —le contestó, sonriéndole—. Pero si te portas bien, te lo diré uno de estos días.

—¡Dímelo ahora, Owen, ahora! ¡Nunca me portaré mejor que ahora!

—Deja que Owen coma un poco primero —indicó su madre, pero el joven, declinando la oferta, apoyó la escopeta contra la pared y, tras encender un cigarrillo, empezó a dar vueltas por la habitación de un modo que le recordó a Darrow su propio nerviosismo. Effie siguió halagándolo y, durante un rato, Owen estuvo diciéndole tonterías al oído hasta que, finalmente, se sentó y se sirvió una taza de té.

—¿Dónde está la señorita Viner? —preguntó, mientras Effie se le subía encima—. ¿Por qué no viene a encadenar a esta niña ingobernable?

—La pobre señorita Viner tiene dolor de cabeza. Effie dice que fue a su habitación al terminar la clase y que ella le pidió que dijera que no bajaría para el té.

—Ah... —dijo Owen, de pronto, dejando la taza sobre la mesa. Entonces se puso de pie, encendió otro cigarrillo y se dirigió al piano de la habitación contigua.

Desde la penumbra, una solitaria música, compuesta de fantásticos acordes, llegó flotando hasta el grupo que tomaba el té. Bajo su influencia, las pausas reflexivas de la señora de Chantelle se incrementaron en longitud y frecuencia, mientras Effie se tendía en la alfombra y colocaba su soñolienta cabeza sobre el perro. En seguida apareció el aya y Anna aprovechó para levantarse de la silla.

—Pasa un momento por mi salita cuando subas —le dijo a Darrow antes de salir de la habitación.

Unas horas antes, su petición lo habría hecho correr en seguida a sus pies. El día de su llegada, Darrow había sido invitado a conocer, brevemente, una espaciosa estancia repleta de libros en la que ella guardaba todas las muestras de su gusto personal: el retiro en el que, como podía suponerse, Anna Leath escondía el inquieto fantasma de Anna Summers; y desde entonces había deseado mantener una conversación con ella en aquel lugar. Sin embargo, ahora estaba impávido, como hechizado por el ruido de las agujas de bordar de la señora de Chantelle y las vibraciones de la irregular música de Owen.

«Querrá preguntarme por Sophy», se decía incesantemente, con una nueva conciencia de la insidiosa mancha que ensuciaba todos sus pensamientos: media hora hubo de marcar el esbelto reloj de la chimenea antes de que su propia indecisión le permitiera alzarse de la silla.

Anna, desde su escritorio, donde se apilaban montones de cartas, le dedicó una feliz sonrisa. El impulso de acercar sus labios a los de ella le hizo aproximarse y levantarla de su asiento. Ella echó la cabeza para atrás, sorprendida por el súbito gesto, y luego apoyó sus mejillas en las de él como

una flor que cae lentamente. Darrow sintió de nuevo el empuje de aquellas secretas mareas, y todos sus miedos se diluyeron en ellas.

Anna se sentó en un extremo del sofá, al lado de la chimenea, y él colocó una silla junto a ella, observando apaciblemente la tranquila habitación.

—¡Es como tú! ¡Es tú misma! —dijo, volviéndola a mirar.

—Es un buen sitio para estar sola. Creo que nunca he tenido la necesidad de hablar con nadie aquí dentro.

—Entonces, no digamos nada: es la mejor manera de hablar.

—Sí, pero eso podemos reservarlo para más tarde. Ahora hay cosas que quiero contarte.

—Dilas, entonces, y yo te escucharé —dijo Darrow, acomodándose en la silla.

—Oh, no. Primero quiero que me cuentes cosas de la señorita Viner.

—¿De la señorita Viner? —respondió él, mirándola con desconcierto. Por un momento creyó que ella se sorprendía de su asombro.

—Como comprenderás, es importante que sepa lo máximo posible antes de marcharme —explicó Anna.

—¿Importante por Effie?

—Claro, por Effie.

—Ya... Pero tienes razones para estar satisfecha de su trabajo, ¿no?

—Todas. A todos nos gusta. Effie la quiere mucho, y ella parece ejercer una buena influencia sobre la niña. Pero sabemos tan poco, después de todo... Me refiero a sus antecedentes, a su historia pasada. Por eso quiero que intentes recordar todo lo que te dijeron de ella cuando la conociste en Londres.

—Me temo que no voy a ser muy útil en ese particular. Como te dije, era una mera sombra en aquella casa. Y además, fue hace cinco o seis años...

—Entonces estaba con una tal señora Murrett, ¿no?

—Sí, una mujer tremenda que dirige una estruendosa fábrica de cenas en las que de vez en cuando me atrapaba entre sus engranajes. Me libré de ellas hace tiempo, pero en aquella época tenía unas cuantas ayudantas a las que hacía trabajar mucho, y la señorita Viner era una de ellas. Me alegro de que se librara de ella... ¡Pobre chica!

—Entonces no tuviste tiempo de conocerla muy bien.

—No, nunca. La señora Murrett no toleraba la menor competencia por parte de sus subordinadas.

—Especialmente la de las más hermosas, supongo —dijo Anna, pero Darrow no respondió—. Entonces la opinión de la señora Murrett, si es que te

la dio alguna vez, no sería de mucha utilidad, ¿verdad?

—Sólo si se tiene en cuenta que su desaprobación, en principio, sería un punto positivo para la señorita Viner —respondió Darrow, tras una pausa—. ¿Y no obtuvisteis ninguna referencia de las personas que os la recomendaron?

—Fue Adelaide Painter quien nos habló de ella... —dijo Anna, sonriendo.

Y en respuesta a la mirada inquisitiva de Darrow, explicó que se trataba de una solterona de South Braintree, Massachussets, que llevaba unos treinta años en París, donde había venido para cuidar a un hermano que cayó enfermo, y donde desde entonces, y sin dejar nunca de quejarse, había acampado, aunque siempre de modo provisional, lo que justificaba que nunca retirara las fundas de los sillones de su sala de estar. Su larga estancia en suelo galo no había mitigado nunca su hostilidad a las creencias y costumbres de la raza, pero, aunque siempre llamaba a la Iglesia Católica «la dama escarlata» y hablaba pestes de la vida privada de los franceses, la señora de Chantelle confiaba tanto en sus opiniones que, siempre que se declaraba una crisis doméstica, la irreductible Adelaide era inmediatamente convocada a Givré.

—... Todo esto es muy raro, porque mi suegra, desde su segundo matrimonio, lleva tanto tiempo en el campo que, en realidad, ha dejado de ver a sus amigos norteamericanos. Además, tú mismo puedes ver lo completamente identificada que se siente con la nacionalidad del señor de Chantelle y cómo ha adoptado todos los hábitos y prejuicios franceses. Sin embargo, siempre que algo va mal llama a Adelaide Painter, que es más norteamericana que las barras y estrellas, y que parece que llegó ayer de South Braintree, si es que no lo traía consigo en su baúl.

—Bueno, entonces si South Braintree apoya a la señorita Viner... —dijo Darrow, sonriendo.

—Sólo de modo indirecto. Cuando ocurrió aquel desagradable incidente con la señorita Grumeau, que había sido tan recomendada por la tía del señor de Chantelle, la canonesa, llamó en seguida a Adelaide, que dijo: «No me sorprende lo más mínimo. Siempre te he dicho que lo que más le convenía a Effie era una buena chica norteamericana y no una de esas asquerosas extranjeras». Desdichadamente, no logró encontrar entonces a ninguna buena norteamericana, pero poco después conoció a la señorita Viner por medio de los Farlow, una estupenda pareja que vive en el Barrio Latino y escribe sobre Francia para periódicos norteamericanos. Agradecí mucho haber podido dar con una chica recomendada por personas decentes, y hasta ahora no he tenido razones para arrepentirme de mi elección. Pero la verdad es que sé muy poco

de la señorita Viner y, por muchos motivos, me urge saber algo más en estos momentos.

—Lo entiendo, ya que vas a dejar a Effie con ella. Sin embargo, ¿no es la experiencia directa la mejor recomendación en este caso?

—No, y eso que hasta ahora había sido tan positiva que iba a conformarme con ella. Pero cuando supe que la habías conocido en Londres, pensé que podrías darme detalles más concretos en su favor que confirmaran mi buena opinión.

—Me temo que no puedo darte nada más concreto que mi impresión, vaga y general, de que parece una chica decidida y muy agradable.

—Al menos, no conoces ningún detalle negativo...

—¿Negativo? ¿Cómo? No recuerdo haber oído nunca más de dos palabras seguidas sobre ella. Lo que sí deduzco es que debe de tener mucho coraje y decisión, para aguantar tanto tiempo en casa de la señora Murrett.

—Es verdad. ¡Pobrecilla! La verdad es que tiene coraje y orgullo, por lo que le debió resultar todavía más difícil —dijo Anna, poniéndose de pie—. No sabes lo que me alegro de que tus impresiones generales sean tan buenas. Tenía mucho interés en que la chica fuera de tu agrado.

—En ese caso, estoy dispuesto a amar incluso a Adelaide Painter —dijo Darrow, acercándola a su lado y sonriendo.

—Espero que no te veas obligado a hacerlo. ¡Pobre Adelaide! Sus apariciones siempre coinciden con alguna catástrofe.

—Entonces es mejor que nos conozcamos en otro sitio —contestó él, mientras abrazaba a Anna y alisaba el cabello que le caía sobre la frente—. ¿Hay algo más importante que *esto*? ¿Debo irme ya?

—Será hora de vestirse —respondió ella, distraída, mientras se apartaba de él y le ponía la mano sobre los hombros—. ¡Mi vida! ¡Mi amor!

Darrow se dio cuenta de que eran las primeras palabras cariñosas que le oía decir, y esta excepción les confería un matiz mágico de seguridad, como si ninguna arma pudiera atravesar un escudo así. De pronto, alguien llamó a la puerta. Anna se alisó el pelo y Darrow se inclinó para contemplar un retrato de Effie que estaba sobre el escritorio.

—¡Adelante! —dijo Anna.

La puerta se abrió y entró Sophy Viner. Al ver a Darrow, titubeó.

—Por favor, entre, señorita Viner —dijo Anna, mirándola con una sonrisa.

La muchacha, con las mejillas coloradas, aún vacilaba en el quicio de la puerta.

—Siento mucho interrumpir, pero Effie no sabe dónde ha dejado su gramática latina y yo pensé que podría estar aquí. La necesito para preparar la clase de mañana.

—¿Es ésta? —preguntó Darrow, tras coger un libro que estaba sobre la mesa.

—¡Oh, muchas gracias!

Darrow extendió el brazo y se la dio. Sophy Viner la cogió y se volvió hacia la puerta.

—Espere un momento, por favor, señorita Viner —dijo Anna, y mientras la chica se volvía prosiguió con una tranquila sonrisa—: Effie nos dijo que tenía dolor de cabeza y que se había ido a su habitación. Por favor, no dé la clase mañana si no se encuentra bien.

Sophy se ruborizó todavía más.

—Pero es que tengo que darla. El latín es uno de mis puntos débiles, y sólo voy una página por delante de Effie —dijo con cierta precipitación, y con una sonrisa medio irónica—. Siento haberles interrumpido.

—No me ha interrumpido —contestó Anna—. La verdad es que parece cansada. Lo mejor será que se vaya directamente a la cama. A Effie no le importará perder una clase de latín.

Darrow notó que miraba con atención a la muchacha, como sorprendida por la tensión y vacilación de su voz, de su rostro, de su semblante y de su actitud en general.

—Gracias, pero me encuentro bien —murmuró Sophy Viner.

Su mirada, que recorrió rápidamente toda la estancia, se detuvo unos instantes en el sillón, desplazado de su sitio habitual y situado junto a la esquina del sofá. Luego se dirigió a la puerta.

Libro tercero

XVII

Durante la cena de aquella noche, el inconsistente monólogo de la señora de Chantelle cayó entre abismos de silencio. Owen seguía en el mismo estado de abstracción malhumorada que cuando Darrow lo dejó tocando el piano; e incluso el rostro de Anna, aunque quizá no revelara ninguna preocupación personal al ojo vigilante de su amigo, delataba una vaga sensación de inminentes perturbaciones. Aunque sonreía, intervenía en la charla y miraba a Darrow con la habitual confianza, la aguda sensibilidad de éste detectó una inquietud oculta bajo aquella serena superficie.

Mas Darrow era lo bastante dueño de sí mismo para decirse que todo se debía sin duda a causas que no le concernían directamente. Sabía que pronto iba a plantearse el asunto del matrimonio de Owen, y quizá la súbita alteración de la conducta del joven fuera porque estaba físicamente en el ojo del huracán. Incluso se le ocurrió, durante un instante, que Anna podría haberse dedicado aquella tarde a preparar a la señora de Chantelle para la pronta revelación de su nieto. Sin embargo, la visión de la despejada frente de la señora le indicó que era mejor buscar en otra parte las razones del mal humor de Owen y del malestar de su madrastra. Quizá Anna había decidido cambiar de opinión sobre el asunto y se lo había hecho saber a Owen. Pero esta posibilidad quedaba también anulada al recordar que, durante la sesión de caza, la actitud del joven Leath había sido comunicativa en exceso y que, en el tiempo transcurrido desde su entrada en la casa hasta la cena, no había tenido tiempo material para charlar en privado con su madrastra.

Esto oscurecía, y dificultaba, cualquier posible conjetura; y Darrow terminó concluyendo que quizá estaba otorgando excesiva importancia al carácter de un muchacho a quien apenas conocía y de quien le habían dicho que tenía un humor especialmente variable. En cuanto a la inquietud de Anna, podría deberse a que hubiese decidido plantear la causa de Owen al día siguiente y estuviera preocupada por las dificultades que pudieran surgir. Sin embargo, Darrow sabía que su propia perplejidad era demasiado profunda para poder juzgar el estado mental de los que le rodeaban. Quizá todas

aquellas variaciones que percibía en las relaciones se debieran, después de todo, a su propio nerviosismo.

Ésta era, en cualquier caso, la conclusión a la que había llegado cuando, poco después de que las damas abandonaran el salón, dio las buenas noches a Owen y se retiró a su dormitorio. Desde aquel rápido coloquio que mantuvo consigo mismo después de su encuentro con Sophy Viner supo que tendría que enfrentarse a otras cuestiones además de a la más inmediata. En lo que se refería a ésta, su cabeza, por lo menos, estaba relajada, si no aliviada del todo. Había hecho lo posible para confortar a la muchacha, y ella parecía haber apreciado la sinceridad de sus propósitos. Había bosquejado un final bastante decente para un episodio del que, por razones obvias, no debía quedar rastro alguno. Pero, a la vez, sabía perfectamente que asegurando la paz mental de la señorita Viner sólo había cumplido de forma parcial con sus obligaciones, y que las que quedaban eran las más conflictivas. Su primer cometido había sido convencer a la muchacha de que nunca revelara el secreto que los unía; pero esto era difícil de compaginar con la obligación igualmente urgente de salvaguardar la responsabilidad de Anna con su hija. Darrow no temía demasiado la posibilidad de revelaciones fortuitas, pues tanto él como Sophy Viner arriesgaban mucho si no eran precavidos. El miedo que lo atenazaba era de otra naturaleza y tenía raíces más profundas. Quería hacer todo lo posible por la muchacha, pero verse obligado a apresurar la decisión de Anna sobre la custodia de su hija le repugnaba de igual modo. Sus propias ideas acerca de Sophy Viner estaban demasiado mezcladas y confusas para no percatarse de que se trataba de un experimento peligroso; y, sin embargo, se encontraba en la intolerable posición de tener que imponer una decisión a la mujer a quien más deseaba proteger de todo el mundo...

Hasta bien entrada la noche, sus pensamientos se movieron en un torbellino de indecisiones. Su orgullo había sido herido por la discrepancia entre lo que Sophy Viner había sido para él y lo que él había pensado de ella. Esta discrepancia, que en su momento pareció incluso simplificar las cosas, se había convertido ahora en la complicación más mortificante. La verdad era que apenas había pensado en ella, en aquel momento o después, y que le avergonzaba tener que basar sus juicios en los magros recuerdos de la aventura que habían compartido.

Ahora era consciente, con humillante claridad, de la ramplonería de todo el episodio, al menos en lo tocante a su parte. Cuánto le habría gustado creer que, al menos en aquel momento, había arriesgado algo más y que, en su desenlace, había perdido de igual modo algo más palpable. Pero la verdad era

que no le había importado lo más mínimo, lo cual sin duda explicaba la prodigiosa magnitud que desde entonces había ido cobrando. En cualquier caso, y por más vueltas que le diera, estaba claro que para tranquilidad de Anna —e, incidentalmente, de su propio espíritu— debía encontrar otro modo de asegurar el futuro de Sophy Viner que no fuera dejarla en Givré cuando su esposa y él partieran para su nuevo destino.

La noche no ayudó a resolver el problema; pero a lo largo de ella le sobrevino, de alguna manera, la clara convicción de que no había tiempo que perder. El primer paso debía ser obtener de la señorita Viner la oportunidad de conversar otra vez con más tranquilidad, cuestión que decidió resolver lo antes posible.

Sabía que, antes de empezar la clase, Effie pasaba un rato en el parque y se imaginó que su institutriz la acompañaría, de modo que a la mañana siguiente se dirigió a la terraza y desde allí a los jardines y paseos de la finca.

El ambiente era tranquilo y apacible. La velada luz del sol brillaba como un tejido dorado a través de una gasa gris, y las avenidas de hayas se habían convertido en una difusa mezcla de cielo y bosque. Era uno de esos días esquivos en que la apariencia familiar de las cosas parece disolverse en un brillo prismático.

Sin embargo, la paz se quebró con los alegres ladridos de un perro. Darrow, guiado por ellos, pronto descubrió a Effie corriendo por una de las avenidas. Un poco más allá estaba la señorita Viner, sentada cerca de la fuente de piedra en la que él y Anna se habían detenido durante su primer paseo hasta el río.

La muchacha, que se adelantó para salir a su encuentro, le devolvió el saludo casi con alegría. Una primera ojeada reveló a Darrow que había recuperado su serenidad, y aquel cambio de aspecto le indicó la medida de sus temores. Por primera vez, volvía a ver aquella chispa que tanta vida había dado a sus ojos en París; pero ahora los veía como si formaran parte de un cuadro.

—¿Nos sentamos un momento? —le preguntó, mientras Effie echaba a correr.

—Me temo que no hay mucho tiempo. Tenemos que comenzar la clase a las nueve y media —respondió ella, apartando la mirada.

—Sólo son un poco más de las nueve y diez. Podemos dar un corto paseo hasta el río.

Sophy contempló el largo camino que les esperaba y luego miró hacia la casa.

—Si quieres... —le dijo en voz baja, mientras el color de su rostro fluctuaba rápidamente, como de costumbre. Sin embargo, en vez de dirigirse a donde él proponía, tomó un estrecho sendero que discurría en sentido oblicuo entre los árboles.

—He venido a buscarte porque nuestra conversación de ayer no me dejó tranquilo. Quiero saber más cosas de ti, de tus planes y tus proyectos. Me gustaría saber por qué has renunciado por completo al teatro.

El rostro de Sophy se endureció en una mueca de desconfianza.

—Tenía que vivir —dijo, en tono brusco.

—Comprendo perfectamente que te guste este lugar, pero sólo por un tiempo —dijo él, mientras observaba los meandros del río y, en su ribera, las copas doradas de los árboles—. Es un lugar delicioso: no existe otro mejor. Sólo me sorprende que hayas abandonado por completo cualquier otro proyecto de futuro.

—Supongo que tengo menos inquietudes que antes —respondió ella, tras dudar un momento.

—Es natural que sientas menos inquietudes aquí que en casa de la señora Murrett, pero de todos modos no entiendo por qué quieres dedicar tu futuro a educar niños.

—¿Y a qué cosas crees que he renunciado? Como sabes, tú mismo me desaconsejaste el teatro expresamente —respondió ella sin impaciencia, como si discutieran el caso de un tercero por el que ambos estuvieran muy interesados.

—Si lo hice fue porque tú te negaste expresamente a que yo te ayudara —dijo Darrow, tras meditar su respuesta.

—¿Y crees que ahora no me voy a negar? —dijo ella bruscamente, mirándolo a los ojos.

Darrow sintió enrojecer sus mejillas. No podía comprender aquella actitud, si es que en verdad la había adoptado y sus tonos de voz no reflejaban tan sólo cambios involuntarios en su estado de ánimo. Era humillante comprobar otra vez los pocos datos de que disponía para juzgarla. Entonces se dijo: «Si alguna vez me hubiera importado, sabría cómo evitar hacerle daño ahora». Y esta falta de sensibilidad le dolió, porque no era más que vulgar cerrilidad. Sin embargo, tenía un objetivo claro y su deber era alcanzarlo.

—Espero, de todos modos, que escuches mis razones. Los dos hemos tenido tiempo de pensarlas desde que...

Fue incapaz de seguir, se atascó en el «desde que»: todas las palabras que escogía eran recordatorios del pasado en los que volvía a tropezar.

—Entonces, ¿debo entender, definitivamente, que renuevas tu oferta? — preguntó ella, mientras caminaba a su lado mirando al suelo.

—¡Con todo mi corazón! Si es que me permites...

En aquel momento, Sophy levantó la mano como para detenerlo.

—Es muy amable de tu parte, y creo que es una oferta sincera y de amigo, pero no acabo de comprender por qué, si me encuentras tan bien situada aquí, sientes más ansiedad por mi futuro que cuando estaba, de verdad y casi de modo desesperado, a la deriva.

—No, no es que sienta más...

—Si la sientes, debe de ser por razones diferentes. En realidad, sólo puede ser... —prosiguió, con una de sus desconcertantes muestras de sagacidad— por dos razones: o bien porque crees que debes ayudarme o porque, por algún motivo, crees que es justo que la señora Leath sepa lo que tú sabes de mí...

Darrow quedó paralizado en medio del camino. Tras él, oyó gritar a Effie y vio cómo Sophy volvía la cara, con el gesto vigilante de quien está al acecho en la oscuridad. La mirada fue tan fugaz que Darrow no podría haber dicho en qué se diferenciaba de su habitual profesionalidad como encargada de su pupila.

Effie los adelantó de pronto, y Darrow respondió al desafío de la joven.

—Lo que sugieres sobre la señora Leath apenas merece una respuesta. En cuanto a mis motivos para ayudarte, en gran parte dependen de las palabras que se usan para definir cosas más bien indefinibles. Es verdad que deseo ayudarte, pero este deseo no se debe a... ninguna de tus pasadas atenciones, sino simplemente a mi interés por ti. ¿Por qué no convenimos en que nuestra amistad me da el derecho de intervenir en todo aquello que considere beneficioso para ti?

Sophy caminó unos pasos, de modo vacilante, y luego se detuvo otra vez. Darrow observó que se había puesto pálida y que tenía ojeras.

—¿Conoces a la señora Leath desde hace mucho tiempo? —le preguntó de pronto.

—Sí, hace mucho tiempo —le contestó él, vislumbrando cierto peligro.

—Me dijo que erais amigos, buenos amigos.

—Sí —admitió él—. Somos buenos amigos.

—En ese caso, quizá creas justificable decirle que yo no soy la persona adecuada para Effie.

Darrow emitió un gruñido de protesta, que ella pareció ignorar.

—No estoy diciendo que disfrutes haciéndolo. Sé que no es así: la verdad es que te repugnaré hacerlo. Así que la alternativa más natural será

convencerme de que estaré mejor en cualquier otro sitio que aquí. Pero suponte que no lo logras, y que compruebas que estoy decidida a quedarme. Entonces podrías pensar que informar a la señora Leath es un deber. Creo que yo lo haría, si estuviera en tu lugar.

Sophy había expuesto el caso con fría lucidez.

—Nunca creeré justificable decirle a ella, a espaldas tuyas, que no te considero adecuada para el puesto, pero siempre creeré justificable decirte que el puesto no es adecuado para ti —respondió Darrow, tras una pausa.

—¿Y eso es lo que estás intentando decirme ahora?

—Sí, pero no por las razones que tú imaginas.

—Entonces, ¿por cuáles, por favor?

—Ya las di a entender cuando te aconsejé que no descartaras la idea de dedicarte al teatro. Eres demasiado versátil, inteligente, original, para atarte, a tu edad, a la aburrida esclavitud de enseñar.

—¿Y eso es lo que le has dicho a la señora Leath?

Sophy interpuso esta pregunta como si esperara que tropezara sobre ella. Darrow se sorprendió por la simpleza de la estratagema.

—No le he dicho absolutamente nada —respondió.

—¿Y qué significa «absolutamente»? Ella y tú estabais hablando de mí cuando entré en su habitación ayer.

Ante este envite, Darrow sintió cómo le hervía la sangre.

—Lo único que le dije fue que te había visto una o dos veces en casa de la señora Murrett.

—¿Y no le dijiste que me habías visto después?

—No, no le dije que te había visto después...

—¿Y ella te cree? ¿Te cree de verdad?

Darrow profirió una exclamación de protesta, y su rubor se reflejó en las mejillas de la joven.

—¡Oh, lo siento! No quería preguntarte eso —dijo Sophy. Entonces se detuvo, miró hacia delante y hacia atrás, y le tendió la mano—. Bien. Entonces, gracias. Y deja que alivie tus temores. No voy a ser la institutriz de Effie por mucho tiempo.

Al oír esta frase y cogerle la mano, Darrow intentó transformar su mirada de alivio en una expresión de cariñoso interés.

—Entonces, ¿estás de acuerdo conmigo? ¿Me darás otra oportunidad para hablar contigo?

—No estoy pensando en el teatro. Es sólo que he tenido otra oferta —le contestó ella, esbozando una leve sonrisa.

Darrow se sintió todavía más aliviado. Después de todo, personalmente su responsabilidad terminaría cuando ella se marchara de Givré.

—Me la vas a contar, ¿verdad?

—Vas a saberla muy pronto... Ahora tengo que encontrar a Effie y llevarla a clase... —contestó, sonriendo.

Sophy se adelantó unos pasos, y entonces se detuvo y le miró a los ojos.

—He sido rencorosa contigo, y no del todo sincera —dijo de repente.

—¿No del todo sincera? —repitió él, atrapado por una nueva sorpresa.

—Me refiero a que pensaba que no confiaba en ti. Es una sensación que me ha venido al hablar contigo aunque, en el fondo, siempre he sabido que podría...

La muchacha se ruborizó de nuevo, y sus ojos quedaron prendidos de los de él un breve instante de recuerdo e invocación. En este mismo espacio de tiempo, Darrow volvió a contemplar el pasado, aunque atropelladamente. Luego se tendió un velo entre los dos.

—¡Aquí está Effie! —exclamó.

Él se volvió y vio a la pequeña correr hacia ella, de la mano de Owen Leath.

A pesar de la agitación que todavía sentía, Darrow notó los cambios que se produjeron con la entrada del joven. Por un momento, las mejillas de Sophy Viner enrojecieron; luego se fundieron en una palidez de pétalos blancos. No pareció, sin embargo, perder el valor que la caracterizaba cuando tenía que enfrentarse a lo inesperado. Quizá nadie que no conociera su rostro tan bien podría haber distinguido su tensión cuando dejó de sonreírle a él para sonreír a Owen Leath, ni haber observado que sus ojos habían pasado del gris nebuloso a una oscuridad resplandeciente. Pero a Darrow le sorprendieron menos estos detalles que los correspondientes cambios que apreció en Owen Leath. Éste, cuando apareció en escena, iba charlando y riendo con Effie; pero en cuanto divisó a la señorita Viner su expresión se alteró tanto como la de ella.

El cambio, para Darrow, fue menos explicable; pero quizá por eso quedó todavía más sorprendido. Sólo que... ¿cuál era su sentido? Owen, como Sophy Viner, tenía ese tipo de rostro que parece menos el escenario en el que se mueven las emociones que la sustancia misma sobre las que éstas operan. En momentos de excitación, sus rasgos desiguales y algo extraños parecían modificarse, hacerse y rehacerse como sombras de nubes en un río. Darrow, a través de estas sombras inalcanzables, no podía distinguir el menor sentimiento explícito: lo único que percibía era que el joven se había

sorprendido incomprensiblemente al encontrarle con la señorita Viner, y que la magnitud de aquella sorpresa daba pie a múltiples insinuaciones.

Su primera idea fue que Owen, si sospechaba que aquella conversación no era producto de un encuentro casual, podría haberse preguntado por qué el pretendiente de su madrastra charlaba a hora tan temprana con la institutriz de su hijita. La idea era tan inquietante que, cuando los tres regresaban a la casa, Darrow se sintió tentado de decirle: «En realidad, salí a buscar a tu madre». Pero si la posibilidad que temía era real, incluso una frase tan simple podría parecer una torpe explicación, de modo que siguió andando en silencio al lado de la señorita Viner. Luego le preocupó comprobar que tanto Owen Leath como la muchacha permanecían también callados, lo que varió el rumbo de sus pensamientos. El silencio tiene tantos recovecos como el habla, y el que los envolvía a él y a sus dos compañeros parecía, a sus alertados sentidos, estar tejido de hilos de comunicación. Al principio, sólo reparó en los que partían de su propia y atribulada conciencia; luego pensó que también, e igualmente activos, los había fuera de ella. Algo se estaban diciendo, en silencio y con rapidez, el joven Leath y Sophy Viner, pero Darrow sólo comenzó a adivinar de qué se trataba y cuáles eran sus implicaciones cuando llegaron a la casa...

XVIII

Anna Leath, desde la terraza, observaba el retorno del pequeño grupo.

Los miraba mientras avanzaban por el jardín desde la serena altura de su inexpugnable felicidad. Allí estaban, caminando hacia ella en la suave luz de la mañana, su hija, su hijastro y su prometido: los tres seres que llenaban su vida. Sonrió al ver la feliz imagen que ofrecían: Effie correteaba de un lado para otro mientras los dos hombres andaban lentamente en amigable silencio. Quizá parte de la profunda intimidad de la escena procedía del hecho de que no conversaran entre ellos, aunque, poco después, le sorprendió que ninguno de los dos tampoco considerara necesario dirigirle la palabra a Sophy Viner.

En aquel momento, Anna flotaba en un mar de felicidad, llevada por una corriente tan brillante y optimista que parecía confundirse con una de las cálidas olas. El primer destello de felicidad la había asombrado, cegándole los ojos; pero ahora todas las mañanas se levantaba tranquila, segura de que se repetiría, y se estaba acostumbrando a la sensación de seguridad que proporcionaba.

«Siento como si la felicidad me transportara sin peligro, como si fueran alas que me han crecido». De este modo le describió sus sensaciones a Darrow cuando, un rato después, daban juntos un paseo por el jardín. La mirada de él le reafirmó de nuevo aquella seguridad. La noche antes parecía andar preocupado, y aquella sombra de su ánimo había tapado débilmente el gran orbe dorado de la felicidad que compartían. Sin embargo, ahora, el eclipse había desaparecido, y la felicidad volvía a aparecer por encima de ellos, alta y resplandeciente como el sol del mediodía.

En su habitación, aquella tarde, Anna estuvo pensando en estas cosas. Las nieblas de la mañana se habían convertido en lluvia, obligando a posponer una excursión en la que iba a participar todo el grupo. Effie y su institutriz habían ido en el coche de compras a Francheuil, y Anna había prometido a Darrow dar juntos, a última hora de la tarde, un rápido paseo bajo la lluvia. Éste se había retirado a su habitación después de comer para intentar escribir unas cartas que tenía pendientes. Cuando la dejó, ella no se había movido de donde estaba, con las manos cruzadas sobre las rodillas y la cabeza un poco

inclinada, en actitud de meditación retrospectiva. Pensó que, en su vida pasada, cada hora había sido como una bolsa que le costaba mucho llenar y que, a pesar de todo, quedaba siempre medio vacía. Ahora, cada instante era como la bolsa de un avaro en la que ya no cabía más oro puro.

La despertaron los pasos de Owen en la galería a la que daba su habitación. El joven se detuvo y llamó a la puerta.

—¡Adelante! —dijo Anna.

Cuando la puerta se cerró, le sorprendió su aspecto excitado. Unos súbitos escrúpulos la obligaron a explicarse.

—Has venido a preguntarme por qué no he hablado todavía con tu abuela.

Él dirigió una mirada a su alrededor que se parecía un poco a aquella tan extraña con la que Sophy Viner había recorrido la habitación la tarde anterior. Luego sus ojos brillantes se volvieron hacia su madrastra.

—Se lo he contado yo mismo —dijo.

Anna se levantó, sin dar crédito a lo que había oído.

—¿Tú has hablado con ella? ¿Cuándo?

—Hace un momento. Justo antes de venir aquí.

El primer impulso de Anna fue de irritación. Había algo cómicamente incongruente en aquella infantil entrega a un impulso por parte de un joven deseoso de asumir responsabilidades en la vida. Lo miró con cierto disimulado regocijo.

—Me hiciste prometer que te ayudaría y yo lo prometí. La verdad es que no sé por qué me he esforzado en elaborar un plan si tu intención era llevar el asunto personalmente sin consultármelo siquiera.

—¡No me hables en ese tono! —exclamó Owen, como enfadado.

—¿Ese tono? ¿Qué tono? —dijo ella, viendo cómo se estremecía su rostro—. En realidad soy yo quien tendría que pedirte que consideraras *el tuyo*.

Owen enrojeció, y su vehemencia remitió de pronto.

—Lo que quise decir es que tenía que hacerlo. Nada más. No dejas que te explique nada...

Anna lo miró con cariño, asombrándose de su propia impaciencia.

—¡Owen! ¿Es que no te escucho siempre? Precisamente por eso quería ser yo quien hablara primero con tu abuela... Por eso estaba esperando el momento oportuno...

—¿El momento oportuno? ¡También yo! Por eso he hablado con ella.

Su voz se levantó de nuevo y recobró el tono agudo de los momentos de gran excitación. Anna dio unos pasos y se sentó en el sofá.

—¡Querido, la verdad es que no merece la pena pelearse por esto! En realidad me has quitado un peso de encima. Siéntate y cuéntamelo todo.

—No puedo sentarme —dijo él, tras vacilar unos instantes.

—Anda, entonces. Pero cuéntamelo. Estoy impaciente.

La respuesta más inmediata de Owen fue arrojarle al sillón situado al lado de Anna. Allí estuvo unos minutos, sin hablar, con las piernas extendidas y los brazos entrelazados detrás de la cabeza. Anna, sin dejar de mirarlo, esperó a que comenzara a hablar.

—Bien, naturalmente, ha sucedido lo que cabía esperar...

—¿Quieres decir que se lo ha tomado muy mal?

—Ha sacado toda la artillería pesada: mi padre, Givré, el señor de Chantelle, el trono y el altar. Incluso ha sacado a mi pobre madre del olvido, armada de protestas imaginarias.

Anna suspiró, mostrando su comprensión.

—¿Y estabas preparado para todo eso?

—Pensé que lo estaba hasta que comenzó a hablar. Todo parecía tan estúpido que no tuve más remedio que decírselo con esas palabras.

—¡Oh! ¡Owen, Owen!

—Ya sé. He sido un tonto, pero no pude evitarlo.

—Y la has ofendido mortalmente, supongo. Eso es en realidad lo que yo quería evitar. Qué chico tan estúpido, que no ha podido esperar a que yo se lo contara —dijo ella, poniéndole una mano en el hombro.

Owen se movió ligeramente, pero lo suficiente para que la mano de su madrastra resbalase y dejase de tocarle.

—No entiendes nada —dijo él, con el ceño fruncido.

—No sé cómo voy a entender nada hasta que te expliques. Si creías que había llegado el momento de contárselo a tu abuela, ¿por qué no me pediste que lo hiciera? Yo tenía mis razones para esperar pero, si tú me hubieras pedido que hablara, lo habría hecho, naturalmente.

—¿Y cuáles eran tus razones para esperar? —le preguntó Owen de pronto, evitando responder a su pregunta.

Anna no contestó de forma inmediata. Los ojos de su hijastro estaban pendientes de los suyos, y debajo de aquella mirada notaba un difuso malestar.

—Sentía que no era el momento. Quería estar completamente segura...

—¿Completamente segura de qué?

—Bueno, de nuestra visión del asunto —contestó ella, tras un instante de silencio.

—Pero el otro día me dijiste que lo estabas, cuando hablamos antes de que volvieran de Ouchy.

—Oh, querido... Pero ¿no sabes que en un asunto tan complicado, cada día, cada hora modifica más o menos nuestras más absolutas certezas?

—A eso es a lo que me refería. Quiero saber qué es lo que te llevó a modificar la tuya.

—¿Y qué importa eso, ahora que todo está hecho? No sé si podría darte algún motivo claro... —dijo Anna, con un ligero gesto de impaciencia.

Owen se puso en pie y siguió mirándola con la frente atormentada.

—Pues es totalmente necesario que me lo des.

La impaciencia de Anna se incrementó.

—No hace falta que te dé explicación alguna, ya que tú me has quitado el asunto de las manos. Lo único que puedo decir es que quería ayudarte, y que ése ha sido mi único pensamiento —dijo, y entonces se detuvo un instante—. Si lo dudabas, obraste bien al hacer lo que has hecho.

—¡Pero yo nunca he dudado de ti! —respondió Owen, recalcando fugazmente el pronombre. Su rostro se había despejado y volvía a mostrar su antigua mirada confiada—. No te ofendas si por un momento te ha parecido que lo hacía. La verdad es que soy incapaz de explicarme bien. Todo es un lío tremendo, ¿no? Por eso pensé que era mejor hablar con la abuela en seguida, o quizá ni siquiera lo pensé y se lo solté de pronto...

Anna le respondió con una mirada conciliatoria.

—Bueno, el cómo y el porqué no importan mucho ahora. Lo importante es decidir qué hacer con tu abuela. No me has dicho cuáles son sus planes.

—Va a llamar a Adelaide Painter.

El nombre le arrancó una breve nota de regocijo, y los dos se relajaron y sonrieron.

—Quizá —añadió Anna— sea lo mejor para todos nosotros.

Owen se encogió de hombros.

—¡Es demasiado absurdo y humillante! Meter a esa mujer en nuestros secretos...

—Esto difícilmente podía ser ya un secreto.

Owen se había acercado a la chimenea, donde había empezado a toquetear una estatuilla de la repisa; pero al oír esta frase se volvió hacia Anna.

—Supongo que no se lo has contado a nadie, ¿verdad?

—No, pero voy a hacerlo ahora —dijo ella, y se interrumpió esperando una respuesta, pero, como no la recibía, continuó—: Si Adelaide Painter se va a enterar, no hay motivo para no contárselo al señor Darrow.

En aquel momento, Owen colocó de pronto la estatuilla entre los dedos.

—Ninguno en absoluto. Quiero que lo sepa todo el mundo.

Anna sonrió ante su exceso de énfasis, e incluso se disponía a hacer una broma sobre el gesto cuando él la interrumpió, mirándola a los ojos.

—Todavía no le has dicho nada, ¿verdad?

—No le he dicho nada, excepto lo que no tenía más remedio que decirle porque afectaba a nuestros planes futuros, al suyo y al mío: que tú tenías intención de casarte y que yo no deseaba abandonar Francia hasta haber hecho todo lo posible por ayudarte.

Al oír las primeras palabras, la frente de Owen enrojeció pero, mientras continuaba, Anna notó que su cara recuperaba su color de siempre y que su sangre se apaciguaba.

—¡Eres tan fuerte, querida mía!

—Sabes que te di mi palabra.

—Sí, sí, lo sé —dijo, y su rostro volvió a oscurecerse—. Y ¿seguro que eso es todo lo que le contaste?

—Seguro. Pero... ¿por qué me lo preguntas?

Durante un embarazoso instante, Owen no supo qué responder.

—Habíamos quedado en que mi abuela sería la primera en saberlo.

—Y lo ha sido. ¿O es que no se lo has dicho ya?

Él volvió a jugar con los adornos de la chimenea.

—¿Estás segura de que nada de lo que le contaste a Darrow puede haberle dado una pista?

—Nada en absoluto. Estoy segura.

Él se giró para mirarla.

—¿Por qué lo dices así?

—¿De qué modo?

—Bueno, parece como si otra persona pudiera haber hablado...

—¿Otra persona? ¿Quién? —dijo Anna, levantándose—. ¿Qué demonios estás sugiriendo, querido?

—Trato de saber si tú crees que él sabe algo concreto.

—¿Y por qué iba a creerlo? ¿Lo crees tú?

—No lo sé. Es lo que quiero averiguar.

Anna se rió de su obstinada insistencia.

—¿Para comprobar que digo la verdad, supongo? —En ese momento se oyeron pasos en la galería y ella continuó—: Aquí está. ¿Por qué no se lo preguntas directamente a él?

Le hizo un gesto a Darrow, y él entró en la habitación situándose entre los dos. Anna se asombró del contraste entre su aspecto feliz y desenfadado y el gesto agitado y huraño de su hijastro. Darrow la miró a los ojos con una sonrisa.

—¿Llego demasiado pronto? ¿O es que se ha suspendido nuestro paseo?

—No, ahora iba a arreglarme —contestó ella, en medio de ambos y mirando alternativamente a uno y a otro—. Pero primero tengo algo que decirte: Owen se ha comprometido con la señorita Viner.

La sorpresa de haber visto en el rostro de Owen una indefinible interrogación, le hizo fijar su mirada lentamente en Darrow mientras pronunciaba estas palabras.

Éste se había detenido justo enfrente de la ventana, de modo que, incluso a la débil luz de la lluviosa tarde, su rostro estaba completamente expuesto al escrutinio de Anna. Durante un instante, sólo pudo observarse en él una inmensa sorpresa, tan evidente que Anna se volvió un poco hacia su hijastro con una débil sonrisa de reproche por sus infundadas sospechas. ¿Por qué, se preguntó, pensaba Owen que Darrow había adivinado su secreto y qué podría resultarle tan inquietante si eso resultaba ser cierto? De cualquier modo, toda duda quedaba despejada: el asombro de Darrow no era fingido. Cuando volvió a mirarlo, él ya se estaba dirigiendo a Owen con la mano extendida y hasta pudo oír, a pesar de la débil y inexplicable duda que la sobrecogió, una confusa retahíla de las frases acostumbradas en estos casos. Seguidamente observó la mirada más tranquila de Owen y la sonrisa que le dedicó a Darrow tras su afable apretón de manos. En aquel momento, tuvo la inquietante sensación de haber sido engullida por una sombra que no proyectaba ninguna nube...

Un instante después, Owen salió de la habitación y Darrow y ella quedaron solos. Él estaba delante de la ventana, contemplando la lluvia.

—¿Te ha sorprendido la noticia? —preguntó ella.

—Sí, estoy sorprendido —contestó él.

—¿No se te había ocurrido pensar que se tratara de la señorita Viner?

—¿Y por qué se me tendría que haber ocurrido?

—¿Comprendes ahora por qué tenía tanto interés en que me contaras todo lo que sabías de ella? —Darrow no dijo nada, y ella prosiguió—: Ahora que sabes que es ella, si hay algo...

Darrow se alejó de la ventana y se le acercó. Su rostro estaba serio, y en él había una ligera sombra de enfado.

—¿Y qué demonios va a haber? Como te dije, nunca he oído decir a nadie en mi vida más de dos palabras seguidas sobre la señorita Viner.

Anna no respondió, y ambos continuaron mirándose el uno al otro, sin moverse. Durante un instante, ella dejó de pensar en Sophy Viner y Owen: su único pensamiento era que Darrow estaba a solas con ella, muy cerca, y que, por primera vez, sus manos y labios no se habían juntado.

Él volvió a mirar, dudoso, por la ventana.

—Está diluviando. Quizá sea mejor que no salgas.

Anna vaciló, como esperando que él la animara.

—Supongo que será mejor que no. Debo ir a ver en seguida a mi suegra. Owen acaba de revelarles sus planes —dijo.

—¡Ah! —exclamó Darrow, aventurando una sonrisa—. Eso explica que, al venir hacia aquí, oyera a alguien telefonar a la señorita Painter...

Al mencionar el detalle, los dos rieron ligeramente y después Anna se dirigió a la puerta. Él la abrió para que saliera y la siguió.

XIX

Darrow la dejó en la puerta de la sala de estar de la señora de Chantelle y salió al exterior, solo, bajo la lluvia.

El viento azotaba las desnudas copas de los árboles de la avenida y lanzaba punzantes gotas sobre su rostro. Anduvo hasta la verja, entró en la carretera principal y avanzó por ella, golpeado por rachas de viento que le hacían perder el equilibrio. Los campos, perfectamente arados, se habían convertido en una borrosa superficie enlodada, y las espesuras rojizas donde Owen y él habían disparado el día anterior se estremecían desoladas bajo el cielo torrencial.

Darrow siguió andando, sin saber qué camino tomaba. Sus pensamientos estaban tan agitados como las copas de los árboles. La revelación de Anna no había sido una sorpresa del todo: la mañana anterior, mientras volvía a la casa acompañado de Owen Leath y de la señorita Viner, había intuido momentáneamente la verdad. Pero no había pasado de ser una mera intuición, una débil y simple conjetura; ahora era un hecho probado que oscurecía todo el firmamento.

En lo que se refiere a su propia actitud, se dio cuenta en seguida de que el descubrimiento no cambiaba demasiado las cosas. Si antes estaba obligado a callar, ahora no lo estaba menos; la única diferencia consistía en el hecho de que lo revelado hacía su vínculo más intolerable. Hasta ahora, el estado indefenso de Sophy Viner le había despertado cierta simpatía por ella, aunque estuviera densamente mezclada con escrúpulos. Pero ahora empezaba a sentir cierta oscura indignación. A pesar de que siempre se había creído por encima de los lugares comunes, era consciente de compartir la sospecha universal que se cierne sobre el desinterés de toda mujer que trata de superar su pasado. Ésa era la razón de que Sophy se hubiera echado a temblar al verlo. Podía hacerle mucho más daño de lo que ella se había imaginado...

En realidad, no quería perjudicarla, pero sí impedir por todos los medios que se casara con Owen Leath. Quería distanciarse de sus sentimientos, aislarlos y exteriorizarlos lo suficiente para poder ver sus motivos; pero éstos no pasaban de ser un ciego impulso de su sangre, un alejamiento instintivo de

algo que ningún tipo de razonamiento puede considerar aceptable. El paseo, aunque largo, no le iluminó en absoluto, y tras atravesar dos o tres pueblos amarillentos y enlodados dio la vuelta y emprendió cansinamente el regreso a Givré. Cuando subía por la oscura avenida, orientándose por las luces que parpadeaban a través de las ramas, se dio cuenta de su impotencia. Podía urdir muchos planes distintos, pero en realidad no podía hacer nada...

Dejó el gabán empapado en el vestíbulo y comenzó a subir las escaleras para dirigirse a su habitación. Sin embargo, lo alcanzó en el rellano una doncella de rostro grave que, en voz discretamente baja, le rogó que hiciera el favor de pasarse un instante por el cuarto de estar de la marquesa. Un tanto desconcertado por aquella convocatoria siguió a la mensajera hasta la puerta donde, un par de horas antes, se había despedido de la señora Leath. Cuando se abrió, entró en un gran salón bien iluminado que estaba vacío, hecho que le permitió observar, a pesar de su confusión mental, cómo las estancias de la señora de Chantelle estaban tan pasadas de moda como su dueña. Las cortinas estaban recogidas con lazos, la tapicería era de satén púrpura, las *jardinières* de Sèvres, la pantalla de la chimenea de palisandro y las mesitas, repletas de innumerables objetos de plata y absurdas miniaturas, estaban cubiertas con paños de terciopelo festoneados. Era la reconstrucción de un escenario casi perfecto de la dorada belleza de los años sesenta. Darrow se preguntó si el respeto filial de Fraser Leath por su madre era lo que había permitido tal anacronismo dentro del estilo dieciochesco de Givré; pero un instante de reflexión le obligó a pensar que, a los ojos de su difunto propietario, dicha actitud habría sintonizado completamente con las tradiciones del lugar.

La llegada de la señora de Chantelle, procedente de una habitación interior, arrancó a Darrow de estos pensamientos irrelevantes. Estaba ya arreglada y, salvo por un ligero enrojecimiento en las cejas, su elaborada apariencia no delataba señal alguna de agitación. Sin embargo Darrow observó que, en reconocimiento de la solemnidad de aquella ocasión, sostenía un pañuelo bordado entre los dedos índice y pulgar. Abordó el problema de inmediato, pidiéndole, en nombre de todos los Everard, que colaborara con ella en el rescate de su amado nieto. Estaba segura, dijo, de que su petición no sería en vano ante una persona como él, cuyo «tono» y cuyas tradiciones testificaban tan brillantemente su apego a los principios que ella le rogaba que defendiera. El modo en que había acogido a Darrow, la confianza que le había otorgado en seguida, demostraban sin duda alguna su instintiva percepción de que compartían sentimientos unánimes sobre estas cuestiones fundamentales. En efecto, había reconocido en él a una persona a la que podía considerar

sucesora de su propio hijo sin que su devoción maternal se resintiera; y era como si el propio padre de Owen apelara a él para que acudiera en ayuda del desgraciado muchacho.

—No crea, por favor, que dudo de Anna en lo más mínimo, o que muestro poca simpatía por ella si digo que la considero responsable en parte de lo que ha ocurrido. Anna es «moderna» o algo así, que es como llaman a las personas que leen libros perturbadores y admiran cuadros horribles. En realidad —prosiguió la señora de Chantelle, echándose hacia delante en actitud confidencial—, yo misma he vivido más o menos en ese ambiente: mi hijo, como sabe, era muy revolucionario. Claro que nunca llevó sus ideas a la práctica porque eran puramente intelectuales. Algo que nuestra querida Anna nunca ha entendido. Y me temo que ella también ha confundido a Owen, impulsándole a mezclar las cosas que uno lee con las que hace... Supongo que sabe que se ha puesto de su lado en este aciago asunto... —Siguió extendiéndose sobre este tema hasta que abordó, por fin, la posible intervención de Darrow—. Mi nieto, señor Darrow, me acusa de falta de lógica y de compasión porque mis sentimientos por la señorita Viner han cambiado desde que me enteré del asunto. ¡Bien! Usted la conoció, parece ser, hace años. Anna me ha dicho que usted la vio varias veces cuando era dama de compañía, secretaria o algo así de una tal señora Murrett, que era tremendamente vulgar. Ahora le pido como amiga, como si fuera parte de nuestra familia, que me diga si una joven que ha tenido que ganarse la vida con empleos como ése, a las órdenes de todo tipo de personas, es la indicada para ser la esposa de Owen. No estoy diciendo nada contra ella. Me agradaba mucho, señor Darrow, pero eso no tiene nada que ver. No quiero que se case con mi nieto. Si estuviera buscándole esposa, nunca me habría dirigido a los Farlow. Eso es lo que Anna no termina de entender, y quiero que usted me ayude a hacérselo ver.

Lo único que Darrow pudo argumentar contra su petición era la repetida seguridad de su incapacidad para influir. Intentó hacerle ver a la señora de Chantelle que la posición que él personalmente esperaba ocupar en la familia le impedía aventurarse a intervenir, aduciendo motivos razonables, e incluso expresando cierta solidaridad con ella, tal como se esperaba. Sin embargo, la inquietud había acabado con la habitual imprecisión de la señora de Chantelle, y, aunque no tuviera muchos motivos para insistir, sus argumentos se aferraban a ese punto como un pájaro asustado se agarra a una rama.

—En ese caso —resumió ella, en respuesta a sus repetidas afirmaciones de que no veía el modo de ayudarla—, al menos podría decirme a mí, si no

desea revelárselo a los demás, con ecuanimidad y franqueza, y sin que salga una palabra de aquí, su opinión personal sobre la señorita Viner, ya que usted la conoce desde mucho antes que nosotros.

Darrow adujo que, aunque la había conocido mucho antes, sólo había sido de modo muy superficial, y que ya le había comunicado a Anna su incapacidad para pronunciarse en este asunto. La señora de Chantelle exhaló un profundo suspiro.

—¡Me basta con su opinión sobre la señora Murrett! ¿O es que pretende ocultar eso? Y Dios sabe con qué otras personas indescriptibles se habrá tratado antes. Los únicos amigos que menciona son unos tales Hoke. No intente contemporizar conmigo, señor Darrow. Hay sentimientos mucho más profundos que los hechos... Hasta me he enterado de que una vez pensó dedicarse al teatro... —en ese momento, la señora de Chantelle se frotó los ojos con una punta del pañuelo—. Estoy pasada de moda, como mis muebles —murmuró—. Y creí que podía contar con usted, señor Darrow...

Cuando aquella noche Darrow se metió en su habitación, pensó con cierta ironía que cada vez que entraba en ella traía consigo una nueva ración de perplejidades que perturbaban la serenidad de su descanso. Desde el día anterior a su llegada, tan sólo cuarenta y ocho horas antes, cuando había abierto aquella ventana a la brisa nocturna y sus esperanzas parecían ser tantas como las estrellas, cada tarde había surgido un nuevo problema con un consiguiente malestar. Pero hasta ahora nada podía compararse con la desolada penuria mental con que debía resolver los nuevos dilemas a los que tenía que hacer frente.

Sophy Viner no hizo acto de presencia en la cena, de modo que Darrow no tuvo oportunidad de observarla en su nuevo papel ni de adivinar la naturaleza real del vínculo que la unía a Owen Leath. Una cosa, sin embargo, estaba clara: cualesquiera que fueran sus verdaderos sentimientos y por mucho que se arriesgara al dar ese paso, si se había propuesto casarse con Owen disponía de habilidades y de tenacidad más que suficientes para derrotar cualquier maniobra que la pobre señora de Chantelle pudiera esgrimir contra ella.

Darrow era, posiblemente, la única persona que podía desviarla de su objetivo: la señora de Chantelle, por pura casualidad, había dado con la forma más segura de salvar a Owen, si es que impedir su matrimonio era salvarlo. Darrow, en este punto, no fingía tener ninguna opinión fija. Sólo tenía un sentimiento claro y apremiante: si podía evitarlo, no iba a consentir que aquella boda se celebrara.

Lo que no sabía era cómo hacerlo: en su atormentada imaginación, todos los recursos parecían agotados. Durante un fantástico instante, se vio dispuesto a obedecer las indicaciones de la señora de Chantelle y a rogarle a Anna que retirara su consentimiento. Si su reticencia y esfuerzos por evitar el tema no le habían pasado desapercibidos, sin duda Anna los había atribuido al hecho de que conocía más a Sophy Viner, y pensaba menos en ella de lo que estaba dispuesto a admitir, algo que podría aprovechar para hacerla cambiar de idea poco a poco. Pero ¿cómo hacerlo sin que se notara su falta de sinceridad? Si no hubiera tenido nada que ocultar, podría haber dicho fácilmente: «Una cosa es no tener nada en contra de la muchacha y otra pensar que es un buen partido para Owen». Pero ¿podría decirlo sin ponerse en evidencia? Lo que temía no eran las preguntas de Anna, ni sus respuestas, sino los intervalos entre unas y otras. Ahora entendía que, desde la llegada de Sophy Viner a Givré, había notado en Anna el presentimiento de algo no expresado, y tal vez inexpresable, entre la joven y él... Cuando, por fin, se quedó dormido, ya había encomendado su siguiente paso a los azares que le deparara el futuro.

El primero fue un encuentro con la señora Leath cuando bajaba las escaleras a la mañana siguiente. Llevaba puesto un sombrero y ropa de calle y se encaminaba a las viviendas del parque, pues uno de los hijos del guarda había sufrido un accidente. Aquel vestido oscuro y compacto la hacía más alta y esbelta de lo normal, y su rostro tenía el color pálido que adquiría siempre que alguien requería sus energías: una especie de brillo guerrero que convertía su pequeña cabeza, con sus fuertes mandíbulas y el pelo recogido, en la de una amazona en un friso.

Era la primera vez que estaban a solas desde que se habían separado, la tarde antes, delante de la puerta de su suegra. Tras intercambiar unas cuantas palabras acerca del niño herido, la conversación derivó inevitablemente hacia Owen.

Anna comentó con una sonrisa su «escena» con la señora de Chantelle, quien pertenecía, la pobre, a una generación en la que las «escenas» (en el sentido lacrimógeno, común entre señoras, del término) eran el tributo que la sensibilidad debía pagar a lo desacostumbrado. La conversación había transcurrido, en todos sus detalles, tan exactamente como Anna había previsto que en realidad no la había impresionado demasiado; pero anhelaba saber el resultado del encuentro de Darrow con su suegra.

—Me dijo que había mandado a buscarte. Siempre «manda a buscar» a la gente en casos urgentes. Me figuro que eso también forma parte de *l'époque*.

Y como no tenía a Adelaide Painter, que no va a llegar hasta esta tarde, sólo podía recurrir a ti.

Lo dijo todo con una ligereza que al tenso nerviosismo de Darrow le pareció, de modo intangible y mínimo, exagerada. Sin embargo, siendo tan consciente de dicha tensión, se preguntó, al instante, si algo le parecería de nuevo normal, insignificante y corriente.

Mientras avanzaban bajo la ligera lluvia, resto de la tormenta de la noche anterior, Anna se apretó contra él debajo del paraguas y, al sentir la presión de su brazo en el suyo, Darrow recordó su paseo con Sophy Viner por el muelle de Dover. Aquel recuerdo le hizo prever, de modo escalofriante, las inevitables ocasiones de contacto, confianza y familiaridad que conllevaría su futura relación con la muchacha, así como las incontables posibilidades de que en ellas trasluciera algo de lo ocurrido entre ellos.

—Cuéntame sólo lo que tú dijiste —le oyó decir a Anna en tono suplicante.

—Entiendo muy bien los sentimientos de tu suegra —respondió él, resueltamente.

Estas palabras, al ser pronunciadas, le parecieron mucho menos significativas de lo que sonaron a su oído interior; y Anna respondió, sin sorprenderse:

—Naturalmente. Es inevitable que sienta lo que siente. Pero la convenceremos poco a poco. —Bajo la cúpula goteante, alzó su rostro para mirarlo—. ¿No te acuerdas de lo que dijiste anteayer? estamos juntos, no podemos fallar. Se lo he contado a Owen, de modo que tú también te has comprometido sin posibilidad de vuelta atrás.

¡Anteayer! ¿Era posible que hiciera tan poco para que la vida pareciera un asunto tan elemental, al punto de que un hombre cuerdo se aventurara a tales afirmaciones?

—Anna —interrumpió él, con brusquedad—, ¿por qué estás tan interesada en este matrimonio?

—¿Por qué? —respondió ella, deteniéndose frente a él—. Ya te lo he explicado, o casi no he tenido que hacerlo, pues parecías entender tan bien mis motivos...

—En aquel momento no sabía con quién quería casarse Owen.

Estas palabras le salieron como movidas por un resorte, y de pronto sintió un aire más leve en su cerebro. Pero la lógica de Anna volvió a acorralarle.

—Ayer sí lo sabías, y me aseguraste que no tenías nada que decir...

—¿Contra la señorita Viner? —el nombre, una vez pronunciado, golpeó una y otra vez sus oídos—. Por supuesto que no. Pero eso no quería decir que crea que sea un buen partido para Owen.

Anna guardó silencio unos instantes. Cuando habló, fue para preguntar:

—¿Por qué crees que no es un buen partido para Owen?

—Bueno, las razones de la señora de Chantelle no me parecieron tan desdeñables como tú creías.

—¿Te refieres al hecho de que fuera secretaria de la señora Murrett y de que las personas que la emplearon se llamaran Hoke? Porque, tal como Owen y yo lo entendemos, éstos son los cargos más graves que se le han imputado.

—A pesar de todo, es comprensible que el matrimonio no sea lo que la señora de Chantelle había soñado para Owen.

—Oh, claro que no; si eso es cuanto querías decir, estoy de acuerdo.

Ya divisaban las viviendas, de modo que Anna apretó el paso. Los dos caminaban juntos en silencio, pero al llegar a la puerta ella se detuvo en seco y volvió a hacerle otra pregunta.

—¿Es eso todo lo que de verdad querías decir?

—Por supuesto —se oyó decir a sí mismo.

—En ese caso, creo que podré convencerte, incluso si, a diferencia de la señora de Chantelle, no logro invocar a todos los Everard para que me ayuden.

Cuando lo miró, tenía aquel semblante feliz que a veces la iluminaba con una claridad primaveral.

Darrow la vio apresurarse por el camino entre los goteantes crisantemos y entrar en la casa. Él se quedó fuera, bajo la lluvia, por si había que enviar algún mensaje a la casa. Al cabo de unos pocos minutos, Anna volvió a salir.

Al parecer, el muchacho estaba malherido, aunque no fuera nada especialmente peligroso, y el médico del pueblo, al que habían llamado, había pedido que el cirujano, que ya había recibido aviso en Francheuil, trajera con él ciertos instrumentos imprescindibles. Owen ya había salido en coche para recogerlo, pero aún había tiempo para hablar con él por teléfono. Además, el médico necesitaba todas las vendas y desinfectantes que pudiese haber en Givré, de modo que Anna le pidió a Darrow que se lo comunicase a la señorita Viner, que sabía dónde encontrarlos, para que uno de los criados los trajese a la vivienda en bicicleta.

Cuando Darrow salió con este recado, supo que se le presentaba una nueva oportunidad de hablar con Sophy Viner. Aunque no sabía qué podían decirse, era el momento de llegar a un acuerdo definitivo y concluyente. No

iba a ser fácil que disfrutasen de otra oportunidad de hablar sin ser observados.

Había pensado que la encontraría con su pupila en el aula, pero un criado le dijo que Effie había ido a Francheuil con su hermanastro y que la señorita Viner estaba en su habitación. Darrow pidió que le comunicaran que traía un recado de las viviendas y, un instante después, la oyó bajar las escaleras.

XX

Durante un segundo, mientras se le acercaba, el temblor en los ojos de Sophy Viner manifestaba que le rondaba el mismo pensamiento que a él. Darrow transmitió sus instrucciones con precisión mecánica y ella contestó en el mismo tono, repitiendo sus palabras con la intensa atención de un niño que no está seguro de haber entendido. Luego desapareció por las escaleras.

Darrow se quedó en el vestíbulo, sin saber si iba a regresar, aunque, en su fuero interno, sabía perfectamente que iba a hacerlo. Por fin, la vio bajar con la chaqueta y el sombrero puestos. La lluvia aún golpeaba los cristales de las ventanas y, con el único propósito de decir alguna cosa, dijo:

—¿Tú también vas a ir a las viviendas?

—He enviado ya a uno de los criados con las cosas, pero creo que la señora Leath podría necesitarme.

—Ella no dijo que fueras —respondió él, preguntándose cómo podría detenerla; pero ella respondió sin vacilar:

—Será mejor que vaya.

Darrow le abrió la puerta, cogió su paraguas y la siguió. Cuando bajaban los escalones, Sophy lo miró.

—Te has olvidado el gabán.

—No voy a necesitarlo.

Ella no llevaba paraguas y Darrow abrió el suyo para protegerla de la lluvia. Sophy lo rechazó con un murmullo de agradecimiento y siguió andando bajo la llovizna, mientras él iba junto a ella con el paraguas abierto sin ofrecérselo.

Rápidamente, y sin decir palabra, atravesaron la explanada y empezaron a caminar por la avenida. Cuando llevaban recorrido un tercio de su longitud total, Darrow dijo de pronto:

—¿No habría sido más justo, cuando hablamos ayer, que me hubieras dicho lo que hoy he sabido por la señora Leath?

—¿Más justo? —dijo Sophy, deteniéndose, con mirada asustada.

—Si yo hubiera sabido que tu futuro ya estaba resuelto me habría ahorrado mis inútiles sugerencias.

Ella siguió andando, más despacio, una yarda o dos.

—Ayer no podía decírtelo. Iba a hacerlo hoy.

—No estoy reprochándote tu falta de confianza. Pero, si me lo hubieras dicho, habría estado más seguro de tus palabras de ayer.

Ella no le preguntó qué quería decir, pero Darrow pudo comprobar que las palabras con las que se había despedido el día anterior seguían tan vivas en su recuerdo como en el suyo propio.

—¿Es tan importante que estés seguro? —preguntó ella por fin.

—Para ti no, naturalmente —respondió él, con brusquedad no deseada.

Parecía increíble, pero era un hecho, que, por el momento, el propósito más inmediato de su conversación se hubiera perdido por culpa del resentimiento que le producía a Darrow contar tan poco en el destino de Sophy. ¿De qué naturaleza eran, pues, sus sentimientos por ella? Unas horas antes, Sophy Viner había ocupado sus pensamientos tan ligeramente como sus sentidos, pero ahora sentía cómo se despertaban sus instintos dormidos...

La lluvia le golpeaba en la cara, y echaba hacia atrás el sombrero de Sophy. Ella se llevó las manos a la cabeza con un gesto que a él le era familiar. Se acercó y la cubrió con el paraguas...

Al llegar a la vivienda, Darrow se quedó fuera mientras Sophy entraba. La lluvia seguía cayendo y la humedad le hacía temblar, de manera que comenzó a dar zapatazos sobre las losas. Le pareció que había pasado un largo rato cuando Sophy reapareció por la puerta. Echó un vistazo al interior de la casa por si veía a Anna y, aunque no pudo verla, la sensación de estar cerca de ella le cambió el ánimo por completo.

Según Sophy, el muchacho mejoraba, pero la señora Leath había decidido quedarse hasta que llegara el cirujano. Cuando se iban, Darrow vio acercarse, a través de la verja, el vetusto carruaje del médico.

—Voy a decirle al muchacho que trae al médico que te lleve —sugirió.

—No, prefiero caminar —contestó Sophy, y él echó a andar también hacia la casa.

Ella no pareció sorprenderse de que Darrow no se quedara en la vivienda ni tampoco de que estuvieran otra vez caminando juntos bajo la lluvia. Por fin había aceptado cobijarse bajo el paraguas, pero guardó las distancias con tal cuidado que ni siquiera el balanceo de sus rápidos pasos propició el contacto entre los brazos de ambos. Al darse cuenta, Darrow notó que hasta la última gota de la sangre de la muchacha se ponía en guardia ante su cercanía.

—Lo que quise decir antes —dijo él— fue que tendrías que haber confiado en mis buenas intenciones.

—¿Confiado para qué? —respondió ella, como queriendo analizar sus palabras.

—Para fiarte de mí mucho más que antes.

—Te dije ayer que no podía contártelo todo.

—Pues, si ahora puedes, ¿me dejas que te diga una cosa?

Sophy hizo una significativa pausa, y cuando volvió a hablar lo hizo con tan poca voz que Darrow tuvo que agachar la cabeza para poder oírla.

—No puedo imaginar qué es lo que tienes que decirme.

—No es fácil decirlo aquí. Y dentro, tampoco sabré dónde decirlo —dijo, mirando a su alrededor—. Entremos un momento en el invernadero.

A la derecha del camino, bajo una masa de árboles, se alzaba un pequeño pabellón de estuco coronado por una balaustrada que descendía hasta un arroyo. Otros escalones conducían a una puerta situada en lo alto. Darrow subió por ellos y, tras abrir la puerta, entró en una pequeña estancia circular de cuyas paredes colgaban trozos de papel pintado con mandarines espectralmente difusos que gesticulaban con brazos muy largos. En el centro, sobre un suelo de losetas rojas, podían verse varias sillas negras o doradas con asientos de paja, así como una mesa coja con un agrietado barniz de laca.

Sophy le había seguido sin decir palabra. Darrow cerró la puerta y ella se quedó paralizada, como esperando que él hablara.

—Ahora podemos hablar con tranquilidad —dijo Darrow, mirándola con una sonrisa en la que intentó reflejar su más franca amistad.

—No me imagino qué es lo que tienes que decirme —repitió ella.

Su voz había perdido el matiz de confianza medio nostálgica con el que había concluido la conversación del día anterior, y ahora lo contemplaba con una especie de pálida hostilidad. El tono ponía de manifiesto la dificultad de la tarea que Darrow debía acometer, aunque eso no alteró su decisión de emprenderla. Se sentó y ella, mecánicamente, siguió su ejemplo. La mesa los separaba, y Sophy descansó los brazos en el borde resquebrajado y colocó la barbilla entre sus manos entrelazadas. Él la miró y ella le devolvió la mirada.

—Y tú, ¿no tienes nada que decirme? —preguntó Darrow, tras una larga pausa.

Con una débil sonrisa, ella levantó, tal como él recordaba, la comisura izquierda de sus estrechos labios.

—¿Sobre mi matrimonio?

—Sobre tu matrimonio.

Ella siguió escudriñándolo con los ojos medio abiertos.

—¿Qué puedo decirte que la señora Leath no te haya dicho ya?

—La señora Leath no me ha contado nada, aparte de los hechos... y su satisfacción por ellos.

—Bien, ¿y no son éstos los dos asuntos esenciales?

—¿Lo son para ti? Yo pensaba...

—No, para ti, quería decir —interrumpió Sophy, con decisión.

Darrow se ruborizó ante esta respuesta, pero se compuso y reanudó la conversación.

—Para mí, lo esencial es, naturalmente, que tú estés haciendo lo que más te convenga.

Sophy guardó silencio, con las pestañas caídas. Por fin, extendió el brazo y cogió un pequeño y deshilachado abanico chino que encontró en la mesa. Giró su mango de marfil dos o tres veces entre sus dedos, gesto que impresionó a Darrow y lo confundió, porque las borrosas líneas pintadas en la delicada seda parecían simbolizar la breve y evanescente aventura que los dos habían vivido.

—¿De verdad crees que mi compromiso con el señor Leath no es lo que más me conviene? —preguntó Sophy al fin.

Darrow, antes de contestar, esperó lo suficiente para poder pronunciar sus palabras de la manera más lacónica... no sin cierta sensación de estar pareciéndose a un cirujano cuando coloca cuidadosamente el bisturí con vistas a una incisión limpia.

—No estoy seguro —replicó— de que sea lo mejor para ninguno de los dos.

Ella encajó el golpe sin inmutarse, aunque un ligero tono rojizo, parecido al reflejo de un rubor, le cubrió el rostro. No dejaba de mirar el abanico.

—¿Desde qué punto de vista hablas?

—Desde el de la mayoría de las personas involucradas.

—Incluido el de Owen, ¿no? Entonces crees que no soy un buen partido para él.

—En primer lugar, desde el tuyo. Creo que él no es un buen partido para ti.

Lo dijo bruscamente, pendiente del rostro de ella. Éste había palidecido en grado sumo; sin embargo, en cuanto Sophy hubo absorbido el sentido de las palabras de Darrow, éste vio cómo una curiosa luz interior surgía a través de sus ojos impasibles. Levantó las cejas lo suficiente para observarlo de forma velada, y una sonrisa descendió de ellas y se posó en sus labios. Durante un instante, el cambio simplemente desconcertó a Darrow; luego, le produjo una aguda aprensión.

—No creo que sea un buen partido para ti —tartamudeó, luchando por rescatar el hilo perdido de su discurso.

Ella contempló vagamente la húmeda y oscura habitación.

—¿Y me has traído aquí para decirme por qué?

Esta pregunta le recordó de nuevo que disponían de escasos minutos, y que si no abordaba el asunto directamente no tendría muchas más oportunidades de hacerlo.

—La razón principal es que creo que es demasiado joven e inexperto para darte todo el apoyo que necesitas.

Al oír estas palabras, el rostro de Sophy volvió a alterarse, hasta quedar congelado en una frialdad trágica. Se quedó mirando al vacío, intentando controlar el temblor de sus músculos; y, cuando lo consiguió, hizo un comentario jocoso con sus labios pálidos:

—Ya sabes que siempre he tenido que darme ese apoyo yo sola.

—Es un muchacho —insistió Darrow—, un muchacho encantador, maravilloso; pero, como todos los de su edad, sin ideas para enfrentarse a los inevitables problemas cotidianos... a las cosas estúpidas y triviales de las que está compuesta la mayor parte de la vida.

—Yo me enfrentaré a todo eso por él —añadió ella.

—Será más difícil de lo normal.

Ella le lanzó una mirada desafiante.

—Debes de tener alguna razón especial para decir eso.

—Simplemente mi clara percepción de los hechos.

—¿A qué hechos te refieres?

Darrow dudó.

—Sabes mejor que yo —respondió por fin— que las cosas no te serán fáciles.

—Al menos la señora Leath sí me lo ha puesto fácil.

—Pero la señora de Chantelle no.

—¿Cómo lo sabes? —le espetó ella.

Darrow volvió a enmudecer, dudando si sería prudente traicionar la confianza que la familia había depositado en él. Entonces, para evitar mencionar a Anna, contestó:

—La señora de Chantelle me llamó ayer.

—¿Te llamó? ¿Para que le hablaras de mí? —El color volvía a cubrir la frente de Sophy y sus ojos brillaban bajo el ceño fruncido—. ¿Y puedes decirme por qué motivo? ¿Qué tienes tú que ver conmigo ni con ninguna cosa relacionada conmigo?

Darrow se dio cuenta de inmediato de que Sophy volvía a abrigar sospechas, y saber que no estaban del todo injustificadas le causó cierta sensación de vergüenza. Ésta, sin embargo, no lo alejó de su propósito.

—Soy un viejo amigo de la señora Leath. No es extraño que la señora de Chantelle quisiera hablar conmigo.

La joven dejó el abanico sobre la mesa y se puso de pie, con la misma expresión de ira y desprecio que en aquella ocasión en París, cuando él confesó no haber echado su carta al correo. Se alejó un paso o dos y luego volvió.

—¿Puedo preguntarte lo que te dijo la señora de Chantelle?

—Indicó con toda claridad que no iba a apoyar la unión.

—¿Y por qué quería dejártelo tan claro a ti?

—Supongo que pensó... —dijo Darrow, dudando.

—... que podría convencerte para que volvieras a la señora Leath en mi contra, ¿no?

Darrow calló, y ella insistió.

—¿Era eso?

—Era eso.

—Pero si no lo haces... si mantienes tu promesa...

—¿Mi promesa?

—De no decir nada, nada en absoluto... —dijo, y sus ojos cansados proyectaron una luz demacrada sobre la pausa.

Al oír estas palabras, Darrow quedó sobrecogido por el carácter abominable de la escena.

—Naturalmente, no voy a decir nada... ya lo sabes —dijo, poniendo su mano sobre la de ella—. Sabes que no lo haré por nada del mundo...

Ella se separó y ocultó el rostro con un sollozo. Luego volvió a sentarse en la silla, extendió los brazos sobre la mesa y ocultó la cara en ellos. Darrow se quedó inmóvil, abrumado por los escrúpulos. Tras una larga pausa, en la que siguió cada segundo la jadeante respiración de Sophy, ésta le miró sin la menor amargura.

—¡No creas que no sé lo que debiste pensar de mí!

Esta exclamación aumentó aún más el desprecio que sentía por sí mismo. «¡Mi pobre niña! —tuvo ganas de decir; lo peor de todo es que nunca volví a pensar en ti».

—Haré todo lo que pueda por ayudarte... —fue lo único que acertó a repetir, sin mucha convicción.

Sophy enmudeció, golpeando el tablero con la mano. Darrow se dio cuenta de que ya no dudaba de él, y esta percepción lo avergonzó aún más, como si la confianza le revelara lo poco que había faltado para no merecerla. Luego ella volvió a hablar.

—¿Piensas, entonces, que no tengo derecho a casarme con él?

—¿Que no tienes derecho? ¡Por Dios! Lo único que creo...

—... es que preferirías que no me casara con ningún amigo tuyo —dijo Sophy deliberadamente, no como pregunta sino como una mera constatación desapasionada.

Darrow, a su vez, se levantó y se dirigió sin mucha decisión a la ventana. Allí contempló el remoto paisaje ocre y difuso por los cristales descoloridos. Luego regresó a la mesa.

—Te diré exactamente lo que pienso. Serás una desgraciada si te casas con un hombre al que no amas.

Sabía que estas palabras corrían el riesgo de ser malentendidas, pero calculó sus probabilidades de éxito exactamente en proporción al peligro. Si ciertos indicios significaban lo que él creía, Darrow siempre podría —a un coste que no se había parado a pensar— hacer que su pasado pagara por su futuro.

La muchacha, al oír sus palabras, levantó la cabeza con gesto de sorpresa. Sus ojos buscaron lentamente el rostro de Darrow y se posaron allí con mirada profundamente inquisitiva. Él sostuvo la mirada por un instante; luego bajó los ojos y esperó.

—Estás equivocado, estás muy equivocado —dijo ella por fin.

—¿Equivocado? —replicó él, tras esperar unos segundos.

—Al creer lo que crees. ¡Soy todo lo feliz que me merezco! —proclamó con una sonrisa. Luego se levantó y se dirigió a la puerta—. Y ahora, ¿estás satisfecho? —preguntó desde el umbral, mirándolo con su expresión más pletórica.

XXI

En aquel momento oyeron, al abrirse la puerta, el automóvil de Owen. Era la misma señal que había interrumpido la primera conversación que habían tenido y de nuevo, instintivamente, se separaron al oírla. Sin decir una palabra, Darrow se dio la vuelta y volvió a entrar en el pabellón mientras Sophy Viner bajaba los escalones y regresaba sola a la casa atravesando la explanada.

Durante el almuerzo, la presencia del cirujano y la ausencia de la señora de Chantelle —que se había excusado alegando dolor de cabeza— contribuyeron a alterar el centro de gravedad de las conversaciones. Darrow, seguro tras el parapeto de una charla informal y necesariamente impersonal, tuvo tiempo de recomponer su disfraz y de percibir que los demás estaban ocupados en lo mismo. Era la primera vez que veía al joven Leath y a Sophy Viner juntos desde que se enteró de su compromiso, aunque ninguno de los dos dejaba entrever más emoción de la que correspondía a las circunstancias. Era evidente que Owen se había doblado a los encantos de la muchacha y que, a la menor insinuación de ella, su felicidad se habría desbordado; pero las reticencias de Sophy estaban más que justificadas por la conocida desaprobación de la señora de Chantelle. Algo que también Anna tenía en cuenta visiblemente cuando se dirigía a la muchacha, pues su trato, aunque no fuera menos amable que de costumbre, a la fuerza no podía ser el mismo que si las cosas se hubiesen arreglado de modo definitivo. Así fue como Darrow interpretó la evidente tensión que reinaba por debajo del fluido intercambio de lugares comunes en el que él mismo participó de forma activa. Sin embargo, cada vez era más consciente de su incapacidad para detectar la atmósfera moral que le rodeaba: en este sentido, era como un hombre que toma la temperatura a otro simplemente tocándolo.

Después del almuerzo, Anna, que iba a llevar al cirujano a su casa en el automóvil, propuso a Darrow que los acompañara. Effie se unió también al grupo; y Darrow dedujo que Anna deseaba darle a su hijastro una oportunidad para estar a solas con su prometida. A la vuelta, ya sin el cirujano, la pequeña se sentó entre Darrow y su madre, lo que impidió que la charla adquiriera un

carácter más íntimo. Darrow sabía que la señora Leath todavía no le había contado a Effie la relación que iba a tener con ella en el futuro. El prematuro anuncio de los planes de Owen había postergado los de ellos, y, ante la pequeña, los dos seguían tratándose como en una simple amistad informal.

Durante el trayecto, el cielo se había aclarado bastante, y para prolongar la excursión decidieron visitar las ruinas cubiertas de hiedra donde habían pensado celebrar el malogrado *picnic*. Este rodeo los llevó a alargar la vuelta hasta poco antes de la puesta de sol y, como Anna deseaba pasarse por las viviendas para ver cómo seguía el muchacho herido, Darrow se apeó en la puerta de entrada y fue andando solo a la casa. Tuvo la impresión de que Anna se sorprendía ligeramente de que no la esperara; pero su inquietud interior se había plasmado en un deseo intenso de ejercicio físico. En realidad, le habría gustado andar hasta caer extenuado, vagar durante horas expuesto a vientos húmedos y a la reconfortante oscuridad hasta llegar tambaleándose de fatiga y de sueño. Pero no tenía ningún pretexto para huir durante tanto tiempo y, además, temía que en aquellas circunstancias una ausencia prolongada pudiera desconcertar a Anna.

Cuando se aproximaba a la casa, saber que ella estaba cerca produjo un súbito cambio en su estado de ánimo. Fue como si una percepción más intensa de su presencia dispersara las dudas como nieblas matutinas. En aquel momento Darrow sabía que estaba seguro y protegido en los pensamientos de Anna, dondequiera que estuviese, y esta seguridad reducía todos los demás hechos a sombras. Él y ella se amaban, y su amor los cubría como un arco, ancho y abierto como el día: todos sus espacios estaban iluminados, y en ellos no había el menor resquicio para que se colara ningún temor. En pocos minutos, los dos se verían y podría leer en los ojos de ella la confirmación de todos sus pensamientos. Y luego, después de cenar, Anna se las arreglaría para que dispusiesen de una hora a solas en su salita. Él se sentaría junto al fuego, contemplaría los tranquilos movimientos de ella y cómo el brillo azulado de su pelo se tornaba ligeramente violáceo cuando se agachaba sobre la chimenea.

Un carruaje salía de la explanada cuando él entró y, una vez en el vestíbulo, su imagen quedó disipada por la presencia superiormente sustancial de una dama vestida con un gabán impermeable y un sombrero de *tweed*, plantada firmemente en medio de un montón de maletas sobre cuyo destino estaba dando instrucciones enrevesadas, aunque lúcidas, al criado que la acababa de recibir. Prosiguió con las instrucciones a pesar de la llegada de Darrow, a quien apenas miró con sus pequeños ojos pálidos mientras iba

consignando, en un fluido francés pronunciado con la mejor entonación de Boston, adónde debían ir a parar aquellos bultos. Esto permitió a Darrow devolverle una mirada lo bastante prolongada para observar todos los detalles de su sobrio y duro físico, desde el pelo encanecido y la cara cuadrada y huesuda a los grandes pies que se adivinaban en las botas que sobresalían por debajo de su amplia falda de viaje.

Ella se sometió a este examen sin manifestar mayor sorpresa que la de un monumento contemplado por un turista. No obstante, en cuanto el destino del equipaje quedó definitivamente fijado, se volvió de pronto hacia Darrow y lo miró de la cabeza a los pies.

—¿Qué tipo de botas lleva puestas? —preguntó con voz mordaz, pero antes de que él pudiera discernir con claridad la naturaleza de la pregunta siguió hablando con indignación contenida—. Hasta que los norteamericanos se acostumbran al hecho de que en Francia llueve la mitad del año arriesgan sus vidas por no protegerse debidamente. Supongo que ha estado caminando por ese lodo asqueroso igual que si estuviese dando un paseo por el Boston Common.

Darrow, con una sonrisa, confirmó sus experiencias anteriores con el tiempo húmedo francés y explicó cómo se protegía de él, pero la dama, tras un bufido despectivo, lo interrumpió.

—Ustedes, los jóvenes, son todos iguales —dijo, para después continuar con otra mirada desafiante—. Supongo que usted debe de ser George Darrow. Yo conocí a un primo de su madre que se casó con un Tunstall de la calle Mount Vernon. Yo soy Adelaide Painter. ¿Hace mucho que estuvo en Boston por última vez? ¿Sí? Lo lamento. Me han dicho que han construido unas cuantas casas nuevas al otro extremo de la avenida Commonwealth y esperaba que pudiese confirmármelo. Hace más de treinta años que no voy por allí.

La llegada de la señorita Painter a Givré produjo el mismo efecto en la casa que la llegada de viento del norte tras unos días de tiempo lánguido. Cuando Darrow se unió a los demás en la mesa del té, ella ya había aportado cierto barullo al ambiente. La señora de Chantelle permanecía invisible en sus habitaciones, pero Darrow tuvo la sensación de que incluso a través de las cortinas echadas y las puertas cerradas debía de notarse un estimulante olorillo.

Anna ocupaba su lugar habitual, tras el carrito del té, y Sophy entró acompañada de su pupila. Owen también estaba allí, como siempre un poco apartado de los demás, siguiendo los ostentosos movimientos de la señorita

Painter así como sus sustanciales palabras con una sonrisa inteligente, lo cual hizo pensar a Darrow que quizá hubiera ya entablado negociaciones clandestinas con el enemigo. También observó que la muchacha y su pretendiente claramente evitaban encontrarse, aunque eso podía ser producto natural de la tensión que la señorita Painter estaba destinada a aliviar. Y aunque Sophy Viner, con toda seguridad, no estaba dispuesta a permitir que se reconociera abiertamente su situación más allá de lo que consentía la señora de Chantelle, la señorita Painter había proclamado su conocimiento tácito del asunto al invitarla a sentarse junto a ella.

Mientras, Darrow continuó observando a la recién llegada, que seguía clavada en su sillón como una estatua de granito al borde de un acantilado. Se daba cuenta de que, si se hubiera encontrado en un estado mental más tranquilo, le habría resultado muy interesante estudiar y clasificar a la señorita Painter. No es que dijera nada especial ni transmitiera sensaciones no verbales que dotan de significado a las frases más vulgares. Se quejaba de la lentitud de su tren, hablaba de una crisis inminente en la política internacional, de los problemas para encontrar té inglés en París, y de las barbaridades que podían llegar a cometer los empleados de servicio franceses. El monótono énfasis con que iba enunciando todas estas opiniones delataba su total falta de conciencia de las posibles diferencias de interés e importancia que existían entre ellas. Siempre que hablaba de los franceses utilizaba el distante epíteto «esa gente», aunque de sus palabras podía deducirse que conocía íntimamente a algunos y que tenía un conocimiento enciclopédico de los hábitos domésticos, las dificultades económicas y las complicaciones privadas de algunas personas importantes de la buena sociedad. Con todo, y puesto que no se percataba de lo incongruente de su actitud, estaba claro que no pretendía hacer ostentación de su conocimiento de personas famosas, ni prácticamente de ninguna otra cosa. Era evidente que las aristócratas a las que llamaba Mimi, Simone u Odette eran también para ella «esa gente», al igual que la *bonne* que le sisaba el té y despegaba con vapor los sellos de sus cartas («cuando, por algún motivo muy especial, no las echo yo en persona al correo»). Su actitud general era aceptar hasta cierto punto las cosas tal como eran, aunque no de buen grado, como si fuera una maravillosa máquina automática que registraba hechos pero que aún no era capaz de discriminarlos o clasificarlos.

Todo esto, pensaba Darrow, no justificaba la influencia que obviamente ejercía sobre las personas que conocía. Preguntarse, mientras escuchaba y observaba, dónde radicaba aquel misterio llegó hasta a aliviar su tensión. Tal

vez, después de todo, se encontraba precisamente en la absoluta insensibilidad de la señorita Painter, una insensibilidad tan desprovista de egoísmo que carecía de aristas u oquedades y que más bien gozaba de la frescura de una mentalidad simple. Después de vivir, como él y todos habían vivido los últimos días, en un ambiente trémulo de ecos e insinuaciones, resultaba un alivio y hasta un tónico adentrarse en el vasto y simple mundo mental de la señorita Painter, tan vacuo a pesar de todo lo que en él se acumulaba y tan falto de ecos a pesar de su vacuidad.

Sus esperanzas de conversar con Anna antes de cenar se truncaron cuando se puso de pie para llevar a la señorita Painter a las habitaciones de la señora de Chantelle; Darrow se dirigió a su dormitorio mientras Owen y la señorita Viner trataban de armar un rompecabezas para Effie.

La señora de Chantelle —debido quizá a la influencia de su amiga— apareció a la hora de la cena, más bien pálida, con la nariz roja y lanzando tiernas miradas de reproche a su nieto, que las aguantó con impávida serenidad. Hubo menos tensión porque, como era habitual, la señorita Viner se había quedado acompañando a su pupila en las habitaciones de ésta.

Darrow supuso que la verdadera batalla tendría lugar al día siguiente; y, para dejar el campo abierto a los contrincantes, salió muy temprano a dar un solitario paseo. Cuando volvió, era casi la hora de almorzar, y Anna estaba saliendo de la casa. Llevaba puestos el sombrero y la chaqueta y, al parecer, iba a buscarlo porque se dirigió a él de inmediato.

—La señora de Chantelle quiere que subas a verla.

—¿A verla? ¿Ahora?

—Ése es el recado que me ha dado. Por lo visto, confía en que puedas hacer algo por ella —dijo con una sonrisa—. ¡Sea lo que sea, terminemos con esto!

Darrow, cuya aprensión aumentó considerablemente, se preguntó por qué en vez de dar un paseo no se había subido al primer tren y se había quitado de en medio hasta que se resolviesen los asuntos de Owen.

—Pero, por todos los santos... ¿y qué puedo hacer yo? —protestó, mientras entraba con Anna en el vestíbulo.

—No lo sé. Pero como parece que Owen confía también en ti...

—¿Owen? ¿Va a estar presente?

—No. Y recuerda que le dije que podía contar contigo.

—Pero si ya le he dicho a tu suegra todo lo que sé...

—Entonces repíteselo.

Esta respuesta no pareció satisfacerlo tanto como a ella, así que de nuevo sintió deseos de huir.

—¡No hay ningún motivo para que me comprometa en este asunto!

—¿Ni siquiera el hecho de que yo lo esté? —le dijo Anna, con una mirada de reproche que sólo contribuyó a agudizar su resistencia.

—¿Y por qué estás tan comprometida?

La pregunta la hizo detenerse. Anna miró a su alrededor, como asegurándose de que estaban solos en el vestíbulo, y luego contestó en voz baja.

—¡No lo sé! —confesó de pronto—. Porque, por algún motivo, si ellos no son felices me parece que nosotros tampoco lo seremos...

—En fin... —dijo Darrow en el tono condescendiente del hombre que por fuerza ha de ceder ante tan irresistible irracionalidad. Después de todo, escapar era imposible, así que se dejó conducir hasta la puerta de la señora de Chantelle.

Allí, entre las curiosidades y la pasamanería, encontró a la señorita Painter sentada en un descomunal sillón color morado con el aire incongruente de un jinete a horcajadas sobre una dura montura. La señora de Chantelle, sentada enfrente, aún estaba algo pálida y desencajada a pesar de su elaborado peinado, y sujetaba con una mano el pañuelo símbolo de su malestar. Cuando Darrow entró, le saludó con una palabra de bienvenida a la que en seguida añadió:

—Señor Darrow, no puedo dejar de pensar que, en el fondo, usted está conmigo.

A Darrow no le fue difícil resistir un desafío tan evidente, así que volvió a mencionar su incapacidad para emitir una opinión en uno u otro sentido.

—Pero Anna dice que sí la tiene, y que coincide con la de ella.

Ante esta ligera brecha abierta en su escrupulosa ecuanimidad, Darrow no pudo por menos que sonreír. Cualquier muestra de contradicción femenina en Anna parecía atestiguar una entrega más profunda a las pasiones más contradictorias. Era cierto que había prometido ayudarla, pero antes de saber lo que prometía.

—Si puedo decir algo, me gustaría que fuera en apoyo de la señorita Viner —dijo como respuesta a la apelación de la señora de Chantelle.

—Es lo que le gustaría, muy bien. Pero ¿podría razonarlo?

—En lo que respecta a los hechos, no puedo decir nada en su favor o en su contra. Ya he dicho que no sé nada de ella, excepto que resulta encantadora.

—¡Como si eso no fuera suficiente, como si no fuera lo único importante! —intervino la señorita Painter en tono impaciente, dirigiéndose al parecer a Darrow, aunque sus pequeños ojos estaban clavados en su amiga—. Por lo visto, a la señora de Chantelle le gustaría que las jóvenes norteamericanas dispusieran de un expediente, un informe policial o como quiera que se llame eso que les abren aquí a esas horribles mujeres de la calle. En nuestro país, basta con que una chica sea pura y agradable: nadie le pide inmediatamente que enseñe su agenda y su cuenta bancaria.

La señora de Chantelle miró con asombro a su férrea monitora.

—¿Es que ni siquiera te parece bien que pregunte si tiene familia?

—No, ni que la juzgues mal si no la tiene. Con tus ideas, que sea huérfana será toda una ventaja. Así no tendrás que invitar a sus padres a Givré.

—¡Adelaide, por favor! —protestó la señora de Chantelle.

—Lucretia Mary —respondió su amiga, y Darrow disfrutó por un instante al oír un nombre tan singularmente absurdo—, ya sabes que has llamado al señor Darrow para que rebata mis opiniones, así que ¿cómo va a hacerlo hasta que sepa lo que pienso?

—¿Crees que es así de sencillo permitir que Owen se case con una muchacha de la que no sabemos nada?

—No, pero tampoco creo que sea así de sencillo impedírselo.

La agudeza de la respuesta aumentó el interés de Darrow por la señorita Painter. Hasta entonces, no le había parecido una persona demasiado perspicaz, pero ahora estaba seguro de que su mirada incisiva podía llegar hasta el meollo de cualquier problema práctico.

La señora de Chantelle exhaló un suspiro que parecía admitir la dificultad del asunto.

—No puedo decir nada en contra de la señorita Viner, pero ha rodado tanto, como suele decirse, que en algún momento podría haberse mezclado con personas indeseables. Ojalá Owen se diera cuenta de eso, si alguien estuviera en condiciones de aportar hechos concretos, quiero decir. Por ejemplo, dice que tiene una hermana, pero al parecer ni siquiera sabe su dirección.

—Quizá es que no quiera dártela. Quizá la hermana sea una de las indeseables. Estoy segura de que, con el tiempo, llegarías a encontrar docenas: haz que la investiguen, como dicen las novelas policíacas. No creo que con eso asustaras a Owen, aunque quizá lo consiguieras: es natural que esté corrompido con todas esas ideas extranjeras. Incluso podrías lograr que se apartara de la muchacha, pero no que dejara de amarla. Me di cuenta

cuando los vi anoche. Entonces me dije: «Es una historia norteamericana de esas tan pasadas de moda, tan dulce y tierna como el pan casero». Bien, pues si le arrebatas ese pan, ¿con qué lo vas a alimentar? ¿A cuál de tus venenos parisinos se acostumbrará? Supón que consigues que no se meta en ningún lío. Conociendo al joven como lo conozco, me parece que, tras una crisis así, la única manera sería casarlo con otra mujer. ¿Y a quién escogerías? ¿A una de tus dulces *ingénues* francesas? ¿Una de esas cabezas de chorlito que tienen el encanto de un huevo pasado por agua? Quizá podrías convencerlo para que se casara con una de éstas, pero, si conozco bien a Owen, algo muy natural habría pasado antes de que destetaran al primer bebé.

—No sé por qué dices cosas tan desagradables de Owen.

—¿Te parecería desagradable que volviera a su verdadero amor después de haberse visto forzado a separarse de ella? Además, eso es lo que hacen todas tus amigas francesas, con la diferencia de que ni siquiera tienen la oportunidad de volver a un antiguo amor. Pero Owen sí lo haría, estoy segura.

La señora de Chantelle la miró con una mezcla de asombro y diversión.

—¿Te das cuenta, Adelaide, de que al sugerir lo que estás sugiriendo estás insinuando cosas terribles sobre la señorita Viner?

—¿Por qué? ¿Por haber dicho que si separas a dos jóvenes que están deseando ser felices de manera legal lo normal es que vuelvan a juntarse de manera ilegal? Lo que sí estoy insinuando son cosas terribles sobre ti, Lucretia Mary, por atreverte a asumir una responsabilidad tan grande ante tu Creador. Una pecadora miserable como tú debería hablar cara a cara con él y dejar de enviarle simples mensajes.

Darrow esperaba que este ataque a las creencias de la señora de Chantelle desataría en ella una explosión de indignación santurrón pero, ante su asombro, se limitó a murmurar:

—¡No sé lo que el señor Darrow va a pensar de ti!

—El señor Darrow probablemente conoce la Biblia tan bien como yo —respondió la señorita Painter, y, sin la más mínima alteración en su tono de voz ni en su modo de expresarse, añadió—: Supongo que te has enterado de que el marido de Gisèle de Folembay la acusa de haberse conchabado con el duque de Arcachon para vender perlas de imitación a la señora Homer Pond, la señora de Chicago que es la prometida del duque. Según parece, un joyero ha dicho que Gisèle engañó a la señora Pond y que se embolsó un veinticinco por ciento que, naturalmente, le pasó a Arcachon. La pobre duquesa madre está pasándolo muy mal, temiendo que su hijo pierda a la señora Pond.

Cuando me acuerdo de que Gisèle es nieta de Bradford Wagstaff, ¡cuánto me satisface que él esté sano y salvo en Mount Auburn^[11]!

XXII

Hasta última hora de la tarde, Darrow no pudo aspirar a su aplazada cita con Anna. Cuando por fin la encontró sola en su salita, experimentó una liberación tan grande que no buscó una forma de justificarla lógicamente. Lo único que sabía era que el destino de todos ellos estaba en manos de la señorita Painter y que, puesto que era inútil resistir, lo mejor era saborear las delicias de la rendición.

La misma Anna parecía contenta, y por razones más explicables. Había asistido a un nuevo debate entre la señora de Chantelle y su confidente, y llegado a la conclusión de que las huestes de la señorita Painter iban a lograr una victoria completa.

—No sé cómo lo hace, a menos que sea el peso muerto de sus convicciones. Detesta tanto a los franceses que apoyaría a Owen incluso si no supiera nada, o supiera demasiado, de la señorita Viner. De algún modo, cree que el enlace es como un revulsivo para la corrupción moral europea. Ya le dije a Owen que ésa era su mejor baza, y la ha sabido aprovechar.

—¡Qué buena estratega eres! Haces que me sienta como un aprendiz de diplomático —sonrió Darrow, abandonándose a una peligrosa sensación de bienestar.

—Me temo que, aparte de lo que concierne a mi propia felicidad, nada más merece ningún esfuerzo diplomático —contestó ella, devolviéndole la sonrisa.

—Por eso pretendo renunciar a ejercer más servicios para mi país —añadió él y luego soltó una carcajada de felicidad.

La sensación de que tanto la resistencia como el miedo habían sido en vano le estaba produciendo el mismo efecto que el vino. Había hecho todo lo posible por desviar el curso de los acontecimientos: ahora lo único que cabía era retirarse a un lugar seguro. Bajo este fatalismo yacía algo profundamente reconfortante: después de todo, no había dicho ni hecho nada que perjudicase en lo más mínimo el futuro bienestar de Sophy Viner. Esta convicción liberaba sus hombros de un enorme peso.

Mientras tanto, se entregó una vez más al placer de estar junto a Anna. Llevaban dos largos días sin estar solos, y tenía la sensación de haber olvidado, o al menos infravalorado, el poder de su atracción. Una vez más, sus ojos y su sonrisa parecían abarcar el mundo entero. La luz que desprendía siempre iría con él, igual que el atardecer se desplaza ante un barco en alta mar.

Al día siguiente, su sentimiento de seguridad se incrementó todavía más gracias a un episodio decisivo. Pronto toda la casa supo que la señora de Chantelle se había rendido ante la firme opinión de la señorita Painter, y que se había «mandado llamar» a Sophy Viner al salón de satén morado.

Durante el almuerzo, el rostro radiante de Owen proclamaba el feliz desenlace, y a Darrow le pareció discreto salir solo a la terraza a fumarse un puro cuando el grupo se retiró al salón de roble para tomar café. El final de la historia de Owen ponía de nuevo sus propios planes en primer término. Anna había prometido discutir fechas y otros detalles tan pronto como la señora de Chantelle y su nieto se reconciliaran, y Darrow estaba impaciente por tratar estos asuntos, pues era esencial que los preparativos de boda se hicieran en el menor tiempo posible. Sabía que Anna ya no iba a buscar más pretextos para retrasarla, de modo que paseó feliz bajo el sol, seguro de que saldría en seguida y se lo confirmaría todo una vez que su presencia en la reunión familiar no fuese necesaria.

Sin embargo, cuando por fin salió, sus primeras palabras fueron para los jóvenes amantes.

—Quiero agradecerte todo lo que has hecho por Owen —le dijo, con una feliz sonrisa.

—¿Quién, yo? —rió él—. ¿No me estarás confundiendo con la señorita Painter?

—Quizá debería decir lo que has hecho por mí —corrigió ella—. Nos has ayudado todavía más que Adelaide.

—Pero mi querida niña... ¿qué diablos he hecho yo?

—Has logrado ocultar ante la señora de Chantelle que, en realidad, la pobre Sophy no es de tu agrado.

Darrow sintió cómo sus mejillas empalidecían.

—¿Que no es de mi agrado? ¿Quién te ha metido esa idea en la cabeza?

—Bueno, es algo más que una idea. Es una sensación. Pero, bueno, ¿y qué más da, después de todo? La conociste en un ambiente tan diferente que es normal que tengas tus dudas. Pero cuando la conozcas mejor estoy segura de que sentirás por ella lo mismo que yo.

—Va a ser difícil que no sienta lo mismo que tú por todas las cosas.

—Bien, en ese caso, ¡empieza por mi nuera!

—De acuerdo. Pero sólo si accedes a sentir lo mismo que yo en lo que se refiere a nuestra imperiosa necesidad de contraer matrimonio —contestó él, en el mismo tono de broma.

—También quiero hablarte de eso. ¡No sabes qué alivio siento! Si Sophy se queda aquí permanentemente, ya no me importará tanto dejar a Effie. He conocido a muchas institutrices competentes, pero nunca a nadie tan alegre, amable y humana. Aunque las has visto juntas pocas veces, seguramente has notado que Effie confía mucho en ella. Y eso, como tú sabes, es lo que quiero. Ya llegará la señora de Chantelle con sus prohibiciones —dijo, poniéndole las manos en un brazo—. Sí. Ahora estoy dispuesta a irme contigo. Pero primero quiero que me acompañes a ver a Effie. Ella no sabe nada de lo que ocurre, y quiero que sea la primera en saber quién vas a ser tú.

Effie, a quien buscaron por toda la casa, se encontraba en su pequeña aula, y allí se dirigieron Darrow y Anna. Nunca la había visto tan feliz, y él mismo se había contagiado. No hacía más que repetirse: «Todo ha terminado; todo ha terminado», como si una monstruosa alucinación nocturna se hubiera disipado al clarear el día.

Cuando se acercaban al aula, oyeron una mezcla de ladridos y risotadas.

—Le está dando de cenar —murmuró Anna, cogida de la mano de Darrow.

—¡No olvides al pececito! —oyeron que decía otra voz.

Darrow se detuvo en el umbral de la puerta.

—¡Es mejor que no lo hagamos ahora!

—¿Que no? ¿Por qué?

—Quizá sea mejor que tú se lo digas primero. Os esperaré a las dos en el piso de abajo.

En ese momento notó cómo ella lo miraba fijamente.

—Como quieras. En seguida bajaré con ella.

Anna abrió la puerta y, al entrar, Darrow la oyó decir:

—¡No, Sophy, no te vayas! Quedaos las dos.

Durante el resto del día, Darrow pasó por una sucesión de escenas vacías y agitadas. De camino a Givré, antes de conocer a Effie Leath, se había imaginado, quizá con excesivo sentimiento, lo feliz que sería el momento en que la cogiera en los brazos y recibiera su primer beso filial. Todas las cosas que anhelaba de modo egoísta —descanso, estabilidad, una edad madura cómodamente organizada, todos los instintos caseros del hombre que ya ha

corrido y cortejado demasiado— se sumaban para dotar de encanto a la niña que podría, y debería, haber sido suya. Effie llegaba hasta él en la estela de la nube gloriosa de su primer romance, devolviéndole las horas mágicas que tanto había extrañado y lamentado. ¡Y qué diferente había sido la realización de aquel sueño! Lo único que había esperado y fantaseado era una cálida bienvenida de la niña y la aceptación sin reservas de la nueva figura que se incorporaba al grupo familiar. Si mamá estaba encantada, y Owen y la abuelita también, qué bonito y agradable iba a ser para todos, parecía expresar la sonrisa de la niña. Pero entonces, de pronto, los pequeños dedos rosáceos que había besado se posaron en la única línea que quedaba para cerrar completamente el círculo, aquella que había que trazar antes de que Effie pudiese, con toda seguridad, admitir al recién llegado y tratarlo al mismo nivel que a los demás dioses de su Olimpo.

—¿Y Sophy también está encantada con la idea? —había preguntado, alejándose del cuello de Darrow para estirar la cabeza y abarcar a su madre en su mirada inquisitiva.

—¿Por qué lo preguntas, querida? ¿No viste que sí? —había exclamado Anna, señalando al grupo con ojos radiantes.

—La verdad es que me gustaría preguntarle —respondió la niña, tras un instante de tímida reflexión; y, cuando Darrow la puso en el suelo, su madre la animó:

—¡Ve, hija, ve! ¡Corre y dile que esperamos que ella también esté encantada!

A esta escena sucedieron otras menos dolorosas pero igualmente arduas. Darrow maldijo su suerte por tener que aguantar, en esos momentos, el acoso de un grupo de observadores interesados. Estar «prometido» ya es un estado bastante problemático para cualquier hombre, incluso para el que sólo se expone a los demás de modo esporádico, pero resulta intolerable cuando se está sometido al análisis riguroso de un pequeño círculo deseoso de intervenir. Darrow también se percató de que, si bien el caso de la otra pareja debería haber ensombrecido el suyo, precisamente habían sido ellos quienes habían aprovechado su notoriedad para pasar más inadvertidos. Y aunque la señora de Chantelle había autorizado el matrimonio de Owen e incluso había aceptado oficialmente a Sophy con unas palabras de bienvenida, no tuvo ningún reparo en demostrar, al saludar a Darrow, cuán distintas y sutiles podían ser sus atenciones con unos y con otros. La señorita Painter, que había logrado sacar a Owen de su atolladero, también tenía ya el campo libre para

dedicar su atención al nuevo candidato a sus simpatías; y Darrow y Anna se encontraron inmersos en un cálido baño de curiosidad sentimental.

Era reconfortante saber que forzosamente tendría que dar por concluida su visita en cuarenta y ocho horas. Al partir de Londres, su embajador le había concedido diez días de permiso y, puesto que su destino había sido decidido y anunciado en público, no había motivo alguno para alargar dicho plazo; su obligación era regresar a su puesto habitual hasta el momento de incorporarse a sus nuevas obligaciones. Por consiguiente, Anna y él decidieron contraer matrimonio en París uno o dos días antes de la salida del vapor que los llevaría a Sudamérica. Con tal fin, Anna, unos días después de que él regresara a Inglaterra, viajaría a París para comenzar todos los preparativos.

Para conmemorar el doble compromiso, Effie y la señorita Viner iban a cenar con ellos aquella noche. Al salir de su habitación, Darrow se encontró con la niña bajando a saltos la escalera, con sus volantes blancos y sus lazos color coral, que le daban la apariencia de una margarita con la cabellera rubia en el centro. Sophy Viner caminaba tras su pupila y Darrow, al verla, notó un cambio en su aspecto y se preguntó por qué parecía de pronto más joven, más real y más cercana al pequeño espíritu luminoso que recordaba de sus días de París. Luego pensó que era la primera vez que bajaba a cenar desde que él llegó a Givré, y la primera ocasión, por tanto, en que la veía con traje de noche. Era un vestido negro bastante sencillo, que transparentaba los brazos y los hombros, y seguramente no lo habría recordado si ella no le hubiera asegurado en París que no disponía de otro. El primer pensamiento, medio irónico, que se le ocurrió fue: «¿El mismo vestido? ¡Eso demuestra que se ha olvidado!». Pero luego, con cierta congoja, se dijo que quizá se lo había vuelto a poner por la misma razón que entonces: simplemente porque no tenía otro.

La observó en silencio y durante un instante, por encima de la abultada cabeza de Effie, ella le devolvió la mirada con ojos brillantes y abiertos.

—¡Allí está Owen! —gritó Effie, y echó a correr por la galería hasta alcanzar la puerta por donde entraba su hermanastro. Cuando éste se agachó para cogerla en brazos, Sophy Viner se volvió de pronto a Darrow.

—¿Tú también? —dijo, tras una rápida risita—. No lo sabía... —Y mientras Owen se dirigía hacia ellos, murmuró una frase que quizá iba dirigida a Darrow—. ¡Os deseo toda la suerte que no nos haga falta a nosotros!

En torno a la mesa, que Effie, con la ayuda de la señorita Viner, había adornado de forma vistosa, el pequeño grupo parecía entregado a una

celebración algo cohibida. A pesar de las flores, el champán, y el esfuerzo unánime en pos de una atmósfera cómoda, se produjeron numerosos silencios e instantes en los que hubo que buscar nerviosamente nuevos temas para conversar. Sólo la señorita Painter pareció no sólo inmune a la general perturbación, sino tan impermeable a ella como un buzo en su campana. La inquieta atención de Darrow no dejó de notar que incluso los gozosos estallidos de Owen eran incapaces de ocultar una sensación íntima de inseguridad. No obstante, cuando después de la cena se sentó al piano, entró en un estado de extravagante hilaridad e inundó el salón con las olas y espumas de su música.

Darrow, hundido en una esquina del sofá al abrigo de la mole granítica de la señorita Painter, fumaba y escuchaba en silencio, desplazando los ojos de una a otra figura. La señora de Chantelle, sentada en su sillón junto al fuego, sostenía a su nietecita con el gesto de una Níobe^[12] de salón, mientras que Anna, sentada cerca de ellas dos, se hallaba sumida en aquella actitud de intensa tranquilidad que, para Darrow, era la que mejor expresaba sus cualidades más íntimas. Sophy Viner, tras moverse con aire vacilante de un lado a otro del salón, se sentó por fin detrás de la señora Leath, en una silla situada junto al piano, y desde allí, con la cabeza echada hacia atrás, no dejaba de mirar al pianista con el mismo gesto de arrobamiento con que había seguido a los actores del Français. El hecho accidental de adoptar la misma actitud y de llevar el mismo vestido inspiró a Darrow una extraña sensación de doble conciencia. Para escapar de ella, su mirada se posó en Anna; pero desde su sitio no podía mirarla sin dejar de ver a la otra, lo que acentuó la inquietante dualidad de la impresión. De repente, los acordes de la música de Owen llegaron a su fin y el pianista se puso en pie de un salto.

—¿Para qué tocar, si la luna nos está hablando a todos?

Tras los cristales de la ventana, un orbe dorado colgaba del cielo como una fruta madura.

—¡Sí, salgamos a oírla! —respondió Anna. Owen abrió la ventana y un trozo de cielo densamente estrellado pareció colarse en el salón como una cortina impulsada por el viento. El aire que entraba era gélido, y Anna rogó a Effie que fuera al vestíbulo a buscar una prenda de abrigo.

—Tú también deberías ponerte algo —dijo Darrow, dirigiéndose hacia la puerta.

—Nosotras traeremos prendas para todos —intervino Sophy, y echó a correr tras su pupila.

Owen también las siguió y, tras unos instantes, los tres reaparecieron y el grupo salió a la terraza. El azul intenso de aquella noche no estaba difuminado por la niebla; la luz de la luna marcaba las copas de los árboles con un festón plateado y blanqueaba con una innatural blancura las estatuas recortadas contra la oscuridad.

Darrow y Anna, y Effie entre los dos, caminaron hasta el extremo más lejano. Más allá, entre los límites del parque, el césped se elevaba ligeramente hasta alcanzar los campos situados por encima del río. Durante unos minutos, los tres guardaron silencio, sosegados por la trémula belleza del cielo. Cuando regresaban, Darrow vio cómo Owen y Sophy Viner, que habían descendido por la escalinata hacia el jardín, también iban hacia la casa. Sophy se detuvo en un claro de luna, entre las sombras de los tejos, y Darrow observó que se había echado sobre los hombros un largo echarpe de color claro que de pronto le recordó su aspecto al entrar en el restaurante la primera vez que cenaron en París. Un instante después, todos se habían reunido en la terraza y, cuando volvieron a entrar en el salón, las dos damas más ancianas ya se habían retirado a descansar.

Effie, envalentonada por los privilegios de aquella noche, no dejaba de reclamar a Owen que jugasen a las prendas o a cualquier otro juego a modo de insensato clímax; pero Sophy, cumpliendo con sus deberes profesionales, tocó retirada. Imitando a su pupila, también deseó buenas noches a todo el mundo. Cuando ofreció su mano a Anna, ésta le extendió los brazos.

—Buenas noches, querida mía —dijo impulsivamente, y la besó en la mejilla.

Libro cuarto

XXIII

El día siguiente era el último que Darrow pasaría en Givré, por lo que, previendo que tendría que dedicar la tarde y la noche a la familia, rogó a Anna que por la mañana temprano fijasen definitivamente sus planes. Iban a verse en el salón marrón a las diez para bajar luego paseando hasta el río y discutir el futuro en el pequeño pabellón contiguo al muro del parque.

Había pasado una semana desde su llegada a Givré y Anna deseaba regresar, antes de que se marchara, al lugar donde se habían sentado la primera tarde que pasaron juntos. Su sensibilidad a las cosas inanimadas, al color y la textura de todo aquello que se imbricaba en la sustancia de sus emociones, la impulsaba a querer oír la voz de Darrow y sentir sus ojos fijos en ella en el lugar exacto donde la felicidad había manado por primera vez de su corazón.

Esa felicidad, en aquellos días, había llegado a calar cada pliegue de su ser. Se había transformado muy pronto de tímida ternura en entrega íntima y tumultuosa, y había ido creciendo y adquiriendo hondura, paulatinamente, hasta fluir en un torrente de intensificada belleza. Ahora creía saber cómo y por qué amaba a Darrow, y podía ver todo su firmamento reflejado en la profunda y mansa corriente de su amor.

Al siguiente día, por la mañana temprano, se encontraba leyendo las cartas que Effie tenía el privilegio de traerle a diario. Mientras, su hijita daba vueltas inquisitivamente por toda la habitación, donde siempre había algo que despertaba su curiosidad infantil. De pronto, Anna reparó en que contemplaba con gran atención una fotografía de Darrow que ella misma había colocado, el día antes, sobre su escritorio.

—Te gusta, ¿verdad, querida? —dijo Anna, extendiendo los brazos y sonrojándose ligeramente.

—Mucho, mamá —contestó Effie, que se despegó de sus brazos y la miró con ojos límpidos—. Y también le gusta a Abuelita, a Owen, y creo que a Sophy —añadió, tras un instante de reflexión.

—Eso espero —dijo Anna, riendo y, tras un momento de duda, pensó en preguntarle: «¿Es que ella te ha dicho algo de él y por eso estás tan segura?».

No sabía qué era lo que la había impulsado a plantearse una pregunta así, pero en cualquier caso se alegraba de no haberla pronunciado. Nada le resultaba tan desagradable como iluminar semejantes oscuridades encendiendo sobre ellas la pequeña llama de las observaciones de su hija. Y además, ¿qué importaba ahora, una vez que la felicidad de Owen estaba asegurada, que Darrow tuviera ciertas reservas contra su matrimonio?

Unos golpecitos en la puerta la llevaron a consultar el reloj.

—Aquí está la doncella para recogerte.

—No, estos golpecitos son de Sophy —dijo la pequeña, encaminándose a la puerta. La señorita Viner, en efecto, apareció de pie en el umbral.

—Entra —dijo Anna con una sonrisa, fijándose en lo pálida que estaba.

—¿Podría Effie dar una vuelta con el aya? —preguntó Sophy—. Me gustaría hablar un momento con usted.

—Por supuesto. Hoy debería ser tu día libre, igual que ayer fue el de Effie. Sal, querida —dijo Anna, y después le dio un beso a su hija.

Cuando la puerta se cerró, se volvió hacia Sophy Viner y le dirigió una mirada que pedía su confianza.

—Me alegro de que hayas venido, querida. Tenemos tantas cosas de que hablar tú y yo.

La confusión de los últimos días había dejado, en efecto, poco tiempo para charlar con Sophy de cuestiones relativas a su matrimonio y a los medios de vencer la oposición de la señora de Chantelle. Anna le había rogado a Owen que nadie, ni siquiera Sophy Viner, supiera nada de sus propios planes hasta que todas las contingencias hubiesen quedado resueltas. Desde el principio, había sentido cierta renuencia a mezclar su propia felicidad, mucho más segura, con las dudas y temores de la joven pareja.

Desde la esquina del sofá, Anna indicó a la muchacha que se sentara en la silla de Darrow.

—Ven y siéntate a mi lado, querida. Quería verte a solas. Tenemos tantas cosas de que hablar que no sé siquiera por dónde empezar.

Anna se inclinó hacia delante, apoyando las manos en los brazos del sofá y mirando, sonriente, a Sophy. Entonces, observó que la extraña palidez de la muchacha se debía en parte al ligero maquillaje que cubría su rostro. Aquel descubrimiento no le resultó agradable. Anna nunca había notado que Sophy utilizase cosméticos y, aunque no deseaba ser acusada de albergar prejuicios pasados de moda, en seguida vio que no le gustaba nada que la institutriz de su hija se maquillase la cara. Luego se le ocurrió que la joven que se sentaba frente a ella no era ya la institutriz de Effie, sino su futura nuera, y se

preguntó si la señorita Viner había decidido celebrar su independencia maquillándose la cara y si, como señora de Owen Leath, iba a presentarse al mundo con el rostro pintarrajeado. Esta idea no era menos agradable que la anterior y, por un instante, siguió mirándola sin pronunciar palabra. Entonces, de pronto, se dio cuenta de cuál era la verdadera causa: la señorita Viner se había empolvado la cara porque había estado llorando.

Anna se inclinó hacia delante en un impulso.

—Mi querida niña, ¿qué es lo que ocurre? —dijo, y entonces vio cómo el rostro de la muchacha se sonrojaba bajo la blanca máscara—. No tengas miedo de contármelo. Quiero que sepas que puedes confiar en mí tanto como en el mismo Owen. Y ya sabes que no debe preocuparte que, al principio, la señora de Chantelle proteste de vez en cuando.

Lo dijo con convicción, en tono persuasivo y casi implorante. En realidad, tenía muchas razones para desear llevarse bien con Sophy: el amor que ésta sentía por Owen, el aprecio que le tenía a Effie y la entereza que la muchacha siempre había demostrado ante ella. Siempre había profesado una admiración romántica y casi humilde por toda mujer que, por su propia voluntad o por una combinación de circunstancias, hubiera tenido que enfrentarse a los conflictos de los que el destino la había excluido a ella una y otra vez. Había instantes en que se sentía vagamente culpable de su propia inmunidad y pensaba que habría tenido que arrostrar los peligros y apuros que se resistían a aparecer ante ella. Y en aquel instante, sentada frente a Sophy Viner, tan pequeña, tan frágil, tan visiblemente desvalida e indefensa, aún experimentaba, a pesar de todo su conocimiento del mundo y su aparente madurez, la misma sensación extraña de ignorancia e inexperiencia. Y aunque fuese incapaz de distinguir qué detalle de la conducta y la expresión de la muchacha causaba esta impresión, Sophy Viner le recordó a otras jóvenes de su juventud que parecían conocer un secreto que a ella nunca le había sido revelado. Sí, Sophy Viner se parecía a ellas y casi llegaba a tener la oscura mirada amenazante de Kitty Mayne... Sonriendo para sus adentros, Anna conjuró en seguida la imagen de aquella rival olvidada. Sin embargo, aquel viejo dolor la había sacudido, y ahora lamentaba que, aunque hubiese sido sólo en un pensamiento fugaz, la prometida de Owen le hubiera recordado a una mujer tan diferente...

Puso sus manos sobre las de la muchacha.

—Cuando su abuela vea lo feliz que es Owen, ella también se pondrá contenta. Si es por eso, no te preocupes. Confía en Owen, y en el futuro...

Aunque de modo casi imperceptible, Sophy Viner empezó a alejarse de su interlocutora y soltó las manos que le tenía cogidas.

—De eso era de lo que quería hablarle. Del futuro.

—¡Pues claro! ¡Tenemos que hacer muchos planes, y procurar que no interfieran los unos con los otros! Pero, por favor, comencemos con los tuyos...

La muchacha enmudeció un instante, con las manos sobre los brazos del sillón. Bajó los ojos ante la mirada de Anna y luego dijo:

—No quiero hacer ningún plan, al menos de momento...

—¿Ninguno?

—No. Lo que quiero es irme. Mis amigos los Farlow me dejarían quedarme con ellos... —su voz adoptó un tono más enérgico y sus ojos se alzaron—. Me gustaría irme hoy, si no le importa.

El asombro de Anna había ido en aumento al oír estas palabras.

—¿De modo que quieres abandonar Givré en seguida? —dijo, considerando la idea por unos instantes—. ¿Prefieres estar con tus amigos hasta el día de tu boda? Lo comprendo, pero no hay necesidad de salir corriendo hoy mismo. Hay muchos detalles que discutir y, además, dentro de pocos días yo también me iré.

—Sí, ya lo sé —la muchacha intentó calmar su voz agitada—. Pero me gustaría disponer de unos días, tener un poco de tiempo para mí.

Anna siguió examinándola con benevolencia. Era evidente que no quería decir por qué deseaba irse de Givré con tanta urgencia, pero su rostro alterado y su voz quebrada delataban un motivo más apremiante que el puro deseo de pasar las semanas previas a su boda en casa de sus viejos amigos. Puesto que no había hecho alusión alguna a la señora de Chantelle, lo único que se le ocurrió a Anna era que podría haber tenido alguna ligera discusión con Owen y que, si ésta era efectivamente la causa, cualquier intrusión haría más mal que bien.

—Mi querida niña, si quieres irte ya, yo no me voy oponer. Supongo que ya se lo has dicho a Owen...

—No, todavía no.

Anna la miró, sorprendida.

—¿De verdad que todavía no se lo has dicho?

—Quería decírselo a usted primero. Pensé que era mi obligación, por Effie —dijo, y su mirada se aclaró al revelar el porqué.

—¡Oh, Effie! —la sonrisa de Anna despachó sus escrúpulos—. Owen tiene el derecho de pedirte que lo consideres a él antes que a su hermana...

Pero, naturalmente, haré lo que tú me digas —siguió diciendo, tras otro instante de reflexión.

—Muchas gracias —murmuró Sophy Viner, poniéndose en pie.

Anna se levantó también, buscando en vano alguna palabra que quebrara la resistencia de la muchacha.

—¿Se lo vas a decir en seguida a Owen? —preguntó por fin.

La señorita Viner, en lugar de responder, se quedó inmóvil sin saber qué decir. En aquel momento, alguien llamó a la puerta y Owen Leath entró en la habitación. Anna, tras una mirada, vio que en su rostro no había sombra alguna. La saludó con su sonrisa más radiante y luego alzó la mano de Sophy para besarla. A su madrastra le sorprendió comprobar que su hijastro no conocía en absoluto la causa de la inquietud de la señorita Viner.

—Darrow te está buscando —le dijo a Anna—. Me dijo que te recordara que habías prometido dar un paseo con él.

Anna consultó el reloj.

—Iré en seguida —dijo, y luego se detuvo a mirar a Sophy Viner, cuyos apenados ojos parecieron confiarle un mensaje—. Es mejor que se lo digas a Owen, querida.

—¿Decirme qué? ¿Qué ha pasado? —preguntó Owen, volviéndose a la muchacha.

Anna se echó a reír, con la intención de disipar la vaga tensión del momento.

—¡No te asustes tanto! Nada, sólo que Sophy se propone abandonarnos por un tiempo y pasar una temporada con los Farlow.

Owen dejó de fruncir el ceño.

—Sabía que no tardaría en huir —dijo, y luego miró a Anna—. Por favor, intenta retenerla aquí todo lo que puedas.

—La señora Leath ya me ha dado permiso para marcharme —intervino Sophy.

—¿Ya? ¿Cuándo?

—Hoy —dijo Sophy en voz baja, mirando a Anna.

—¿Hoy? ¿Y por qué demonios te tienes que ir hoy?

Owen retrocedió un paso o dos, con el rostro encendido y pálido y el ceño fruncido. Sus ojos parecían diseccionar a la muchacha.

—Algo ha ocurrido —dijo, mirando a su madrastra—. Supongo que te ha dicho de qué se trata.

A Anna la sorprendieron la inmediatez y vehemencia de su comentario. Era como si alguna intensa aprensión que yaciese dormida bajo su aparente

seguridad hubiera despertado de pronto.

—No me ha dicho nada, excepto que quiere estar con sus amigos. Es muy natural que quiera ir a verlos.

Owen trató de controlarse.

—Naturalmente... Es muy natural. Pero ¿por qué no me lo dijiste? ¿Por qué se lo contaste primero a mi madrastra? —le preguntó a Sophy.

Anna intervino con una sonrisa pacificadora.

—Eso también es bastante natural. Sophy pensó que debía decírmelo primero por Effie.

Owen calibró esta razón.

—Muy bien, como dices, es muy natural. Y ella debe hacer exactamente lo que le apetezca —dijo, sin dejar de mirar a la muchacha—. Mañana iré a París a verte.

—¡Oh, no, no, no! —protestó ella.

—Y ahora, ¿sigues diciendo que no ha ocurrido nada? —le preguntó a Anna.

Al ver la agitación de su hijastro, Anna notó que su corazón latía ligeramente más deprisa. En aquel momento, le pareció encontrarse en una estancia oscura en la que poco a poco iban introduciéndose presencias invisibles.

—Si hay algo que Sophy tenga que decirte, sin duda te lo diré. Ahora voy a bajar y os dejaré aquí para que habléis los dos.

Sin embargo, cuando se dirigía a la puerta la muchacha la alcanzó.

—Pero si no hay nada que decir... ¿por qué iba a haber nada? Ya he dicho que lo único que quiero es estar tranquila.

Su mirada pareció detener a la señora Leath.

—¿Y por eso no puedo ir mañana? —intervino Owen.

—¡No, mañana no!

—Más adelante... unos días después...

—¿Cuántos días?

—¡Owen! —exclamó su madrastra, pero él no pareció oírla.

—Si te vas hoy, el día que se va a hacer público nuestro compromiso, me parece justo —continuó diciendo— que me digas cuándo voy a volver a verte.

Sophy miró a uno y a otro y luego bajó la vista, fatigada.

—Eres tú el que no eres justo. He dicho que quería estar tranquila.

—¿Y por qué iba a alterarte mi presencia? No estoy pidiendo verte mañana. Lo único que pido es que no te vayas sin decirme cuándo podré verte.

—¡Owen, no te entiendo! —exclamó su madrastra.

—¿No entiendes que pida alguna explicación, alguna seguridad, cuando me dejan así, sin una palabra, sin un motivo? Lo único que pido es que me diga cuándo nos volveremos a ver.

Anna se volvió hacia Sophy Viner, que temblaba entre los dos.

—La verdad, querida, es que lo que pide es razonable.

—Escribiré, escribiré —repitió la muchacha.

—¿Y qué escribirás? —imploró Owen con vehemencia.

—¡Owen! —exclamó Anna—. ¡Sé razonable!

Owen se dirigió a su madrastra.

—¡Sólo quiero que me diga lo que va a hacer: escribir para romper nuestro compromiso! Por eso te vas, ¿verdad?

Anna se sintió también presa de la excitación. Miró a Sophy, que seguía inmóvil, con los labios sellados y el rostro decidido a mantener una silenciosa pero firme resistencia.

—Deberías decir algo, querida. Deberías responderle.

—Sólo le pido que espere...

—Sí —intervino Owen—, pero no me dices cuánto tiempo.

Los dos se volvieron de forma instintiva hacia Anna que, casi tan agitada como ellos mismos, se encontraba atrapada en el doble fuego de su enfrentamiento. Tras mirar primero a Sophy, que seguía inescrutable, y luego el inquieto rostro de Owen, dijo:

—¿Y qué puedo hacer yo, cuando hay claramente algo entre vosotros que yo desconozco?

—¡Si fuera entre «nosotros»! ¿No ves que no está en nosotros, sino fuera, y que la arrastra, la arrastra hasta apartarla de mí? —dijo Owen, dando vueltas alrededor de su madrastra.

Anna le dijo a la muchacha:

—¿Es verdad que quieres romper el compromiso? Si es así, deberías decírselo ahora.

Owen rompió a reír.

—¡No se atreve! ¡Teme que yo conozca la causa!

Un débil sonido escapó de los labios de Sophy, pero no los abrió a la respuesta que había preparado.

—Si no quiere casarse contigo, ¿por qué iba a tener miedo de que tú conocieras la causa?

—¡Tiene miedo de que lo sepas tú, no yo!

—¿De que yo lo sepa?

Owen volvió a reír y Anna sintió una súbita oleada de indignación.
—¡Owen, explícame lo que quieres decir!
Su hijastro le dirigió una dura mirada antes de responder.
—¡Pregúntale a Darrow! —dijo.
—¡Owen, Owen! —musitó Sophy.

XXIV

Anna los miró a los dos sucesivamente. Se había dado cuenta, en un instante, de que el comentario de Owen, a pesar de haber sobrecogido a Sophy, no la había sorprendido; y esta percepción, igual que un faro, proyectó luz sobre oscuras distancias de temor.

Lo más fácil de inferir era que Owen sabía por qué Darrow se oponía a su matrimonio o que, en su defecto, sospechaba que Sophy Viner lo sabía y lo temía. La confirmación de sus propias dudas le produjo escalofríos. Durante un instante, tuvo ganas de decir: «Todo esto no me concierne y me niego a que me mezcléis en ello», pero la contuvo su temor secreto.

Sophy Viner fue la primera en hablar.

—Quisiera marcharme ahora —dijo en voz baja, dirigiéndose hacia la puerta.

Aquel tono advirtió a Anna de que la muchacha tenía parte de responsabilidad en lo sucedido.

—Coincido contigo, querida, en que es inútil seguir con esta discusión pero, puesto que el nombre del señor Darrow ha salido a colación, por razones que no acierto a comprender, me gustaría decirlos que los dos estáis equivocados si pensáis que no le parece bien vuestro matrimonio. Si era eso lo que Owen quería decir, la verdad es que está en un error.

Habló con decisión y de modo incisivo, como esperando que el sonido de su voz sofocase los susurros de su pecho. Sophy respondió con un murmullo ininteligible y un movimiento que la acercó más a la puerta pero, antes de que pudiese alcanzarla, Owen se interpuso en su camino.

—No, no era eso lo que quería decir —dijo, respondiendo a su madrastra pero sin apartar los ojos de la muchacha—. No estoy diciendo que a Darrow no le guste nuestro matrimonio; lo que digo es que Sophy ha aborrecido la idea desde que Darrow puso los pies en esta casa.

Aunque logró formular la acusación con cierta calma forzada, sus labios se pusieron blancos y se vio obligado a agarrar el pomo de la puerta para ocultar el temblor de sus manos. La ira de Anna se mezcló con su miedo.

—¡Eres absurdo, Owen! ¡No sé por qué te presto atención! ¿Por qué iba Sophy a odiar al señor Darrow y, aunque fuera así, qué tendría eso que ver con que desee romper su compromiso?

—¡No estoy diciendo que le desagrade, ni que le agrade! No sé de qué hablan cuando se encierran los dos a solas.

—¿Que se encierran a solas? —dijo Anna, mirando fijamente a Owen, que parecía estar al borde del delirio. Aquella escena los estaba degradando a todos. Sin embargo, el joven continuó sin percatarse de su mirada.

—Sí. La primera tarde, en el estudio; la mañana siguiente, en el parque; ayer, en el invernadero mientras tú estabas en las viviendas con el médico... No sé cuál es el motivo, pero han aprovechado cualquier ocasión para hablar, sobre todo cuando pensaban que nadie los veía.

Anna deseaba que se callara, pero no sabía qué decir. Era como si todas sus confusas aprensiones se confirmaran súbitamente. Había «algo», sí, «algo»... Las reticencias y evasivas de Darrow no habían sido un mero producto de su imaginación. De pronto sintió un ataque de orgullo y se dirigió, indignada, a su hijastro.

—No termino de comprender lo que me has dicho, pero lo que parece sugerir es tan ridículo e insultante, tanto para Sophy como para mí, que creo que no debemos seguir oyendo ni una palabra más.

Aunque el tono de su respuesta pareció tranquilizar a Owen, Anna supo en seguida que no iba a poder detenerlo. El joven siguió hablando con menos vehemencia pero con mayor precisión.

—¿Y por qué es ridículo, si es verdad? ¿O insultante, si yo no sé, ni tampoco tú, qué significa lo que he visto? Si tienes un poco de paciencia conmigo, intentaré explicártelo con calma. Lo que quiero decir es que Sophy ha cambiado por completo desde que vio a Darrow aquí y que, después de haber notado el cambio, me parece normal haber intentado averiguar la causa.

Anna se esforzó por contestarle con parecida tranquilidad.

—De todos modos, se te puede acusar de querer explicarlo imprudentemente. Pareces olvidar que, hasta que volvieron a encontrarse aquí, Sophy y el señor Darrow apenas se conocían.

—Pues si es así, resulta todavía más extraño que se hayan encerrado juntos tantas veces...

—¡Owen, Owen! —exclamó la joven.

El muchacho la miró con ojos demacrados.

—¿Y qué quieres que haga, si he visto lo que no debía? Por Dios, dame un motivo, un motivo decente que me haga comprenderlo... ¿Tengo yo la

culpa de que, el día después de que llegaras, cuando cruzaba el jardín a última hora de la tarde, las cortinas del estudio no estuviesen echadas y te viera allí a solas con Darrow?

Anna se echó a reír, impacientemente.

—La verdad, Owen, si te molesta ver charlar a dos personas que están viviendo en la misma casa...

—Es que no estaban charlando. Eso es lo importante.

—¿No estaban charlando? ¿Y cómo lo sabes? Apenas los podrías oír desde el jardín.

—No, pero podía verlos. Él estaba sentado en mi mesa, tapándose la cara con las manos, y ella estaba de pie frente a la ventana, sin mirarlo...

Entonces se detuvo, como esperando una respuesta por parte de Sophy, pero ésta ni pestañeó ni dijo una sola palabra.

—Ésa fue la primera vez —prosiguió—. La segunda fue en el parque, a la mañana siguiente. La verdad es que parecía un encuentro completamente casual. Sophy había salido con Effie, y la niña regresó para buscarme. Me dijo que había dejado a Sophy con Darrow en el camino que lleva al río y allí los vimos, delante de nosotros. Ellos no nos vieron al principio, porque estaban mirándose el uno al otro, sin decirse una sola palabra. Llegamos antes de que nos oyeran, y durante todo ese tiempo no se dijeron nada, pero no dejaron de mirarse. Cuando vi eso, empecé a hacerme cábalas y decidí vigilarlos.

—¡Oh, Owen!

—Bueno, no tuve que esperar mucho. Ayer, cuando os traía a ti y al médico de vuelta de las viviendas, vi a Sophy salir del invernadero. Supuse que se había metido allí para guarecerse de la lluvia, de modo que cuando salisteis del coche yo regresé por la avenida para ir a buscarla. Pero había desaparecido. Quizá había tomado un atajo y entró en la casa por la puerta lateral. No sé por qué volví al invernadero, supongo que es lo que todo el mundo llamaría espionaje. Subí la escalera y me encontré la habitación vacía. Sin embargo, dos de las sillas que normalmente están contra la pared estaban ahora cerca de la mesa, y un abanico chino de esos que siempre están encima se había caído al suelo.

Anna respondió con una leve nota de ironía.

—¿Ah sí? ¿Sophy se refugió allí, tiró un abanico y acercó una silla...?

—Dije dos sillas...

—¿Dos? ¡Pero qué pruebas tan condenatorias! ¿Y de qué?

—Simplemente de que Darrow había estado allí con ella. Cuando miré por la ventana, lo vi caminando en dirección a la casa. Debió de doblar la esquina del invernadero justo cuando yo llegaba a la puerta.

Hubo otro silencio, durante el que Anna permaneció callada, no sólo para ordenar sus ideas sino esperando alguna reacción por parte de Sophy Viner, que no se produjo. Entonces le dijo:

—No tengo absolutamente nada que decir al respecto, pero quizá te gustaría decir algo a ti...

—Yo tampoco tengo nada que decir, aparte de que Owen debe de haberse vuelto loco... —dijo Sophy tras alzar el rostro, iluminado de pronto por el rubor.

En los minutos que habían transcurrido desde su última intervención, parecía haber recobrado el dominio de sí misma, y su voz sonó con claridad e incluso con ciertos y fríos rasgos de irritación. Anna miró a su hijastro. Se había puesto muy pálido, y sus manos soltaron el pomo de la puerta como en un gesto de decepción.

—¿Eso es todo? ¿No vas a explicarme nada más?

—No creo necesario darte ni a ti ni a nadie una explicación por hablar con un amigo de la señora Leath en su propia casa.

Owen apenas pareció oír la respuesta, pues siguió mirándola con la misma obstinación.

—No voy a pedirte que expliques nada. Lo único que quiero es que me asegures que tus conversaciones con Darrow no tienen que ver con el hecho de que quieras abandonar Givré tan de repente.

La joven vaciló, no tanto porque quisiera medir sus palabras sino porque se preguntaba si Owen tenía derecho a formularle una cuestión así.

—Te lo aseguro. Y ahora, me gustaría irme —dijo.

Cuando se iba, Anna intervino.

—Querida, creo que deberías decir algo más.

La muchacha se detuvo, con una débil risa.

—¿A él o a usted?

—A él.

—He dicho todo lo que tenía que decir —dijo, con cierta tensión.

Anna dio unos pasos atrás, sin dejar de mirar a su hijastro. Se había alejado de la puerta y se acercaba a Sophy Viner con gesto desesperado. En ese momento, alguien llamó a la puerta y los tres quedaron en silencio.

—¡Adelante! —dijo Anna.

Darrow entró en la habitación. Al verlos juntos a los tres, los miró uno por uno rápidamente y luego se dirigió a Anna con una sonrisa.

—Vine a ver si estabas lista, pero por favor dime que me vaya si os he interrumpido.

Su mirada, su voz, el simple hecho de su presencia, devolvieron a Anna el equilibrio perdido. Al lado de Owen parecía tan fuerte, tan fino, tan experimentado, que las ardientes acusaciones del muchacho quedaban reducidas a meras quejas infantiles. Un instante antes, había temido que Darrow apareciera; ahora, se alegraba de que estuviera allí.

—Entra, por favor. Quiero que oigas lo que Owen acaba de decir —le dijo en tono decidido.

Anna creyó oír un murmullo de Sophy Viner, pero no le prestó atención. Le urgía el deseo de aclararlo todo. Se sentía misteriosamente inspirada, a pesar de que, en general, tardaba en darse cuenta de las cosas y carecía de la habilidad para leer motivos ocultos y detectar señales secretas.

—Lo mejor para los dos es que este asunto tan absurdo quede aclarado por completo en este momento —le dijo a Sophy Viner, y luego se dirigió a Darrow—. Por algún motivo que desconozco, a Owen se le ha metido en la cabeza que tú has convencido a la señorita Viner para que rompa su compromiso.

Habló lenta y pausadamente porque deseaba conceder tiempo y ganarlo; tiempo para que tanto Darrow como Sophy recibieran el impacto de lo que iba diciendo y tiempo para observar qué efecto producía en ellos. Se había dicho a sí misma: «Si no hay nada entre ellos, se mirarán; si hay algo, no». Y cuando dejó de hablar, sintió como si toda su vida estuviera en sus ojos.

Sophy, tras un conato de protesta, quedó inmóvil, mirando al suelo. El rostro de Darrow se volvió circunspecto, y miró sucesivamente a Owen Leath y a Anna.

—¿Es que la señorita Viner ha roto su compromiso? —preguntó, mirando a Owen.

Siguió un instante de silencio y luego la muchacha alzó la mirada y respondió:

—¡Sí!

Al oírla, Owen ahogó una exclamación y se fue. La muchacha siguió donde estaba, sin que pareciera percatarse de su salida y sin añadir ni una palabra más. Luego, antes de que Anna pudiera detenerla, salió también de la habitación.

—Por Dios, ¿qué ha ocurrido? —preguntó Darrow.

Sin embargo, Anna no contestó. El corazón le había dado un vuelco y no dejaba de repetirse que Sophy y él no se habían mirado.

XXV

Anna seguía en medio de la habitación contemplando la puerta. Darrow aún la miraba de modo inquisitivo, y ella se dijo, tras respirar hondo: «¡Ojalá no se me acerque!».

Se le ocurrió que en aquel momento alguien le había concedido la fatal capacidad de leer el significado secreto de toda mirada o movimiento aparentemente espontáneo, y que iba a detectar frío cálculo en cualquier gesto afectuoso de Darrow. Durante un instante más, éste siguió interrogándola con la mirada; luego se volvió y se colocó en su lugar habitual, de pie junto a la repisa de la chimenea. Anna volvió a exhalar un suspiro de alivio.

—¿Quieres explicarte, por favor? —preguntó Darrow.

—No puedo explicar nada. No sé nada. Ni siquiera sabía que en realidad quería romper su compromiso hasta que ella te lo ha dicho. Lo único que puedo decirte es que vino a verme hace un momento y me dijo que quería irse de Givré hoy mismo, y que Owen, cuando lo oyó, porque hasta entonces no sabía nada, en seguida la acusó de marcharse con la secreta intención de abandonarle.

—¿Y tú crees que es una ruptura definitiva?

Anna se dio cuenta de que, al efectuar esta pregunta, Darrow había dejado de fruncir el ceño.

—¿Cómo voy a saberlo? Quizá tú puedas decírmelo...

—¿Yo? —contestó Darrow. Anna imaginó que su rostro se nublaba de nuevo, pero él seguía sin dar muestra alguna de inquietud.

—Como ya te dije —continuó—, a Owen se le ha ocurrido, por alguna misteriosa razón, que tú has influido en Sophy en contra de él.

Darrow seguía visiblemente perplejo.

—Pues sí que es una razón misteriosa. Él sabe que yo conozco muy poco a la señorita Viner. ¿Por qué iba a imaginar algo tan improbable?

—Yo tampoco lo sé.

—Pero debe de haber apuntado algún motivo.

—No. Admite que no conoce tus razones. Lo único que dice es que la actitud de Sophy ha cambiado desde que regresó a Givré, y que os ha visto

juntos en varias ocasiones: en el parque, en el invernadero, no sé dónde más, hablando de una manera que parecía confidencial, casi secreta. Y de ahí saca la fantástica conclusión de que tú has utilizado tu influencia para volverla en su contra.

—¿Mi influencia? ¿Qué clase de influencia?

—No lo ha dicho.

Darrow pareció de nuevo sopesar los hechos que Anna le presentaba. Su rostro continuaba serio, pero sin mostrar preocupación alguna.

—¿Y la señorita Viner qué dice?

—Dice que le parece completamente normal hablar de vez en cuando con un amigo suyo con quien se ha vuelto a encontrar en esta casa, y no da ninguna otra explicación.

—La verdad es que es completamente normal.

Anna sintió cómo se le enrojecían las mejillas al responderle.

—Sí, pero hay algo más...

—¿Algo más?

—Tiene que haber alguna razón que explique su súbita decisión de romper el compromiso. Entiendo cómo se siente Owen y me da mucha pena verlo así. La muchacha le debe una explicación y, mientras se niegue a dársela, su imaginación lo va a volver loco.

—Seguramente se la habría dado si se la hubiera pedido de otra forma.

—Yo no defiendo su forma de dirigirse a ella, pero Sophy sabía cómo era cuando le dijo que sí. Sabe que se emociona con facilidad y que no es nada disciplinado.

—Bueno, ella ya se ha encargado imponerle cierta disciplina, lo cual es lo mejor que podía ocurrir. ¿Y por qué no dejamos el asunto tal como está?

—¿Y dejar a Owen con la idea de que tú has sido la causa de la ruptura?

Al oír esta pregunta, Darrow sonrió con tranquilidad.

—Ah, bueno, si es por eso, deja que piense lo que quiera. Pero al menos, déjalo en paz.

—¿En paz? —repitió Anna, sorprendida.

—Simplemente, no remuevas más el asunto. No te quepa la menor duda de que has hecho todo lo que has podido por él y por la señorita Viner. Si se separan, es asunto suyo. ¿Qué otra razón puedes tener para entrometerte de nuevo?

Anna abrió los ojos, atónita.

—Pues, simplemente, lo que dice de ti.

—No me importa nada lo que diga de mí. En una situación así, cualquier muchacho está dispuesto a esgrimir las razones más pintorescas antes de aceptar el doloroso hecho de que quizá lo único que ocurre es que una mujer se ha cansado de él.

—Sigues sin entender a Owen. Se toma las cosas muy en serio, y no es fácil que las olvide. Tardó mucho en olvidar su anterior y desgraciada historia de amor. Es romántico, extravagante, incapaz de hacer lo que más convenga a sus sentimientos. Adora a Sophy y parece que ella también le corresponde. Si ha cambiado, tiene que tratarse de una decisión inesperada. Y si se separan de esta forma, disgustados y sin explicaciones, sufrirá mucho y se le partirá el corazón. Y aunque, como tú bien dices, es todo asunto suyo, a mí me concierne que te haya involucrado en su ruptura. Owen es como si fuera mi hijo: si lo hubieras conocido cuando yo llegué aquí, entenderías por qué lo digo. Éramos como dos presos que se comunican dando golpecitos en la pared, y ni él ni yo hemos olvidado aquellos tiempos. Tanto si rompe con Sophy como si no, no puedo permitir que crea que tú has tenido algo que ver en ello.

Anna abrió los ojos como implorando comprensión, y leyó en los de Darrow la paciencia de un hombre resignado a discutir problemas inexistentes.

—Haré lo que me pidas —dijo—, pero no tengo ni idea de lo que pueda ser.

La sonrisa que le dedicó parecía estar acusándola de ser poco consecuente, de modo que Anna, algo herida en su orgullo, no tardó en responderle.

—La verdad es que, después de todo, es natural que Owen haya querido saber de qué hablabais Sophy y tú si os conocíais tan poco.

Anna sintió un ligero estremecimiento al pronunciar estas palabras, como si algún instinto más profundo que la razón se hubiera adelantado a defender sus tesoros. Sin embargo, el rostro de Darrow no dio más muestras de sorpresa que una sonrisa medio divertida.

—Pero, bueno, querida, ¿y por qué no se lo has contado todo?

—¿Yo? —respondió Anna, titubeando y sonrojándose al mismo tiempo.

—Pareces olvidar, tú y todos los demás, el encargo que me hicisteis nada más llegar aquí. Me pediste que sondeara a Owen, le aseguraste que lo apoyaría, la señora de Chantelle quiso convencerme de lo contrario y, lo más importante de todo, recuerdo perfectamente el hecho que acabas de mencionar: lo decisivo que era, para ti y para mí, que Owen y yo nos

hiciéramos amigos. Se me ocurrió que lo primero que había que hacer era recabar todos los datos posibles sobre el particular, y el modo más obvio de hacerlo era intentar conocer más a la señorita Viner. Claro que he hablado con ella a solas, he hablado todas las veces que he podido. He intentado por todos los medios descubrir si te equivocabas al apoyar el matrimonio de Owen.

Anna lo escuchaba con una creciente sensación de seguridad, y trataba de desligar el sentido abstracto de sus palabras del tono persuasivo en que las envolvían sus ojos y su voz.

—Lo comprendo —murmuró.

—Y también tienes que comprender que me va ser muy difícil contarle todo esto a Owen sin ofenderle más y sin que se encone su enfado con la señorita Viner. ¿Qué clase de persona voy a parecerle si le digo que he estado intentando averiguar si su elección era la acertada? En cualquier caso, no es de mi incumbencia explicar una cosa que, como Sophy ha dicho muy bien, no necesita ninguna explicación. Si ella se niega a hablar, evidentemente es porque las insinuaciones de Owen son absurdas, lo que, sin duda alguna, a mí me obliga a cerrar la boca.

—¡Sí, sí! —repitió Anna—. Pero, en realidad, no quiero que le des ninguna explicación a Owen.

—Aún no me has dicho qué es lo que quieres.

Anna dudó, consciente de lo difícil que resultaba justificar su petición.

—Quiero que hables con Sophy —dijo, por fin.

Darrow rompió a reír, sin comprender.

—¡Si tenemos en cuenta para qué han servido mis intentos anteriores...!

—Al menos, no han logrado que te guste menos, ni que tu opinión de ella sea peor de la que tenías en un principio.

En aquel momento, a Anna le pareció ver que Darrow fruncía el ceño otra vez.

—No entiendo por qué insistes en eso.

—Quiero estar segura. Se lo debo a Owen. ¿Por qué no me dices exactamente cuál es tu opinión de ella?

—Ya te la he dicho. La señorita Viner me agrada.

—¿Crees que está todavía enamorada de Owen?

—No hubo nada que hiciera pensar particularmente una cosa u otra en nuestras breves conversaciones.

—A pesar de eso, ¿sigues creyendo que no hay ningún motivo para que no se case con él?

—¿Cómo puedo contestar a esa pregunta sin conocer las razones que la han llevado a romper con él? —respondió Darrow, delatando una impaciencia difícil de controlar.

—Eso es exactamente lo que quiero que averigües.

—¿Y por qué crees que me lo iba a decir a mí?

—Porque, aunque tenga algo contra Owen, no puede tener nada contra mí. No creo que quiera que Owen piense que yo tengo algo que ver con esta absurda disputa, y sabe que no cambiará de opinión hasta que se convenza de que tú no tienes nada que ver en ella.

Darrow dejó de apoyar el codo en la repisa de la chimenea y anduvo unos pasos por la habitación. Luego se detuvo delante de Anna.

—¿Y por qué no se lo dices tú misma?

—Pero ¿es que no lo ves? —Darrow se quedó mirándola mientras ella seguía hablando—. ¿Es que no te das cuenta de que Owen está celoso de ti?

—¿De mí? —contestó Darrow, mientras la sangre se agolpaba bajo su piel bronceada.

—Está loco de celos. ¿Qué otra cosa podría haberlo sacado tanto de sus casillas? ¡Y no quiero que Sophy crea que yo estoy celosa también! He dicho todo lo que podido para evitarlo, pero se ha negado a hablar con nosotros. Nuestra única posibilidad es que te oiga a ti, que tú le hagas ver el daño que puede hacer con su silencio.

—¡Todo lo que me propones es absolutamente ridículo! ¡No puedo pedirle nada alegando esas razones! —protestó Darrow con vehemencia.

—¿Alegando que soy casi la madre de Owen, y que cualquier desacuerdo entre él y tú me mataría? —dijo Anna agarrándolo del brazo—. Ella sabe cómo es él. Lo comprenderá. Convéncela para que diga o haga lo que quiera, pero que no se vaya sin hablar, que no se lleve consigo eso que nos separa antes de irse.

Entonces dio un paso atrás y observó a Darrow con el rostro alzado, intentando penetrar en sus ojos con más intensidad que nunca. Y, sin embargo, antes de que pudiese discernir lo que expresaban, Darrow le cogió las manos y se acercó para besarla.

—¿Hablarás con ella? ¿Hablarás con ella? —insistió ella.

—Siempre haré todo lo que me pidas —respondió él.

XXVI

Darrow estaba solo, esperando en el salón. Ningún otro lugar podría haber sido menos apropiado para la conversación que le aguardaba; y sin embargo había accedido a la sugerencia de Anna de que a Sophy le resultaría más natural ser convocada que buscada. Mientras sus preocupaciones le obligaban a andar inquieto de aquí para allá, una mano implacable parecía ir arrancando todos los lazos dulces e íntimos que le unían a la tranquila estancia en la que se encontraba. Aquí, en este mismo lugar, había probado las esencias de la felicidad y bebido del manantial del que procedían sus ríos caudalosos. Y ahora, sin embargo, el agua se había corrompido y ya nunca más probaría aquel líquido impoluto.

Durante un instante había sentido verdadera angustia física, y luego sus nervios se endurecieron, dispuestos a la inminente batalla. No tenía ni idea de lo que le esperaba; pero, tras aquella primera e instintiva tentativa de retirada, se había dado cuenta en seguida de la urgente necesidad de hablar otra vez con Sophy Viner. No había sido sincero al dejar que Anna pensara que había accedido a hablar con la muchacha porque ella se lo había pedido. En realidad, había estado buscando desesperadamente un pretexto como el que ella le había brindado, y por algún motivo esta vulgar hipocresía le agobiaba más que el pesado fardo de engaños que cargaba sobre sus hombros.

De pronto oyó pasos detrás de él. Era Sophy Viner. Cuando lo vio, se detuvo en el umbral de la puerta e hizo ademán de marcharse.

—Me dijeron que la señora Leath había mandado llamarme.

—La señora Leath te ha mandado llamar. Estará aquí en unos minutos, pero le pedí hablar yo contigo primero.

Hablaba con dulzura no fingida. Le había conmovido el cambio en el aspecto de la muchacha. Al verlo, había intentado sonreír, pero aquella sonrisa había iluminado su desdicha igual que la luz de una vela ilumina el rostro de un cadáver. Sophy no respondió y Darrow prosiguió:

—Entenderás que quiera hablar contigo después de oír lo que me acaban de decir.

—¡Yo no soy la responsable de los desvaríos de Owen! —interrumpió la muchacha, en tono de protesta.

—Pues claro —dijo él, y los dos se miraron frente a frente.

Luego ella levantó la mano y recogió el mechón que le tapaba la cara: un gesto que estaba grabado a fuego en la memoria de Darrow. Entonces recorrió la habitación con la mirada y se dejó caer en la silla más próxima.

—Bueno, ya tienes lo que querías —dijo.

—¿Cómo que lo que quería?

—Nuestro compromiso se ha roto. Ya me lo has oído decir.

—¿Y por qué dices que es lo que yo quería? Lo único que quería, desde el principio, era aconsejarte, ayudarte en todo lo que pudiera.

—Eso es lo que has hecho —intervino ella—. Me has convencido de que es mejor que no me case con él.

Darrow rió desesperadamente.

—¡Justo cuando me habías convencido de lo contrario!

—¿Ah, sí? —respondió ella con una sonrisa—. Bueno, era lo que pensaba sinceramente hasta que tú me indicaste, me advertiste...

—¿De qué?

—De que sería muy desgraciada si me casaba con un hombre a quien no quería.

—¿Y no lo quieres?

Sophy no respondió, y Darrow se levantó y anduvo hasta el otro extremo de la habitación. Se detuvo en el escritorio, donde su fotografía, bien vestido, atractivo, autosuficiente —el retrato de un hombre de mundo, seguro de su habilidad para lidiar con las situaciones más comprometidas—, exhibía toda su fatuidad ante sus ojos.

—¿Y no te parece muy duro que Owen haya tenido que esperar hasta ahora para saberlo?

—Se lo he dicho tan pronto como lo he sabido —respondió ella, tras reflexionar un momento.

—¿Cuándo supiste que no podías casarte con él?

—Cuando supe que nunca podría vivir aquí con él.

Sophy miró una vez más la habitación, como esperando que las paredes dieran fe de lo que estaba diciendo.

Darrow siguió mirándola unos momentos con perplejidad. Luego, sus ojos se encontraron y los dos se miraron larga y tristemente.

—Sí —dijo Sophy, y se levantó de su asiento.

Entonces oyeron a Effie silbar a los perros por debajo de la ventana y luego la voz de su madre, llamándola.

—Eso. Eso, por ejemplo —dijo Sophy Viner.

—Soy yo quien tendría que irse —indicó Darrow, de pronto.

—¿Y en qué nos beneficiaría eso a nosotros ahora? —preguntó Sophy, aún con su débil y pálida sonrisa.

—¡Dios mío! —gimió él, cubriéndose la cara con las manos—. ¿Cómo podría explicártelo?

—No puedes. Ni tú ni yo podríamos —dijo ella, examinando críticamente el problema—. Después de todo, podrías haber sido tú y no yo.

Darrow volvió a recorrer la habitación con la mirada, ensimismado, y se sentó junto a ella. Una mano burlona parecía arrebatarse las palabras de sus labios. No había nada que pudiera decirle que no fuera absurdo, cruel o despreciable.

—Querida —dijo por fin—, ¿no deberías intentarlo de todos modos?

—¿Intentar olvidarte? —respondió ella, con mirada seria.

Darrow enrojeció hasta las orejas.

—Digo que le concedas más tiempo a Owen, que le des una oportunidad. Está perdidamente enamorado de ti: todo lo bueno que hay en él está en tus manos. Su madrastra lo supo desde el principio. Y pensó, creyó...

—Pensó que yo podría hacerlo feliz. ¿Y sigue pensando lo mismo ahora?

—¿Ahora? No estoy hablando de ahora. Quizá del futuro. El tiempo cambia las cosas, las borra con mayor celeridad de lo que crees... Márchate, pero dale alguna esperanza... Yo también me voy, nos vamos —dijo él, atascándose en el plural— dentro de unas pocas semanas, posiblemente una larga temporada. Lo que estás pensando ahora puede que no ocurra nunca. Quizá no volvamos a vernos en años.

Sophy lo escuchó en silencio, con las manos apretadas contra las rodillas y los ojos mirando al suelo.

—Para mí —dijo—, siempre estarás aquí.

—¡No digas eso, por favor! ¡No lo digas! Las cosas cambian y las personas también... ¡ya verás!

—Tú no lo entiendes. No quiero que cambie nada. No quiero olvidar, ni borrar nada. Al principio creí que podría hacerlo, pero fue un error estúpido. Lo supe nada más verte. Lo que temo no es estar aquí contigo, en el sentido que tú crees, sino estar aquí, o en cualquier otro lugar, con Owen. —Entonces se puso de pie y le dedicó aquella sonrisa trágica que él conocía tan bien—. Quiero que seas todo mío.

Las únicas palabras que Darrow intentó pronunciar fueron protestas inútiles ante aquella locura; pero la conciencia de su futilidad las bloqueó en sus labios.

—¡Pobre muchacha, pobre muchacha! —se oyó a sí mismo repetir en vano. De repente, la dura realidad se impuso con tal ímpetu que le obligó a ponerse en pie—. Ocurra lo que ocurra, mi intención es irme, irme para siempre. Quiero que lo entiendas. Pero no tengas miedo, ya encontraré un motivo. Lo que tengo perfectamente claro es que debo marcharme.

—¿Irte? ¿Tú? ¿No ves que eso lo revelaría todo? ¿No ves que arrastraría a todo el mundo al abismo? —protestó Sophy, con un sollozo. Darrow no supo qué responder y la voz de la joven volvió a tranquilizarse—. ¿Y a quién le vendría bien que te fueras? ¿Tú crees que eso cambiaría algo en mi caso? —dijo, mirándolo con preocupada ansiedad—. Me gustaría saber cuáles eran tus sentimientos por mí. Es extraño que nunca lo haya sabido, supongo que porque ni tú ni yo los conocemos demasiado bien. ¿No es como beber agua cuando tienes sed?... En algún momento, creí que me tenías entera en la palma de tu mano. —Darrow inclinó la cabeza avergonzado, pero ella no se interrumpió—. ¡Pero no pienses ni por un momento que lamento nada! Valió la pena hasta el último penique. Y mi error fue avergonzarme, justo al principio, del precio tan alto que había tenido que pagar. Intenté tomármelo a broma, decirme a mí misma que había sido sólo «una aventura». Siempre había querido correr aventuras, tú me habías proporcionado una y yo intenté adoptar la misma actitud que tú, la de «participar en el juego» y convencerme de que no había arriesgado más que tú. Pero luego, cuando volví a verte, de pronto me di cuenta de que había arriesgado más y de que también había ganado más... ¡universos enteros! En todo ese tiempo, intenté levantar una barrera entre nosotros y, ahora, quiero derribarla. Intenté olvidar tu rostro y, ahora, quiero recordarlo siempre. Intenté no oír tu voz y, ahora, no quiero oír ninguna otra. Yo ya he elegido, eso es todo: una vez te tuve y ahora quiero conservarte. —Su rostro brillaba tanto como sus ojos—. Conservarte aquí, escondido para siempre —dijo, llevándose la mano al pecho.

Cuando Sophy se fue, Darrow siguió sentado, sin moverse, mirando al pasado. Hasta entonces, el pasado había estado suspendido del borde de su mente como una difusa mancha rosa, igual que una de esas pequeñas nubes que, como hojas, se desprenden del sol al atardecer. Ahora era una masa oscura que proyectaba una enorme sombra cuyo final sus ojos no lograban vislumbrar. Todo aquel episodio seguía siendo una sombra, excepto en

aquellas ocasiones en las que, en su conversación, alguna palabra o frase de la muchacha había alumbrado la oscuridad como una pequeña luz.

Ella había dicho: «Me gustaría saber cuáles eran tus sentimientos por mí», y él se encontró deseando saber lo mismo. Recordaba con nitidez que nunca había querido que la pasión extrema —aunque fuera de modo efímero— desempeñara ningún papel en su relación. En este sentido, su actitud había sido irreprochable. Sophy era una criatura inusitadamente original y atractiva a quien había deseado obsequiar con unos cuantos días de inofensivo placer. Era, además, lo bastante experimentada y despierta para adivinar sus intenciones y evitarle el fastidio de las vacilaciones y de las malas interpretaciones. Ésa había sido su primera impresión, y el comportamiento posterior de ella así la había corroborado. Desde el primer momento, Sophy había sido la compañera franca y afable que él se había imaginado. ¿Era él, entonces, quien, al transcurrir los días, se había impacientado por los límites que él mismo había impuesto? ¿Era su vanidad herida la que, buscando alivio, anheló sumergirse en lo más hondo de las aguas curativas de su compasión? A pesar de los confusos recuerdos que le suscitaba aquella relación, no estaba exento por completo de haber sentido aquellos anhelos... Y, sin embargo, los primeros días, el experimento había salido muy bien. Estaba claro que ella lo estaba pasando bien y que él gozaba de la situación sin más preocupaciones. Pero, poco a poco, según le parecía, una sombra de lasitud había caído sobre su relación. Quizá fuera porque, cuando Sophy emitía aquellas insustanciales opiniones sobre la gente, Darrow se daba cuenta de que simplemente no disponía de más recursos, o quizá fue producto de la dulzura de su sonrisa o del encanto de aquel gesto con que, aquel día en el bosque de Marly, se quitó el sombrero y estiró la cabeza al oír cantar un cuco; o tal vez porque, cuando la miraba espontáneamente, siempre veía que ella lo miraba a su vez y que no quería que lo supiera; o, quizá por todas estas cosas, cada una de ellas en distinto grado, llegó un momento en que ninguna palabra volaba lo bastante alto o buceaba a suficiente profundidad para expresar la sensación de bienestar que cada uno proporcionaba al otro, y el sustituto natural de las palabras había sido un beso.

Aquel beso, de todos modos, había llegado en el momento preciso para salvar la aventura del desastre. Habían alcanzado un punto en que los extraordinarios recuerdos de Sophy habían empezado a languidecer, en que su futuro había sido exhaustivamente planificado, sus proyectos teatrales minuciosamente estudiados, y sus peleas con la señora Murrett amplificadas hasta el más mínimo detalle, y en que ella, quizá consciente de su escasez de

recursos y del menguante interés de él, había cometido el fatal error de decir que lo veía triste y de pedirle que le contara sus motivos...

El gesto de Darrow le devolvió a ella la confianza y eliminó el riesgo de confidencias extrañas y comparaciones desfavorables. Por su parte, tras besarla, el propio Darrow supo que ella no lo aburriría nunca más. Sophy era una de esas criaturas elementales cuyas emociones transpiran por todas partes, y que se vuelven inexpresivas o sentimentales cuando intentan traducir sensaciones en palabras. Las caricias de Darrow la habían devuelto a su lugar natural en el orden de las cosas y él se había sentido como si hubiese abrazado un árbol del que surgiera una ninfa...

El simple hecho de no tenerla que escuchar más incrementaba notablemente su encanto. Por supuesto, seguía contándole cosas, pero ya no importaba porque él no hacía el menor esfuerzo por seguir la conversación, sino que dejaba que su voz fluyera como una música de fondo para sus pensamientos. No había en ella ni un asomo de poesía, pero poseía las cualidades que la hacen brotar en otros, y en momentos decisivos la imaginación no siempre nota la diferencia...

Tendido junto a ella en la oscuridad, Darrow sentía su presencia como si fuera parte de la gozosa tranquilidad de los bosques en verano, como un componente más del difuso bienestar que bañaba sus sentidos y arrullaba hasta dormirlo el dolor del orgullo herido. En aquel momento, lo único que le pedía era que le tocara las manos o los labios, y que le permitiera seguir acostado en el mismo lugar durante las horas largas y cálidas, mientras el canto del mirlo brotaba como una fuente y, muy cerca, entre las ramas más próximas y el borde de su sombrero inclinado, una figura blanca y esbelta reunía todos los cabos sueltos de la felicidad...

Recordó también haber visto, mientras contemplaba un pedazo de cielo enmarcado por las copas de los árboles, un río de colas de caballo surcar el firmamento. Entonces se dijo: «Mañana va a llover», y aquel pensamiento hizo que el aire pareciera más cálido y que el sol iluminara su pelo todavía más... Quizá si las colas de caballo no hubiesen aparecido, la historia no habría tenido continuación. Mas las nubes trajeron lluvia, y a la mañana siguiente, al mirar por su ventana, el cielo era una mancha gris y plomiza. Habían proyectado una excursión de todo el día por el Sena, a los dos Andelyn y a Ruán y ahora, con tantas horas por delante, se encontraban un poco perdidos... Podían ir al Louvre, por supuesto, y al Luxemburgo; pero ya había intentado ver cuadros con Sophy y ella, una y otra vez, insistía en admirar los peores, y luego se sumía sin ningún tapujo en la más absoluta

indiferencia, de modo que él no deseaba repetir la experiencia. Así que salieron sin rumbo y dieron un húmedo paseo que les condujo al fin hasta las desiertas arcadas del Palais Royal, y luego a un restaurante que estaba desierto, donde almorzaron a solas y un tanto lúgubrementemente, servidos por un viejo y demacrado camarero que parecía un náufrago que hubiera renunciado a toda esperanza de divisar un barco... Era extraño cómo se acordaba con toda claridad de la cara de aquel camarero...

Tal vez, de no haber sido por la lluvia, aquello nunca habría ocurrido pero... ¿de qué servía pensar en eso ahora? Intentó concentrar sus pensamientos en asuntos más urgentes; pero, por una extraña y perversa asociación de ideas, todos los detalles de aquel día le golpeaban con tanta insistencia que no tenía escapatoria. De modo forzado, revivió aquella larga caminata de vuelta al hotel, tras una hora tediosa en la que vieron una película en un cinematógrafo del Boulevard. Todavía llovía cuando salieron de aquel triste espectáculo, pero ella se negó obstinadamente a tomar un taxi, e incluso insistió en ver escaparates bajo toldos goteantes y en escudriñar galerías desiertas. Por fin, cuando casi habían alcanzado su destino, llegó incluso a sugerir que volvieran tras sus pasos para ver un espectáculo del que había oído hablar en un teatro de Batignolles. Entonces fue cuando él no pudo más y protestó. Se acordaba de que, por primera vez, los dos se habían enfadado y estaban dispuestos a rechazar cada uno las propuestas del otro. Darrow tenía los pies mojados, había andado mucho y estaba cansado del olor cargado y sofocante de los teatros, por lo que había dicho que tenía que escribir algunas cartas, y los dos se dirigieron al hotel...

XXVII

Darrow no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba ahí sentado cuando oyó la mano de Anna en la puerta. El esfuerzo de ponerse en pie y de poner buena cara le hizo creer, falsamente, que mantenía el control sobre sí mismo. Se dijo: «Tengo que decidir algo...», y esto sacó su cabeza por unos instantes de las aguas tumultuosas.

Anna entró con paso ligero y Darrow se dio cuenta en seguida de que había sucedido algo imprevisto y reparador.

—Ha venido a verme. Me buscó y me encontró en la terraza. Hemos dado un largo paseo y me lo ha explicado todo. ¡Me siento como si fuera la primera vez que la he visto!

El tono de su voz era tan dulce y emocionado que eliminó de raíz las aprensiones de Darrow.

—¿Qué te ha explicado?

—Es natural que esté un poco dolida por el cerco a que la hemos sometido, ¿no crees? Bueno, no por tu parte, no quería decir eso. Más bien por la oposición de la señora de Chantelle y por la llegada de Adelaide Painter. Me ha dicho con toda franqueza que no le importaba nada deberle el marido a Adelaide Painter... Ahora piensa que su enfado, por verse examinada y puesta en boca de todos, podría haber influido en su trato con Owen, y en que éste haya imaginado todas esas locuras... Entiendo cómo se debe de haber sentido y estoy de acuerdo en que lo mejor es que se marche una temporada. Me ha hecho sentir terriblemente dura de mollera y hasta obtusa.

—¿A ti?

—Sí. Como si la hubiera tratado igual que a un mueble curioso que hubieran enviado aquí «en período de prueba» para ver si encajaba bien en el conjunto —y entonces prosiguió con cierto entusiasmo—: ¡Me alegro de que haya sido capaz de hacerme sentir así!

Anna pareció esperar a ver si Darrow coincidía con ella o hacía alguna pregunta.

—Entonces, ¿crees que la ruptura no es definitiva? —dijo éste por fin.

—Espero que no, con todas mis fuerzas. También he hablado con Owen, después de que ella se marchara, y creo que ha entendido que había que dejarla ir sin exigirle ninguna promesa. Está alterada... Owen debe darle tiempo para que se calme...

De nuevo hizo una pausa.

—Seguro que se lo has hecho ver —dijo Darrow por fin.

—Ella va a ayudarme. Va a hablar con él antes de irse. Por cierto, que se marcha en seguida a Francheuil para coger el expreso de la una con Adelaide Painter, que, como es natural, no sabe nada de todo esto; lo único que se le ha dicho es que los Farlow han invitado a Sophy.

Darrow asintió sin decir palabra.

—Owen no desea que ni Adelaide ni su abuela tengan la menor idea de lo que ha pasado. La necesidad de proteger a Sophy le ayudará a controlarse. Por fin vuelve a ser razonable, pobre muchacho, y ya se avergüenza de su comportamiento. Me ha pedido que te lo diga y, sin duda, te lo dirá él mismo.

Darrow hizo un gesto de protesta.

—En realidad, no merece la pena volver a hablar del asunto.

—Ni siquiera pensar en ello —dijo ella, exultante—. Prométeme que te olvidarás de todo. Prométeme que no serás duro con él.

A Darrow le estaba resultando más fácil asentir con sonrisas.

—¿Y por qué te parece necesario pedirme que no sea duro con él?

Anna dudó unos instantes y apartó los ojos de Darrow. Luego volvió a mirarlo, esta vez sonriendo.

—Quizá porque tampoco quiero que lo seas conmigo.

—¿Contigo?

—Sí. Porque ahora comprendo mejor cómo puede llegar una a atormentarse con cosas irreales.

Al oír estas palabras, la tensión de Darrow comenzó a ceder. La mirada de Anna, tan seria y a la vez tan dulce, era como un estanque profundo en el que podía sumergirse y ocultarse de la mirada de sus propias miserias. A medida que aquel estado extático lo envolvía, más difícil le resultaba seguir la conversación y encontrar respuestas, porque, en realidad, ¿no era acaso lo único que importaba que su voz siguiera fluyendo y que sus palabras se posaran sobre el torturado cerebro de él igual que suaves caricias?

—¿Alguna vez te has despertado feliz después de un mal sueño —continuó Anna—, en tu propio dormitorio, y has recordado el horror que has conocido, pero ya sin miedo? Pues eso es lo que me está pasando a mí. Y por

eso entiendo a Owen... —y entonces alzó la voz, al tiempo que apretaba el brazo de Darrow—. *¡Porque yo también he soñado ese horror!*

En ese momento, él la comprendió.

—¿Tú? —dijo, tartamudeando.

—¡Perdóname! ¡Y deja que te cuente! Comprenderás mejor a Owen... Veía pequeñas cosas, pequeñas señales, cuando me ponía a pensar en ello: tu negativa a hablar de ella, la actitud reservada que ella guardaba contigo, un comportamiento que nunca le había visto.

Entonces echó una carcajada.

—¿Y ahora entiendes por qué? —dijo él, con las manos de ella en las suyas.

—Claro que lo entiendo, y por eso quiero que te rías de mí conmigo. Porque había más cosas, todavía más fantásticas... Incluso anoche, en la terraza, su abrigo rosa...

—¿Su abrigo rosa? —dijo él, verdaderamente sorprendido. Al notarlo Anna, se ruborizó.

—¿Ya te has olvidado del abrigo rosa? El abrigo rosa que llevaba la muchacha con quien Owen te vio en París. Sí, sí, me había vuelto tan loca que hasta llegué a imaginarme eso... ¡Y ahora me hace reír! Pero tienes que saber que voy a ser una esposa muy celosa, ridículamente celosa... te lo estoy advirtiendo con tiempo...

Darrow le había soltado las manos. Anna se acercó y le rodeó el cuello con los brazos, un gesto de entrega poco usual en ella.

—No sé por qué, pero ser tan tonta ahora me hace más feliz.

Sus labios se abrieron en una risa callada, y el temblor de sus pestañas movió la sombra que proyectaban sobre sus mejillas. Darrow se dio cuenta, a través de una nube de dolor, de que le estaba ofreciendo toda su belleza como una copa brindada a sus labios. Sin embargo, cuando él se inclinó para besarla, una extraña oscuridad se interpuso entre ellos, los brazos se soltaron de sus hombros y, de pronto, Anna se apartó.

—Pero entonces, ¿ella estaba contigo? —exclamó y, tras mirarlo a los ojos, añadió—: ¡No digas que no! ¡Está escrito en tus ojos!

Darrow se puso en pie, incapaz de articular de palabra.

—¡No lo niegues, no lo niegues! ¿Qué crees que voy a imaginarme si lo niegas? ¿Es que no ves que todo lo dice tu rostro? Owen también lo ha notado, justo ahora. Cuando le he dicho que estaba más tranquila y que quería verte, ha contestado: «¿Eso también se lo debemos a Darrow?».

Darrow soportó la arremetida en silencio. Podría haber dicho alguna palabra para suavizar o negar, pero no estaba seguro de que, en aquel momento, sirviera para algo a menos que hubiera podido pronunciarla sin ser visto. En realidad, era consciente de lo que había ocurrido en su expresión como si hubiera obedecido a Anna y se hubiera mirado al espejo. Sabía que no podía ocultar ya lo que estaba escrito en su cara, como tampoco podía borrar de su alma el fogoso recuerdo de lo que acababa de vivir. Ante él, mirándole directamente a los ojos, y reflejándose en todas sus facciones, se encontraba tanto el hecho abrumador de la pasión de Sophy como el acto mediante el cual ella la había demostrado.

Anna volvió a hablar deprisa, enfervorizadamente, y el alma de Darrow se desgarró al oír la angustia de su voz.

—¡Habla de una vez! ¡Tienes que hablar! No te estoy pidiendo que perjudiques a la muchacha, pero tienes que comprender que es peor si guardas silencio. De ese modo dejas que me imagine lo peor... ella misma te lo diría si estuviera aquí... Lo peor que puedes hacer es conseguir que la odie, hacerme creer que ella y tú habíais planeado engañarnos...

—¡Oh, no, no es eso! —se oyó decir Darrow, antes de saber lo que quería decir—. Sí, la vi en París, pero me he visto obligado a respetar sus motivos para no divulgarlo.

Anna palideció.

—¿Estaba contigo en el teatro aquella noche?

—Estuve con ella en el teatro una noche.

—¿Y por qué te pidió que no lo dijeras?

—No quería que se supiera que nos habíamos visto.

—¿Por qué motivo?

—Se había peleado con la señora Murrett, había ido precipitadamente a París y no quería que los Farlow se enteraran. Yo me encontré con ella por pura casualidad, y me pidió que no contara a nadie nuestro encuentro.

—¿Por la pelea? ¿Porque estaba avergonzada de lo que había hecho?

—Oh, no. No tenía por qué avergonzarse de nada. Lo que pasaba era que los Farlow le habían buscado aquel trabajo y ella no quería que supieran lo poco que había aguantado y lo mal que se había portado con ella la señora Murrett. Se encontraba en una situación desesperada. La señora le había retenido el salario de aquel mes, sabía que los Farlow se molestarían mucho, y quería disponer de más tiempo para prepararlos.

Darrow se oyó hablar como si las palabras salieran de labios ajenos. Su explicación era bastante plausible, y creyó percibir que la mirada de Anna

perdía aspereza. Ella esperó hasta estar segura de que no iba a decir nada más y luego intervino de nuevo.

—Pero los Farlow lo sabían. Me lo dijeron antes de enviármela.

Darrow enrojeció igual que si hubiera caído en una trampa tendida ex profeso.

—Puede que ya lo supieran para entonces, pero antes no lo sabían...

—Eso no es motivo para que ahora siga queriendo ocultar vuestro encuentro.

—Es el único que puedo darte.

—Entonces le pediré otro yo misma —dijo, volviéndose y dirigiéndose a la puerta.

—¡Anna! —gritó, corriendo tras ella; inmediatamente, se controló—. ¡No lo hagas!

—¿Por qué no?

—No es propio de ti... no es generoso...

Anna se detuvo, derecha y pálida, pero, bajo la rigidez de su rostro, Darrow pudo adivinar el tumulto de sus dudas y sus miserias.

—Quiero ser generosa, no quiero que me cuente sus secretos. Pero las cosas no pueden quedar así. ¿No es mejor que vaya y le pida una explicación? Seguro que lo comprenderá y lo aclarará todo. Puede que esté ocultando una tontería: algo que horrorizaría a los Farlow, pero no a mí... —dijo, y se interrumpió para mirarlo a los ojos—. Una historia de amor, supongo... ¿no es eso? Tú la viste en el teatro acompañada de un hombre, ella se asustó y te pidió que mintieras. Estas pobres jóvenes tienen que portarse como si fueran máquinas... ¿no sabes la lástima que me dan!

—Si te da tanta lástima, ¿por qué no dejas que se vaya?

Anna lo miró fijamente.

—¿Dejar que se vaya? ¿Quieres decir para siempre? ¿Es eso lo único que tienes que decir en su favor?

—Deja que las cosas sigan su curso. Después de todo, es algo que sólo les concierne a ella y a Owen.

—Y a ti, y a mí, y a Effie, si Owen se casa con ella y yo la dejo con ellos. ¿No te das cuenta de que lo que me estás pidiendo es imposible? Esto nos afecta a todos.

—¡Deja que se vaya, deja que se vaya! —dijo Darrow, con un gemido.

—Entonces, ¿hay algo sucio detrás de todo esto? ¿Estaba con alguien cuando tú te la encontraste? ¿Estaba con alguien...? —dijo, y se calló. Darrow la vio luchar con sus propios pensamientos—. Si es que es eso,

naturalmente. ¿Es que no ves —le interpeló, en tono desesperado— que tengo que saberlo, y que es demasiado tarde para que sigas callado? No temas que te traicione, nunca permitiré la menor sospecha por parte de nadie. Pero debo saber la verdad, y creo que lo mejor para ella es que tú me la cuentes.

Darrow esperó un momento antes de hablar.

—Lo que te imaginas es pura fantasía. Ella estuvo en el teatro conmigo —dijo lentamente.

—¿Contigo?

Darrow vio cómo se estremecía, pero se controló en seguida y lo miró inmóvil e imperturbable, como una criatura recién herida antes de sentir el dolor.

—¿Y por qué habéis ocultado todo eso?

—Ya te he dicho que no fue idea mía —probó a decir—. Puede que tuviera miedo de que Owen...

—Pero ése no es motivo suficiente para que te pidiera que dijeras que apenas la conocías, que no la habías visto en años —dijo, mientras la sangre le cubría el rostro y la frente—. Incluso si tenía otros motivos, sólo podía haber uno para que tú la obedecieras...

El silencio los envolvió, un silencio en el que la estancia pareció de pronto repleta de voces. Los ojos de Darrow se desviaron hacia la ventana y descubrieron que el temporal de dos días antes había desnudado casi por completo las copas de los tejos de la explanada. Anna se había alejado y había puesto los codos sobre la repisa de la chimenea, la cabeza entre las manos. Darrow observó con nueva intensidad aquellos pequeños detalles de su aspecto que siempre había adorado: las ramificadas venas azules de la palma de sus manos, la cálida sombra que su cabello proyectaba sobre las orejas, y el propio color del pelo, completamente negro pero con un ligero matiz amarillento en la superficie, como las alas de ciertos pájaros. Se dio cuenta de que era inútil hablar.

—No voy a verla antes de que se marche —dijo Anna al cabo de un rato, con la cabeza alta. Darrow no respondió, y ella añadió, mirándolo a los ojos—: Por eso se va, ¿verdad? Porque te ama y no quiere renunciar a ti.

Darrow esperó. La mezquindad de una negativa convencional le resultaba tan evidente que, incluso si hubiera podido retrasar aquel descubrimiento, no habría sido capaz de recurrir a ella. Por debajo de todos sus temores, se encontraba el de traicionar la solemnidad de aquel momento.

—Ya ha renunciado a mí —dijo por fin.

XXVIII

Cuando Darrow salió de la habitación, Anna, inmóvil, se decía: «¡Tengo que creerle, tengo que creerle!».

Un instante antes, al estrecharlo en sus brazos, se había sentido completamente segura. Todos los espíritus de la duda habían sido exorcizados, y su amor volvió a ser otra vez la estancia limpia y fresca en la que cualquier pensamiento y cualquier sentimiento podían moverse en sagrada libertad. Pero fue entonces, al mirar los ojos de Darrow, cuando le pareció ver las mismísimas ruinas de su alma. Sólo podía expresarlo de esta manera. Era como si los dos hubiesen estado contemplado las dos caras de un mismo objeto, y mientras que la cara que ella veía era toda luz y vida, la de él fue un lugar lleno de tumbas...

Ahora no recordaba quién había hablado primero o incluso qué se habían dicho. Tan sólo que un momento después se encontró en el otro extremo de la habitación —una habitación que, de pronto, se había vuelto tan pequeña que, a pesar de la distancia que los separaba, sentía como si aún pudiese tocarla— gritándole y leyendo la confesión en su rostro.

Ése era entonces el secreto que guardaba, o, mejor dicho, el que ambos compartían: Darrow se había encontrado con la muchacha en París y la había ayudado a superar el bache —dejándole dinero, imaginaba—, ella se había enamorado de él y, al encontrárselo de nuevo, no había podido resistirse a su pasión. Anna, acurrucándose en el sofá, se enfrentaba a los hechos cara a cara.

La muchacha estaba en una situación desesperada: asustada, sin dinero, enfurecida por lo ocurrido y sin saber qué más daño podía sobrevenirle, dado el tipo de persona que era la señora Murrett. Darrow, al verla en esta hora de confusión, se había apiadado de ella, le había dado consejos y la había tratado bien, con el consiguiente y fatal resultado. Éstos eran los hechos vistos desde fuera, tal como Anna los había podido colegir; pero aún no se atrevía a imaginar todas las complejidades secretas que podían ocultar.

«Tengo que creerle, tengo que creerle». Repetía una y otra vez las palabras como un talismán. Después de todo, su comportamiento había sido normal: lo único que había hecho era defender los penosos secretos de la

muchacha hasta el final. Anna también empezó a contagiarse de su piedad, y en su pecho brotaron sentimientos más profundos y personales que el dolor de los celos. Aprovechando la seguridad de su buena suerte, anhelaba actuar con manos compasivas... Pero ¿y Owen? ¿Cuál iba a ser el papel de Owen? Primero se debía a él, tenía que protegerle no sólo del secreto que acababa de conocer, sino también, y muy especialmente, de sus consecuencias. Sí, la muchacha debía irse, no había ninguna duda, el propio Darrow lo había dicho desde el principio. Mas al pensarlo, a Anna le repugnó el alivio que eso supondría, pues era como crear en su propio corazón la ilusión de una generosidad que era incapaz de sentir...

En lo único en que podía centrarse ahora era en que Sophy se marchaba de inmediato, en una hora como máximo. Una vez se fuera, sería más fácil convencer a Owen de que la ruptura era definitiva; y, si era necesario, habría que manejar a la muchacha para conseguirlo. Pero eso, Anna estaba convencida, no sería necesario. Estaba claro que Sophy se marchaba de Givré con la intención de no volver nunca más... De repente, mientras trataba de poner orden en sus pensamientos, oyó la voz de Owen tras la puerta.

—¡Madre! —una palabra con la que raras veces se dirigía a ella.

Había algo distinto en su voz: un matiz de impaciente felicidad que la impulsó a dirigirse inmediatamente al espejo para comprobar con qué rostro iba a recibirlo. Sin embargo, antes de darle tiempo a retocarse, Owen entró y la abrazó como a un compañero de colegio.

—¡Todo se ha arreglado! ¡Todo se ha arreglado! ¡Y todo gracias a ti! ¡Ponme toda la penitencia que quieras, con velas, campanas y todo lo que se te ocurra! Ya lo he arreglado todo con ella y me ha puesto en tus manos para que me insultes todo lo que quieras —dijo, y luego la soltó con una carcajada de felicidad—. Me ha castigado de cara a la pared hasta la semana que viene, pero luego iré a verla. ¡Y no hace más que repetirme que todo te lo debemos a ti!

—¿A mí? —fueron las únicas palabras que se le ocurrieron a Anna, mientras intentaba no dejarse arrastrar por los remolinos de la felicidad de su hijastro.

—Sí, has tenido tanta paciencia y la has tratado con tanto cariño. ¡Y ya has visto lo burro que he sido! —Anna intentó sonreír, cosa que a él le pareció aceptable, porque le devolvió una enorme sonrisa—. ¿Verdad que no era tan difícil darse cuenta? No, la verdad es que no se necesitaba un microscopio. Pero tú has sido tan sabia, tan paciente... como siempre. Estos últimos días he estado como loco, y la verdad es que tanto tú como ella teníais

todo el derecho del mundo a dejarme por imposible. Y, sin embargo, ¡todo se ha arreglado, todo se ha arreglado!

Anna se apartó unos pasos de él, intentando mantener la sonrisa en los labios e impedir que se diera cuenta de todo lo que estaba ocultando. En aquel momento, debía mostrar toda la sabiduría y paciencia del mundo.

—Me alegro tanto, querido, me alegro tanto... Ojalá pienses siempre tan bien de mí...

Entonces se interrumpió, sin saber demasiado bien lo que acababa de decir, pero espantada ante la idea de que sus propias manos estuvieran volviendo a atar el nudo que ella creía roto. Y se dio cuenta de que Owen quería decirle algo más, algo difícil de expresar pero completamente necesario. Le cogió las manos, la atrajo hacia sí y, con la frente repleta de aquellas cómicas y caprichosas arrugas que solían formársele, volvió a hablar.

—Escúchame —le dijo—: si Darrow me quiere llamar cerdo asqueroso no se lo impidas.

Estas palabras la volvieron de nuevo agudamente consciente del gran peligro que se cernía: había que ocultarle el secreto aunque sus ya maltrechos nervios tuvieran que pagar el precio.

—Bueno, ya sabes que nunca me pide permiso —dijo. En conjunto, sonó mejor de lo que cabía esperar.

—¿Quieres decir que ya me lo ha llamado? —dijo Owen, aceptando el hecho con una alegre carcajada—. Bueno, pues eso evita muchos trastornos. Ahora podemos planificar el día —siguió diciendo, consultando el reloj—. Como sabes, Sophy se marcha en menos de una hora; en estos momentos, ella y Adelaide deben de estar comiéndose un *sandwich* a toda prisa. ¿Vas a bajar a despedirte de ellas?

—Claro que sí.

En realidad, se le había ocurrido, mientras Owen hablaba, que era urgente ver a Sophy Viner antes de su marcha. La idea le resultaba profundamente desagradable: Anna no deseaba encontrarse con la muchacha hasta haberse abierto paso entre sus propias perplejidades. Mas era obvio que, desde que se separaron hacía apenas una hora, la situación había dado un giro inesperado. Al parecer, Sophy Viner había reconsiderado su decisión de romper, de forma amigable pero definitiva, con Owen, y volvía a estar en medio del camino, a la vez amenaza y misterio; y un confuso impulso de resistencia se agitaba en el alma de Anna. Entonces notó la mano de Owen en su brazo.

—¿Vienes?

—Sí, sí, en seguida.

—¿Qué te ocurre? ¡Estás muy rara!

—¿Qué quiere decir rara?

—No lo sé. Asustada, sorprendida...

Anna entendió cuál debía ser su aspecto al verse reflejada en la cara de Owen.

—¿Eso parezco? ¡Es perfectamente normal, después de todos los sustos que nos has dado esta mañana!

Pero Owen no se dejó convencer.

—Pareces más asustada ahora, cuando ya no hay motivo alguno. ¿Qué diablos ha ocurrido desde que nos vimos por última vez?

Owen recorrió la habitación con la mirada, como buscando pistas que explicaran el estado de su madrastra, quien, por miedo a lo que pudiese imaginar, improvisó una respuesta.

—Lo que ha ocurrido es, simplemente, que me encuentro bastante cansada. ¿Por qué no le dices a Sophy que suba a verme aquí?

Mientras esperaba, intentó pensar lo que iba a decir cuando la muchacha apareciera, pero nunca había percibido con tanta nitidez su incapacidad para manejar lo oblicuo y lo tortuoso. No conocía las amargas lecciones de la experiencia, y un desdén instintivo por todo aquello que era menos claro y abierto que su propia conciencia le había impedido reconocer los abismos y contradicciones de otros corazones. Se dijo: «Debo enterarme...», y, sin embargo, todo su ser se resistía a aplicar los medios que sabía que tendría que utilizar para lograrlo.

Sophy Viner apareció casi de inmediato, dispuesta para el viaje, con su pequeño bolso colgado del brazo. Aún estaba pálida e incluso demacrada, pero había cierta luz en sus ojos que sorprendió a Anna. ¿O quizá era que la veía por primera vez no como institutriz de Effie ni como esposa de Owen, sino como personificación de aquel peligro desconocido que acecha en el interior de toda mujer cuando piensa en su amante? En cualquier caso, Anna descubrió, con una repentina sensación de extrañeza, gracias y recovecos en la muchacha que no había percibido antes. Fue sólo la breve luz de un instinto primitivo, pero duró lo bastante para avergonzarla de las oscuridades que alumbraba en su corazón...

Le dijo a Sophy que se sentara en el sofá, a su lado.

—Te he pedido que subieras porque quería despedirme de ti —dijo, advirtiendo cómo le temblaban los labios pero intentando hablar con amistosa naturalidad.

La única respuesta de la muchacha fue una débil sonrisa de asentimiento, que desconcertó a Anna. Ésta prosiguió:

—Entonces, ¿has decidido no romper tu compromiso?

Sophy Viner levantó la cabeza y la miró, sorprendida. Evidentemente, la pregunta, planteada así, debió de parecerle extraña viniendo de labios de una persona tan beligerante como la señora Leath.

—Pensé que era lo que quería —dijo.

—¿Lo que yo quería? —respondió Anna, mientras el corazón le daba un vuelco—. Lo que quiero es lo mejor para Owen... Es completamente natural, como comprenderás, que ésa sea siempre la primera consideración.

Sophy la miraba tranquila.

—Supongo que fue la única que usted consideró, en su caso.

La rudeza de aquella respuesta excitó el latente antagonismo de Anna.

—¿Ah sí? —dijo, en un tono tan seco que ella misma se asustó al oírlo. ¿Le había hablado antes así a alguien? Sintió temor, como si su auténtica naturaleza estuviese cambiando sin que ella se diera cuenta. Luego, al ver la mirada atónita de la muchacha, continuó—: La verdad es que me ha sorprendido lo rápido que has cambiado de opinión. Cuando terminamos de hablar, quedó claro que ibas a reflexionar sobre tu decisión...

—Sí.

—¿Y bien?

Anna esperó una respuesta que no llegó. No acababa de entender la actitud de la muchacha, el filo de ironía que se desprendía de sus monosílabos, la decisión premeditada de dejar que su interlocutora expusiese todas las pruebas. Anna tuvo de pronto la necesidad de elevar la conversación por encima de aquel mezquino nivel de desafío y desconfianza. Miró a Sophy intentando buscar su comprensión.

—¿No es mejor que hablemos con toda franqueza? Lo que me ha desconcertado es tu cambio de actitud. La verdad es que no debería sorprenderte. Es cierto, te pedí que no rompieras con Owen tan de repente, y te lo pedí, créeme, tanto por él como por ti. Quería que tuvieras tiempo para reflexionar sobre las dificultades que parecen haber surgido entre vosotros. Y creí que ibas a tardar algo más en decidirte cuando tú misma reconociste que necesitabas tiempo para reflexionar y que no ibas a aceptar de Owen más de lo que tú misma le podías dar. Pero este cambio me obliga a hacerte la pregunta que tú misma tendrías que haberte hecho. ¿Existe algún motivo que te impida casarte con Owen?

—¿Algún motivo? ¿A qué llama usted un motivo?

Anna siguió mirándola sin pestañear.

—¿Quieres a otra persona? —dijo.

La primera reacción de Sophy fue de asombro y, luego, de cierto alivio. Devolvió a Anna la misma mirada penetrante, en la que se detectaba un evidente reproche.

—¡Podría haber esperado! —exclamó.

—¿Esperado?

—Hasta que me hubiese ido, hasta que hubiese dejado esta casa. Lo habría sabido, lo habría adivinado —dijo, mirando directamente a los ojos de Anna—. Sólo quería prolongar sus esperanzas un poco más de tiempo, para que no sospechara nada. Por supuesto, no puedo casarme con él.

Anna no se inmutó, asustada por la franqueza de la revelación. También ella temblaba, menos por rabia que por una confusa compasión. Pero era una sensación tan mezclada con otras, menos generosas y más oscuras, que no encontró palabras para expresarla. Las dos mujeres se miraron cara a cara.

—Será mejor que me vaya —murmuró Sophy por fin, con la cabeza gacha.

Estas palabras despertaron en Anna un difuso sentimiento de piedad. La muchacha era joven, tan indefensa y tan sola... ¡y qué pensamientos debía guardar su corazón! Era imposible despedirla de esa manera.

—Quiero que sepas que nadie ha dicho nada... He sido yo quien...

—¿Quiere decir que el señor Darrow no le ha dicho nada? Claro que no. Yo sabía que no iba a hacerlo. Fue usted quien lo averiguó, así de sencillo. Yo sabía que lo haría. Si yo hubiera estado en su lugar, lo habría averiguado antes.

Sophy habló con normalidad, sin ironía ni retintín alguno, pero sus palabras atravesaron a Anna como una espada. Sí, seguramente la muchacha adivinaba cosas, tenía presentimientos de los que ella carecía. Casi tuvo envidia de aquel conocimiento tan precoz y doloroso.

—Lo siento, lo siento, lo siento... —murmuró.

—Las cosas ocurren así. Ahora es mejor que me vaya. Me gustaría despedirme de Effie.

—¡Oh! —exclamó de pronto la madre de Effie—. ¡No debes irte así! ¡No, por favor! Me haces sentir muy mal, como si te estuviera echando.

Aquellas palabras salían de las profundidades de su aturrida compasión.

—Nadie me está echando. Tenía que marcharme —oyó decir a la muchacha.

Hubo otro silencio, durante el cual los apasionados impulsos de ser magnánima batallaron en el alma de Anna con sus dudas y temores. Por fin dijo, mirando directamente a Sophy:

—Sí, debes irte ya —comenzó— pero cuando pase el tiempo, cuando todo esto termine, si no hay ningún motivo para que no te cases con Owen —y aquí se detuvo un instante— no quisiera que pensaras que yo me entrometí...

—¿Usted? —exclamó Sophy, y luego palideció. Pareció querer añadir algo, pero ninguna palabra salió de sus labios.

—¡Sí! No es verdad lo que acabo de decir, que sólo me importara Owen. Lo lamento, lo lamento mucho también por ti. Sé lo difícil que ha sido tu vida, mientras que la mía ha estado tan llena... ¡Las mujeres felices sabemos entender mejor las cosas! —Anna se acercó y tocó la mano de la muchacha, y entonces empezó de nuevo, poniendo toda el alma en sus frases entrecortadas —: Ahora debe de ser terrible, no ves futuro alguno... pero quizá, poco a poco... como sabes muy bien... eres muy joven... a tu edad siguen ocurriendo cosas. Si no hay ningún motivo para que no te cases con Owen, quiero que le des esperanzas. Yo le ayudaré a esperar... si tú me lo dices...

Con la intensidad de su súplica agarró aún con más fuerza la mano de la muchacha, pero el calor no arrancó ningún temblor a modo de respuesta: la muchacha parecía no sentir nada, y a Anna le asustó el profundo silencio que expresaba su mirada. «Supongo que soy sólo una mujer a medias —pensó—, porque no quiero que mi felicidad la hiera». Y volvió a repetir:

—Si me dices que no hay ningún motivo...

La muchacha no dijo nada; pero de pronto, como una rama que se desgaja del árbol, se inclinó, cogió la mano que le agarraba la suya y la besó mientras se echaba a llorar. Lloró en silencio, sin parar, abundantemente, como si el gesto de su interlocutora hubiera liberado las aguas de un profundo mar de dolor. Luego, cuando Anna, con cierto temor, se acercó a ella, Sophy se levantó y se marchó.

—¿Te vas entonces, para siempre, así? —Anna avanzó un paso y se detuvo.

Sophy se detuvo también pero evitó mirarla a los ojos. Anna dio un grito y se cubrió la cara con las manos. La muchacha recorrió la habitación y volvió a pararse en el umbral de la puerta. Desde allí dijo:

—Es lo que quería y lo que he elegido. ¡Fue bueno conmigo! ¡Nadie ha sido nunca tan bueno conmigo!

El pomo de la puerta giró, y Anna la oyó marcharse.

XXIX

Lo primero que pensó Anna fue: «Él también se irá dentro de unas horas. No tengo por qué verlo antes de que se vaya...».

En aquel momento, la posibilidad de mirar a Darrow a la cara, de oírle hablar, le parecía más insoportable que nada que pudiese imaginar. Luego, con la siguiente oleada de sentimientos, vino el deseo de enfrentarse con él de inmediato y de arrancarle algo que no sabía bien lo que era: una confesión, una negativa, una justificación, cualquier cosa que ofreciese una vía de escape a toda la angustia contenida en su pecho.

Le había dicho a Owen que estaba cansada, lo cual parecía motivo suficiente para quedarse en el piso de arriba cuando el automóvil recogiera a la señorita Painter y a Sophy Viner en la puerta: suficiente también para excusarse ante la señora de Chantelle y no bajar hasta la hora de almorzar. Tras pedirle a la criada que le transmitiera este mensaje, se echó en el sofá y contempló la oscuridad que se cernía a su alrededor...

No era la primera vez que era infeliz, y veía agolparse los sufrimientos pasados igual que fantasmas hambrientos alrededor de su nueva desgracia: se acordó de su decepción juvenil, de su desastre matrimonial, de los años perdidos que siguieron; pero éstas eran penas negativas, negaciones y aplazamientos de la vida. De ninguna manera se identificaba con aquella etérea víctima, ahora que estaba tendida en el ardiente potro de lo irreparable: había sufrido antes, de modo lúcido, reflexivo, elegíaco; ahora sufría como debe de sufrir un animal herido, ciego y furioso, y deseaba, también como un animal, que aquel terrible dolor cesara.

Entonces oyó a la criada llamar a la puerta, pero escondió la cara y no respondió. Los golpes continuaron, y sus disciplinados hábitos le obligaron por fin a levantar la cabeza, retocarse la cara y coger la nota que la sirvienta le traía. Era de Darrow: «¿Puedo verte?».

En seguida, con voz hueca y vacía, dijo:

—Dígale al señor Darrow que suba.

La criada preguntó si deseaba que le cepillara el pelo antes, y ella le contestó que no era necesario. Sin embargo, tras cerrarse la puerta, un orgullo

instintivo la llevó a ponerse de pie, mirarse al espejo situado encima de la repisa de la chimenea y alisarse el pelo. Los ojos le ardían y su cara parecía triste y ajada, pero por lo demás su aspecto era el de siempre. Se extrañó de que en un momento así su cuerpo pareciera tan desvinculado del ser que agonizaba en él, como si fuera una estatua o un cuadro.

La criada entró para anunciar a Darrow, quien se detuvo en la puerta esperando que Anna dijera algo. Estaba muy pálido, pero no parecía avergonzado ni dubitativo, y ella se dijo, con perversa admiración: «Es tan orgulloso como yo».

—¿Querías verme? —le dijo en voz alta.

—Naturalmente —replicó él en tono grave.

—¿Para qué? Es inútil. Lo sé todo. Nada de lo que me digas va a mejorar las cosas.

Ante esta afirmación tan directa, Darrow se puso aún más pálido y sus ojos, que no dejaban de mirarla con decisión, revelaron su dolor.

—¿Entonces yo no tengo ningún derecho a decidir sobre esa cuestión?

—¿Qué cuestión?

—Que no hay nada más que decir —dijo e hizo una breve pausa, como esperando que ella le contestara. Luego añadió—: Ni siquiera sé lo que quiere decir «todo».

—No sé qué más puede haber, pero ya sé bastante. ¿Qué podemos decirnos tú y yo? Le pedí que lo negara y no pudo...

La voz de Anna se quebró en llanto. La angustia animal volvía a apoderarse de ella, como un grito lúgubre contra el dolor. Darrow mantenía la cabeza alta y no pestañeó.

—Entonces hagamos lo que tú deseas, pero no es propio de ti acobardarte.

—¿Acobardarme?

—No querer hablar las cosas, enfrentarse con ellas.

—Eres tú quien tiene que enfrentarse con esto, no yo.

—Y quiero enfrentarme, pero contigo —dijo, y volvió a hacer otra pausa—. ¿Por qué no me dices lo que te ha contado la señorita Viner?

—Es generosa... muy generosa.

El dolor la invadió como un espasmo agudo. De pronto se imaginó lo mucho que la muchacha debía amarle para ser tan generosa. ¡Qué buenos momentos debían de haber pasado juntos!

—Vete, por favor. Es demasiado horrible. ¿Por qué tengo que verte? —musitó, tartamudeando y tapándose los ojos con las manos.

Con la cara oculta, esperó a que se fuera, a que la puerta se abriera y cerrara otra vez, como, unas horas antes, se había abierto y cerrado para Sophy Viner. Pero Darrow no se movió: él también esperaba. Anna sintió rabia: la presencia de Darrow era un insulto para su dolor, una humillación para su orgullo. ¡Era extraño que esperara oírsele decir!

—¿Quieres que me vaya de Givré? —preguntó por fin, pero Anna no dijo una palabra y él continuó—. Haré lo que desees, no te preocupes, pero quiero saber, antes de irme, si volveré a verte o no.

Su voz era firme, como si su propio orgullo desafiase al de Anna.

—Debes comprender que es inútil... —dijo ella, a trompicones.

—Tendría que recordarte que me estás echando sin oírme siquiera.

—¡Sin oírte siquiera! ¡Ya os he oído a los dos!

—Pero no voy a recordarte —continuó— ni eso ni ninguna otra cosa, sólo a Owen.

—¿A Owen?

—Sí. Si al menos pudiéramos mantenerlo al margen...

Anna dejó caer las manos y lo miró con sobresalto. Parecía que había pasado un siglo desde la última vez que pensó en Owen.

—¿Es que no ves —continuó Darrow— que si ahora me dices que me vaya...?

—Sí, lo veo —interrumpió ella.

Entonces se produjo un largo silencio. Finalmente, dijo con voz muy baja:

—No quiero que nadie más sufra como yo estoy sufriendo...

—Owen sabe que yo tenía pensado marchar mañana —siguió Darrow—, y le extrañaría cualquier cambio súbito de planes...

Anna captó la inevitable lógica de la propuesta: el horror la afectaba por todos lados. Había creído posible controlar su dolor y enfrentarse con Darrow, sabiendo que era la última hora que pasarían juntos, y que en cuanto saliese de la habitación no tendría que temer volver a encontrárselo, ni que su cercanía, su mirada, su voz y todas las influencias invisibles que brotaban de él le disolvieran el alma y la debilitaran. Pero le fallaban las fuerzas ante la idea de tener que conspirar con él para proteger a Owen, de representar con él, en consideración a Owen, un amago de unión y felicidad. Vivir a su lado en aparente intimidad y armonía veinticuatro horas más le parecía más difícil que vivir sin él el resto de sus días. Su resistencia se quebró, y enterró sus sollozos en los mismos almohadones en los que, tantas veces, había ocultado un rostro henchido de felicidad.

—Anna —le dijo Darrow desde muy cerca—. Deja que te explique las cosas con tranquilidad. No merece la pena que nos asustemos.

Cualquier palabra afectuosa la habría ofendido, pero su corazón se puso en guardia ante esta apelación a su coraje.

—No voy a defenderme —siguió—. Los hechos son bastante tristes, pero al menos quiero que los veas como son en realidad. Sobre todo, quiero que sepas toda la verdad sobre la señorita Viner.

Aquel nombre hizo enrojecer la frente de Anna. Levantó la cabeza y lo miró a la cara.

—¿Y para qué quiero saber más que lo que ella misma me ha contado? ¡No quiero oír más su nombre!

—Te lo pido porque sé lo que sientes por ella. En nombre de la pura compasión, deja que te cuente las cosas como sucedieron, y no como te las estás imaginando.

—Ya te he dicho que me da cierta pena. Pero no quiero volver a pensar en ella...

—Por eso he dicho que tienes miedo.

—¿Miedo?

—Sí. Tú siempre has dicho lo que querías, te has enfrentado con la vida y con los problemas tal como son, sin miedo y sin hipocresías, y no siempre ha sido una visión agradable —dijo Darrow, y continuó tras una pausa—: No creas que estoy defendiéndome. No quiero decir ni una sola palabra que justifique mis actos. En realidad, no quiero hablar de mí mismo. Porque, incluso si lo hiciera, posiblemente no sería capaz de hacerte comprender... ni siquiera yo me comprendo cuando lo recuerdo. Sé justa conmigo, es tu derecho. Lo único que te pido es que seas generosa con la señorita Viner...

—¡Tú eres libre para ser todo lo generoso que quieras con ella!

—Sí. Ya me has dejado claro que soy libre. Pero nada de lo que yo pueda hacer por ella la ayudará más que tu comprensión.

—¿Nada de lo que puedas hacer por ella? ¡Puedes casarte con ella!

El rostro de Darrow se endureció.

—No podrías desearle nada peor.

—Seguramente es lo que ella esperaba —dijo Anna, mientras Darrow guardaba silencio—. O si no... ¿qué tipo de persona es ella? ¿Y tú? ¡Es demasiado horrible! Y todo sucedió cuando venías hacia aquí, a verme...

Entonces notó las lágrimas en la garganta y se interrumpió.

—Por eso pasó —dijo Darrow, de repente, mientras ella lo miraba—. Venía a verte, después de que tú retrasaras y pospusieras nuestro encuentro

tantas veces. Al final, volviste a posponerlo sin ninguna palabra ni explicación. Esperé una carta que nunca llegó. Y no digo esto para justificarme, sino sólo para que lo entiendas mejor. Me sentía herido, amargado, confuso... Pensé que tu intención era abandonarme. Y de pronto, me topé con una persona a la que podía compadecer y ayudar. Así fue como empezó todo, te lo juro. El resto fue producto de una fantasía momentánea... un rapto de locura, que es como pasan estas cosas. No volvimos a vernos desde entonces...

Anna lo miró fríamente.

—Lo que has dicho la describe muy bien.

—Sí. Si la juzgas por criterios convencionales, que es lo que siempre has dicho que nunca haces.

—¿Criterios convencionales? Una muchacha que... —dijo, y en aquel momento le asaltó un súbito ataque de repugnancia física—. ¡Siempre pensé que era una aventurera!

—¿Siempre?

—No siempre. Después de tu llegada...

—No es una aventurera.

—¿Quieres decir que argumenta sus actos recurriendo a las nuevas teorías? ¿Esas ideas por las que protestan las mujeres en las tribunas?

—Oh, bueno, no creo que pretendiera tener ninguna teoría...

—¿Ni siquiera tenía esa excusa?

—Tenía la excusa de su soledad, de su infelicidad, de una vida de miserias y humillaciones que una mujer como tú no puede siquiera imaginar. Sus únicos recuerdos eran la indiferencia y la amargura, y su única perspectiva de futuro, la ansiedad. Vio que a mí me daba pena y se conmovió. Yo debería haber sentido el peligro que corría, pero ni siquiera lo vi. Mi comportamiento no tiene excusa.

Anna lo escuchaba en silenciosa desdicha. Cada palabra que pronunciaba arrojaba una luz destructora sobre el pasado que habían compartido. Darrow había llegado con el rostro limpio y abierto, ¡y acababa de correr aquella aventura! Si su aplomo era producto de la falsedad, era horrible; si del olvido, era aún peor. Le habría gustado taparse los oídos, cerrar los ojos, ocultarse a cualquier visión, sonido o indicio de un mundo en el que sucedían ese tipo de cosas. Y, al mismo tiempo, la atormentaba el deseo de saber más, de comprender mejor, de sentirse menos ignorante e inexperta en asuntos tan propios de la experiencia humana. ¿Qué quería decir Darrow con «una fantasía momentánea, un rapto de locuras»? ¿Cómo se lanzaban las personas

a aquel tipo de aventuras y cómo salían de ellas sin huellas visibles de sus estragos? Su imaginación retrocedió ante la posibilidad de que el envilecimiento le pareciera de pronto algo habitual: le pareció que sus pensamientos nunca más podrían ser puros...

—Te lo juro —oyó decir a Darrow—. Eso fue todo lo que pasó. Nada más.

Anna se maravilló de su compostura, de su destreza, de su capacidad para decir exactamente lo que quería. Sin duda, los hombres tenían que dar a veces explicaciones parecidas y se sabían de memoria la fórmula... Una pesada languidez la invadió de pronto. Pasó de la hoguera y el tormento a un mundo frío e incoloro en el que todo lo que la rodeaba parecía indiferente y remoto. Durante un instante, simplemente dejó de sentir.

Se dio cuenta de que Darrow esperaba que dijera algo, e intentó descifrar el significado de lo que él le acababa de decir; pero tenía la cabeza tan opaca como un espejo empañado. Por fin, dijo:

—Creo que no he entendido lo que me has dicho.

—No, no lo has entendido —respondió Darrow con repentina amargura y, en sus labios, el cargo de incompreensión a ella le pareció una ofensa.

—¡Es que no quiero entender ese tipo de cosas!

—No te preocupes. Nunca las vas a entender... —contestó él secamente.

Los dos se miraron durante un instante como verdaderos enemigos. Luego, aquella acusación arrancó las lágrimas de Anna.

—¿Me estás diciendo que soy incapaz de entender nada, que soy demasiado dura?

—No. Eres demasiado elevada y fina... Estas cosas te son demasiado ajenas.

Darrow se interrumpió, como consciente de la futilidad de proseguir la conversación y, de nuevo, durante un breve momento, los dos se miraron, pero no como enemigos, sino como seres que hablaran lenguas diferentes y que hubieran olvidado las pocas palabras que cada uno conocía de la lengua del otro. Darrow rompió aquel silencio.

—Lo mejor es, se mire como se mire, que me quede hasta mañana, pero no voy a molestarte. No es necesario que estemos a solas otra vez. Sólo quiero asegurarme de cuáles son tus deseos.

Darrow pronunció esta última frase con voz equilibrada, como si estuviera resumiendo las conclusiones de una reunión comercial. Anna le dirigió una mirada indefinida.

—¿Mis deseos?

—Respecto a Owen...

—¡Nunca deben verse de nuevo! —exclamó.

—No es probable que eso ocurra. Lo que quería decir es que depende de ti evitarle...

—Nunca sabrá nada —respondió ella de pronto.

—Entonces, adiós —dijo Darrow, tras otro silencio.

Al oír estas palabras, Anna pareció entender por primera vez el lugar en que los habían dejado esos fugaces momentos. Ya no había resentimiento ni indignación, y lo único que veía su conciencia era a Darrow, de pie ante ella, al alcance de su mano, pero también que, en un instante, aquel espacio quedaría vacío.

Entonces sintió una debilidad mortal, un deseo cobarde de rogarle que se quedase, un anhelo de arrojarse en sus brazos y refugiarse en ellos de la angustia insoportable en que la había sumido. Y aquella visión conjuró otro pensamiento: «Nunca conoceré lo que esa muchacha ha conocido...», y un súbito arranque de orgullo la devolvió a las agudas aristas de su angustia.

—Adiós —le dijo, temiendo que pudiese leer en su rostro; y no se inmutó, la cabeza alta, mientras él se dirigía a la puerta y salía.

Libro quinto

XXX

Tres días después, Anna Leath se hallaba en el saloncito de la señorita Painter en la rue de Matignon.

Tras un precipitado viaje desde el campo, había llegado a París a la una en punto de la tarde y diez minutos más tarde llamaba a la puerta de la señorita Painter. El pequeño y mustio mayordomo, que siempre llevaba una servilleta bajo el brazo, había intentado tímidamente impedirle el paso; pero Anna, tras insistir, se fue derecha al comedor y sorprendió a su amiga comiendo, de modo furtivo como ciertos animales, un extraño almuerzo compuesto de cordero frío y limonada. Sin prestar atención alguna al azoramiento causado, expuso sin rodeos el objeto de su visita y la señorita Painter, siempre tocada y calzada para cualquier ocasión, partió inmediatamente dejándola en aquella solitaria habitación en la que nunca ardía un fuego, los muebles estaban siempre enfundados y las contraventanas cerradas.

Anna estuvo sola casi dos horas en aquella oscuridad poco acogedora. Sin embargo, ni la oscuridad ni la soledad le resultaron desagradables pues, dada su impaciencia por conocer el resultado de la misión encomendada a su anfitriona, lo que más deseaba era no ser molestada. Durante aquellas largas horas de meditación, en una silla cubierta por una funda blanca delante de la chimenea apagada, logró vislumbrar por primera vez una salida a la niebla y confusión de sus pensamientos. A pesar de todo, no llegó muy lejos en su intento, tan débil y espasmódico como los esfuerzos de un enfermo convaleciente por aferrarse a la vida. En efecto, Anna se veía a sí misma como una persona que lucha por recuperarse de una larga enfermedad de la que hubiera sido más fácil morir. En Givré la había invadido una extraña languidez, y su alma había muerto atravesada por flechas de dolor. Y ya sufriera o fuera insensible, la vida real y sus propios quehaceres le habían sido igualmente ajenos.

Sólo el descubrimiento —aquella misma mañana— de la inesperada partida de Owen hacia París la sacó de su letargo y la obligó a actuar. El temor a las consecuencias de este viaje había reavivado su sentido de la responsabilidad, y, desde el momento en que decidió salir en busca de su

ahijado, su cabeza había vuelto a funcionar febril y atropelladamente, aunque con cierta normalidad. En el tren se había sentido demasiado agitada y preocupada por lo que pudiera encontrar para imaginar otra cosa que alternativas funestas, pero la imperturbabilidad de la señorita Painter la serenó y, mientras esperaba oír la llave en la cerradura, volvió a pensar decididamente en sí misma.

Sobre su conducta ante los demás, al menos podía creer que había logrado su propósito. Tal como suele decirse, había estado a la altura de las circunstancias durante las veinticuatro horas que precedieron a la partida de George Darrow; había puesto buena cara en sus habituales quehaceres, e incluso había conseguido evitarlo sin que se notara demasiado. Luego, al día siguiente, poco antes del amanecer, parapetada tras las persianas cerradas donde había pasado, con los ojos secos, media noche en vela, había oído arrancar el automóvil que lo llevaba a la estación para coger el tren que enlazaba con el de París a Calais.

El hecho de que cogiese aquel tren y de que se alejara tan claramente de ella dejó en los acontecimientos una impronta definitiva de realidad. Se había ido, no iba a volver, y su vida terminaba justo cuando ella pensaba que iba a comenzar. En un primer momento, no dudó de la absoluta inevitabilidad de esta conclusión. El hombre que salió de su casa aquel amanecer otoñal no era el que ella amaba, sino un extraño con quien no compartía ni un solo pensamiento. Sin embargo, era terrible que tuviese el mismo rostro y hablara con la misma voz que su querido amigo y que, si alguna vez compartieran de nuevo el mismo techo, un simple movimiento o mirada suyos pudiesen eliminar de un plumazo el abismo que los separaba. Sin duda, todo era achacable a su exagerada sensibilidad a los acontecimientos externos, y le asustó pensar lo mucho que dependía de ellos. Uno o dos días antes, había creído que el honor era su sentimiento más profundo: si había sonreído ante las convenciones de los demás, había sido porque éstas eran demasiado triviales, no porque fueran demasiado graves. Había ciertas deshonras, pensaba, que nunca podrían ser objeto de pacto, dada su incorruptible pasión por la justicia y la buena fe.

También había pensado que, una vez libre de Darrow y del peligro de verle y oírle, estos altos ideales la mantendrían incólume. Había creído que iba a ser posible separar la imagen del hombre que ella se imaginaba de la del hombre real, e incluso se le ocurrió que, con el tiempo, podría erigir un monumento funerario a la memoria del Darrow que había amado sin miedo a que su doble imagen lo desvirtuara. Sin embargo, ahora entendía por primera

vez que aquellos dos hombres eran uno solo. El Darrow que adoraba era inseparable del que aborrecía y la inevitable conclusión era que los dos debían desaparecer, y que ella se quedaría sola en un desierto de aflicciones en el que no existían los recuerdos...

Pero si el futuro se presentaba tan vacío, el presente estaba aún demasiado repleto de acontecimientos. Ningún otro revés de su vida había tenido repercusiones tan complejas; y el recuerdo de Owen la obligó a dejar de pensar en sí misma. ¿Qué impulso, qué aprensión le había hecho marchar a París tan de súbito? ¿Y por qué creyó que era mejor ocultarlo? Sophy Viner se había marchado con la promesa de que sería ella quien lo llamaría, y parecía improbable que Owen rompiera aquel pacto y fuera en su busca sin su permiso, a menos que su intuición de amante le advirtiera de algún peligro inminente. Anna recordó cómo su hijastro detectó en seguida cierta alarma en su rostro cuando le dijo que la señorita Viner había prometido volverlo a ver en París. Algo debió de sospechar en aquel momento y desde entonces, si tanto Darrow como ella habían estado fingiendo, posiblemente él había optado por hacer lo mismo. Resultaba degradante para la franqueza de la que se vanagloriaba pensar que habían vivido como enemigos que espían sus respectivos movimientos: Anna sentía de pronto una desesperada nostalgia por aquellos días que le habían parecido tristes y vacíos, pero en los que, al menos, podía caminar con la cabeza alta y sin taparse los ojos.

Se había desplazado hasta París sin saber apenas qué peligros la acechaban, y aún menos cómo podría evitarlos. Si Owen tenía la intención de ver a la señorita Viner —¿y qué otra intención podría tener?— ya debían de haberse visto, y sería demasiado tarde para impedirlo. Por un momento, a Anna se le ocurrió que París podía no ser su meta, sino que el motivo de su huida secreta de Givré podía ser seguir a Darrow a Londres para exigirle que le contara la verdad. Pero esto, incluso a su imaginación alertada, le parecía ahora bastante improbable. Darrow y ella habían fingido tan bien hasta el final que, por mucho que Owen sospechara, era difícil creer que arriesgara tanto basándose en puras conjeturas. Si lo que buscaba era una explicación, lo más probable era que se la exigiera a Sophy Viner; y por eso había enviado a la señorita Painter en su busca.

En la estólida impasibilidad de Adelaide había encontrado un bendito refugio para sus perplejidades. En su caso, siempre era posible predecir lo que iba a pensar y luego actuar de forma astuta a partir de sus conclusiones. Era como un perro de caza bien adiestrado cuyo interés en la presa termina en cuanto la deposita a los pies de su amo. Al llegar, Anna se había limitado a

decir que la inesperada huida de Owen le había hecho temer la posibilidad de un malentendido con la señorita Viner, y que, en aras de la paz, había pensado que lo más conveniente era seguirlo. No obstante, se apresuró a añadir que no le apetecía lo más mínimo encontrarse con Sophy, sino simplemente conocer el paradero de Owen. La señorita Painter emprendió la búsqueda con estas simples instrucciones; pero, como era una mujer muy ocupada, advirtió a Anna de que antes de regresar debía visitar a una amiga recién llegada de Boston, y después a otro compatriota exiliado a quien debía entregar una provisión de arándanos y melocotones macerados en *brandy* de la tienda de ultramarinos norteamericanos de los Campos Elíseos.

Poco a poco, a medida que pasaban las horas, Anna empezó a experimentar la reacción que, en momentos de extremo nerviosismo, sigue a todo esfuerzo de la voluntad. Había ido todo lo lejos que la podía llevar su propio valor, y ahora se arredraba cada vez más ante el inminente retorno de la señorita Painter, ya que cualquier novedad que trajera requeriría una decisión rápida. ¿Qué iba a decirle a Owen si lo encontraba? ¿Qué podría decirle que no traicionara la única cosa que no iba a decirle, aunque la vida le fuera en ello? «La vida»... ¡Qué frase tan ridícula! Era un regalo que no otorgaría ni a su peor enemigo y, si estaba en su mano, hasta evitaría que Sophy Viner pasara por lo que ella estaba pasando en aquellos momentos...

Intentó tranquilizarse y recordar con calma la imagen que la muchacha le evocaba. Tenía la idea de que debía acostumbrarse a contemplarla. Después de todo, si la vida era así, era mejor hacerse cuanto antes a la idea... ¡Pero no! La vida no era así. Su aventura había sido sólo un desgraciado incidente. Temía ceder a la tentación de generalizar a partir de su propio caso, poner en cuestión todos los momentos elevados que había vivido y buscar un fácil solaz a su situación quitando importancia a lo que el destino le había negado. Todo el amor soñado existía en la realidad, Anna quería seguir pensando que era así y deleitarse con el pensamiento de que era digna de él. Lo que le había ocurrido era triste y grotesco, pero ella no participaba de ninguna de estas dos cualidades y nunca, nunca, iba a mofarse de sí misma como el destino lo había hecho...

Aún era incapaz de pensar en Darrow con ecuanimidad, aunque seguía repitiéndose: «Eso también llegará un día». Pero incluso en aquellos momentos luchaba por impedir que la imagen de su pretendiente se viera distorsionada por sus sufrimientos. En cuanto pudiera, intentaría recordar de forma selectiva aquellas cosas que le habían gustado de él antes de decidir amarlo sin condiciones. Ningún «ejercicio espiritual» propuesto por ninguna

religión habría podido atormentarla tanto, y, sin embargo, en cierto modo, esa misma crueldad la atraía. Deseaba consumirse en nuevas aflicciones...

XXXI

El ruido de una llave en la cerradura la sobresaltó. Estaba hecha todavía un manojo de nervios y cualquier cosa le parecía una amenaza.

Transcurrió un pequeño intervalo y luego se oyeron voces en el vestíbulo. Finalmente, la mano vigorosa de la señorita Painter apareció en la puerta.

—¿Lo ha encontrado? —le preguntó nada más entrar.

—He encontrado a Sophy.

—¿Y a Owen? ¿Lo ha visto? ¿Está aquí?

—Sophy está en el vestíbulo. Quiere hablar contigo.

—¿Aquí? ¿Ahora? —exclamó Anna, y no pudo decir nada más.

—Ha venido conmigo —prosiguió la señorita Painter en su característico tono imparcial—. El cochero que nos ha traído se ha puesto impertinente. Pero tengo su número.

La señorita Painter hurgó en un austero bolso negro.

—¡Oh, no puedo! —exclamó Anna; pero se sobrepuso al pensar que, si dejaba traslucir sus pocos deseos de ver a la muchacha, se exponía a delatarse aún más.

—Pensó que quizá estuvieras demasiado cansada y no quisieras verla, y por eso ha preferido no entrar hasta que yo se lo diga.

Anna dio un profundo suspiro. Tras un instante de reflexión, comprendió que Sophy Viner nunca habría ido a verla si no hubiese ocurrido alguna cosa importante.

—Dígale que pase, por favor —dijo.

La señorita Painter, desde el umbral, se volvió para anunciar su intención de ir a la policía de inmediato a denunciar al cochero. Luego desapareció y Sophy Viner entró en la habitación.

Los ojos de la muchacha decían que había venido en contra de su voluntad; aun así, parecía animada por una apremiante resolución que obligó a Anna a avergonzarse de sus temores. Durante un instante, se miraron las dos en silencio, como si entre ellas el fardo de pensamientos fuera demasiado tupido para las palabras. Luego Anna dijo, en tono deliberadamente seco:

—Me ha dicho la señorita Painter que sabes dónde está Owen.

—Sí, y por eso he pedido permiso para venir a verla —dijo Sophy, sin sombra de duda o agitación.

—Creía que te había prometido... —la interrumpió Anna.

—Es verdad, pero ha roto su promesa. Por eso he creído que debía venir a decírselo.

—Gracias —siguió diciendo Anna, en tono dubitativo—. Salió esta mañana de Givré sin decir nada a nadie, y le he seguido porque tenía miedo.

De nuevo se quedó sin palabras y la muchacha retomó su última frase.

—¿Tenía miedo de que averiguara algo? Porque, si es así, él ya ha...

—¿Qué quieres decir? ¿Averiguar qué?

—Que usted sabe algo y se lo oculta... algo que la hizo alegrarse de mi partida...

—Oh... —gimió Anna. Había deseado angustiarse más y ya lo estaba consiguiendo—. ¿Eso te ha dicho?

—No me ha dicho nada porque no lo he visto. No he querido verlo, e incluso le pedí a la señora Farlow que se librara de él. Pero me ha enviado una nota en la que me cuenta lo que quería decirme, y se trata de eso.

—¡Oh, pobre Owen! —exclamó Anna. En la intrincada madeja que componían sus sufrimientos, sufría aparte por él.

—Y quiero pedirle —siguió diciendo la muchacha, en el mismo tono extrañamente enérgico— que me permita verlo. No lo haré si usted no lo consiente.

—¿Verlo? —dijo Anna, intentando poner en orden sus acalorados pensamientos—. ¿Y de qué serviría? ¿Qué ibas a decirle?

—Quiero contarle la verdad.

Las dos mujeres se miraron a los ojos, y el rubor cubrió la frente de Anna.

—No entiendo... —musitó.

Sophy esperó un instante y luego dijo en voz más baja:

—No quiero que me juzgue peor de lo que es necesario...

—¿Peor?

—Sí. Que piense lo que usted está pensando ahora... Quiero que sepa exactamente lo que ha ocurrido... y luego me despediré de él.

Anna intentó ver las cosas con claridad, a pesar de su asombro y de su confusión. Se sintió extrañamente conmovida.

—¿Y no será peor para él?

—¿Saber la verdad? Sería mejor, en todo caso, para usted y para el señor Darrow.

Al oír este nombre, Anna alzó la cabeza en seguida.

—A mí sólo me importa mi ahijado.

La muchacha la miró sorprendida.

—¿Quiere decir...? ¡No será que va a dejarle...!

—Creo que no merece la pena que hablemos de eso —dijo, sintiendo cómo los labios se le endurecían.

—¡Ah, ya sé! La culpa es sólo mía por no saber cómo decir lo que quiero que oiga. Sus palabras son diferentes: usted sabe elegir las. Las mías le duelen... y saberlo me hace dudar. Por eso, el otro día, no pude decir nada, no puede explicarme con claridad. Pero ahora tengo que hacerlo, aunque le duela. —En ese momento dio un paso al frente y su esbelta figura se inclinó en un gesto de súplica—. ¡Escúcheme! Lo que ha dicho es terrible. ¿Cómo puede hablar así de él? ¿Es que no ve que yo me fui para que no tuviera que perderla?

Anna la miró fríamente.

—¿Estás hablando del señor Darrow? No sé por qué crees que haberte ido o quedado puede afectar a nuestra relación.

—¿Quiere decir que lo ha dejado por mi causa? ¿Cómo ha podido? ¡Entonces es que no lo ama...! ¡Y, sin embargo —añadió repentinamente—, debe amarlo, o aún me tendría más lástima!

—Ya te tengo mucha lástima —dijo Anna, sintiendo que el nudo de hierro que le apretaba el corazón era un poco menos inexorable.

—Entonces, ¿por qué no me escucha? ¿Por qué no intenta comprenderme? ¡Es tan distinto a lo que imagina...!

—Nunca te he juzgado.

—No estoy pensando en mí. ¡Él la quiere!

—Pensaba que habías venido a hablarme de Owen.

Sophy Viner pareció no oír este comentario.

—Nunca ha querido a nadie más. Incluso aquellos días... Yo lo supe todo el tiempo... nunca le importé nada.

—Por favor, no digas nada más —dijo Anna.

—Sé que debe de parecerle raro que le cuente tantas cosas. Sé que es un golpe para usted y que la ofendo. Cree que no tengo vergüenza. Y no la tengo, pero no en el sentido que usted piensa. No me avergüenza haberlo amado, no, ni tampoco decírselo. Eso es lo que me justifica, y a él también... ¡Por favor, déjeme contarle cómo ocurrió! Le di lástima y se dio cuenta de que le amaba. Y yo sabía que eso era lo único que sentía... sabía que pensaba en otra mujer, que sólo iba a durar una semana... Nunca dijo una palabra para engañarme.

Yo quería ser feliz al menos una vez, y no se me ocurrió pensar en el daño que le estaba causando...

Anna no podía hablar. Apenas entendía, en aquellos instantes, el significado de aquellas palabras, a no ser su trágico fervor. Sin embargo, sabía que Sophy hablaba de una pasión más intensa de lo que ella había conocido.

—Lo siento por ti —hizo una pausa—. Pero... ¿por qué me cuentas esto? —Tras una nueva pausa añadió—: No tienes derecho a que Owen te ame.

—No, eso fue un error. Al menos, todo lo que ha ocurrido después lo ha convertido en un error. Si las cosas hubiesen ido por otro lado, creo que podría haber hecho feliz a Owen. Todos ustedes han sido muy buenos conmigo y yo no quería apartarme de su lado. Supongo que lo que estoy diciendo empeora las cosas todavía más... ¡Cómo me atreví a pensar que tenía derecho...! Pero eso ya no importa. No veré a Owen a menos que usted me lo pida. Me habría gustado decirle esto personalmente, pero usted sabe mejor qué es lo que hay que hacer y hacerlo de un modo más delicado. Sólo que, si yo no puedo, tendrá que ayudarlo usted. Está tan preocupado, va a dolerle tanto...

—Ya lo sé. ¿Y qué puedo hacer? —dijo Anna, temblando.

—Volver inmediatamente a Givré, para que Owen nunca sepa que lo ha seguido —dijo Sophy, juntando las manos—. ¡Y hacer que el señor Darrow regrese de inmediato! Owen debe convencerse de que está equivocado y sólo así se convencerá. Después buscaré un pretexto, se lo prometo. Pero primero, él debe comprobar por sí mismo que, para usted, la vida no ha cambiado.

Anna quedó paralizada, subyugada y dominada. El ardor de la muchacha la movía como si fuera el viento.

—¿Es que no le conmueven mis palabras? ¡Algún día sabrá que tenía razón! —rogó Sophy, con los ojos llenos de lágrimas.

Anna las vio, y notó cierta plenitud en la garganta. De nuevo, el cerco de hierro dejó de aprisionarle el corazón. Quiso decir algo, pero no pudo: todo lo que tenía dentro era oscuro y violento. Miró a la muchacha sin articular palabra.

—Te creo —dijo de pronto.

Luego se dio la vuelta y abandonó la habitación.

XXXII

Anna tomó un coche y se dirigió a su apartamento de París. La criada que cuidaba de él había sido advertida de su llegada, de modo que las habitaciones habían sido aireadas y un fuego encendido en su dormitorio. Se encerró en él, rehusando todos los ofrecimientos de su sirvienta. Sentía frío y cansancio, y tras quitarse el abrigo y el sombrero se sentó junto a la chimenea para calentarse las manos.

En cierto modo, tenía claro que haría bien en seguir los consejos de Sophy Viner. Seguir a Owen había sido una tontería, y lo primero que debía hacer era regresar a Givré antes que él. Sin embargo, el único tren que partía aquella noche era muy lento, no llegaba a Francheuil hasta el amanecer y, además, si lo tomaba iba a despertar la curiosidad de la señora de Chantelle, a quien tendría que dar interminables explicaciones. Había venido a París con la excusa de buscar una nueva institutriz para Effie, y lo natural era retrasar su salida hasta la mañana siguiente. Conocía lo bastante a Owen para saber a ciencia cierta que intentaría ver a la señorita Viner de nuevo y que, cuando fallara este segundo intento, le escribiría y esperaría una respuesta; por tanto, era muy improbable que regresara a Givré hasta la tarde.

Su alivio al no tener que partir en seguida la hizo consciente por primera vez de lo cansada que estaba. La *bonne* le había ofrecido una taza de té, pero el horror de tener a alguien rondando la había obligado a rehusarla, aunque no había comido más que un emparedado en el restaurante de la estación. Se sentía demasiado agotada para levantarse, pero alargando un brazo acercó un sillón y colocó la cabeza en los almohadones. Poco a poco, el fuego de la chimenea penetró en sus venas, y el agotamiento anímico se fue transformando en soñolienta placidez. De pronto, creyó estar sentada sobre la alfombra, junto a la chimenea de su salita de Givré, con Darrow a su lado, en el sillón en el que ella se apoyaba. La rodeaba con los brazos y, sosteniéndole la cabeza, la miraba a los ojos. «De todos tus diferentes peinados, éste es el que más me gusta», decía...

De repente, cayó un tronco en la chimenea y se sobresaltó. Sin embargo, la calidez que sentía su corazón la hizo sonreír. Luego miró a su alrededor, se

dio cuenta de dónde estaba y el bienestar desapareció. Escondió la cara y se echó a llorar.

En seguida se dio cuenta de que empezaba a oscurecer y se puso en pie para vaciar la maleta y extender la ropa sobre la mesa. Evitó encender las luces, y tuvo que andar a tientas para buscar lo que necesitaba. Le parecía estar inconmensurablemente lejos de todo el mundo y, sobre todo, de sí misma. Era como si su propia conciencia hubiera sido transferida a una extraña a quien sus gestos y pensamientos le fueran del todo indiferentes...

De pronto, oyó un sonido agudo que aceleró los latidos de su corazón. Se quedó paralizada en el centro de la habitación: era el teléfono de su vestidor y, seguramente, llamaba Adelaide Painter. ¿O sería Owen, que se había enterado de que estaba en la ciudad? Aquella posibilidad la asustó pero finalmente abrió la puerta y, a trompicones, llegó hasta el teléfono. Acercó el auricular a su oído y oyó a Darrow pronunciar su nombre.

—¿Me dejas que vaya a verte? He vuelto, tenía que volver. La señorita Painter me ha dicho que estabas aquí.

Anna comenzó a temblar y temió que se le notara en la voz. No sabía qué contestar y le oyó decir: «No te oigo». Dijo: «¡Sí!», colgó el teléfono y volvió a cogerlo, pero la comunicación ya se había cortado. Se preguntó si él habría oído aquel «¡Sí!».

Entonces se sentó en el sillón, con el oído atento. ¿Por qué le había dicho que viniera? ¿Qué iba a decirle? Una y otra vez, la sensación de su presencia la envolvió como en un sueño y, con los ojos cerrados, sintió cómo la rodeaban sus brazos. Luego despertó a la realidad y se puso a temblar. Había transcurrido mucho tiempo, y finalmente se dijo: «¡No va a venir!».

Mientras se decía estas palabras, sonó el timbre de la puerta, y se levantó, fría y temblorosa. Pensó: «¿Es posible que crea que sirve de algo venir a verme?», y salió de la habitación con el propósito de decirle al criado que no podía verle.

De pronto, la puerta se abrió y apareció Darrow, esperando en el salón. Éste estaba frío, sin fuego, y las luces de la pared proyectaban una luz gélida sobre las fundas blancas de sillones y muebles. Darrow tenía un aspecto entre apagado y severo, y un ceño de fatiga entre los ojos, y Anna recordó en ese momento que, en tres días, había hecho un viaje de ida y vuelta desde Givré a Londres. ¡Parecía increíble que hubieran sucedido tantas cosas en el corto espacio de tres días!

—Gracias —dijo al verla entrar.

—Supongo que es mejor... —contestó ella.

Darrow se acercó y la rodeó con sus brazos. Anna se resistió ligeramente, temiendo entregarse por completo, pero él la apretó sin inclinarse sobre ella, sino sujetándola con fuerza, igual que si acabara de encontrarla después de una larga búsqueda: Anna oyó su respiración profunda. Parecía proceder de su propio pecho, tan cerca estaban uno del otro. Y, al final, fue ella quien acercó su rostro al de él.

Anna se soltó y fue a sentarse a un sofá en el otro extremo del salón. Su imagen se reflejó en un espejo que colgaba entre las dos cortinas cubiertas por fundas: tenía el vestido arrugado por el viaje, el rostro demacrado y el cabello despeinado.

Finalmente, consiguió preguntarle a Darrow cómo se las había arreglado para abandonar Londres. Él se lo explicó, pero ella apenas oyó lo que le decía.

—Tenía que verte —siguió diciendo él, y se sentó a su lado.

—Sí, tenemos que pensar en Owen...

—¡Oh, Owen!

Anna había recordado en ese momento la súplica de Sophy Viner de que permitiera a Darrow volver a Givré para que Owen se convenciera de que sus sospechas eran por completo infundadas. Pero la propuesta era absurda, por supuesto. No podía pedirle a Darrow que se prestara a semejante comedia, aunque ella misma reuniera el valor suficiente para participar en el juego. De pronto, la abrumó la futilidad de todo intento de reconstruir su mundo destrozado. No, todo era inútil y, como era así, cada instante con Darrow era puro dolor...

—He venido a hablar de mí, no de Owen —le oyó decir—. Cuando me dijiste que me fuera el otro día, entendí que era lo único que podía hacer. Pero tú y yo no podemos separarnos así. Si voy a perderte, tiene que ser por un motivo mejor.

—¿Un motivo mejor?

—Sí, uno más profundo. Uno que responda a un desacuerdo fundamental entre nosotros. Éste no llega a tanto, a pesar de todo. Y eso es lo que quiero que veas y tengas el valor de reconocer.

—¡Si lo viera tendría valor para hacerlo!

—Sí: valor no era la palabra apropiada. Tú lo tienes. Por eso he venido.

—Pero yo no lo veo así —continuó ella, con tristeza—. De modo que es inútil, ¿no? Y tan cruel... —Él quiso decir algo, pero ella prosiguió—: Nunca lo comprenderé, nunca.

Darrow se la quedó mirando.

—Lo comprenderás algún día: tienes suficiente sensibilidad para comprenderlo todo...

—Lo que este caso muestra es, precisamente, falta de sensibilidad...

—¿Por mi parte, quieres decir? —le dijo, mirándola a la cara—. Sí, así fue, para vergüenza mía... Lo que quise decir es que cuando hayas vivido más te darás cuenta de lo complejos que somos; cómo nos volvemos completamente ciegos en algunas ocasiones y locos en otras. Y luego, cuando recobramos nuestra vista y nuestra cordura, tenemos que reconstruir, poco a poco, piedra a piedra, las cosas preciosas que habíamos hecho añicos sin saberlo. La vida no es más que la continua reconstrucción de los pedazos de algo roto.

—Eso es lo que siento, y por eso deberías... —dijo Anna, alzando rápidamente el rostro.

—No, no digas lo que vas a decir —la interrumpió Darrow, poniéndose en pie y haciéndole un gesto con la mano—. Los hombres no entregan su vida así como así. Si tú no quieres la mía, al menos seguirá siendo mía y la viviré como mejor pueda.

—Como mejor pueda... Eso es lo que quería decir. ¿Crees que puede haber algo «mejor» para ti si está hecho de lo «peor» de otra persona?

Darrow se sentó con un gemido.

—¡No lo sé! Entonces me pareció todo tan frívolo, tan superficial, y la verdad es que encallé precisamente por eso, porque navegaba por la superficie. Ahora veo el horror de todo aquello, igual que tú. Y también veo, con cierta claridad, el alcance y los límites de mi mal proceder. No es tan negro como imaginas.

—Supongo que es algo que nunca comprenderé, pero parece que ella te quiere...

—¡Eso es lo que me avergüenza! No haberlo adivinado antes, no haber huido. Dices que nunca vas a comprenderlo... ¿Y por qué tendrías que comprenderlo? ¿Es que es algo de lo que uno puede sentirse orgulloso, desconocer cuáles son los hilos que nos mueven? Si supieras algo más, podría contarte cómo ocurren estas cosas sin que te sintieras ofendida. Entonces, tal vez me escucharías sin condenarme de antemano...

—No te condeno —dijo Anna, aturdida por impulsos contradictorios. En aquellos momentos deseaba proclamar: «¡Sí, comprendo! ¡Lo he comprendido desde el momento en que entraste!». Pues las sensaciones que experimentaba eran tan distintas a los pensamientos románticos que concebía por él que, por primera vez, sentía su cuerpo y su alma divididos y

enfrentados. Recordó entonces haber leído una vez en algún sitio que en la antigua Roma no se permitía a los esclavos llevar un atuendo distintivo por miedo a que se reconocieran unos a otros y así supieran cuántos eran y cuál era su poder. Del mismo modo distinguía en su interior, por vez primera, instintos y deseos, los cuales, mudos y sin identificar, habían vagado durante mucho tiempo de un lado a otro por los oscuros corredores de su alma, pero que ahora se reconocían y se saludaban unos a otros con gritos de rebeldía.

—¡Oh, no sé qué pensar! —dijo—. Dices que no te diste cuenta de que ella te amaba. Pero ahora lo sabes. ¿No ves que tienes que reconstruir los pedazos rotos?

—¿De verdad crees que, para hacerlo, tendría que casarme con una mujer aunque quiera a otra?

—Oh, no sé, no sé.

La sensación de debilidad la empujó a un intento de adoptar una actitud más dura contra los argumentos de Darrow.

—¡Sí lo sabes! ¿O no hemos hablado muchas veces de la monstruosidad de hacer sacrificios inútiles? Si tengo que expiar el mío, no será de esa manera —y añadió abruptamente—: Es teniendo que decirte todo esto ahora...

Anna no supo qué decir. De pronto, el silencio del apartamento se quebró con el sonido del timbre, lo que la hizo ponerse en pie inmediatamente.

—¡Owen! —exclamó de pronto.

—¿Es que está en París?

Anna le susurró lo que Sophy Viner le había contado.

—¿Te dejas sola? —preguntó Darrow.

—Sí... no... —dijo, yendo hacia el comedor con el propósito de hacerle entrar, y luego se volvió hacia él—. También podría ser Adelaide.

Oyeron cómo la puerta se abría y, un instante después, Owen entró en el salón. Estaba pálido, con ojos excitados y, al ver a Darrow, Anna notó cómo se sorprendía. Hizo un gesto de saludo y luego se acercó a su madrastra con exagerada euforia.

—¡Eres la persona más sigilosa que conozco! Me he encontrado con la omnisciente Adelaide y me ha dicho que habías llegado de pronto y en secreto...

Owen estaba justo entre Anna y Darrow, agobiado, inquisitivo, peligrosamente nervioso.

—He venido a ver al señor Darrow —contestó Anna—. Le han prolongado el permiso y vuelve conmigo.

Fue como si aquellas palabras se hubieran pronunciado solas sin su consentimiento, y sin embargo se sintió muy aliviada al decirlas. La tensión del rostro de Owen se transformó en incrédula sorpresa. Miró a Darrow.

—Ha sido pura suerte... un colega cuya esposa se ha puesto enferma... Volví en seguida —le oyó decir Anna en tono sereno. El dominio que ejercía sobre sí misma la ayudó a serenarse y, un instante después, miraba sonriente a Owen.

—Volveremos todos juntos mañana por la mañana —dijo, mientras lo cogía del brazo.

XXXIII

Sin embargo, Owen Leath no volvió con su madrastra a Givré. En respuesta a su sugerencia, anunció su intención de quedarse uno o dos días más en París.

Anna cogió el primer tren a la mañana siguiente. Darrow la seguiría por la tarde. La noche anterior, después de que Owen se marchara del apartamento, Darrow esperó un instante a que Anna hablara pero, como no decía nada, le preguntó si de verdad quería que volviera a Givré. Ella hizo un gesto de asentimiento, y entonces él dijo:

—Porque ya sabes que, aunque haría muchas cosas por Owen, eso no lo puedo hacer. No voy a volver para que me echés de nuevo.

—¡No, no!

Darrow se acercó, la miró, y Anna corrió hacia él. Todos sus miedos parecieron difuminarse cuando él la abrazó. Era una sensación diferente de todas las que había conocido: confusa y turbia, como si aún quedaran en ella secretas vergüenzas y rencores, y, a la vez, más rica, más profunda, más esclavizadora. Anna apartó la cabeza y cerró los ojos mientras él la besaba. Entonces supo que nunca podría dejarlo.

Sin embargo, a la mañana siguiente, le pidió volver sola a Givré. Necesitaba tiempo para pensar. Estaba convencida de que todo lo que había pasado era inevitable, de que Darrow y ella se pertenecían el uno al otro y de que tenía razón al decir que ninguna locura pasada podría separarlos. Y si había algún matiz distinto en sus sentimientos por él era precisamente que éstos se habían intensificado. Se sentía inquieta, insegura si él no estaba con ella: era una sensación de vacío, de apasionada dependencia que, de algún modo, no estaba en consonancia con el propio concepto que tenía de su carácter. En parte, la conciencia de este cambio era lo que nutría su deseo de estar sola. La soledad de su vida interior la había acostumbrado a autoexaminarse durante horas, y ahora necesitaba esas horas como meter la cabeza en agua fría por las mañanas.

Durante el viaje, intentó repasar lo sucedido a la luz de su nueva decisión y del consiguiente alivio de su dolor. De algún modo, era como si hubiese superado una prueba de fuego de la que había salido vibrante y endurecida,

pero sujetando un talismán mágico contra su pecho. Sophy Viner le había dicho: «Algún día sabrá que tenía razón», y Darrow había utilizado las mismas palabras. Significaban, suponía, que cuando hubiera explorado los recovecos y oscuridades de su propio corazón, sería menos rotunda en sus opiniones sobre los demás. Pues bien, ahora reparaba en debilidades y fortalezas que nunca había imaginado, y en el profundo desacuerdo y las todavía más profundas complicaciones entre lo que pensaba y lo que deseaba ciegamente...

Sus pensamientos volvían una y otra vez a Owen. Al menos, el golpe que iba a recibir no parecería infligido por sus manos. El muchacho pensaría que su ruptura con Sophy Viner se debía a cualquiera de esas razones corrientes para una separación: aunque iba a perderla, sus recuerdos de Sophy no quedarían envenenados. Anna no se dejó engañar ni un momento pensando que, si había renovado sus promesas a Darrow, era para evitarle a su hijastro aquel último y refinado tormento. Sabía muy bien que lo que la había impulsado a actuar de aquella manera era la necesidad de aferrarse a lo que le era más precioso, y que la entrada en escena de Owen había sido sólo un pretexto para tomar dicha decisión, no su causa; y, con todo, se sentía fortalecida al saber todo lo que con ello le evitaba. Era como si una estrella a la que acostumbrara seguir hubiera proyectado su luz familiar de un modo desconocido.

Por lo más profundo de estas meditaciones, corría una fe absoluta en Sophy Viner. Cada vez que pensaba en ella era con una mezcla de antipatía y confianza. A su orgullo le resultaba humillante reconocer sus mismos impulsos en un personaje con el que hubiera preferido no tener nada que ver. En realidad, ¿cómo era la muchacha? Parecía carecer tanto de escrúpulos como de otras mil sutilezas. Se había entregado a Darrow, pero se lo había ocultado todo a Owen Leath, aparentemente con la misma frescura que cualquier aventurera de poca monta; y, sin embargo, obedeció al instante la voz de su corazón cuando éste le pidió que rompiera con uno y sirviera al otro.

Anna intentó imaginarse cómo habría sido la vida de la muchacha: cuál habría sido su experiencia, su iniciación. Sin embargo, al haber sido su propia educación tan distinta, había velos que no podía alzar. Cuando recordaba su vida de casada, su gris uniformidad adquiría cualidades como el orden y la contención. ¿Era por haber sido tan indiferente a todo? En realidad, le sorprendió descubrir que nunca había dedicado el menor pensamiento al pasado de su marido ni se había preguntado qué hacía y adónde iba cuando se

alejaba de ella. Si le hubieran preguntado en qué pensaba cuando se separaban, habría contestado inmediatamente que en las cajitas de rapé. Nunca se le habría pasado por la cabeza que pudiera tener pasiones, intereses, preocupaciones desconocidas para ella. Y, sin embargo, solía viajar a París con frecuencia con el pretexto de asistir a subastas, ver exposiciones o tratar con comerciantes y coleccionistas. Intentó imaginárselo, tan erguido, elegante, bien peinado y acicalado, andando con sigilo por una callejuela y mirando a ambos lados antes de meterse en un portal. Ahora se daba cuenta de lo fría que había sido con él. ¿No habría sido de lo más normal que buscara compensaciones? Todos los hombres eran iguales, suponía. Sin duda, su simplicidad le había parecido graciosa.

Mas el proceso de convertir a Fraser Leath en un Don Juan se detuvo en cuanto entendió que, irónicamente, lo único que estaba haciendo era justificar a Darrow. Quería creer que todos los hombres eran «iguales» sólo porque Darrow era así, justificar su aceptación de este hecho convenciéndose de que las mujeres como ella sólo podían aspirar a mantener lo que no querían perder haciendo ciertas concesiones. Y, de pronto, se irritó al cobrar conciencia de su ceguera y de sus desastrosos intentos por ver. ¿Por qué había obligado a Darrow a decir la verdad? Si hubiera tenido la boca cerrada, nada se habría sabido. Sophy Viner habría roto su compromiso, a Owen lo habrían enviado a viajar por el mundo y su propio sueño habría quedado intacto. Y, por el contrario, no había dejado de indagar, insistir y contrastar sin descanso hasta desvelar el secreto. Era una de esas mujeres desafortunadas que siempre cometen audacias erróneas y que siempre lo han sabido. ¿Podía ser ella, Anna Leath, la que estaba tratando de describirse de esa manera ante sí misma? Abjuró de sus pensamientos como de una posesión demoníaca, y volvió a sentir deseos de regresar a su primitivo estado de atrevida ignorancia. Si en aquel momento hubiera podido impedir que Darrow la siguiera a Givré lo habría hecho...

Pero la siguió; y al verle cesó la turbación, y Anna se sintió de nuevo segura, rehabilitada. Llegó hacia el atardecer y ella fue a recogerlo con el automóvil a Francheuil. Quería verlo lo antes posible porque había adivinado, gracias a su nueva capacidad de penetración, que sólo su presencia podía lograr que volviera a ver las cosas con normalidad. En el automóvil, mientras abandonaban la ciudad y tomaban la carretera, Darrow le cogió la mano y la besó. Ella se apretó contra él, consciente de las corrientes que fluían del uno al otro, y agradeciéndole que guardara silencio y respetara el suyo. Se dijo: «Nunca comete errores, siempre sabe qué hacer», y luego pensó que se debía,

sin duda, a su continua experiencia en casos similares. La idea de que su tacto fuera una especie de habilidad profesional le repugnó tanto que se apartó de él casi sin darse cuenta. Darrow no hizo el menor movimiento para atraerla de nuevo, y Anna pensó en seguida que aquello también era premeditado. A su lado, ahora se sentía desgraciada y se preguntaba si, en lo sucesivo, mediría cada uno de sus gestos y miradas de la misma forma. Ninguno de los dos dijo una palabra hasta que el automóvil atravesó el oscuro arco de la avenida y las luces de Givré se divisaron a lo lejos. Entonces, Darrow le cogió la mano y dijo:

—Ya sé, querida...

Y con ello, la tensión se relajó. «Él sufre tanto como yo», pensó Anna, y por un instante los tristes hechos los acercaron más en lugar de atrincherarlos en sus respectivas aflicciones.

Fue maravilloso cruzar otra vez con él las puertas de Givré. Cuando la vieja casa los envolvió en su suave silencio, Anna creyó otra vez que despertaba de un terrible sueño y que recuperaba la estabilidad de un entorno amable y familiar. Le pareció mentira que aquellas silenciosas habitaciones, tan repletas de los objetos acumulados, y lentamente destilados, por un gusto fastidioso, hubieran sido escenario de trágicas disensiones. El recuerdo que guardaba de ellas pareció diluirse en la noche al cerrarse las puertas de la casa.

La señora de Chantelle y Effie estaban en torno a la mesa del salón de roble. La pequeña, al ver a Darrow, corrió por el pasillo hasta alcanzarlo, y volvió triunfante sentada sobre sus hombros, mientras Anna los contemplaba sonriendo. A pesar de su simpatía, Effie no era demasiado dada a semejantes favores, y su madre supo que, al otorgarlos a Darrow, lo había admitido en el círculo que hasta entonces Owen había gobernado.

Ya en la mesa, Darrow explicó a la señora de Chantelle las razones de su súbito regreso desde Inglaterra. Al llegar a Londres, dijo, se encontró con que el secretario a quien iba a sustituir no podía moverse de la ciudad por culpa de la enfermedad de su esposa. El embajador, que sabía que Darrow tenía asuntos urgentes que resolver en Francia, le propuso regresar inmediatamente y esperar en Givré noticias sobre su reincorporación. De modo que había cogido el primer tren sin comunicar siquiera con un telegrama que había obtenido otro permiso. Todo esto lo contó con la mayor naturalidad, en su tono característico, mientras se inclinaba de vez cuando para acariciar la cabeza del perro dormido y Effie le servía una tostada. De pronto, Anna, que estaba escuchando lo que decía, se preguntó si aquello era verdad.

Por supuesto, la cuestión era absurda. No había ninguna razón para inventarse una historia sobre su regreso, y aquella versión era, con toda probabilidad, cierta. Sin embargo, Darrow hablaba con el mismo tono con que había contestado las preguntas sobre Sophy Viner, y Anna pensó, y el miedo le heló las venas, que ya nunca sabría si decía o no la verdad. Estaba segura de que Darrow la quería, y temía más su propia desconfianza que la falsedad de él. Por un instante, le pareció que esto podría corromper las propias esencias del amor, pero luego se dijo: «Poco a poco, cuando sea totalmente suya, estaremos tan cerca uno del otro que no quedará ni un resquicio para la duda». Sin embargo las dudas estaban ahí, y aunque conseguía tranquilizarse por momentos, en seguida volvía a atormentarse. Cuando apareció el aya para llevarse a Effie, la pequeña, tras besar a su abuela, se agarró a las rodillas de Darrow y le pidió insistentemente que la llevara a la cama. Anna, mientras protestaba con una sonrisa, se dijo: «¿Es justo que le dé un padre del que pienso estas cosas?».

Effie, y todo lo que le debía como madre, había sido el motivo fundamental de sus aplazamientos y dudas cuando volvió a encontrarse con Darrow en Inglaterra. Sus sentimientos eran tan claros que, de no haber sido por ella, se habría entregado a él en seguida. Sin embargo, no había considerado la posibilidad de casarse de nuevo hasta verlo por segunda vez, aunque en aquel momento también pensara que desorganizaría la vida que había planeado para ambas. Jamás le había contado nada de esto a Darrow, porque le pareció un asunto que debía resolver su propia conciencia. El problema, por tanto, no era si Darrow estaba capacitado para convertirse en guía y guardián de su hija, ni si su amor por él iba a restarle cariño a Effie, ya que no concebía el amor como algo que pueda medirse y agotarse sino como una preciada posesión que debe renovarse constantemente. Lo que cuestionaba era su propio derecho a introducir en su vida intereses y deberes que pudieran reducir el tiempo que pensaba dedicar a su hija, o disminuir la intimidad de su trato diario.

Ya había decidido sobre esta cuestión, puesto que era inevitable, pero ahora se le presentaba otra. Naturalmente, a su edad, no había ningún motivo que la obligara a enclaustrarse para educar a su hija; pero sí muchas razones para no casarse con un hombre en quien no confiaba plenamente...

XXXIV

Anna despertó a la mañana siguiente con una gran alegría. Recordó la última vez que se había despertado en Givré, tres días antes, cuando toda su vida parecía hundida en la oscuridad. Ahora Darrow volvía a estar bajo el mismo techo que ella y, una vez más, su presencia ahuyentaba la amenaza del horror. Estuvo a punto de reírse de sus escrúpulos de la noche anterior: en el recuerdo, parecían formar parte de una época ignorante y timorata en la que había temido enfrentarse con la vida, ciega a los misterios y contradicciones del corazón humano porque su propio espíritu no se los había revelado. Darrow había dicho: «Tienes suficiente sensibilidad para comprenderlo todo», y comprender era, sin duda, mejor que juzgar.

Cuando bajó Darrow, estaba en el salón con Effie y la señora de Chantelle, y la seguridad que transmitía su presencia se mezcló con el alivio de no verse obligada a hablar de lo sucedido entre ellos. Sin embargo, ahí estaba, inevitablemente, y siempre que los dos se miraban a los ojos lo veían. Por temor a que adquiriera una forma más tangible, intentó que la niña se quedara más tiempo con ellos e incluso, cuando no pudo evitar que se la llevara el aya, buscó un pretexto para seguir a la señora de Chantelle hasta el salón violeta. Sin embargo, una charla confidencial con la señora de Chantelle implicaba una detallada discusión de planes de los que Anna prefería no hablar por el momento: la fecha de su boda, las ventajas de partir desde Londres o desde Lisboa, la posibilidad de alquilar una casa habitable en su nuevo destino, etc.; y, cuando estos asuntos se agotaran, habría que aplicar el mismo método al futuro de Owen.

La abuela, al no conocer los motivos reales de la partida de Sophy Viner, había dicho que era «extremadamente conveniente» para la muchacha retirarse a casa de sus viejos amigos para preparar la boda. Esta actitud tan clásica había agradado tanto a la señora de Chantelle que por primera vez estaba dispuesta a hablar de los proyectos de Owen. Y puesto que todo acontecimiento quedaba reducido en su caso a simples detalles sociales y domésticos, Anna se vio obligada a hacer por segunda vez el mismo recorrido. Recibió con un alivio momentáneo a Darrow cuando se unió a

ellas, pero su llegada sólo sirvió para retomar el asunto del futuro de ambos, y Anna volvió a sentir un escalofrío al oírle expresar sus comentarios en su tono lúcido y tranquilo. ¿Era aquel dominio de sí mismo una muestra de indiferencia o de insinceridad? No hacía más que plantearse este dilema, y temía tanto una alternativa como la otra.

Anna decidió mantener sus planes como si no pasara nada: casarse con Darrow y no permitir que la conciencia del pasado interfiriera en su relación. Sin embargo, poco a poco se fue convenciendo de que la única manera de alcanzar tal estado de lejanía de lo irreparable era hablar con él de nuevo.

Apenas germinó este deseo, le pareció tan importante que incluso lamentó haber prometido a Effie que la acompañaría a dar un paseo aquella tarde. Pero no logró encontrar ningún pretexto para desilusionar a la pequeña, de modo que, tras el almuerzo, los tres salieron en el automóvil para visitar un castillo famoso en la historia de la comarca. Durante la excursión, a Anna le fue imposible deducir si la presencia de Effie le estorbaba a Darrow tanto como a ella. Él se mostró imperturbablemente jovial y muy interesado en el monumento, aunque ella notó que, cuando creía que nadie lo observaba, su rostro adquiría una expresión más seria y tardaba más en contestar.

Al volver, a dos o tres millas de Givré, Anna propuso de repente que anduvieran lo que quedaba de camino a través del bosque que bordeaba aquel lado del parque. Darrow accedió, y los dos bajaron del auto mientras Effie continuaba el trayecto. El camino iba a llevarles a través de un sobrio bosque francés, llano como un tapiz desvaído, en el que ciertos destellos de un vivo esmeralda lucían entre marrones y ocres. El gris luminoso del aire vivificaba los colores mortecinos del paisaje y envolvía los puntos más lejanos en una suave incertidumbre. Anna había creído que sería más fácil conversar en un escenario como éste; pero al empezar a andar en compañía de Darrow sobre aquel suelo silencioso y profundo de musgo marrón, se quedó de nuevo sin palabras. Parecía imposible romper el hechizo de pausado gozo que su presencia le comunicaba, y, en cuanto él comenzó a hablar del lugar que acababan de visitar, se limitó a contestar sus preguntas y a esperar otras... No, decididamente era incapaz de hablar, y ya ni siquiera sabía qué quería decirle...

Volvió a sucederle lo mismo varias veces aquel mismo día y al siguiente. En cuanto se apartaba de Darrow empezaban a fatigarla interrogantes y apelaciones, y era capaz de formular con lucidez todos los puntos de su imaginaria discusión. Sin embargo, en cuanto se quedaba a solas con él, algo más profundo que la razón y más sutil que la timidez le sellaba los labios, y el

deseo de hablar se convertía en una turbia inquietud que filtraba dolorosamente sus miradas, sus palabras y sus caricias como a través de una espesa niebla de dolor físico. Con todo, esta inercia era asaltada por impulsos de resistencia, y cuando se separaban volvía a preparar todo aquello que quería decirle.

Sabía que, tarde o temprano, Darrow advertiría esta turbulencia interior, y confiaba en que él mismo rompiera el hechizo y abordara el asunto. Sin embargo, pronto comprendió que estaba plenamente convencido de la futilidad de las palabras y resuelto a mantener la actitud, que ella misma había sugerido, de comportarse como si nada hubiese ocurrido. Una vez más, lo acusó calladamente de insensibilidad y su imaginación se dejó llevar por atormentadas visiones del pasado... ¿Habría pasado por esto antes? Si aquel episodio había sido de veras un incidente aislado —«un momento de fantasía y locura», lo había llamado él— podía entenderlo o, al menos, empezar a entenderlo (pues, invariablemente, su imaginación volvía al punto del que había partido); pero si se trataba de un mero eslabón en una cadena de acontecimientos similares, recordarlo siempre iba a deshonar todo su pasado...

En el interregno entre una institutriz y otra, Effie había conseguido permiso para cenar en el comedor y, la tarde del día de la llegada de Darrow, Anna pasó mucho tiempo con la niña, incluso después de que el aya quisiera subirla a su habitación. Cuando por fin se la llevó, Anna propuso jugar a las cartas y, al agotarse este entretenimiento, dio las buenas noches a Darrow y subió al piso de arriba con la señora de Chantelle. Sin embargo, la anciana señora nunca se acostaba tarde, y la segunda noche se despidió de ellos un poco antes de lo normal con la amable intención de dejarlos solos.

Anna guardó silencio, atenta a los pasos de la señora, hasta que dejaron de sonar en la distancia. A la señora de Chantelle se le había roto el bastidor de bordar, Darrow se había ofrecido a repararlo y había acercado una silla a una lámpara para poder ver mejor. Anna lo observó mientras trabajaba, con la cabeza inclinada y las cejas fruncidas, tratando de colocar en su sitio las piezas sueltas. Verlo así, tan apaciblemente absorbido en aquella ocupación, esparcía por el salón un perfume de intimidad, impregnado de dulces hábitos familiares. Volvió a decirse que no conocía en absoluto lo que pensaba de verdad aquel hombre que estaba junto a ella como si fuera su marido. La luz de la lámpara le caía sobre la frente, las mejillas bronceadas y las manos quemadas por el sol. Mientras las miraba, llegó a sentir las tan vívidamente como si las estuviera acariciando, y Anna se dijo: «Aquella otra mujer

también se sentaría y lo miraría tal como estoy haciendo yo. Pero ella lo ha conocido como yo nunca lo conoceré... Tal vez él esté ahora pensando en eso. O tal vez lo haya olvidado tanto como yo, que soy incapaz de recordar nada de lo que sucedió antes de su llegada...».

Su aspecto era juvenil, activo, lleno de fuerza y energía, no el de un hombre imbuido de vanas aflicciones o antiguas nostalgias. Ahora la quería, eso no lo dudaba, pero... ¿podría confiar en mantener ese amor? Ambos tenían edades muy parecidas, tanto que ella no se consideraba mayor que él, aunque lo fuera. Y, por el momento, la diferencia no era visible, al menos exteriormente, aunque alguna enfermedad o infelicidad siempre podrían dar al traste con esta similitud. Pensó con cierta amargura: «No envejece porque no le afectan las cosas, y como a él no le afectan, a mí sí me afectarán...».

Y cuando ella dejara de gustarle, ¿qué pasaría? ¿Seguiría fiel a ella por haberlo jurado o por convencimiento íntimo? ¿Cuál era su teoría, cuáles sus creencias respecto a este asunto? No tenía la menor duda de que ahora la amaba, creía que siempre la amaría y estaba convencida de que, si dejaba de hacerlo, su fidelidad le impediría saberlo. Sin embargo, lo que deseaba conocer no era lo que pensaba ahora, sino qué sería lo que le impulsaría a actuar o no llegado el momento. No tenía la menor fe en sus propias artes: estaba segura de no tener ninguna. Y si algún mago benigno se las concediera, sabía que rechazaría el ofrecimiento. No estaba dispuesta a aceptar ese tipo de amor que no era más que un engaño...

Darrow, después de colocar el bastidor a un lado de la mesa, se acercó a ella y se sentó a su lado. De alguna manera, Anna vio que tenía algo especial que decirle.

—Seguramente me van a llamar dentro de uno o dos días —comentó, sin que ella dijera nada—. ¿Me dirás, antes de marcharme, qué día tengo que volver para llevarte conmigo?

Era la primera vez, desde su retorno a Givré, que hacía alusión directa a la fecha de la boda. En vez de contestarle directamente, Anna dijo:

—Hay algo que quiero que sepas. El otro día en París vi a la señorita Viner.

Anna vio que enrojecía con la intensidad de la sorpresa.

—¿Fuiste tú quien la llamaste?

—No. Se enteró por Adelaide de que yo estaba en París. Vino porque quería convencerme de que me casara contigo. Pensé que es algo que debías saber.

Darrow se puso de pie.

—Me alegra que me lo digas —dijo, tratando de mantener la calma. Los ojos de Anna fueron tras él cuando se alejó.

—¿Y eso es todo? —preguntó tras una pausa.

—A mí me parece mucho.

—También me lo había pedido a mí.

Su voz expresó la profunda conmoción que sentía, y Anna sintió, de pronto, una punzada de celos.

—Ya sabes que lo hace por ti —Darrow no dijo nada, y ella añadió—: Es muy, muy generosa... ¿Por qué nos cuesta tanto hablar de ello?

Anna bajó la cabeza, aunque a través de sus párpados percibió el abarrotado escenario del rostro de Darrow.

—Nunca me he negado a hablar de ello.

—Mejor digamos hablar de *ella*. Me parece que si yo pudiera hablar contigo de ella, podría saber más...

En aquel momento no supo que más añadir, tal era su confusión. Él preguntó:

—¿Qué más quieres saber?

El rubor cubrió la frente de Anna. ¿Cómo iba a decirle lo que ni siquiera ella se atrevía a decirse a sí misma? Quería saberlo todo, los detalles más íntimos y escondidos que su exacerbada imaginación no se atrevía ni a concebir; pero tampoco quería someter a Sophy Viner a una vil disección causada por los celos ni a Darrow a la tentación de rebajarla para quedar bien. La muchacha se había comportado magníficamente, y la única manera de agradecersele era aceptar a Darrow sin siquiera preguntarle si ella lo había aceptado alguna vez...

Anna miró a Darrow a los ojos.

—Creo que lo único que quería era mencionar su nombre. No está bien que tengamos tanto miedo de hablar de este asunto. Si de verdad lo temiera, tendría que dejarte —dijo.

Darrow se inclinó y la apretó contra su pecho.

—¡Ah, ahora ya no puedes dejarme! —exclamó.

Ella se dejó abrazar sin decir nada, pero aquel viejo temor volvió a interponerse entre ellos, y estuvo a punto de gritar: «¿Y cómo voy a evitarlo si tengo tanto miedo?».

XXXV

A la mañana siguiente, el temor seguía allí, y Anna comprendió que tenía que sacudirse poco a poco del letargo en que había caído gradualmente su voluntad, y comunicarle a Darrow que no podía ser su esposa.

La habían convencido las vigilias de una noche sin dormir, en la que examinó su pasado entre lágrimas de desencantada pasión. Allí contempló su, hasta ahora, única aventura, en toda su mezquina pobreza, y le pareció la aventura más despreciable de todas, el disparate más lamentable. Contempló la habitación en la que tantos pensamientos había tejido gracias a la paz de su corazón, y se vio a sí misma, a partir de ahora, presa de mezquinas sospechas, compromisos no reconocidos y concesiones. Al indagar en sí misma, que Sophy Viner se había llevado la mejor parte y vio que, mientras ciertas renunciaciones podían enriquecer, la posesión podía convertirse en un desierto.

Con todo, las apasionadas reacciones de su instinto pugnaban con los esfuerzos de su voluntad. ¿Por qué se sentía tan coaccionada por el pasado o el futuro cuando el presente era todo suyo? ¿Por qué renunciar tontamente a lo que la otra parte nunca iba a tener? Su sentido de la ironía le susurró que si rompía con Darrow éste no se refugiaría en Sophy Viner, sino en la primera mujer que se cruzara en su camino, igual que se le había cruzado, en un momento dado, Sophy Viner... No obstante, el simple hecho de que pudiese pensar semejantes cosas de él la llevó tambaleándose al polo opuesto. Se imaginó aprisionada poco a poco en aquel tipo de vida y de amor, vio a Effie crecer bajo la influencia de la mujer en que ella veía que iba a convertirse... y tuvo que taparse los ojos ante lo humillante del cuadro...

Estaban almorzando cuando Darrow recibió el mensaje que esperaba. Le pasó el telegrama a Anna, la cual supo entonces que el embajador, de camino a un balneario alemán, iba a pernoctar en París al día siguiente y deseaba conversar con él antes de que Darrow regresara a Londres. La conciencia de que el momento decisivo era inminente fue para Anna tan inquietante que, al término del almuerzo, se refugió en la terraza y, desde allí, bajó sola al jardín. El día era gris, pero cálido, y el aire decadente y pesado. Paseó sin rumbo bajo las ramas desnudas que cubrían el camino que Darrow y ella habían

seguido la primera vez que pasearon hasta el río. Estaba segura de que no trataría de alcanzarla y de que sabría que deseaba estar sola. En ciertos momentos, su soledad parecía doblarse por saber tan a ciencia cierta que Darrow era capaz de leer en su corazón, mientras que ella desconocía desesperadamente el suyo...

Siguió vagando más de una hora, y cuando volvió a la casa vio, al entrar en el vestíbulo, que Darrow estaba en el estudio de Owen. La había oído entrar y, al verla, se movió en su sillón sin levantarse. Sus ojos se encontraron y dirigió a Anna una mirada clara y sonriente. Había un montón de papeles a un lado, pues parecía estar despachando correspondencia oficial. En aquel momento, Anna se maravilló de que fuera capaz de dedicarse a sus tareas con tanta eficacia, e, irónicamente, dedujo que tal distanciamiento era un signo de su superioridad. Cruzó el umbral y fue hacia él; pero, al entrar, tuvo la inesperada visión de Owen, inmóvil en el frío otoñal, contemplando a Darrow y a Sophy Viner uno frente al otro en el escritorio iluminado... La evocación la impresionó tanto que dejó de respirar como si le hubiesen pegado un puñetazo y tuvo que sentarse de pronto en el diván entre los libros amontonados. En aquel momento, no tuvo la menor duda de que había llegado el final. «Cuando me hable, se lo diré», pensó...

Darrow, dejando la pluma en la mesa, la miró en silencio un instante; luego se levantó y cerró la puerta.

—Tengo que irme mañana temprano —dijo, sentándose a su lado. Su voz era grave, y en ella había un extraño matiz de tristeza. Anna se dijo: «Sabe lo que siento ahora mismo...», y este pensamiento atenuó su soledad. La expresión de Darrow era seria pero, a la vez, tierna: por primera vez, Anna entendió lo que había sufrido.

Aunque no dudaba de la necesidad de renunciar a él, no iba a ser capaz de decírselo. Se levantó y dijo:

—Te dejo con tus cartas.

Darrow no protestó, sino que se limitó a decir:

—¿Bajarás luego para que demos un paseo?

Y entonces, a ella se le ocurrió que podría pasear hasta el río con él y concederse, por última vez, el trágico lujo de sentarse a su lado en el pequeño pabellón. «Tal vez —pensó— sea más fácil decírselo allí».

Sin embargo, ni siquiera al volver del paseo le fue más fácil decírselo, aunque la secreta decisión de hacerlo antes de que se marchara le proporcionase cierta calma ficticia y envolviese el momento en un triste éxtasis. Para evitar el asunto, que soplabla en sus rostros como un fuego, no

dejaron de hablar de otros temas, y Anna creyó que sus pensamientos nunca habían estado tan cerca como ahora que sus corazones estaban tan separados. Deslumbrada por el intercambio de afectos, había ido perdiendo gradualmente la conciencia del esplendoroso intercambio de pensamientos que en otro tiempo había iluminado su mente. Había olvidado cómo Darrow había ensanchado su mundo y aumentado sus puntos de vista, y sintiéndose doblemente abandonada, se encontró sola en medio de sus maltrechos pensamientos.

Por primera vez, pues, vio claramente cómo sería su vida sin él. Se imaginó intentando vivir día tras día, y todo lo que hasta ahora la había animado e iluminado le pareció tan vano como muerto. Se imaginó entregada por completo a la educación de su hija, como otras madres que conocía; pero supuso que estas madres debían de guardar recuerdos felices que eran su sostén. Ella no tenía ninguno, y su hambrienta juventud aún reclamaba a gritos su ración.

Cuando fue a vestirse para cenar, se dijo: «Voy a pasar mi última noche con él y luego, antes de que nos deseemos buenas noches, se lo diré».

El retraso no era injustificado. Darrow ya había manifestado su desdén por la palabrería vana y su decisión de evitar toda discusión inútil. Debía de haberse dado perfecta cuenta de lo que pasaba por la cabeza de Anna desde su regreso, y, sin embargo, cuando ella había tratado de revelárselo, no había querido escucharla. Por consiguiente, se limitaría a seguir la línea marcada por él hasta que llegase el momento final, como si ya no tuviesen ninguna otra cosa que decirse...

El momento pareció llegar cuando, a la hora acostumbrada después de cenar, la señora de Chantelle se levantó de la mesa para subir a su dormitorio. Se demoró un poco para despedirse de Darrow, a quien posiblemente no vería por la mañana, y las menciones que hizo a su pronto retorno sonaron a los oídos de Anna como la nota del destino.

Durante todo el día había caído una fría lluvia, de modo que, para estar más cómodos y tener más intimidad, se refugiaron después de cenar en el salón de roble, cerrando la puerta a las frías vistas de las demás habitaciones. El viento otoñal que subía desde el río ululaba alrededor de la casa con una voz de pérdida y separación. Anna y Darrow se sentaron en silencio, quizá temiendo romper la quietud que los envolvía. La soledad, la luz de la chimenea, la armonía de las cortinas y los cuadros suavemente iluminados tejieron sobre ellos un velo de confianza a través del cual Anna logró ver, en el fondo de su corazón, el sordo latido de una felicidad infinita. ¿Cómo se le

había ocurrido que en este último momento iba a ser capaz de hablarle, cuando en su rápido transcurso parecían reunirse todos los dispersos esplendores de su sueño?

XXXVI

Darrow no se movió de al lado de la puerta una vez se hubo cerrado. Anna notó que la estaba mirando y tampoco se movió, desdeñando refugiarse en cualquier palabra o movimiento evasivos. Quería que la viera, por última vez, en toda su plenitud.

Darrow cruzó la habitación y se sentó en el sofá. Durante unos instantes, ni uno ni otro pronunciaron palabra; luego él dijo:

—Tienes que responderme esta noche, querida.

Anna se irguió, bajo la conmoción de que Darrow, aparentemente, le hubiese quitado la palabra de los labios.

—¿Esta noche? —fue todo lo que pudo decir.

—Tengo que salir en el primer tren de la mañana. No tendremos ocasión de hablar entonces.

Darrow le cogió la mano y Anna pensó que tenía que liberarla para poder decir algo. Luego rechazó esta concesión a una debilidad con la que estaba dispuesta a enfrentarse. Sus manos seguirían en las de él hasta el final, y también sus ojos. En aquella última hora que iban a pasar juntos no podía tener miedo de expresar su amor de ninguna manera.

—Tienes que decírmelo esta noche, querida —insistió cortésmente, y su insistencia le dio a ella fuerzas para hablar.

—Hay algo que quiero preguntarte —dijo y se dio cuenta, nada más pronunciar estas palabras, que no eran ni mucho menos las que querría haber dicho.

Darrow, sin moverse, siguió esperando, y ella continuó:

—¿Estas cosas les ocurren con frecuencia a los hombres?

La pregunta pareció resonar con largas reverberaciones en la quietud de la habitación. Anna desvió la mirada, Darrow la soltó y se puso de pie.

—No sé qué les sucede a otros hombres. A mí nunca me había ocurrido...

Anna volvió a mirarlo a la cara. Se sentía como un viajero que atraviesa un sendero peligroso, entre una roca y un precipicio, y cuya única salida es seguir adelante.

—¿Ya había empezado antes de que llegais a París?

—¡No y mil veces no! ¡Ya te he contado los hechos tal como sucedieron!

—¿Todos los hechos?

—¿Qué quieres decir? —dijo, volviéndose de pronto.

La garganta de Anna se había quedado completamente seca, y le latían las sienes.

—Estoy hablando de ella. Quizá tú ya sabías cosas de ella... antes.

La habitación se sumió en un profundo silencio. Un tronco cayó en la chimenea y estalló en mil chispas. Entonces Darrow dijo, con voz clara:

—No sabía nada, absolutamente nada.

Era la respuesta a su duda más íntima: a su última e inconfesada esperanza. Sin fuerzas, se rindió al infortunio.

Darrow anduvo hasta la chimenea y empujó el tronco hacia dentro. De pronto una llama se alzó y le alumbró la cara, pálida y atormentada.

—¿Eso es todo? —preguntó.

Ella asintió con la cabeza y Darrow se le acercó con lentitud.

—Entonces, ¿esto es una despedida?

Por segunda vez, Anna asintió ligeramente con la cabeza. Él no hizo el menor esfuerzo por tocarla o atraerla hacia sí.

—¿Eres consciente de que ya no voy a volver?

Darrow la miró y ella intentó devolverle la mirada, pero sus ojos estaban llenos de lágrimas y, temiendo que las viera, se puso de pie y dio unos pasos hacia la puerta. Darrow no la siguió y Anna se detuvo dándole la espalda, con la vista fija en un jarrón de claveles que había en una mesita repleta de libros. Las lágrimas, como si fueran lentes, aumentaban todo lo que veía, y los pétalos pintados de los claveles, sus ribetes y sus frágiles y rizados estambres se dibujaban ante ella enormes y vivos. Observó, entre los libros de la mesa, un poemario que él le había enviado desde Inglaterra, e intentó recordar si había sido antes o después...

Entonces se dio cuenta de que Darrow estaba esperando a que dijera algo más y se volvió.

—Te veré mañana antes de que te vayas...

Él no respondió.

Anna se dirigió a la puerta y Darrow se la abrió. En aquel momento se fijó en su mano, y en el sello de plata que llevaba en un dedo, y la invadió la sensación de que aquello era el fin de todas las cosas.

Los dos caminaron por el amplio corredor, entre los oscuros reflejos de espejos y vitrinas, y subieron la escalera uno al lado del otro. Al final de la

galería, una lámpara arrancaba turbios resplandores del ahumado escudo de batalla que colgaba de la pared.

Darrow se detuvo al llegar al primer piso: su habitación era la más cercana a las escaleras.

—Buenas noches —dijo, extendiendo la mano.

Cuando Anna le ofreció la suya, brotaron de pronto torrentes de dolor. Intentó contener sus sollozos, pero su respiración era entrecortada y, para ocultar su agitación, se apoyó sobre él y puso la cara sobre su brazo.

—Vamos, vamos —le susurró Darrow.

Su trabajosa respiración resonaba en el silencio de la casa. Intentó apretar los labios, pero fue incapaz de detener el pulso de su garganta. Darrow la rodeó con el brazo, abrió la puerta de su habitación y la introdujo en ella. La puerta se cerró y Anna se sentó en la banqueta, a los pies de la cama. Los latidos en la garganta habían cesado, pero sabía que se reanudarían si intentaba decir algo.

Darrow se apartó y fue a apoyarse en la chimenea. Una lámpara de pantalla roja brillaba sobre sus libros y papeles, en el sillón de al lado de la chimenea, y sobre unos cuantos objetos desperdigados sobre el tocador. Un tronco ardía en la chimenea, la habitación estaba caliente y olía vagamente a leña. Era la primera vez que Anna entraba allí y que veía sus objetos personales y los signos de su uso diario. Cada uno de ellos parecía contener algo de él: el aire entero olía a él, impregnándola de su íntima presencia.

De pronto, Anna pensó: «Esto es lo que conocía Sophy Viner»... y se los imaginó juntos con dolorosa nitidez... ¿Había llevado a la muchacha a un hotel? ¿Qué hacía la gente en aquellas circunstancias? Dondequiera que fueran, el silencio de la noche los habría envuelto y sus objetos personales habrían estado también esparcidos por la habitación... Anna, avergonzada de recrearse en aquella odiada escena, se levantó con la confusa intención de huir; pero un sentimiento totalmente distinto la contuvo y se detuvo, con la cabeza baja.

Darrow se había adelantado cuando ella se puso de pie. Anna se dio cuenta de que estaba esperando que le diera las buenas noches y se marchara. Estaba claro que ninguna otra posibilidad había cruzado por su cabeza, y este hecho, por alguna oscura razón, la humilló. «¿Por qué no... por qué no?», le susurraba algo al oído, como si la contención de Darrow, su tácito reconocimiento del orgullo de Anna, fueran obstáculos para otras cualidades que ella quería mostrarle.

—¿Por la mañana, entonces? —le oyó decir.

—Sí, por la mañana —repitió ella.

Siguió en el mismo lugar, mirando distraídamente la habitación. Por una vez, antes de separarse —ya que tenían que hacerlo— Anna deseó ser para él todo lo que Sophy Viner había sido. Sin embargo, siguió pegada al suelo, incapaz de buscar una palabra o imaginar un gesto que expresara lo que quería decir. Exasperada por su incapacidad, pensó: «¿Es que yo no siento igual que las demás mujeres?».

Sus ojos se posaron en una billetera que ella misma le había regalado. Estaba gastada por las esquinas, por la fricción de su bolsillo, y repleta de papeles apretados. Se preguntó si dentro habría alguna carta, extendió la mano y la tocó.

Todo lo que ambos habían sentido o visto, sus íntimas aproximaciones de sus palabras y miradas y el más íntimo contacto de sus silencios vibraron en ella al tocar aquella billetera. Recordó cosas que él había dicho en el pasado que le abrieron firmamentos nuevos: cosas de él que parecían formar parte del aire que respiraba. Volvió a sentir la suave calidez de su amor adolescente, que se volvió ardiente al atravesar sus pensamientos, y el corazón se movió como una barca mecida por una larga, larga oleada de recuerdos. «Es porque lo quiero de muchas maneras distintas», pensó; y entonces se dirigió lentamente a la puerta.

Sabía que Darrow la seguía observando en silencio, pero ni se movió ni dijo una palabra hasta que ella alcanzó el umbral. Allí fue a buscarla y la rodeó con sus brazos.

—¡Esta noche no! ¡No me digas nada esta noche! —le susurró.

Anna se apartó de él y cerró los ojos un instante. Luego los abrió poco a poco al torrente de luz que manaba de los suyos.

XXXVII

Al día siguiente, Anna y Darrow viajaban solos en un compartimento del tren de París.

Al entrar, Anna se sentó en un extremo y puso su bolso en el asiento contiguo. De pronto, había decidido acompañar a Darrow a París e incluso lo convenció de que tomara un tren más tarde de lo que pensaba y poder así viajar juntos. Sentía intensos anhelos de estar con él y un horror extremo a perderlo de vista aunque fuera sólo un instante: cuando se apeó del tren y cruzó el andén para comprarle un periódico, pensó que no volvería a verlo nunca más y se estremeció al recordar su último viaje a París, en el que creyó que iban a separarse definitivamente. A pesar de todo, no deseaba estar a su lado y se había sentado al otro extremo del compartimento. Por eso también, en cuanto el tren salió de la estación, sacó del bolso las cartas que había introducido en él antes de salir de la casa y se puso a leerlas para que no pudiera verle los ojos.

Ahora le pertenecía, era suya de por vida: ya no iba a sacrificarse por Effie ni por ningún otro concepto abstracto del deber. Effie, naturalmente, no tenía por qué sufrir; Anna pagaría su felicidad como esposa redoblando su dedicación a los deberes de madre. Aunque sus escrúpulos no habían sido vencidos del todo, la voz de éstos, de momento, se perdía en el tumultuoso rumor de su felicidad.

Al abrir las cartas, se dio cuenta que Darrow la estaba mirando fijamente, así que poco a poco alzó la vista y bebió de la apasionada ternura que desprendían sus ojos. Un rubor le cubrió el rostro y de nuevo tuvo ganas de aislarse. Volvió a leer las cartas y de pronto reparó en un sobre con la letra de Owen. El corazón comenzó a latirle apresuradamente: en su estado cualquier nimiedad adquiría carácter ominoso. ¿Qué podría querer decirle Owen? La carta constaba sólo de una página, en la que le comunicaba que, en compañía de un amigo que estudiaba en la escuela de Bellas Artes, emprendería viaje a España al día siguiente.

«¡Entonces no se ha visto con ella!», pensó de pronto, con una extraña mezcla de humillación y alivio. La muchacha había cumplido su palabra, sin

apartarse de la regla de conducta que ella misma se impuso, y Anna, sin embargo, no había sido capaz de ello. Y, aunque no se reprochaba su propio comportamiento, se habría sentido más satisfecha si hubieran existido menos discrepancias entre lo que entonces le había dicho a Sophy Viner y los hechos posteriores. En cierto modo, le irritaba que la muchacha hubiera estado mucho más segura de su capacidad para llevar a cabo su propósito...

Anna vio que Darrow estaba leyendo el periódico. Parecía tranquilo y seguro, casi indiferente a su presencia. «¿Será ésta su forma de actuar a partir de ahora?», se preguntó, no sin ciertos celos. Ella estaba inmóvil, pendiente de él, intentando que se percatara de la atracción de su mirada tal como ella sentía la suya. Le sorprendió, y avergonzó, detectar un elemento nuevo en el amor que le tenía: una especie de ternura tiránica y sospechosa que parecía restarle toda serenidad. Por fin, alzó la vista, su sonrisa la rodeó y se sintió suya de modo tan completo e inseparable que se dio cuenta de lo estúpido que resultaba imaginar otro posible destino.

Para que no se le notara, le pasó la carta de Owen. Él la leyó con expresión seria, mientras ella esperaba nerviosamente.

—Es una buena idea. Lo mejor que cabría esperar —dijo, con un ligero pero perceptible matiz de gravedad.

—Oh, sí —respondió ella.

Percibió una suave corriente de alivio circulando silenciosamente entre ellos: a los dos les parecía bien que Owen se marchara, que desapareciera por un tiempo, aunque fuera terrible pensar que parte de su felicidad se debía a sentimientos tan inadmisibles...

—Voy a verlo esta tarde —dijo Anna, con la intención de que Darrow viera que no temía encontrarse con su ahijado.

—Muy bien. Tal vez podría cenar contigo.

Anna no acabó de entender estas palabras. Darrow iba a verse con el embajador en la misma estación en cuanto éste llegase de Londres, posiblemente tendría que pasar toda la tarde con él y Anna sabía que le preocupaba tener que dejarla sola. Y, sin embargo, ¿cómo era posible que hablara en un tono tan desenfadado de su cena con Owen?

—Me temo que es terriblemente desgraciado —dijo en voz baja.

—Por eso lo que más le conviene es viajar —contestó él, un tanto impaciente.

—Sí, pero ¿no crees...? —dijo, sin saber qué añadir.

Sabía que a Darrow le desagradaba insistir en cualquier asunto que considerara irrevocable, pero su temor a que lo dijera le pareció una nueva

prueba de sumisión contra la que su orgullo se rebeló.

Se dijo: «Al ver que he cambiado, será tan indiferente conmigo como lo fue con ella...» y, por un instante, le pareció estar reviviendo la historia de Sophy Viner.

Darrow ni siquiera intentó deducir el significado de la frase que había dejado sin terminar. Le devolvió la carta de Owen y se puso de nuevo a leer el periódico. Cuando la miró, unos minutos después, su frente despejada y su sonrisa le inspiraron otra vez, sin poder evitarlo, pensamientos más felices.

El tren acababa de entrar en una estación y, justo un momento después, el compartimento fue invadido por una pareja un tanto vulgar cargada con enormes paquetes. Cuando entraron, Anna experimentó el orgullo posesivo de toda mujer enamorada cuando algún desconocido se interpone entre ella y el hombre que ama. Pidió a Darrow que abriera la ventana y colocara su bolso en la repisa superior, entre otras cosas, y mientras él se ocupaba de hacerlas notó la nueva devoción que transmitían sus ojos, su manera de inclinarse ante ella y su forma de mirarla. Volvió a su asiento y siguieron mirándose como amantes que comparten el mismo feliz secreto.

Anna, antes de volver a Givré, había sugerido a Owen que se trasladase a su apartamento, pero éste prefirió quedarse en el hotel al que había enviado su equipaje, de modo que, al llegar a París, decidió dirigirse allí inmediatamente. Estaba impaciente por verlo, y contenta de que Darrow tuviera que separarse de ella en la estación para ver a un colega de la embajada. Temía que se encontrase con Owen y, sin embargo, no se había atrevido a decírselo; y por eso, para asegurarse de que no iba a acompañarla, alegó una cita urgente con la modista y una larga lista de recados para la señora de Chantelle.

—Te veré mañana por la mañana —le dijo, aunque él replicó con una sonrisa que seguramente le daría tiempo a verla tras su encuentro con el embajador. Cuando Anna se marchaba en un taxi, se inclinó junto a la ventana para darle un beso. Ella se ruborizó como una colegiala, desconcertada pero feliz: «Ayer no lo habría hecho...». En aquel arranque juvenil parecieron concentrarse de pronto muchos cambios, tanto en su forma de mirarla como de tratarla. «Después de todo, soy su prometida», pensó, y luego sonrió al reparar en lo absurdo de la palabra. Un minuto después, recordó amargamente la frase de Sophy Viner: «Siempre supe que yo no le importaba nada...».

—¡Pobre muchacha! —murmuró.

Una vez en el hotel de Owen, esperó, nerviosa, a que el botones lo buscara. En seguida le comunicaron que estaba en su habitación y que le

pedía que subiera. Al cruzar el vestíbulo, se fijó en su maleta, que estaba apartada en un rincón marcada con la etiqueta de partida.

Owen estaba escribiendo de espaldas a la puerta. Cuando se puso de pie apenas pudo verlo, porque tenía detrás la ventana y la tarde era gris y lluviosa.

—Querido, ¿de verdad te marchas? —dijo, desde el umbral de la puerta.

Él acercó una silla y ambos se sentaron, cada uno esperando a que el otro comenzara a hablar. Por fin, Anna le hizo varias preguntas sobre su compañero de viaje, un joven tímido, lento y reflexivo que había traído una o dos veces a Givré. Entendía perfectamente que prefiriera la compañía de este joven a otras amistades más frívolas, y por eso dijo:

—Estoy tan contenta de que Fred Rempson pueda acompañarte...

Owen contestó en el mismo tono y, durante unos minutos, la conversación se dispersó en una multitud de lugares comunes. Anna observó que, aunque se mostraba más que dispuesto a contarle sus proyectos, Owen se abstenía deliberadamente de preguntar nada sobre los de ella. Resultaba evidente que deseaba alejarse durante cierto tiempo, y al final le pidió que se ocupara de hacer las maletas y enviarle alguna ropa de invierno que había dejado en Givré. Anna aprovechó la oportunidad para decirle que esperaba regresar al cabo de uno o dos días y que se ocuparía del asunto en seguida.

—He llegado esta mañana con George, que debe volver a Londres mañana —dijo, con la intención de que, al oír el nombre de Darrow, Owen le preguntara sobre la boda. Pero no hizo la menor alusión y, aunque el nombre volvió a salir en la conversación unas cuantas ocasiones, fue como si se nombrara a un desconocido. La habitación estaba entonces casi totalmente a oscuras, y Anna, por fin, se puso de pie y buscó el interruptor de la luz, mientras decía:

—No te veo, querido.

—¡Oh, no, odio la luz! —exclamó Owen, agarrándola por la muñeca y volviendo a sentarla en la silla. Rió nerviosamente y luego dijo—: El dolor de cabeza me tiene medio ciego. Supongo que es por esta maldita lluvia.

—Entonces creo que te vendrá bien viajar a España.

Le preguntó si tenía las medicinas que el médico le había recetado en una ocasión anterior y, al responder que no sabía lo que había hecho con ellas, Anna se levantó y se ofreció a ir a la farmacia. Era un alivio poder hacer algo por él, aunque se dio cuenta, cuando Owen dijo: «Gracias por encargarte de eso», de que también le había dado un pretexto para deshacerse de ella. La reacción natural de Owen siempre había sido decir que no quería tomar ninguna droga y que se pondría bien en seguida. Su aquiescencia, por

consiguiente, era una revelación de lo inútil que le parecía el intento de prolongar aquella conversación. El rostro de Owen no era ahora más que una mancha blanca en la penumbra, una especie de velo que cubría, según percibió Anna, una expresión de intenso dolor. «Lo sabe, lo sabe», se dijo, preguntándose si habría averiguado la verdad a partir de un hecho concreto o si sólo la habría adivinado.

Owen también se había puesto de pie y, claramente, estaba esperando a que su madrastra se marchara. En la puerta, Anna se volvió y dijo:

—Vuelvo en seguida.

—Oh, no subas otra vez, por favor —le dijo Owen, con azoramiento—. Es que... posiblemente ya no esté aquí. Tengo que ir a recoger a Rempson y decidir con él algunas cosas de última hora.

A Anna le dio un vuelco el corazón. Ésta iba a ser su despedida, entonces, y ni siquiera le había preguntado cuándo iba a casarse ni si se iban a reunir otra vez antes de que partiera al otro lado del mundo.

—¡Owen! —gritó, volviéndose.

Él permaneció inmóvil ante ella, en la penumbra.

—No me has dicho cuánto tiempo vas a estar de viaje.

—¿Cuánto tiempo? Oh, bueno, es difícil decirlo... No me gusta dar fechas concretas, sabes...

Entonces se interrumpió, y Anna supo que no iba a decir nada más. Trató de decir: «¿Estarás aquí cuando me case?», pero le fallaron las fuerzas. En su lugar, murmuró:

—Yo también me marcharé dentro de seis meses...

Y él respondió, como si esperara el anuncio y tuviera preparada la frase:

—Oh, bueno, para entonces, es muy probable...

—En cualquier caso, no voy a decir adiós —dijo Anna, sintiendo una lágrima derramarse por debajo del velo.

—No, es mejor que no... —corroboró Owen, sin moverse del sitio.

Entonces Anna lo abrazó.

—Me escribirás, ¿verdad?

—Claro que sí.

Anna le cogió las manos y, durante un minuto, ambos se quedaron así, sin moverse, en total oscuridad. Luego Owen rió y dijo:

—La verdad es que ya es hora de encender la luz.

Entonces le dio al interruptor con una mano mientras abría la puerta con la otra. Anna salió sin volver la cara, por miedo a que el rostro iluminado de su hijastro le mostrara lo que tanto temía ver.

XXXVIII

Anna tomó un taxi y fue a la farmacia en busca de las medicinas. De camino, hizo que el coche se detuviera en una librería y salió de ella cargada de literatura. Sabía qué podría interesarle a Owen y qué probablemente había ya leído, de modo que eligió unos cuantos títulos nuevos con la rapidez de una lectora avezada. Sin embargo, de nuevo rumbo al hotel, le pareció irónico añadir semejante panacea mental a la otra. La idea de ofrecer una cuidada selección literaria a un hombre que emprendía un viaje así tenía algo de burlón y casi de grotesco. «Lo sabe, lo sabe...», seguía repitiéndose continuamente: y así, al llegar al hotel, entregó al conserje el paquete con las medicinas pero no los libros.

Luego se dirigió a su apartamento, en el que ya se encontraba su doncella. La chimenea del salón estaba encendida, y la mesa del té dispuesta junto a ella. Una lluvia torrencial azotaba los cristales de las ventanas, y entonces se acordó de Owen, que en pocos minutos saldría rumbo a la estación, acompañado únicamente por sus amargos pensamientos. Estaba orgullosa de que el muchacho siempre hubiera buscado su ayuda en momentos difíciles, y sin embargo, ahora, en el más difícil de todos, ella era la única persona a la que no podía recurrir. Además, en lo sucesivo, siempre se alzaría entre ellos un inexpugnable muro de silencio... Hizo un penoso esfuerzo para adivinar cómo había descubierto la verdad. ¿Había visto a la muchacha y se lo había contado? Instintivamente, rechazó esta posibilidad. En realidad, ¿qué necesidad había de buscar aclaraciones explícitas cuando cada vez que habían respirado en las últimas semanas cargaban el aire con aquel inmanente secreto? Al recordar los días transcurridos desde que Darrow llegara por primera vez a Givré, se percató de que nadie había desvelado nada, ni deliberada ni accidentalmente. La verdad había salido a la luz por su propia e irresistible presión; y esto le parecía el fatídico producto de poderes ocultos, de un caos abismal de atracciones y repulsiones situadas muy por debajo de la ordenada superficie de las relaciones humanas. Recordó con melancolía su propia visión de la vida como un lugar bien iluminado y vigilado que contrastaba con otros, sumidos en la oscuridad, que podían ignorarse por

completo. Pues bien, los lugares oscuros estaban en su propio pecho, y ¡a partir de ahora tendría que atravesarlos siempre para llegar hasta los seres que más quería!

Aún se encontraba junto a la intacta mesa del té cuando oyó la voz de Darrow en el vestíbulo. Con un respingo, se dijo: «Tengo que decirle que Owen lo sabe...», pero cuando se abrió la puerta y contempló su rostro, todavía iluminado por la misma sonrisa de triunfo infantil, vio lo inútil que era hablar... ¿Es que acaso Darrow había supuesto alguna vez que Owen no se enteraría? Quizá, gracias a su mayor experiencia, había sabido desde mucho antes que lo que iba suceder era inevitable; en cualquier caso, era evidente que la idea ya no le preocupaba.

Ya estaba vestido para cenar y, al acercarse a ella, dijo:

—El embajador no tiene más remedio que asistir a una cena oficial, así que estoy libre. ¿Dónde cenamos?

Anna había imaginado que iba a pasar toda la tarde sola con sus tristes pensamientos, y el hecho de poder librarse de ellos durante unas horas le produjo una inmediata sensación de alivio. De nuevo, su pulso danzaba al compás de Darrow y, mientras se sonreían, pensó: «Nada podrá ya alterar el hecho de que le pertenezco».

—¿Dónde cenamos? —repitió él alegremente, y nombró un conocido restaurante que, según Anna recordaba, era uno de sus preferidos. Pero, de pronto, creyó ver cómo su rostro se ensombrecía y, en seguida, se dijo: «Fue *allí* donde la llevó».

—No, allí no —dijo de pronto, percibiendo cómo la palidez lo abandonaba.

—¿Adónde, entonces?

Darrow no quiso saber las razones de su negativa, y esto la convenció de que había adivinado la verdad y que él lo sabía. «Siempre sabrá lo que estoy pensando pero nunca se atreverá a preguntármelo», pensó, figurándose que entre ellos se alzaba el mismo muro inexpugnable que la separaba de Owen, una pared de cristal que les permitía a ambos observar todos sus movimientos pero que ningún sonido podía atravesar...

Fueron a un restaurante del Boulevard donde, en una mesa apartada del comedor atestado, la conciencia de lo aún no verbalizado dejó poco a poco de obsesionarla. Darrow parecía tan alegre y apuesto, tan sinceramente orgulloso y feliz de estar con ella, que ningún otro hecho podía ser real en su presencia. Se había enterado de que el embajador iba a pasar dos días en París, tenía esperanzas de que retrasaran su propio regreso a Londres, y se encontraba

eufórico ante la posibilidad de estar con Anna unas cuantas horas más. Por su parte, Anna ni siquiera se planteó si aquella euforia podía ser una señal de insensibilidad, pues conocía demasiado bien la capacidad de Darrow para alterarle el ánimo para no sentirse secretamente orgullosa de la influencia que ella pudiera ejercer para alterarle el suyo.

Siguieron conversando durante el café y los postres, y cuando se levantaron de la mesa Darrow propuso que, si le apetecía a ella, aún estaban a tiempo de ver la segunda representación de un pequeño teatro.

Al mencionar la hora que era, Anna se acordó de Owen. Se imaginó el tren en que viajaba rumbo al sur en medio del temporal y, en una esquina del oscilante compartimento, su rostro, blanco e inexpresivo, tal como lo había visto a la luz del crepúsculo gris. ¡Qué terrible era que el muchacho tuviese que pagar perpetuamente para que ella pudiese ser feliz!

Darrow había pedido una revista de teatro y, tras consultarla, dijo:

—Creo que la segunda obra del Athenée es muy entretenida.

Anna estuvo a punto de decir que sí; pero cuando iba a decirlo se preguntó si no había sido el Athenée el teatro donde Owen vio a Darrow con Sophy Viner. No recordaba haber oído expresamente el nombre del teatro, pero la mera posibilidad fue suficiente para oscurecer su firmamento. La idea de acompañar a Darrow a lugares donde había estado con la muchacha le resultaba odiosa. Intentó ahuyentar sus escrúpulos recordando con amarga ironía que siempre que se encontrara en los brazos de Darrow estaría donde también había estado la muchacha; y, sin embargo, fue incapaz de librarse del temor supersticioso a acompañarlo a los escenarios de su episodio parisino.

Respondió que estaba demasiado cansada para ir al teatro, y cogieron un taxi para volver al apartamento. Al pie de las escaleras, se volvió para desearle buenas noches, pero Darrow pareció pasar por alto el gesto y la siguió hasta la puerta.

—Esto es siempre mucho mejor que el teatro —dijo, cuando entraban en el salón.

Anna se agachó para encender el fuego de la chimenea. Sabía que Darrow se estaba acercando y que, en un instante, le quitaría la capa de los hombros y le pondría los labios en el cuello, justo debajo del pelo recogido. Éstos eran sus privilegios y, aunque los reclamara de manera tierna y deferente, su jovialidad marcaba una diferencia y proclamaba un derecho.

«Después del teatro, cuando llegaban a casa, siempre hacían esto», pensó Anna, y en aquel mismo instante, al sentir sus manos en los hombros, se apartó de él.

—¡No, no! —gritó, cubriéndose con la capa.

En la atónita mirada de Darrow, vio reflejado el dolor tembloroso de su propio rostro.

—¡Anna! ¿Qué demonios pasa?

—¡Owen lo sabe! —gritó ella, como queriendo justificarse.

La expresión de Darrow cambió por completo.

—¿Qué te ha dicho?

—¡Nada! Lo sé por las cosas que no me ha dicho.

—¿Hablaste esta tarde con él?

—Sí, pero sólo durante unos minutos. Me di cuenta de que no quería que me quedase.

Anna se sentó en una silla y se acurrucó en ella, todavía con la capa sobre los hombros. Darrow no hizo observación alguna a su comentario, y ni siquiera pareció sorprenderse. Se sentó a cierta distancia, manoseando la pitillera que había sacado al entrar. Por fin, dijo:

—¿Vio a la señorita Viner?

Anna se estremeció al oír otra vez aquel nombre.

—No, creo que no... Estoy segura de que no...

Guardaron silencio, sin mirarse. Finalmente, Darrow se levantó y dio unos pasos por la habitación. Luego volvió y la miró de frente a los ojos.

—Creo que deberías decirme lo que piensas hacer.

Anna le devolvió la mirada.

—Nada de lo que haga puede ayudar a Owen.

—No, pero las cosas no pueden seguir así —dijo, e hizo una pausa para medir sus palabras—. Te produzco aversión.

—¡No! ¡Oh, no! —exclamó Anna, casi sollozando.

—¡Pobre muchacha! ¡No puedes verte la cara!

Anna levantó las manos como para ocultarla y, alejándose de él, inclinó la cabeza sobre la repisa de la chimenea. Se dio cuenta de que Darrow estaba justo detrás de ella, pero no hacía el menor intento de acariciarla o acercarse más.

—Sé lo que sientes, igual que siento —dijo en voz baja— que nos pertenecemos el uno al otro y que nada puede cambiar eso. Pero, cuando te vienen estos otros pensamientos, eres incapaz de desterrarlos. Siempre que me ves, te acuerdas... me asocias con cosas que aborreces... Has sido generosa, inconmensurablemente generosa. Me has dado todas las oportunidades que puede dar una mujer, pero si lo único que has conseguido es sufrir... ¿de qué sirven?

Anna se volvió con el rostro surcado de lágrimas.

—No me han hecho sufrir.

—¡Oh, no! Ya sé... Ha habido momentos... —dijo, cogiéndole la mano y acercándosela a los labios—. Irán conmigo durante toda mi vida. Pero no creo que tengas que pagar un precio tan alto por ellos. No valgo lo que te estoy costando.

Ella seguía mirándolo con los ojos dilatados por las lágrimas y, de pronto, le preguntó:

—¿La llevaste al Athenée aquella tarde?

—¡Anna, Anna!

—Sí, quiero saberlo ahora, saberlo todo. Quizá saberlo me haga olvidar. Tendría que habértelo dicho antes. Siempre que vamos a algún sitio, me imagino que has estado allí con ella... Os veo juntos. Quiero saber cómo empezó, adónde fuisteis, por qué la dejaste... ¡No puedo seguir más tiempo sin saberlo! —Anna no podía decir qué era lo que había originado aquel estallido, pero en seguida se sintió más ligera y más libre, como si por fin se hubiese roto el maligno hechizo—. Quiero saberlo todo —repitió—. Es el único modo de poder olvidar.

Darrow seguía con los brazos cruzados, la vista gacha, sin moverse. Anna esperó, mirándolo a los ojos.

—¿No vas a decírmelo?

—No.

La sangre se acumuló en sus sienes.

—¿No? ¿Y por qué no?

—Si lo hiciera, ¿crees que lo olvidarías?

—Oh —gimió ella, dándole la espalda.

—¿Ves cómo es imposible? —siguió—. He hecho una cosa que odio, y para expiarla me pides que haga otra. ¿Qué tipo de satisfacción iba a darte eso? Nos separaría de forma irremediable.

Anna apoyó el codo sobre la repisa de la chimenea y se tapó la cara con las manos. Tenía la impresión de estar desperdiciando, vanamente, su última esperanza de felicidad y, sin embargo, no podía hacer nada, pensar nada, para salvarla. De pronto, se le ocurrió: «¿Me quedaría en paz si lo dejara?», y entonces, recordando la desolación de los días posteriores a cuando le pidió que se marchara, comprendió que la esperanza era vana. Las lágrimas se le escaparon por entre los párpados y corrieron veloces por los dedos.

—Adiós —le oyó decir, y sus pasos que se dirigían a la puerta.

Intentó alzar la cabeza, pero el peso de la desesperación lo impidió. Se dijo: «Esto es el fin, ya no lo intentará de nuevo...», y se quedó rígida, como en trance, percibiendo, sin sentirlos, cómo transcurrían fatídicamente los segundos. Luego, las cuerdas que la apretaban parecieron aflojar, levantó la cabeza y lo vio marcharse.

—¡Es mío, es mío! ¡No es de nadie más!

En aquel instante, Darrow volvió la cara hacia ella y la miró de una forma que barrió todos sus terrores. De pronto, Anna dejó de entender qué había originado aquel estallido sin sentido; y la mortal dulzura de amarlo volvió a ser el único hecho real del mundo.

XXXIX

Al día siguiente, Anna despertó en medio del humillante recuerdo de la noche anterior.

Darrow tenía razón al decir que el sacrificio de ambos no iba a beneficiar a nadie; y, a pesar de eso, ella era capaz de discernir oscuramente que existían obligaciones que no podían someterse a esa vara de medir. De todos modos, para no atentar más contra su propio orgullo ni contra el de él, tendría que abstenerse de repetir tales escenas, aunque sabía que sería incapaz de hacerlo mientras estuvieran juntos. Con todo, cuando Darrow le dio la oportunidad de expresarse, al final todo se había desvanecido de su pensamiento excepto el miedo cerval a perderlo. Sabía, por tanto, que los dos estaban tan profunda e íntimamente unidos como dos árboles con las raíces entremezcladas.

Continuó meditando su dilema durante un largo rato, vagamente consciente de que la única salida tenía que venir de un agente externo. Poco a poco, la ocasión fue cobrando forma en su cabeza: sólo Sophy Viner podía salvarla y restablecer la serenidad perdida. Buscaría a la muchacha y le diría que había roto con Darrow. Una vez dado ese paso, no habría manera de volver atrás y ya, por fuerza, tendría que seguir adelante sola.

Cualquier pretexto para la acción actuaba como un tranquilizante, de modo que envió a su criada a casa de los Farlow con una nota en la que solicitaba ser recibida por Sophy Viner. La criada, que tardó mucho en regresar, apareció con un papel en el que había una dirección escrita, y un mensaje verbal según el cual la señorita Viner se había mudado unos días antes y vivía actualmente con su hermana en un hotel de la Place de l'Étoile. La criada añadió que la señora Farlow no se había mostrado demasiado dispuesta a dar aquella información, alegando que desconocía los planes de la señorita Viner. Anna dedujo que la muchacha había dejado la casa de sus amigos y les había pedido que no revelaran su paradero con objeto de evitar a Owen. «Ha sido leal consigo misma, pero yo no», pensó Anna, y aquella conclusión la animó a seguir con su plan.

Darrow había anunciado su intención de volver poco después de la hora de almorzar, y la mañana estaba ya muy avanzada, de modo que Anna, aún no

demasiado segura de sus fuerzas, decidió dirigirse inmediatamente a la dirección indicada por la señora Farlow. Durante el trayecto intentó acordarse de algún detalle sobre la hermana de Sophy pero, aparte de la entusiasta descripción que ésta hizo una vez de las adorables cualidades de la ausente Laura, lo único que recordó fueron ciertas alusiones sobre sus dotes artísticas y vicisitudes matrimoniales hechas por la señora Farlow. Darrow sólo la había mencionado una vez y muy de pasada, subrayando el poco interés que había demostrado por Sophy, quizá porque vivía demasiado lejos para poder ayudarla. Anna se preguntó qué podría haber impulsado a Sophy a volver con su hermana en aquellos momentos. La señora Farlow había hablado de ella como si fuera una persona famosa (Anna no podía recordar en qué destacaba), aunque, según la señora Farlow, muchas personas eran famosas. El nombre que había en el papel —señora McTarvie-Birch— no parecía ser especialmente conocido.

Mientras Anna esperaba en el destartalado vestíbulo del Hôtel Chicago, se imaginó tan perfectamente lo que quería decirle a Sophy Viner que le pareció tener a la muchacha delante. Sin embargo, su buen ánimo se hundió cuando el conserje, después de un largo rato, apareció diciendo que la señorita Viner ya no se encontraba en el hotel. Anna, temiendo no haber entendido el mensaje, le preguntó si quería decir que en aquellos momentos la señorita se encontraba ausente, pero el conserje respondió que se había marchado el día anterior. Siendo ésta la única información que podía facilitarle, Anna, tras dudar un momento, le rogó que preguntara a la señora McTarvie-Birch si estaría dispuesta a recibirla. Imaginó que Sophy le habría pedido a su hermana que guardara silencio, igual que a la señora Farlow, pero quizá una conversación personal con la señora Birch pudiera llevar a resultados menos negativos.

Tras otro largo intervalo, el conserje reapareció con una respuesta afirmativa. En seguida, un diminuto y renqueante ascensor hizo su ascenso a través de unos cuantos pisos en mal estado.

Al llegar al último, su guía la condujo a través de un intrincado corredor que olía a equipaje almacenado en bodegas de barco y, por fin, llegaron a la habitación de la señora Birch. Un fuerte olor a tabaco se mezclaba con las voces amortiguadas de una discusión. Tras llamar a la puerta, se produjo un silencio y, por fin, apareció un hombre apuesto y joven con el pelo alborotado y el traje arrugado; de ahí concluyó Anna que acababa de levantarse de un sofá sobre el que se apilaban varios almohadones. Este sofá, y un gran piano sobre el que había un ramo de rosas marchitas, una lata de galletas y una

bandeja con los restos del desayuno, ocupaban la práctica totalidad del estrecho salón. En la otra esquina, otro hombre, pequeño de estatura, de piel curtida y mal vestido, estaba examinando el forro de su sombrero.

Anna vaciló, pero al nombrar a la señora Birch el joven la invitó cortésmente a entrar mientras dirigía una mirada impaciente al mudo espectador que se encontraba al otro extremo de la habitación. Éste alzó los ojos, redondos y protuberantes, y observó a Anna, examinándola, durante un instante, con el mismo tesón que el interior de su sombrero. Ella tuvo la sensación, al ver aquella mirada, de ser minuciosamente catalogada y valorada, y la impresión, cuando por fin el hombre se puso de pie y se dirigió a la puerta, de haber colmado con creces sus expectativas iniciales. En el umbral, sus ojos se cruzaron con los del joven. Fue un intercambio rápido y significativo, un breve episodio que Anna supo captar tan extrañamente bien que no le sorprendió en absoluto que el joven, acercando el sillón, le ofreciera con gentileza un cigarrillo. A su cortés rechazo siguió la pregunta de si a ella no le importaba que fumase, y entonces se puso a buscar una caja de fósforos, primero en sus bolsillos y luego detrás de las fotos y cartas que abarrotaban la estrecha repisa de la chimenea. Anna volvió a preguntar por la señora Birch.

—Sólo un minuto —sonrió—. Creo que el masajista todavía está con ella.

Hablaba inglés con un acento neutro e ilocalizable que, al igual que sus ojos de largas pestañas y su sonrisa, rápida y atractiva, denotaban un gran entrenamiento en todas las artes de la oportunidad. Tras encontrar por fin una caja de cerillas en el suelo, junto al sofá, encendió el cigarrillo y volvió a sentarse entre los almohadones. Cuando Anna dijo que sentía tener que molestar a la señora Birch, le contestó que no se preocupara y que siempre hacía esperar a todo el mundo.

Después, y a través de la cortina de humo perpetuamente reproducida por los cigarrillos, siguieron charlando de cosas irrelevantes. Y cuando Anna volvió a mencionar la posibilidad de ver a la señora Birch, el joven se levantó del sofá, encogió ligeramente los hombros y murmuró:

—No tiene remedio —y se introdujo en una habitación interior.

Anna seguía preguntándose cuándo y en qué circunstancias Laura McTarvie-Birch, casada varias veces, había conocido a un compañero con tan conspicuo encanto personal, cuando éste regresó y dijo:

—Dice que puede pasar, si no le importa que siga acostada.

Se echó a un lado para dejar pasar a Anna, que entró en una estancia oscura, desarreglada y perfumada, en la que una cortina rosa tapaba la única

ventana. Una dama de abundante pelo rubio y hombros desnudos le sonrió desde una cama rosada sobre la que había una inmensa polvera.

—No le importa, ¿verdad? Me resulta tan caro que no puedo permitirme despedirlo ahora —explicó la señora Birch, ofreciendo a Anna una mano llena de anillos. Ésta nunca supo si la persona aludida se trataba de su *masseur* o de su marido. Antes de poder responder, algo se movió por debajo de la colcha y algo, que parecía ser otra polvera, se abalanzó sobre Anna con un ruido que parecía el de un montón de diminutas botellas de champán descorchadas a la vez. La señora Birch, incorporándose, dijo—: Si pudiera darle un caramelo, de esos que están sobre la coqueta... Es lo único que lo tranquiliza...

Cuando Anna ofreció este soborno a su asaltante y éste se retiró de nuevo bajo la colcha, su dueña estalló en una carcajada.

—¿No es precioso? El príncipe me lo regaló en Niza el otro día, pero es tan travieso... —confesó, dedicándole una amplia sonrisa a su visitante.

Desde la rosácea penumbra del dosel, los asombrados ojos de Anna pudieron distinguir cierto extraño parecido con Sophy Viner o, al menos, trazas del aspecto que Sophy podría adquirir al cabo de los años y a pesar de las polveras. Más grande, más rubia y de facciones más pronunciadas, tenía sin embargo ciertas miradas y gestos que recordaban con inquietud lo más lozano y lo más atractivo de Sophy. Y cuando la señora alargó un robusto y desnudo brazo sobre la cama, pareció desvelar turbios episodios de la historia familiar.

—Siéntese por favor, si es que encuentra donde sentarse —le sugirió cordialmente, y Anna se sentó en el borde de una silla casi cubierta por un misceláneo surtido de prendas de vestir—. Cantar me quita tanto tiempo que no tengo oportunidad de adelgazar... Eso es lo peor de ser artista.

Anna asintió en voz baja.

—Espero que mi visita no la haya molestado. Ya le dije al señor Birch...

—¿A quién? —preguntó la yacente beldad—. ¡Oh, a Jimmy! —dijo sonriendo, como queriendo cerciorarse ella misma.

—Supe por la señora Farlow que su hermana había pasado unos días con usted y decidí venir porque quería preguntarle cuándo podría verla.

La señora McTarvie-Birch echó la cabeza hacia atrás y la miró fijamente.

—¿Quiere decir que ese idiota de la puerta no la informó? Sophy se fue de viaje anoche.

—¿Anoche? —repitió Anna.

Un súbito terror la envolvió. Quizá los había engañado a todos y se había marchado con Owen. La idea era poco creíble, pero se preocupó tanto que apenas pudo añadir:

—Me lo dijo el conserje, pero pensé que podría estar equivocado. La señora Farlow creía que la podría encontrar aquí.

—Ocurrió todo tan de repente que creo que no tuvo tiempo de decírselo a los Farlow. Ayer mismo recibió un telegrama de la señora Murrett, metió todas sus cosas en un baúl y se marchó...

—¿La señora Murrett?

—Sí. Sophy se va a la India con la señora Murrett. Van a encontrarse en Brindisi —dijo su hermana, y esbozó una tranquila sonrisa.

Anna se quedó paralizada, contemplando estupefacta la desordenada habitación, la cama rosa y aquel rostro trivial sobre las almohadas. La señora McTarvie-Birch continuó:

—La pasada primavera tuvieron una pelea horrorosa, pero creo que está usted informada. Yo le dije a Sophy que lo olvidara todo mientras la señora estuviera dispuesta a... Naturalmente, siendo artista, me es imposible tenerla conmigo...

—Claro —respondió Anna mecánicamente.

A través del confuso dolor de sus pensamientos, apenas oía que la señora Birch le seguía dando explicaciones.

—Claro que no me ha gustado del todo que vuelva con esa horrible mujer. Le dije todo lo que pude... Le dije que era absurdo que dejara el puesto que tenía con usted. Pero Sophy no puede estar quieta... siempre ha sido así, y se le ha metido en la cabeza que tenía que viajar...

Anna se levantó de la silla, intentando dar con una fórmula de despedida. El ruido de la silla al arrastrarse excitó la animosidad del perro, cuyos histéricos ladridos ahogaron las palabras de su dueña. En medio de aquel tumulto, Anna dijo un adiós que nadie pudo oír y la señora Birch, que por un instante consiguió que el animal se callara poniéndole una almohada encima, exclamó:

—¡Por favor, vuelva algún día! ¡Me encantaría cantar para usted!

Anna musitó unas palabras de agradecimiento y se dirigió a la puerta. Al abrirla, oyó gritar a su anfitriona:

—¡Jimmy! ¿Me oyes? ¡Jimmy Brance! —y, como nadie le contestaba, añadió—: ¡Dígale que salga y la acompañe hasta el ascensor!